



RITUAL

AMULETO DE LA GAIA





Noa Xireau

© Noa Xireau 2017 Ritual

Todos los derechos reservados, incluidos los de reproducción total o parcial. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión, copiado o almacenado, utilizando cualquier medio o forma, incluyendo gráfico, electrónico o mecánico, sin la autorización expresa y por escrito de la autora, excepto en el caso de pequeñas citas utilizadas en artículos y comentarios escritos acerca del libro.

Esta es una obra de ficción. Nombres, situaciones, lugares y caracteres son producto de la imaginación del autor, o son utilizados ficticiamente, y cualquier similitud con personas vivas o muertas, establecimientos de negocio (comerciales), hechos o situaciones es pura coincidencia.

Diseño de cubierta: China Yanly

Corrección y maquetación: Paola Álvarez

© Imagen de portada: Shutterstock

www.noaxireau.com

Índice

[PORTADILLA](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPÍTULO 41](#)

[EPÍLOGO](#)

[OTROS TÍTULOS](#)

[EXTRAS](#)

[NOA XIREAU](#)

AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias desde estas páginas a todas esas personas que durante 2016 han estado a mi lado apoyándome y ayudándome a seguir adelante: a la gente de Pilas, que

no han dudado en pararme por la calle para felicitarme y animarme; a mis lector@s por sus reseñas y por esos maravillosos mensajes privados que me llenan tanto y que me

dan fuerzas para seguir; a esas hermosas personas a las que he ido conociendo a través de Facebook, los encuentros literarios, las tertulias, etc., que siendo mis lector@s o no, se han alegrado por mí y conmigo a lo largo de este trayecto.

En especial, quiero mencionar esta vez a María José López, a Manuel Ánguas, a Elizabet Jiménez, al fotógrafo Rafa Romero y a dos personas extraordinarias a las que aún no he conocido en persona, pero que para mí siempre estarán vinculadas con mis

inicios como escritora: Teresa Rozas a la que conocí precisamente a través de *Ritual*, y mi fiel poeta André Mejía, quien no duda en sacrificar sus noches para tomar el relevo cada vez que me vengo abajo o las horas del día no me alcanzan y me deja hacer aquello que mejor se me da: soñar.

A tod@s vosotr@s va dedicado este libro.

Gracias de todo corazón.





CAPÍTULO 1

Avancé con cuidado hasta el peligroso filo de los acantilados para asomarme a ver cómo rompían las olas contra las rocas. Un paso más o un traspie y me caería desde

más de cien metros de altura a una muerte segura. Esa no era la forma en la que yo quería morir. El solo hecho de acercarme al borde ya hizo que retuviera la respiración.

Los acantilados de Moher eran impresionantes. Su sobrecogedora fuerza te encandilaba

y atrapaba como la luz a una mota. Me habría gustado poder embotellar algo de esa salvaje energía para usarla durante esos momentos en los que quería esconderme debajo de unas sábanas tapándome hasta la cabeza, —como ahora—.

— *La belleza de las profundidades es comparable a un imán. Nos atrae o nos repele*

en función de la polaridad de nuestras mentes. —A mi derecha, una angelical figura blanca me sonreía con calidez alzando el rostro hacia el pálido sol, mientras el viento jugaba con su exuberante melena cobriza—. *Solemos obviar que el creador de los cielos también creó los abismos y tratamos de ignorar que el día y la noche están unidos en la perfección.* —Su voz resonaba clara y serena en mi interior aun cuando sus labios permanecían sellados.

Cerré los párpados. ¿Cómo sería olvidarme de ella?, ¿de todo? ¿Abrir los brazos, dejarme caer hacia delante y... volar?

El aire helado me quemaba la piel, mis rizos revoloteaban alrededor de mi rostro azotándome sin compasión, el olor a salitre llenaba mis pulmones... Una mano presionó con suavidad mi hombro arrancándome de mi ensoñación

y me devolvió de golpe a la realidad.

—¿Soraya? —La risita nerviosa de Aileen sonó a mi espalda—. ¿Ya estás otra vez en

tu mundo imaginario?

«¡Me ha vuelto a pescar!». Tragué saliva.

—Ya me conoces. ¿Qué sería mi vida si no pudiera soñar despierta? —Inspiré hondo y

me giré hacia Aileen y su mellizo Brian con una mueca.

Ambos reían, pero sus ojos reflejaban ese conocido halo de preocupación que cada vez

me resultaba más familiar.

—Es hora de regresar. Está oscureciendo y vosotras dos aún no habéis terminado de hacer las maletas para mañana. —Brian concentró sus inquietos ojos azules en mí como

si quisiera pasarme por unos rayos X.

No era guapo, pero habría sido capaz de enamorarme de esos ojos si a estas alturas no fuera ya casi como un hermano para mí. Brian tenía razón. El avión a Lisboa no retrasaría su salida simplemente porque nosotras no hubiéramos decidido qué ponernos

para el viaje.

Un último vistazo por los acantilados me avisó del avance de la bruma. Me abracé ante el repentino frío. Parecían garras fantasmales que se estiraban y alargaban, trepando amenazadoramente por las escarpadas laderas para alcanzarme.

— *No temas a lo desconocido. Forma parte de tu vida y de tu futuro* —susurró en mi mente la angelical criatura—. *Nosotras estaremos contigo.*

Su tono era como una onda de paz que se extendía por mi cuerpo, aplacando mi estremecimiento cuando ella se desvaneció en el aire y su voz comenzó a disolverse en la lejanía.

«¿Quién es *nosotras*? ¿Qué va a ocurrir?».

No hubo respuesta. Se había ido. No sabía si llorar o reír. ¿Que no me preocupara?

¿Cómo se hacía eso cuando extraños seres no paraban de aparecerse para darte mensajes sin ningún tipo de sentido?

—¡Vamos! —Pasé atropellada al lado de Brian, tratando de escapar de su intenso escrutinio y de mis propios pensamientos.

Por cómo fruncía el ceño, Brian sabía que algo pasaba. Estaba casi al cien por cien segura de que él no vio al ángel o espíritu, o lo que fuera que fuese aquel ser femenino que acababa de esfumarse en la nada. Claro que tampoco me habría sorprendido que a

estas alturas pensara que yo estaba loca. Yo misma lo pensaba a veces.

«¡Mi último día en Irlanda!». ¿Quién habría pensado que un año pasaría tan rápido?

Debería haberme sentido contenta. ¡Joder, había terminado mi máster! Pero no, lo único que sentía era el alivio de no tener que regresar directamente a Sevilla.

Fue una suerte que la familia de Aileen me hubiera invitado a pasar el verano con ellos en Portugal. Cualquiera cosa era mejor que regresar y tener que enfrentarme a mi pasado, pero si encima era para ir a pasar unas vacaciones a Cascáis entonces sonaba

hasta bien, ¿verdad?

Mis ojos comenzaron a quemar. Siempre lo hacían cuando recordaba mi casa. ¿Seguía

siendo «mi casa»? Cuando las personas que lo significaron todo para ti ya no están, el valor de las cosas cambia. La cálida mano de Aileen me rozó por casualidad y me devolvió una vez más a la realidad. Aparté el trágico accidente de mis padres de mi mente y con él los sentimientos de dolor y soledad.

La estudié de reojo. Su carácter positivo nunca me dejaba indiferente, creo que tampoco a los demás. Me conquistó en el mismo instante en que la conocí. Era de esas

personas que te inspiran optimismo con solo observarlas. Todo en ella era vivo y alegre, desde sus vivarachos ojos verdes a su rebelde cabellera pelirroja y su cara aniñada con esas graciosas pecas y nariz respingona. Siempre sonreía y parecía como

si desprendiera energía vital por los cuatro costados. Resultaba difícil no sentirse contagiado por ella.

Aileen tenía la cualidad de aceptar a las personas tal cual eran, incluso a mí, con mis virtudes y mis rarezas, inclusive aquellas que solían ahuyentar al resto de las personas normales de mí. Desde que tropecé con ella todo había cambiado. A veces hasta cuestionaba si mis visiones no eran simples alucinaciones, a pesar de que eso, quizás, fueran más mis ganas que la realidad.

Conocí a Aileen en el máster que cursé en Athlon, «el corazón de Irlanda» — como le

gustaba presumir a ella—. Aunque casi desde el principio salía con su grupo de amistades, no fue hasta uno de esos extraños días que a veces me toca vivir, que nos

hicimos inseparables.

Aún recuerdo ese día como si fuese ayer.

—¿De dónde vienes? Te has perdido la pelea de enamorados de Johanna y Dermot —

me informó Kirsten aquel día entre risitas.

—De haberlo sabido hubiera cogido sitio para verlo mejor —bromeé—. Aileen, la

hermana Gabrielle me ha dado estas flores para tu madre. —Le ofrecí el colorido ramo—. Te ruega que le des recuerdos de su parte.

El repentino cambio en las facciones de las chicas me puso el vello de punta.

—La hermana Gabrielle murió las navidades pasadas —murmuró Rose con cara lívida y voz quebrada.

—¡No seas tan terrorífica, Rose! —Aileen rio despreocupada justo después de borrar un destello de asombro de sus ojos—. A Soraya aún le cuesta entendernos bien con

nuestro terrible acento irlandés. He visto a la hermana Ariel dirigiéndose a la granja de los Tiernan. Soraya seguramente ha confundido «Gabrielle» con «Ariel».

¿Verdad, Soraya?

Aileen me dirigió una mirada penetrante. Asentí con una sonrisa fingida y evalué las probabilidades de que eso fuera cierto. En realidad sí que sonaban muy parecidos ambos nombres.

—Aileen tiene razón, Rose —intervino Kirsten visiblemente aliviada—. La hermana

Ariel habla tan rápido que incluso a mí me cuesta entenderla.

—¡Hala! ¡Que llegamos tarde al curso! —las interrumpió Aileen tirándome impaciente del brazo.

Contenta de escabullirme, la acompañé sin rechistar.

A partir de aquel momento, primero Aileen y, unos días más tarde, el resto de su familia me adoptaron como a un gatito extraviado. Me hicieron sentir arropada por primera vez en mucho tiempo, aunque sigo sin saber si

realmente no se daban cuenta o

si únicamente simulaban no darse cuenta de las cosas que me ocurrían. De alguna forma siempre tenían una explicación racional para sacarme del atolladero y, a veces, la justificación era tan buena que incluso yo misma ponía en tela de juicio que estaba viendo... «espíritus».

Hasta donde puedo recordar siempre me han pasado ese tipo de cosas extrañas; si bien

desde el accidente de mis padres todo empeoró. Cada vez ocurrían con mayor frecuencia e intensidad —si podía definirse así—. De las voces pasé a ver sombras y a sentir presencias. Ahora veía a seres y hablaba con gente que nadie más podía ver.

Gracias a Dios, generalmente ni me daba cuenta hasta que veía las caras asustadas de

los que me rodeaban o se creaban situaciones embarazosas.



A pesar de lo que los fanáticos del espiritismo puedan pensar, no ser consciente de lo que pasa hasta que ya ha terminado es una bendición. Me ahorraba el quedar paralizada por el terror y como mucho me dejaba ligeramente confundida.

Incluso así, no percatarme de lo que ocurría a veces acababa resultando violento, y si no que se lo preguntaran a mi abuela. Un día casi le provoqué un infarto cuando ella

quiso salir de compras y yo —tan ingenua como de costumbre— le señalé que

no podía

irse y dejar a su visita esperándola en el salón sin más. Ella jamás vio a aquel hombre mayor, con traje de verano gris y zapatos negros, a pesar de que acabamos buscándolo

incluso debajo de mi cama. Al menos no lo vio aquel día. Cuando, después de no encontrarlo, le di la descripción tratando de convencerla de que sí que vi a un hombre allí, mi abuela cayó en el sillón con rostro ceniciento. Su mano al coger el teléfono temblaba tanto que fue un milagro que el aparato no se estrellara contra el suelo. Tras un largo rato esperando en silencio y un sollozo ahogado, mi abuela colgó. Sus ojos estaban abiertos por el horror mientras trataba de respirar con dificultad. Se negó a ir al médico y reculó asustada cuando me acerqué a ella. Aquel fue su primer rechazo, mi primer rechazo, y dolió. Creo que nunca acabaré de acostumbrarme del todo al hecho

de que hay gente que me teme.

Jamás le pregunté quién era aquel hombre del que ella sabía el número sin siquiera mirarlo en su agenda. El horror en sus ojos dio paso al miedo y lo que una vez fue mi hogar se convirtió en un santoral lleno de imágenes religiosas y velas encendidas.

En ese ambiente, ¿quién no temería encontrarse con un muerto cada vez que dobla una

esquina? No sé lo que habría hecho si no hubiera surgido la beca para estudiar un máster en Irlanda. Probablemente me habría vuelto loca sin esa oportunidad.

Suponiendo que no lo estuviera ya, claro está.

De camino al pequeño invernadero me recreé en el suave olor a coco que seguía flotando en el aire a pesar de haber oscurecido. Probablemente ninguno de mis amigos

españoles me creería si les contara que aquí, en Irlanda, crecían flores amarillas que olían a coco durante los días calurosos. ¿No era fascinante? Me encantaba Irlanda.

¡Ojalá pudiera encontrar un trabajo que me permitiera vivir aquí!

El jardín trasero de la casa de Aileen rebosaba con ese tipo de magia especial, llena de colores, olores y remedios naturales que florecían por doquier. Me habría gustado

quedarme aquí en vez de viajar a Portugal, pero con la marcha de Aileen me habría

tenido que costear un alojamiento, además de la manutención, y ya no me quedaba dinero para mucho. En el fondo, lo que más pena me causaba era marcharme antes de

que a Moira, la abuela de Aileen, le hubiera dado tiempo a enseñarme todos los secretos y costumbres ancestrales que su familia había practicado durante siglos.

¡Dios, me encantaban esa mujer y sus conocimientos!

Esa anciana era una fuente inagotable de sabiduría sobre hierbas y sus propiedades.

Aligeré mis pasos. Apenas me quedaban un par de horas para estar con ella. Mañana

tocaría madrugar para llegar a tiempo al aeropuerto, a pesar de que sospechaba que por muy temprano que me acostara, iba a costarme trabajo dormir.

Como de costumbre, Moira se encontraba en el invernadero preparando más de esas pequeñas bolsitas de infusiones de hierbas que habíamos estado rellenando durante el

último mes.

—Buenas noches, Moira. —Me acerqué a darle un beso en la mejilla—. Pensé que hoy

vendrías a la cena.

—Mi hija Gladys necesita las infusiones para llevárselas mañana a Sintra, eso es más

importante. —La mujer me sonrió, aunque un aire de tristeza se traslucía en su expresión.

Apreté los labios. Moira no debería trabajar tanto. Comprendía que para ella suponía

una especie de pasatiempo, pero personalmente consideraba que debería pasar más tiempo con su familia. Apenas la había visto en las reuniones familiares desde que llegué allí.

—No sabes lo agradecida que estoy de que vengas a ayudarme. —Moira me palmeó la

rodilla al sentarme a su lado.

—Soy yo quien está agradecida, Moira. Me encanta todo lo que me has enseñado y me

gusta sentirme útil.

¿Sabría Aileen la suerte que tenía por tener una abuela así? La mujer no se parecía en nada a las típicas viejas a las que estaba acostumbrada. Aún no la había oído soltar una sola queja sobre sus achaques o una crítica sobre otras personas. Todo lo contrario.

Moira era tan risueña como Aileen, sabía escuchar, aconsejaba con moderación y te animaba a encontrar tu propio camino. Poseía un extraordinario sentido del humor y de alguna forma conseguía darle a todas sus historias un toque especial que hacía que quisieras escuchar más y más.

—Te echaré de menos, Moira.

La confesión me salió sin más. Incapaz de mirarla lo disimulé poniéndome a rellenar bolsitas con las hierbas secas que ella tenía preparadas sobre la mesa

de madera. No

me arrepentí de habérselo dicho, pero expresar sentimientos nunca ha sido lo mío.

—Gracias, cielo, me hace feliz saber que piensas eso. Pero no te preocupes, no te quedará mucho tiempo para acordarte de mí. —Moira rio para sus adentros, como si supiera algo que yo desconocía—. Te esperan tantas sorpresas en Cascáis que tu mente

y tu corazón estarán demasiado ocupados como para recordarme.

«Uhhmm... ¿Qué me he perdido? ¿O es solo una forma de hablar?». Apenas me dio tiempo de abrir la boca para preguntar a qué se refería cuando ella me cortó.

—¿Podrías hacerme un favor, Soraya?

—Sí, claro.

—¿Podrías pedirle a mi hija Gladys el colgante de plata que está guardado en mi joyero?

¿Qué tenía que ver un colgante con lo que acababa de decir sobre mi futuro?

Obviamente nada. Que simplemente fuera una forma de hablar me dejó más tranquila.

—¿Le llevo las bolsitas de infusiones que tenemos terminadas?

—Te lo agradecería, sí —contestó Moira terminando de llenar la última caja.

Con la cháchara que se oía desde el pasillo de la entrada fue fácil localizar a la familia reunida en la cocina. Aileen estaba sentada con sus dos hermanas en la mesa rinconera embalando unas figuritas de duendes en plástico de burbujas. Cualquiera habría esperado que fuesen las hermanas más jóvenes las que no pudiesen resistirse a explotar las burbujas, pero no, era Aileen la que jugaba mientras me guiñaba un ojo. Brian parecía estar preparando los bocadillos para el viaje y Gladys estaba en la encimera

de la cocina repasando con su marido Alan una lista. Me dirigí directamente a la isla de la cocina.

—Aquí están las infusiones. Moira dice que le gustaría que le cogieras un colgante de plata que tiene guardado en su joyero —expliqué soltando las dos cajas sobre la encimera.

La cocina entera pareció congelarse. Gladys miró con ojos como platos de las dos cajas a mí

—¿Eso ha hecho? —El murmullo de Gladys era tan bajo que dudé si era conmigo con quién hablaba.

—Sí... ¿Ocurre algo? —La repentina palidez de Gladys me daba mala espina.

Miré a mi alrededor. Todas las miradas estaban centradas en mí. Me preparé para lo

peor cuando Jenny abrió la boca, pero Aileen le dio un codazo haciéndola callar.

—No, no. Es que no me esperaba esa cantidad de infusiones. Debe de haber al menos

dos mil paquetes en cada caja —explicó Gladys abriendo una de ellas para inspeccionarla.

Suspiré aliviada. ¡Era eso! A veces realmente me pasaba de suspicaz. Si Moira no la

había advertido, entonces probablemente pensaba que todas esas bolsitas las habíamos

preparado hoy. Por lógica en el rato que había pasado desde la cena hubiera sido imposible terminar tantas bolsitas.

—Moira y yo llevamos casi un mes preparándolas. Están hechas con las hierbas que recogimos durante la noche de luna llena del mes pasado —le

aclaré—. Ella insiste en

que los beneficios de la valeriana y la verbena...

—Se triplican si se recolectan bajo la influencia de la luna llena —terminó Gladys repitiendo las palabras de su madre.

—¡Exacto! —Me reí al darme cuenta de que Moira parecía haber inculcado sus lecciones a toda la familia.

Gladys me devolvió una débil sonrisa.

—Aileen, ¿podrías subir a mi habitación? Encima del tocador está el joyero.

Aileen apareció minutos después con un cofrecito de madera en sus manos. Se lo entregó a su madre, no sin antes dirigirme una enigmática mirada. Gladys lo aceptó ensimismada. Alan le puso un brazo alrededor de los hombros como si quisiera transmitirle todo su apoyo. ¿Le había molestado que Moira hubiera pasado tanto tiempo conmigo?, ¿o sería por la despedida? Alan iba a quedarse en Athlon con su hija menor

Brenda para que esta pudiera hacer su prueba de acceso a la escuela de arte, lo que significaba que Gladys no volvería a verlos hasta dentro de tres semanas y Moira parecía no tener siquiera intención de ir a Portugal durante el verano.

Gladys me entregó el joyero con un suspiro.

—¡Llévaselo! Siempre le ha encantado oír la música.

—Gracias, Gladys, se lo llevaré.

Me fui dejando atrás un extraño silencio. La verdad es que hasta ahora no me había planteado que Gladys iba a Cascáis más por trabajo que por placer y que no debía de

ser nada fácil para ella dejar atrás a una parte de su familia.

A la puerta del invernadero, sentada en su vieja mecedora, me esperaba Moira.

—Es un joyero precioso, Moira. —Se lo entregué y tomé asiento a su lado.

La abuela acarició con delicadeza la tapa antes de abrirla. Una delicada melodía inundó el jardín e iluminó su arrugado rostro con ternura.

—Me lo regaló mi marido cuando nació Gladys —contó sin alzar la vista.

Tenía una expresión ausente mientras se perdía entre sus memorias. Debían ser recuerdos hermosos por la forma en que su expresión se llenó de añoranza.

—Mira, esto era lo que estaba buscando. —Moira sacó un pequeño saquito de terciopelo rojo y lo abrió con cuidado, sacando un collar de plata algo ennegrecido—.

Toma, es para ti.

Con un nudo en la garganta acaricié el colgante con la punta de mis dedos. Estaba trabajado en hilos de diferentes metales y parecía estar hecho de forma artesanal. Era una especie de flor que enmarcaba una estrella de cinco puntas. La cadena y la base del colgante eran de plata, pero los símbolos y algunas inscripciones estaban realizados de otros metales como el oro y el bronce. La cadena era preciosa y muy original, pero también parecía muy antigua y valiosa.

—Me encanta, pero no puedo aceptarlo, Moira. Es demasiado...

La anciana arqueó una ceja.

—¿Pretendes ofenderme?

—¡No! ¡Por supuesto que no! —Mis palabras salieron atropelladas—. Pero quizás a Gladys le gustaría tenerlo para ella —sugerí intentando no herir sus sentimientos.

—¡Pamplinas! Ella sabe que nunca fue destinado a ella. Además, te va a hacer falta. —

Moira me apretó con firmeza la mano en la que sostenía la joya.

Parpadeé. «¿La cadena me va a hacer falta?». Mi expresión debía de ser bastante graciosa, porque Moira rompió a reír. Quitándome la cadena de las manos abrió el cierre.

—¡Agacha la cabeza!

Dudé. ¿Qué era peor? ¿Aceptar la cadena sabiendo que no debería o seguir negándome

a la amabilidad de Moira? Finalmente obedecí e incliné la cabeza. Moira me colocó la

cadena, sorprendiéndome una vez más con la destreza que tenía para su edad.

—Quiero que me prometas que la llevarás puesta y que no te la quitarás bajo ningún concepto —me exigió rozándome la mejilla con sus fríos y suaves dedos. Asentí desconcertada—. Ahora ve a dormir. Mañana te espera un día muy largo —me

despidió dando por zanjada la conversación.

—Moira, yo...

—No te preocupes por eso ahora —me interrumpió con un gesto despreocupado de su

mano—. Volveremos a vernos.

No pude resistirme a darle un último beso antes de marcharme. Me quemaban los ojos,

pero tragué saliva procurando retener las lágrimas. Nunca me gustaron las despedidas, ni tampoco llorar delante de la gente. Algunas cosas era mejor hacerlas a solas.

—Soraya, por favor, devuélvele a mi hija el joyero. —Moira titubeó con una extraña

expresión de añoranza antes de entregarme la cajita—. Y... dile que la quiero.



CAPÍTULO 2

—¡Brian, por favor, solo un ratito más! —Jenny puso ojitos de cachalote moribundo capaces de derretir incluso el corazón del hombre de lata.

Apreté los labios para retener mi risa. Esa niña nació para ser la reina de las manipuladoras.

—¡Ni de coña! —masculló Brian—. Después soy yo el que se come el marrón. Mamá

dijo hasta las dos y son las dos menos cuarto.

—¡Pero si la playa no ha comenzado a animarse hasta ahora! —protestó Jenny dirigiendo una mirada soñadora a las hogueras donde un joven con el dorso descubierto saltaba por encima de las llamas al tiempo que los otros lo animaban a gritos.

—Razón de más para llevarte. No quiero perderme la diversión —gruñó Brian cruzando los brazos en el pecho—. Apáñatelas con mamá, a lo mejor mañana te deja

quedarte más tiempo.

El semblante de Jenny se transformó cuando la chispa de esperanza en sus ojos fue reemplazada por un aire de decisión. Casi se podía ver cómo la maquinaria en su mente se ponía en funcionamiento y una bombilla luminosa se encendía sobre su cabeza. A Gladys mañana le iba a esperar un día muy, pero que muy largo.

—¡Venga vamos! —Brian se giró hacia Aileen. Pareció titubear—. Tardaré un cuarto

de hora.

—Vale.

—¿Y si os venís conmigo?

—Deja de hablar pamplinas, Brian, y lárgate de una vez. —Su voz sonó tan irritada que Brian no intentó llevarle la contraria.

La negativa de Aileen era comprensible. El ambiente en la pequeña cala era genial.

Había gente joven de todas las nacionalidades reunida alrededor de tres fogatas; desde un coche del aparcamiento sonaba música disco, todavía nos quedaban bebidas... Irnos

habría sido una faena.

—Está bien. —Brian se rascó la nuca con un suspiro—. Llevo el móvil por si me necesitáis.

¿Por si le necesitábamos? ¡Ni que estuviéramos en un país tercermundista en el que nos fueran a secuestrar de un momento a otro! ¿Qué diantres le pasaba? Aileen rio por lo

bajo observando cómo Brian se marchaba disgustado, pero cuando habló lo hizo con una mueca.

—¡Ahí va otro! —se quejó—. Voy a tener que apartarme de ti hasta que deje de parecerme a un cangrejo.

Parpadeé. ¿Otro? ¿Parecerse a un cangrejo? Era cierto que seguía estando más colorada que un tomate. Los tres días que llevábamos en Cascáis no habían ayudado a

difuminar demasiado sus excesos del primer día de playa, pero ¿qué tenía eso

que ver

conmigo?

Aileen señaló con la barbilla a un chaval de veintipocos años que inmediatamente me

dedicó una amplia sonrisa desde el otro lado de la fogata. Se llamaba Joao o algo por el estilo. Me lo habían presentado el día anterior en la playa junto a otros cuatro o cinco, pero mi capacidad para recordar nombres y caras es más corta que la de un besugo.

—Desde que estamos aquí no consigo ligar ni a la de tres —proclamó Aileen con un

dramatismo digno de una actriz de cine mudo—. Cuando parecía una pescadilla en harina por lo menos me echaban piropos.

—¡Llevas tres días rodeada de chicos! —Entorné los ojos.

¿Cómo se podía ser tan exagerada?

—Únicamente porque tú los atraes con el reflejo dorado de tu piel y yo los salvo de salir incinerados cuando los fulminas con la mirada.

Se escabulló con una sonrisa ladeada cuando intenté darle un codazo cariñoso.

—¡Idiota! Suenas como una poetisa mala.

—Vaya, vaya, vaya. ¿Qué tenemos aquí? —Su sonrisa se congeló en una mueca cuando

su atención se centró en la entrada de la caleta situada a mi espalda.

¿Qué le llamaba tanto la atención? Me giré. Hombres. ¡Debería habérmelo imaginado!

Al menos estos tres sí que eran guapos y ¡vaya si lo eran! Aunque no venían solos, las cuatro chicas que los acompañaban eran dignas de estar en la portada

de una revista de moda —la rubia podría hacer el reportaje central del *Playboy* sin problemas con ese vestido prácticamente transparente de encaje blanco—.

En cuanto a los hombres, a pesar de que debían de tener menos de treinta, llamarlos chicos habría sido definitivamente un insulto a su aura de virilidad. Les rodeaba un aire peligroso, pero era el tipo de peligro sensual que nos hace babear a las mujeres.

De los tres, el moreno alto era el que más me llamó la atención; seguía al resto de su grupo a cierta distancia con gesto de tedio. Obviamente yo no era la única en fijarse en él. Atraía el interés femenino a su alrededor como un imán, pero lo hacía de una forma tan natural e inconsciente que me pregunté si percibía el magnetismo animal que ejercía o si estaba tan acostumbrado que ni le importaba.

Intenté entender por qué los componentes del nuevo grupo me parecían tan similares entre ellos cuando resultaba evidente que eran totalmente diferentes entre sí. No conseguía poner el dedo en qué era exactamente lo que tenían en común. No parecían

hermanos, pero... ¡Ufff!

Tenía claro que era fácil diferenciarlos a leguas de la gente que nos encontrábamos allí en la caleta, pero el motivo real se me escapaba. ¡Ya nos habría gustado al resto que nos hubiesen criado en la misma granja que a esos guaperas! ¡Lo que hubiera dado por

tener la elegancia y estilo de esas mujeres! ¡Si hasta la conejita *playboy* tenía estilo!

A deducir por el tono pálido de su piel no podían llevar mucho tiempo en Cascáis. Un

día en la playa y probablemente habrían cogido el mismo tono rojo cangrejo de Aileen.

Únicamente el moreno alto y el rubio parecían haber disfrutado un poco del sol.

Aseguraría que eran de nacionalidades diferentes. Aunque nunca se puede poner la mano en el fuego con esas cosas. Dos de las chicas tenían un cierto aire oriental y la conejita *playboy*, con el pelo de color platino, parecía el estereotipo de algún país nórdico. ¿Noruega o Suecia, quizás? La más difícil de ubicar era la chica de cabello

castaño. No tenía unos rasgos tan diferenciadores como las demás. ¿Sería francesa?

En cuanto a los hombres, parecían mediterráneos. Probablemente fueran portugueses, si

no, votaría por españoles, italianos o, como mucho, griegos. En realidad daba igual de dónde fueran. Eran tan atractivos que hasta a mí me costaba cerrar la boca y dejar de admirarlos, y eso que no soy mucho de ir babeando detrás de nadie. Por desgracia, hombres así estaban muy por encima de mi liga. Lo que, claro está, no significaba que no pudiera disfrutar de las vistas como hacían todas las demás.

Todavía seguía boquiabierta cuando el chico de los pinchos dorados reparó en Aileen.

Un repentino centelleo de reconocimiento apareció en sus ojos y sus labios se curvaron en una sonrisa torcida. ¿Se había dado cuenta de cómo los estábamos admirando?

Inevitablemente sí. No estábamos siendo muy disimuladas que dijéramos.

El rubio era el más guapo del grupo. Sus ojos eran de un azul tan brillante que parecían resplandecer desde el interior y los pómulos, marcados en un rostro fino y de piel perfecta, le otorgaban un cierto aire aristocrático.

Le eché una ojeada a Aileen. Su expresión reflejó una combinación de fascinación y reparo que se incrementó cuando el rubio se acercó a nosotras.

—¡Tú eres la chica de los O'Conally! ¿Aileen verdad? —la abordó el rubio con una

sonrisa descarada.

La voz masculina resultaba más increíble aún que su físico. Tenía una tonalidad profunda y suave que recordaba al tacto del terciopelo. Terciopelo color chocolate para ser exacta.

—¡Ah! ¡Hola... Fernán! —lo saludó Aileen entre balbuceos.

Mis cejas subieron casi hasta el nacimiento de mi cabello. ¿Aileen insegura ante una criatura del género masculino? ¿En serio? Yo era la tímida, la titubeante, la lenta de reacciones. ¿Pero Aileen? Ella solía ser el centro de atención fuera adónde fuera y, encima, tenía una capacidad innata de manejar a cualquier hombre a su antojo.

—¡Caramba! Sí que has cambiado desde la última vez que nos encontramos. —
Por el

tono de voz del rubio resultaba más que evidente que la transformación le gustaba.

—Eh... sí, bueno... tú... tú... ¡Estás igual que siempre! —Un profundo color rojo apareció bajo la ya de por sí colorada tez de Aileen.

Fernán carcajeó ante el torpe comentario. No me extrañaba. Si pretendía ligar, ese era el piropo más soso que había oído en mi vida. ¡Pobre Aileen!

—Hace mucho desde... ¿Qué os trae por aquí? No soléis venir por estas fechas. —

Aileen dirigió una ojeada insegura a los acompañantes de Fernán, que parecían haberse puesto cómodos en otra de las hogueras.

El moreno alto vigilaba a Fernán con el ceño fruncido. No era tan extremadamente guapo como él, aunque a mí me resultaba mucho más atractivo. Su mandíbula ancha y

los rasgos más cuadrados le daban un aire viril como de deportista profesional o actor de películas de acción. Solo sus sensuales labios rompían tanta imagen de macho *alpha*. Tenía el labio inferior relleno, mordisqueable, casi como el de una mujer. Por primera vez en mi vida entendí por qué en las novelas románticas las protagonistas se quedaban hechizadas por unos labios

masculinos y se morían de ganas de besarlos y morderlos. ¡Si hasta acababa de suspirar! Definitivamente, debía de ser mi día tonto.

Sus profundos ojos grises me recordaron a los de una pantera que una vez vi en un documental, hermosos, misteriosos y tan llenos de confianza como seguros y elegantes

se veían sus gestos. A su lado, una de las bellezas de aspecto oriental nos estudiaba con gesto serio.

La sonrisa de Fernán se torció un poco más, signo de que estaba saboreando el desconcierto de Aileen.

—Una reunión familiar. —Fernán encogió ligeramente los hombros—. Ya sabes cómo

son esas cosas.

—¿Habéis venido a cazar? —indagó Aileen entrecerrando los ojos.

«¿A cazar? Que pregunta más rara». Fernán soltó unas carcajadas antes de contestar.

—No. Estamos aquí exclusivamente para divertirnos. A nosotros también nos gusta socializar de vez en cuando. —Le guiñó un ojo.

Tenía la sensación de que me estaba perdiendo algo. ¿A qué venía ese tono bajo?

Ambos se mantuvieron la mirada en silencio. Demasiado silencio. Aileen me echó una

ojeada antes de hablarle en gaélico. Para mi sorpresa, él respondió con lo que parecía un acento perfecto. No lo sabía en realidad porque yo no entendía gaélico.

Intenté interpretar los gestos y la entonación, pero no había manera. Las manos de Fernán estaban alzadas, abiertas, y su tono era calmado, como si estuviera tratando de tranquilizar a Aileen. Ella preguntó algo. Él negó moviendo la

cabeza. Una acusación.

Él volvió a negar. De repente la voz masculina adquirió un matiz seductor. Fernán alargó la mano y devolvió un mechón de cabello de Aileen al lugar al que debía de pertenecer. La intensidad roja de la tez de Aileen se elevó varias tonalidades. ¿Estaban ligando?

Una voz femenina, clara y tersa, me hizo girar sobresaltada. Era la belleza oriental que había estado estudiándonos acompañada por el otro moreno más bajo. ¿Cómo había llegado a mi lado sin yo siquiera notarlo? La chica también habló en gaélico, con una entonación sosegada pero firme, como quien hace una promesa. Los ojos de Aileen se

mantuvieron ligeramente entrecerrados al evaluarla. La chica le sostuvo la mirada con serenidad. Aileen relajó gradualmente los hombros y su acostumbrada sonrisa

reapareció antes de responder.

Estudí a la chica morena con más atención. Su cara ovalada parecía esculpida en delicado marfil. Sobre su tez, de figurita de porcelana, destacaban unos deslumbrantes ojos almendrados de un intenso color esmeralda. El largo pelo azabache le caía con un reflejo satinado en sedosas cascadas sobre los hombros. A pesar de su edad, que debía de rondar los veintiocho, tenía un porte distinguido y sus movimientos fluían suaves y armoniosos. Emanaba tanta elegancia y distinción como una princesa sacada de un cuento de las mil y una noches.

Su acompañante era guapo pero no había nada extraordinario que me llamara especialmente la atención, excepto su silencio y una cierta actitud protectora respecto a ella.

—Me llamo Karima. —La chica me sonrió ofreciéndome la mano—. Y él es Damián

—dijo señalando a su acompañante.

«¡Tierra trágame! ¡Seguro que se ha dado cuenta de mi escrutinio!».

—Encantado de conocerte. —Damián inclinó la cabeza, pero no hizo ademán de estrecharme la mano.

—Mi familia y la de Aileen son viejos conocidos. —La sonrisa de Karima era comprensiva, a pesar de mi torpeza de mirarla fijamente.

Puede que estuviera acostumbrada al efecto que causaba en los demás. Era imposible

que yo fuera la única que se sintiera intimidada por ese aire de realeza que la rodeaba.

Había algo en ella, en sus ojos, algo más que amabilidad —aunque no habría sabido con exactitud definir el qué—, que me agradaba. Parecía una persona sincera, llena de bondad.

—Soraya. —Le estreché la suave y extrañamente helada mano.

Fernán se fijó en mí, como si hasta ahora no hubiese reparado en mi presencia.

—¿No vais a presentarme? —Sonó como una exigencia más que como una pregunta.

—¡Eh! Sí, claro. —Aileen me echó un vistazo, indecisa—. Ella es Soraya. Una amiga española que está pasando las vacaciones con nosotros —titubeó antes de seguir—: Soraya, te presento a Fernán. Un... viejo conocido de la familia —repitió vacilante la

explicación de Karima.

Por la forma en que brillaron los ojos de Fernán, la situación parecía divertirse. Estiré mi mano para saludarlo. Su expresión se llenó de picardía. Aceptó mi mano, pero lo hizo para tirar de ella y acercarme a él. Mi vena defensiva entró en acción de forma instintiva pero incluso antes de que pudiera apartarme de él, el movimiento con el que Fernán pretendía besarme se frenó en seco. Retiró su mano con tanta brusquedad que

cualquiera diría que le había propinado una descarga eléctrica.

En el rostro de Fernán se alternaron el desconcierto y la furia, pero un parpadeo después únicamente quedaba una máscara de cortesía en su rostro. Con una sonrisa perpleja, se enderezó y se frotó la palma contra la camiseta. ¿Qué había pasado? Era

guapo con ganas, pero parecía no estar del todo bien de la chaveta. Una lástima. Tanta perfección en un solo hombre habría sido demasiado pedir.

Aileen le preguntó algo. Su tono era tan suave y sarcástico que resultó evidente que se estaba burlando de él, más cuando comenzó a reírse regocijada. Él pasó la vista de Aileen a mí. Sus labios se curvaron divertidos. Esto de no entender una palabra de lo que hablaban era una lata. Si Aileen pensaba que la iba a dejar salir de esta sin interrogarla y echárselo en cara entonces iba aviada.

—Es un extraordinario placer caer, en una misma noche, bajo el hechizo de una bruja

celta... —Le guiñó el ojo a Aileen cortándole el aliento—, y el encanto intocable de

una princesa persa. —Pasó del inglés a un perfecto castellano inclinándose ante mí con un ademán teatral.

Karima frunció el ceño. ¿Habría algo entre ellos? ¿No era con Damián con quién estaba? ¿Y en cuántos idiomas sabía defenderse el guaperas rubio? Esto de que todos

manejaran varios idiomas menos yo resultaba deprimente. En la familia de los O'Conally todos hablaban además del inglés y el irlandés, castellano y, como constaté los últimos días, también se las apañaban muy bien en portugués.

—Los demás nos están esperando —interrumpió Karima con un ligero toque de

amonestación.

Fernán ni siquiera hizo el intento de echar una ojeada a su grupo de amigos, los cuales seguían divirtiéndose en la fogata, a excepción del atractivo moreno de ojos grises, que permanecía inamovible en el mismo sitio y mantenía su

mueca de disgusto. Habría

jurado que el moreno no se había movido ni un milímetro desde la última vez que le eché una ojeada.

—Espero que os unáis a nosotros —nos invitó con tono seductor Fernán—. Sería todo

un placer. —La mirada penetrante que le dedicó a Aileen le dio un doble sentido a sus palabras.

—¿Fernán? —A pesar de la amable sonrisa, la llamada de Karima reveló su exasperación.

Él nos dirigió una ligera reverencia antes de girarse sobre sus talones y retirarse seguido de Karima. Aún atónita, me volví hacia Aileen.

—¿A qué venía todo esto?, ¿qué...?

—¡Ahí llega Brian! —me interrumpió ella con expresión aliviada, señalando a su hermano.

Brian examinó con semblante grave a los recién llegados mientras se acercaba a nosotras. Claudio a su lado gritó algo en portugués a unos chicos, seguramente para que les echaran una mano con la carga de comida y bebida que traían para la barbacoa.

Troté hasta Claudio para ayudar con las bolsas, pero no se me escapó la tensa disputa entre Brian y Aileen y las ojeadas precavidas que echaron, tanto a los nuevos como a

mí.

El rostro de Brian era inusualmente serio, inquieto; Aileen, por su parte, aparentaba querer convencerlo de algo. Cuando me aproximé a ellos para averiguar qué pasaba, la

conversación acabó de forma repentina y ambos se escaparon con la excusa de

que quedaban más bolsas en el coche de Claudio.

¿Qué diantres pasaba?



CAPÍTULO 3

Con el jaleo de la barbacoa, la oportunidad de interrogar a Aileen se esfumó. Ella se puso a preparar la carne junto a Joao y otros chicos y yo colaboré repartiendo la comida.

—¿Os apetece algo para hincarle el diente? —Puse mi mejor sonrisa al acercarme con

dos platos llenos de montaditos a la fogata en la que permanecía Fernán y sus amigos

prácticamente a solas.

¡Dios, qué guapos eran!

Fernán y los suyos rompieron a reír por lo bajo. Parpadeé confundida. ¿Qué les causaba tanta gracia? El rostro serio de Karima fue la única excepción a la regla. Se levantó y les dedicó una mirada de desaprobación.

—No, gracias —declinó Fernán divertido—. Prometí que por hoy mantendría mi

apetito a raya.

Le echó una ojeada a Karima, que tenía pinta de querer propinarles una buena

tunda cuando resonó otra tanda de carcajadas.

Anclada en el sitio dudé avergonzada. ¿Se estaban riendo de mí?

—¿Y a ti, Álvaro? ¿No te tienta un bocado? El olor parece delicioso —
ronroneó la seductora voz de la rubia *playboy* mientras le dedicaba una sonrisa
provocativa al moreno misterioso de ojos grises.

¿Álvaro se llamaba? De cerca era todavía más atractivo. Tenía el brillante pelo
negro un poco revuelto, como de haberse pasado las manos varias veces por
él, aunque incluso eso le quedaba bien. Mi pulso se aceleró cuando me
inspeccionó con absoluta

imperturbabilidad de los pies a la cabeza, deteniéndose insolente en mis
caderas y escote.

Dividida entre la ola de calor que me recorrió allá por dónde pasaban sus ojos
y la leve conciencia de que estaba siendo examinada como una mercancía,
llené mis pulmones de aire, alcé la barbilla y... me mordí la lengua. ¿A quién
pretendía engañar?

Me gustaba la forma en que sus pupilas se dilataban. El mayor problema en ese
instante era no dejar que mis rodillas cedieran cuando se sentían como si
estuvieran hechas de gelatina, ni tampoco dejarme amedrentar por su
engreimiento de gallo de corral.

Cuando nuestras miradas se cruzaron sus ojos reflejaban un oscuro y
peligroso brillo.

No tuve tiempo de interpretarlo porque a velocidad de ráfaga fue sustituido
por sorpresa, incredulidad y cautela.

—Tienes razón. Huele realmente exquisita. Toda una tentación; sin embargo,
creo que... «de momento», no la voy a probar —le contestó a la rubia, que
había dejado de

reír, enarcando una ceja.

—Gracias, Soraya —intervino Karima sonriéndome incómoda—. Ya cenamos

antes de

venir.

Un brazo protector apareció alrededor de mis hombros. Suspiré aliviada al comprobar

que era Brian.

—¿Ocurre algo?

No sé si fue preocupación o amenaza lo que detecté en su tono, ¿o eran las dos cosas?

—Soraya ha sido tan amable de invitarnos a compartir vuestra barbacoa, pero ya hemos cenado —aclaró Karima en tono conciliador.

—¡Ya! —respondió Brian seco.

—No obstante, ha sido muy considerado por vuestra parte —intercedió la chica de pelo castaño acercándose a nosotros y sumándose a la actitud apaciguadora de Karima

—. Hola, soy Lea —se presentó.

—Soraya —respondí aceptando su fría mano.

—Vamos, Aileen te está buscando. —Brian me empujó con delicadeza rumbo a la barbacoa.

Antes de girarme, vi la cara apenada de Karima y la enigmática y penetrante mirada de Álvaro, que parecía querer grabarse como un hierro candente en el fondo de mi retina.

El ritmo frenético de la fiesta se calmó después de la comida y acabamos todos sentados alrededor de las fogatas. Joao y Claudio tocaban la guitarra, cantando canciones portuguesas. Algunos los acompañaban, otros simplemente charlaban y bromeaban relajados.

Yo permanecí al lado de Joao y Claudio, hechizada por su música. Tenían voces agradables y con su acento lusitano las melodías adquirían un encanto especial. Aunque yo no hablaba portugués, era tan similar al castellano que resultaba fácil entender gran parte de la letra. Además, por la entonación lenta y dulce era más que palpable que la mayoría de los temas eran románticos.

Joao y Claudio se defendían bastante bien en español. Su inglés —el idioma con el que nos comunicábamos la mayoría allí— también era perfecto y muy fácil de entender.

Imagino que yo hacía trampa al quedarme con Joao y Claudio, pero después de tantas

horas hablando en inglés poder conversar con alguien en mi propio idioma era un alivio.

—¡Cógela de una vez y deja de resistirte! —Joao puso la guitarra sobre mi regazo.

¿Había vuelto a pescarme mirándola con añoranza? Ya lo hizo antes cuando le confesé

que sabía tocar. Indecisa me mordí los labios. Los recuerdos asociados con tocar la guitarra seguían doliendo.

Fue mi padre quien me enseñó a usarla, quien se sentaba durante las noches de verano

conmigo para compartir la música. Suspiré. No me sentía capaz de coger la guitarra, pero tampoco de rechazarla. La acepté y acaricié las cuerdas, dejando sonar algunas notas.

—Eso es. Sujétala bien. —La voz de Joao era suave, paciente, como si intuyera la existencia de memorias dolorosas que necesitaba superar.

Quizás fuera hora de que yo también pusiera de mi parte para superarlas. Me coloqué

bien la guitarra y comencé a tocar. Al principio con reparos, pero a medida

que sonaron los primeros acordes me fueron llenando con su calidez. La nostalgia dejó, poco a poco, de desgarrarme. Era como si a través de las notas se volatilizara todo el dolor que había permanecido latente en mi interior, como si mi pesada carga se transformara en sonidos que se alejaban arrastrados por la suave brisa marina.

A medida que la armonía me inundaba más y más, mi memoria evocó las imágenes llenas de ternura del hombre que me enseñó a amar la música y a seguir sonriendo al

mundo y a la vida aunque las cosas fueran mal. Parecía como si, a cada momento, el

lastre que arrastraba desde el accidente estuviera poco a poco evaporándose hasta desaparecer.

Me centré de tal manera en mis sentimientos y en la melodía, que no fue hasta que acabé —con las últimas notas de *Entre dos aguas*—, cuando advertí que había cesado la alegre cháchara y que todo había quedado en silencio.

Cuando alcé la cabeza, todos los ojos estaban enfocados sobre mí. Un intenso calor subió por mis mejillas ante la admiración que reflejaban. El moreno, Álvaro, me observaba con una mezcla de asombro y curiosidad, y el rostro de Aileen era un poema

en sí mismo —cualquiera diría que acababa de ver a Harry Potter en un bañador de patitos—.

Su estupefacción acabó por parecerme tan divertida que mi vergüenza se esfumó.

Sonreí, reajusté la guitarra y liberé unas notas alegres y rítmicas de samba. Como era de esperar, la gente respondió de inmediato al cambio de ritmo pasando su atención de mí a la música. ¿Quién podía resistirse a una buena samba en la playa?

Para cuando alcé de nuevo la cabeza, solo los insondables ojos de Álvaro seguían fijos en mí pero, por primera vez, portaba una leve sonrisa y en su semblante se reflejaba la aprobación. Un estremecimiento de placer me

recorrió. Me supuso un esfuerzo descomunal desviar mi atención de esos ojazos grises y concentrarme en la música.

A mi lado, nuevas notas comenzaron a acompañarme. Era Joao con la guitarra de Claudio. Y de la nada me llegaron los sonidos de unos bongos. Algunas chicas comenzaron a bailar con sensuales balanceos de cadera, seguidas por algunos de los chicos portugueses, que parecían llevar el arte en las venas.

—Flamenco, flamenco... —corearon algunas de ellas después de dos o tres canciones.

Animada asentí y toqué una rumba. Joao y Claudio enseguida cogieron el compás, por

lo que me dediqué a enseñarles a los demás a tocar las palmas.

—Un, dos... tres; uno, dos... tres.

—¡Enséñanos a bailar! —pidió una de las chicas inglesas más atrevidas.

—¡Sí, por favor! —coincidieron algunas más.

«¡Mierda! ¡Debería haber previsto que me lo pedirían!». ¿Cómo se me pudo olvidar que a los extranjeros les fascinaba todo lo relacionado con el mundo del flamenco? La mayoría pensaban que los españoles nacíamos siendo bailaores y, en mi caso, yo para

bailar era más torpe que un pato nadando en un barreño de mantequilla.

—No es difícil. La rumba es un baile de seducción. Si seguís el ritmo al tiempo que os imagináis seduciendo a un chico os saldrá de maravillas. —Crucé los dedos porque se

conformaran con esa explicación.

—¡Eso no vale! ¡Tienes que mostrárnoslo! —exclamó Aileen agarrándome del brazo para tirar de mí, en tanto que las demás animaban a viva voz.

Se me escapó un gemido. Podría haber matado a Aileen o haber escondido la

cabeza

bajo la arena, pero supuse que llamaría menos la atención siguiendo sus deseos.

—De acuerdo. —Me levanté con un suspiro de rendición—. Es una simple combinación de movimientos de cadera, brazos y mirada. —Comencé a mover pies y

caderas al son de la música—. Pensad en la persona a la que queréis enamorar, y ahora... —Mis ojos se encontraron con los inquietantes y enigmáticos de Álvaro—.

Intentad seducirlo.

Crucé los dedos porque nadie se percatara del ligero temblor en mi voz. El placer que me invadió al percibir la fascinación de Álvaro, me proporcionó el valor y el atrevimiento de seguir adelante. La llama en su mirada iba dejando un rastro de calor allá por donde acariciaba mi cuerpo y atizaba mis rítmicos contoneos de cadera, tornándolos cada vez más atrevidos y sensuales.

Titubeé cuándo Joao se acercó a mí sin dejar de tocar la guitarra, intentando a su vez conquistarme. Los ojos de Álvaro se entrecerraron y sus pupilas se ensombrecieron.

Estuve por alejarme de Joao hasta que la rubia platino apareció al lado de Álvaro y le susurró algo al oído. Una sensación ácida se formó en mi estómago, acompañada de la

consciencia de que acababa de hacer el ridículo más espantoso.

Intenté disimular girándome hacia el resto del animado grupo. La mayoría de las chicas seguían bailando. Unas con más estilo y acierto que otras, pero incuestionablemente todas se lo estaban pasando genial. Incluso Karima, con su apariencia tan formal, se había soltado el pelo.

También algunos chicos se atrevieron a participar. Algunos seductores, otros concentrados y otros... definitivamente haciendo el payaso. Y, por las

miraditas de algunas de las parejas de baile, sospeché que más de una terminaría en algo más que

una simple rumba.



En cuanto acabó la segunda canción me retiré con discreción de la atención de Joao para regresar junto al fuego a observar a los demás. En cuanto a Álvaro, se había ido y la rubia *playboy* detrás de él; el baile había perdido su embrujo.

¡No había forma de dormir! Me giré una última vez reajustando desesperada la almohada. ¡Nada! Me levanté y me puse el albornoz para ir a la cocina a prepararme un chocolate caliente. Salí a la terraza, confortada por el calor de la taza en mis manos.

Colocándome una manta sobre los hombros me senté en la vieja mecedora para intentar

calmar todo el revoltijo de pensamientos y emociones que me inundaban.

Me centré en el lento concierto de las olas al arribar a la playa y el soplo fresco de la brisa marina. Desde allí se veía cómo el cielo y el océano se unían en toda su extensión, iluminados por una pálida luna creciente. Aquella inmensa y tranquilizadora quietud apenas la estremecía, de tanto en tanto, la estela vertiginosa de una estrella fugaz.

Esa noche había sido la primera vez que había vuelto a coger una guitarra desde el accidente de mis padres. En cierta medida me había ayudado a recuperar una parte de

mí misma. Desde su fallecimiento había estado perdida, desamparada, como si

no supiera quién era, como si hubiera perdido mi lugar en el mundo. No se trataba simplemente de su muerte. Yo, mejor que nadie, comprendía que existía algo después

de la vida —aunque jamás lo había reconocido con tanta claridad como ahora—. Pero

era eso mismo lo que me había hecho plantearme infinitas veces el porqué mis padres

no habían regresado junto a mí. Si podía ver a otros espíritus, a los que ni siquiera conocía, ¿por qué a ellos no? De alguna forma era como si me hubiesen abandonado a

mi suerte, como si la que hubiese dejado de existir fuera yo.

Hoy había recuperado a mi padre. Lo sentí como si hubiera estado a mi lado, alentándome como solía hacer mientras sonaban los acordes de la guitarra. Al recordar esa sensación de cercanía con mi padre anhelé tener el instrumento otra vez entre mis manos.

¿Sería posible que a pesar de no verlos mis padres siguieran estando conmigo? Tal vez no podía verlos porque era yo quién no estaba preparada para afrontarlo. Quizás, algún día, cuando yo estuviera lista...

La pesadez en mi pecho regresó. ¿Por qué me costaba tanto trabajo dejarlos ir? ¿Y si ya era hora de asimilar mis capacidades especiales? Puede que no fueran tan malas después de todo. Pensándolo bien, nunca me había sentido realmente en peligro.

Bastante asustada y sobresaltada sí, sobre todo al principio, cuando oía la respiración de alguien al lado de mi cama, o aquella vez que algo me tiró de la pierna y tuve que agarrarme al cabecero para no caer al suelo. Por lo demás, todas las apariciones habían ocurrido de día o delante de otras personas. De hecho, excepto raras excepciones, todo solía resultar tan corriente que apenas era consciente de lo que ocurría.

Lo verdaderamente tenebroso de todas esas extrañas experiencias venía por costumbre

provocado más por las reacciones de los testigos que de los mismos... «espectros».

Mi piel se puso de gallina ante esa palabra. «¡Vale, siguen dándome repelús!». Pero si lo que quería era recuperar la sonrisa cariñosa de mi madre, entonces necesitaba hacer un esfuerzo por aprender a enfrentarme a mis miedos. Puede que fuera precisamente eso lo que mis padres estaban esperando. La cuestión era: ¿cómo podía alguien comunicarse con los fantasmas por voluntad propia?

Una figura inerte al lado del faro llamó mi atención. La silueta del hombre destacaba contra la negrura circundante, irrumpida solo por el tenue brillo de un foco. Se encontraba absorto contemplando el mar. No sé si era su postura o mi imaginación, sin embargo, parecía rodearle un halo de soledad y tristeza, casi como si se encontrara perdido en medio de tanta oscuridad.

El perfil en la lejanía me recordaba a una persona igualmente enigmática. Ese era otro de los motivos por los que no podía conciliar el sueño, el moreno de los insondables

ojos grises que se negaba a salir de mi mente: Álvaro.

Tenía todas y cada una de sus miradas grabadas en mi retina: la de sorpresa, la de cautela, la de curiosidad, la de desprecio y la de aprobación pero, sobre todo, aquellas indescifrables que no conseguía interpretar. Todavía podía sentir el fuego y cómo me

quemaba cuando bailé para él. Me estremecí con el recuerdo y al mismo tiempo sentí

vergüenza. ¿Qué me incitó a bailar de una forma tan descarada? ¡Prácticamente me ofrecí en bandeja a él!

Jamás había hecho algo así antes. Llena de humillación recordé cómo Álvaro, al regresar, se mantuvo apartado de mí y no se dignó a dirigirme ni una ojeada más durante el resto de la noche.

Imagino que pertenecía a ese grupo de hombres a los que no les atraen las chicas demasiado «fáciles», porque eso les privaba del incentivo de la caza y la

competición

o porque simplemente no les interesaba lo que estaba al alcance de todos. Por mi actuación, no me extrañaría demasiado que me hubiera incluido en esa categoría de féminas. ¡Qué bochorno! Aunque también era posible que yo estuviera simplemente fuera de su liga. Bastaba con tener ojos en la cara para ver que yo no podía competir con esa conejita *playboy* de pelo rubio platino.

Que a los otros chicos sí les llamara la atención mi «arte como bailaora» servía de poco alivio. Aun así, el que Joao y Claudio no se separaran de mi lado en toda la noche al menos ayudaba a no sentirme más ridícula y rebajada de lo que ya lo hacía.

Nunca había tenido reacciones tan contrapuestas ante un hombre. En un instante, me hacía sentir maravillosa y en el siguiente pequeña y frágil. Fue tan especial la manera en que Álvaro me miró y me sonrió cuando estaba tocando la guitarra... Claro que la

rubia platino y Karima estaban todo el tiempo alrededor de él. ¿Qué posibilidades tenía alguien como yo contra aquellas esculturas andantes? Ni aunque pudiera cambiar

la opinión que Álvaro se debía haber formado sobre mi disponibilidad tendría demasiadas oportunidades con él. Mis perspectivas eran prácticamente nulas.

Una tenue claridad comenzó a inundar el ambiente. Estaba amaneciendo. Suspiré. Más

valía dejar las cavilaciones para mañana. Eché un último vistazo al faro antes de regresar a la habitación. La oscura silueta seguía allí.

«¿Álvaro?».

Cómo si hubiera percibido mis pensamientos se giró lentamente hacia mí.





CAPÍTULO 4

Con los ojos hinchados y el cuerpo medio aletargado arrastré mis pies hasta la cocina.

Me sorprendió oír a Brian antes de llegar allí. Solía despertarse bastante más tarde que yo. Alcé las cejas al darme cuenta que hablaba en castellano. ¿Quién había allí para que los O'Connally hablaran en español? Generalmente lo hacían por cortesía hacia mí

y tampoco siempre.

—Deberíais hablar con ella y explicárselo. —La chica desconocida tenía un acento gallego tan fuerte que me costó entenderla—. El peligro siempre existe y es mejor prevenirlo.

—No lo tengo claro. —Aileen soltó un pesado suspiro—. No sé hasta qué punto está

preparada para esto. Además, ya conoces las normas.

—Está totalmente protegida —intervino con firmeza Brian—. Ayer comprobamos que

no pueden acercarse...

En cuanto crujió un azulejo algo holgado bajo mis pies, todas las voces quedaron sumidas en un expectante silencio. ¿De qué hablaban? ¿Y por qué tanto silencio ahora

de repente?

—Parece que por fin se ha despertado la bella durmiente —se mofó Brian al verme entrar en la cocina.

Hice una mueca para disimular mi inevitable sonrojo. Brian, Aileen y la desconocida

rieron divertidos.

—¡Hola! Tú debes de ser Soraya. —La chica menuda con carita de duende me sonrió

con alegría.

Indudablemente, ella era la propietaria del acento gallego.

—Y tú eres Nerea, la prima española, ¿verdad? —Me incliné para darle dos besos de

saludo.

—La sufrida pariente de una bruja pelirroja —me corrigió burlona propinándole un codazo a Aileen.

Se me había olvidado por completo que vendría la prima de Aileen a pasar un par de

semanas. Me lo habían mencionado días atrás, pero... ¡ufff!, mi cabeza simplemente estaba en otro sitio. Los O'Conally mantenían estrechos lazos de unión con una vertiente gallega de su familia, se veían varias veces al año y, sobre todo las más jóvenes de la familia, pasaban las épocas vacacionales juntos. Lo que explicaba el perfecto castellano —con acentillo— que hablaban todos.

Entre las bromas y los piques que animaron mi desayuno tardío, se fue entrelazando la planificación de la lista de «cosas por hacer» para el verano. Agradecida porque la alegre cháchara de las primas me permitiera estar callada sin llamar mucho la atención, intenté dejar de pensar en los ojos grises que me habían perseguido a lo largo de mis inquietos sueños.

Mi mente regresó a la extraña conversación de antes. Nadie había hecho referencia a

esa llamativa charla. ¿Era de mí de quién estaban hablando? ¿Se habían dado cuenta finalmente de mis «incidentes» y le estaban dando vueltas al asunto? Si ese era el caso, me convenía más dejar las cosas como estaban y no forzar la situación preguntando. No sería la primera vez que alguien huía y comenzaba a evitarme cuando les confirmaba sus sospechas.

Para cuando dejé la taza de cacao vacía sobre la mesa los demás ya habían hecho planes para todos los días del verano. Nerea, de momento, solo iba a quedarse dos semanas antes de regresar a Santiago, si bien, en cuanto acabara con su examen para el carnet de conducir regresaría, justo a tiempo para preparar la celebración de Lughnasadh, una antigua celebración celta, que con sus hechizos y rituales, prometía ser cuanto menos interesante. Lo cierto es que era la primera vez que había oído ese extraño nombre, pero ¿a quién no le gusta una celebración mágica?

—¡Mamá acaba de llamar! —La voz de Jenny tronó desde el pasillo antes de que su sonrojado rostro apareciera por la puerta entreabierta de la cocina—. Brian, quiere que le llesves la caja que se ha dejado en el pasillo, la goma arábica y el benjuí que tiene guardado en la despensa.

—¡Estupendo! ¡Me encanta Sintra! ¿Aprovechamos para dar un paseo allí? ¿Ya lo has

visto, Soraya? —preguntó Nerea entusiasmada.

—No. Leí algo en internet antes de venir aquí, pero no hemos tenido ocasión de visitarla. La describen como un paraje mágico. Incluso hablan de algunas historias tenebrosas relacionadas con ritos esotéricos y satánicos en una tal Quinta da Regaleira y en los bosques. La verdad es que a mí también me haría ilusión ir.

—¡Mágico y tenebroso! Sí, sin duda, esa es una forma estupenda de describirlo —rio

Nerea.

—¡Genial! Parece que ya tenemos planes para hoy —asintió Aileen—. Aunque es mejor dejar las visitas al Palacio y a Regaleira para más adelante. Le

prometí a mamá que hoy me encargaría de hacer las compras y la colada.

—Vale. —Brian también parecía animado—. Tenéis quince minutos para acabar de arreglaros. ¡Ni uno más! —nos advirtió antes de salir silbando por la puerta.

Media hora después miré mi reloj con un suspiro.

—No sé por qué tiene esa manía de meternos prisas si al final siempre es él el que llega tarde —masculló malhumorada Aileen.

—¿Por qué será que siempre nos acusan a nosotras de llevarnos demasiado tiempo en

el baño, cuando ellos necesitan el doble? ¡Ni siquiera puedo explicarme por qué tardan tanto en peinarse esos tres centímetros de peluca que tienen! —coincidió Nerea.

En el momento en que Brian apareció, Aileen y Nerea se lanzaron a por él para molerlo a base de cosquillas y pellizcos.

—¡Vale! ¡Vale! ¡Lo siento! ¡Por favor, estaos quietas ya!

—¿Sabéis por qué los hombres tardan más de quince minutos cada vez que están delante de un espejo? —preguntó Nerea con un brillo pícaro en los ojos—. Es porque

necesitan: cinco minutos para reconocer al hombre del reflejo, cuatro para echarle piropos, tres para acordarse del motivo por el que estaban delante del espejo, dos para

«no» encontrar el sitio dónde han puesto el cepillo y un minuto para pasarse las manos por el pelo, recolocarse el paquete, sonreír al chico guapo del reflejo y decirse adiós.

—¡Dios! ¡La que me queda por aguantar hoy! —gimió Brian.

—A ver si así aprendes a no hacer esperar a las mujeres, ¡presumido! —rio Aileen propinándole un manotazo en el hombro.

Sintra era mucho más bella de lo que hubiera podido imaginar. Parecía un pueblecito

de cuento de hadas rodeado por un bosque frondoso con magníficos palacios y mansiones. La tienda de Gladys se ubicaba casi en el centro del pueblo y encajaba a la perfección en ese entorno de fábula. Situada en la planta baja de un antiguo edificio, con las paredes pintadas de morado y detalles de madera y forja, tenía una apariencia tan fantástica que parecía una ilustración de un libro de los hermanos Grimm.

Todos aquellos botes y recipientes de vidrios de colores, las figuritas de hadas, duendes, velas y símbolos que estaban expuestos en el escaparate formaban un conjunto que le trasladaban a uno a través del tiempo.

El interior del comercio era similar al que tenían en Athlon. Con estanterías recubiertas de envases y tarros de todas clases, tonalidades, formas y tamaños: botellitas de aceites esenciales, bolsitas de infusiones e inciensos... Y al igual que en Irlanda, también aquí me envolvía ese delicioso olor a dulce y especias que me hacía querer cerrar los ojos para perderme en esa atmósfera encantada. No se trataba únicamente del aroma a vainilla, canela y lavanda que te recibía nada más pasar por la puerta, sino la combinación de todos los olores que iban llegando y cambiando a medida que te movías por la tienda y que casi podían saborearse sobre la lengua: canela, jazmín blanco, sangre de dragón, pensamientos, laurel, hojas de roble...

Pasé los dedos por las estanterías a medida que recorría la tienda. Muchas de esas hierbas y flores ya las conocía. Moira me enseñó sus propiedades, incluso hicimos juntas algunas de las mezclas que Gladys tenía expuestas en las repisas, como elixires e inciensos. Todos esos potingues estaban hechos con antiguas recetas heredadas de generación en generación que, supuestamente, ayudaban a purificar el espíritu, a potenciar las energías positivas o a atraer la armonía, entre otros muchos fines no menos estrambóticos y supersticiosos.

Aunque no creía mucho en esa magia casera me alegraba haber tenido la oportunidad

de aprender aquellas curiosas tradiciones con la anciana. Fue, poco más o menos, como asistir a clases de brujería. Y los resultados, a pesar de que no

fueran muy efectivos, sí que resultaban muy placenteros a los sentidos — ¡bueno, casi siempre!—.

El negocio de Gladys parecía estar funcionando bastante bien, a deducir por las cinco personas que esperaban a ser atendidas. Una mujer espigada, a mi lado, paseaba

ansiosa su mirada de los anaqueles a Gladys y luego a los otros clientes que también estaban esperando. Con un suspiro devolvió su atención de nuevo a las estanterías.

Curioseaba y cogía algún frasquito de vez en cuando, pero parecía incapaz de decidirse.

—Hay tanto donde elegir... —murmuró indecisa.

No tenía muy claro si me hablaba a mí o para ella misma.

—¿Qué está buscando?

La mujer me miró sorprendida y encogió los hombros.

—Algo natural para relajarme y olvidarme de los problemas durante un rato, pero aquí

hay tantas cosas que no hay forma de aclararse.

Sonreí. Recuerdo la primera vez que entré en la tienda de Gladys en Athlon, y cómo perdí casi una hora absorta estudiando y toqueteando todos los botes.

—Apetece probarlo todo, ¿verdad? ¿Por qué no prueba con este incienso? Contiene lavanda, olíbano y pétalos de rosa. —Escogí una de las bolsitas azules de la estantería y se la enseñé—. El olor es muy agradable. La lavanda tiene propiedades reconocidas

como relajante y el olíbano y los pétalos de rosa fomentan el equilibrio. Si echa unas gotitas de esta mezcla de aceites esenciales de lavanda, árbol de té y geranio en la bañera, estoy segura de que además de relajarse, acabará dejando de lado sus conflictos y encontrará la forma de verlos desde otro punto de

vista. —Le mostré la botellita de aceites a la que me refería.

—Te defiendes bien con todo esto. —La mujer asintió con la cabeza—. Voy a hacerte

caso. Tengo la corazonada de que funcionará.

—¿Desea que se lo envuelva? —se ofreció atenta Aileen, que se había acercado a nosotras sin que me diera cuenta.

—Sí, gracias.

Con la llegada de varios autobuses de turistas a la plaza, al final nos quedamos echando una mano a Gladys. Apenas tuvimos tiempo de comer un bocadillo para el almuerzo. Aileen y yo atendíamos a la clientela, Brian y Nerea se dedicaban a empaquetar las cosas y Gladys cobraba.

—¡Menos mal que habéis venido! Anoche ingresaron al marido de Constanza con un infarto cerebral. No sé qué habría hecho sin vuestra ayuda. —Gladys puso el cartel de

«cerrado» en la puerta cuando salió el último cliente—. Y tú, Soraya... tengo que admitir que me has dejado alucinada. ¿De dónde has aprendido tanto sobre las propiedades de las plantas?

—Me enseñó Moira. —Encogí los hombros tratando de disimular el calor que invadió

mis mejillas ante su halago.

El haber podido serle útil y devolverle algo a cambio de todo lo que hacían por mí se sentía genial.

—¡Ah! ¡Vaya! Pues lo has hecho de maravilla. —Parpadeó sorprendida.

—Mamá, ¿voy haciendo caja? —preguntó Aileen.

—Sí, gracias, cariño. ¡Chicos, os merecéis una invitación! —Gladys se frotó las manos

—. Conozco un pequeño restaurante a dos calles de aquí. La comida es deliciosa y os

encantará el ambiente típico —prometió.

Después de la cena, vagamos un rato por las empinadas callejuelas de Sintra. El aire

de otra época impregnaba tanto aquel entorno que resultaba imposible no verse transportado en el tiempo, imaginando a señoras de largos vestidos y carruajes de caballos pasando a nuestro lado.

A medida que nos acercamos a un recodo sonaron unas voces profundas y aterciopeladas manteniendo una animada conversación en portugués. Dos de ellas eran

extrañamente familiares. Un nudo se fue formando en mi estómago al anticipar el posible encuentro. En ese instante doblaron por la esquina.

Efectivamente, eran Álvaro y Fernán los que aparecieron acompañados por un tercer hombre. Este, también moreno, era tan atractivo que me habría cortado el aliento de no haber sido porque con solo oír la voz de Álvaro ya me había quedado sin aire.

Bajo la ya familiar palidez, el hombre tenía una piel de tonos oliváceos. Casanova o

Juan Tenorio habrían vendido su alma al diablo por tener ese aspecto. Por sí mismos

sus rasgos típicamente latinos y el brillante cabello negro habrían sido suficientes para llamar la atención de una mujer, pero a eso se añadía que sus ojos castaño oscuro eran seductores incluso sin pretenderlo. Fui incapaz de determinar su edad. Vestía de un modo formal, propio de un hombre de unos cuarenta años y su mirada reflejaba madurez y experiencia, sin embargo, obviando esos detalles, su tez tenía un aspecto absolutamente juvenil.

A medida que se acercaban, fueron acortando los pasos hasta detenerse frente a

nosotras. A pesar de que pretendía ignorarlo, me quedé irremediablemente enganchada

a la mirada penetrante de Álvaro. Mi corazón y mi respiración reaccionaron en consonancia. Puntos de calor se expandieron por mis mejillas. A él se le escapó una leve sonrisa, como si hubiera percibido el frenético latir de mi corazón y supiera que no era capaz de resistirme a él. De lejos, procedente de otro mundo, escuché la conversación que estaba desarrollándose a mi lado mientras yo seguía atrapada en el

extraño magnetismo de los ojos grises.

—¡Gladys! ¡Es un placer tenerla de nuevo entre nosotros! —El hombre desconocido se

inclinó galantemente ante Gladys—. Mis hijos ya me habían informado de su llegada y

esperaba con impaciencia ir a visitarla uno de estos días —añadió con calidez.

—Mi querido don Manuel, tan galante como de costumbre. Sintra, sin usted, no sería la misma.

¿Don Manuel? ¿No era eso algo formal para un hombre tan joven? ¿Y sus hijos? No se

referiría a Álvaro y Fernán, ¿verdad?

—¡Ah! Pero conociéndola, sé que, más que mi visita, le alegrará descubrir lo que le he traído desde Brasil —le anunció risueño don Manuel.

—¡Se ha acordado de mí! —La emoción de Gladys era evidente.

—Lo prometido es deuda —contestó complacido—. Veo que este año hay caras

nuevas.

Parpadeé. Álvaro liberó mi mirada justo a tiempo para que yo pudiera

reaccionar a la

cautivadora sonrisa de don Manuel.

—Sí. Ella es Soraya. Está pasando una temporada con nosotros. —Gladys me dirigió

un guiño—. Es... —Se mordió el labio.

«¿Soy qué?».

Gladys intercambió una rápida ojeada con don Manuel, quien asintió de forma casi imperceptible, como si respondiera a sus pensamientos. ¿Qué me había perdido esta vez? ¿Me estaría volviendo neurótica?

—Encantado de conocerte, Soraya. Los amigos de los O'Connally cuentan también con

la amistad de los Mendoza —aseguró con gentileza—. Aunque me da la impresión de

que en tu caso se trata de mucho más que eso. —Me estudió con aire pensativo antes de

girarse hacia Gladys. De nuevo sentí esa insólita corriente entre ellos. De repente, su semblante se iluminó sonriéndome—. Realmente sería un placer poder conocerte algo

mejor. Quizás, uno de estos días, aceptéis una invitación a tomar café. Me encantaría que pudiésemos charlar un rato.

La boca abierta y las cejas alzadas de Gladys me indicaron que estaba tan asombrada

como los demás —incluido Álvaro, que había dejado de sonreír y ahora fruncía el ceño—.

—Bien. Es hora de irnos. El temperamento de Lucía puede resultar temible cuando se

la hace esperar —se disculpó don Manuel con una mueca de resignación.

—Ha sido un placer verle, don Manuel, y por favor no dude en hacerme una visita a la

tienda en cuanto pueda. Estoy deseando ver lo que me ha traído de su patria. — Los labios de Gladys se estiraron en una sonrisa traviesa.

Nos despedimos. Todos excepto Álvaro, quien se limitó a un breve y adusto ademán con la cabeza antes de darnos la espalda con el entrecejo fruncido.

Regresamos a Cascáis ya bien entrada la noche. Gladys se había desviado a hacer una

visita a su socia Constanza, mientras nosotros regresábamos en el viejo Seat de Brian.

Mirando por la ventana, yo seguía dándole vueltas a la actitud chocante de Álvaro al

despedirse, pero por más que repasé todo lo sucedido no conseguía explicarme aquel

cambio tan drástico. ¿Era siempre así de raro o solo lo era conmigo?

Algo en la penumbra captó mi atención. ¡Qué diantres...! Enfoqué mi vista en la zona

levemente iluminada por los faros del coche. En mitad de la carretera cruzó un individuo de complexión desgarbada y rostro agraciado. Con su cabello largo y aquella blusa ancha y suelta, que alguna vez debió ser de color blanco, encajaba en el fantástico entorno de los bosques de Sintra casi como si acabara de escaparse de una

leyenda medieval. Ni siquiera echó un vistazo en nuestra dirección mientras seguía impasible su camino por el estrecho arcén.

—¡Tiene mandanga ese tipo! —Resoplé indignada justo cuando el hombre pasó a nuestro lado y volvió a sumergirse en el bosque—. ¿Cómo puede ir

alguien por una carretera de noche sin tomar ni las más mínimas precauciones?

El coche serpenteó y Brian redujo inmediatamente la velocidad inspeccionando la negrura exterior.

—¡Echa cuenta, Brian! —advirtió Aileen con voz chillona lanzándole una nerviosa ojeada de advertencia a través del espejo retrovisor.

Brian asintió inquieto. El estruendoso derrape de un descapotable rojo, que emergió flechado de un sendero apenas visible entre la arboleda, nos cortó el aliento de golpe.

Brian frenó en seco. Si no hubiera sido por los cinturones de seguridad nos habríamos estampado contra la luna delantera del coche. El del deportivo ni se inmutó. Tocando

el claxon con energía siguió su ruta acompañado de una estela sonora de música rap.

Brian condujo el coche hasta el arcén y paró.

—¿Estáis bien? —Su voz temblaba tanto como sus manos al volante cuando nos miró

por encima del hombro.

Nerea, Aileen y yo nos encontrábamos mudas por la impresión. Yo apenas pude asentir.

—¡Dios mío! Apenas unos segundos antes y se hubiera llevado por delante a ese pobre

hombre —musité en cuanto recuperé algo la compostura y me percaté de lo que podía

haber pasado.

Las primas me lanzaron una mirada estupefacta y Brian dirigió sus ojos al

frente, hacia las sombras.

—Sí, ha sido cuestión de segundos —afirmó ausente.



CAPÍTULO 5

Me recreé en cómo el agua tibia me acariciaba los tobillos y cómo iba hundiéndome a

cada paso en la aterciopelada arena. La luna llena alumbraba tenuemente la playa, trazando un sendero luminoso sobre la serena superficie marina, y las farolas del paseo marítimo me daban la sensación de seguridad y cobijo que me permitía pasear a solas

por la orilla.

De vez en cuando me cruzaba con algunos pescadores nocturnos. Se les veía de lejos

por las diminutas lucecitas azules suspendidas de forma misteriosa en el aire, que no eran otra cosa que la punta de sus cañas.

A medida que llegaba al final del paseo y de la parte iluminada, sabía que debía darme la vuelta pero el placer de tener aquel trocito de orilla para mí sola y aquella inmensa tranquilidad me tenían prendida.

Suspiré con pesadez. «Solo un poco más», me propuse, «solo hasta aquellas sombrillas

de paja». No me apetecía regresar aún a la caleta, necesitaba mi espacio para

reflexionar y calmar esa intranquilidad que me perseguía desde nuestro accidentado retorno de Sintra.

Durante el camino a casa, después del incidente, había reinado un ambiente tenso y apagado en el coche. Nadie hizo ni el más mínimo comentario acerca de lo que podría

haber sido un accidente mortal. Precisamente eso era lo que tanto me llamaba la atención y me tenía preocupada. Todos lo habían ignorado, como si nunca hubiera pasado.

No era normal, al menos no desde mi punto de vista. ¿No deberían haberse quejado, criticado, maldecido o insultado al del deportivo rojo? «No sé. ¡Algo!». Pero nada, nadie dijo nada. Brian puso el coche en marcha y siguió el camino de regreso sin hacer

ningún tipo de declaración. Ni siquiera Aileen ni Nerea, que habitualmente no se callaban ni bajo agua, profirieron el más mínimo sonido. Solo aquellas extrañas caras descompuestas y ausentes señalaban que algo ocurría.

En el apartamento tampoco se volvió a mencionar el tema y eso que había pasado un

día completo. Yo únicamente podía cruzar los dedos y esperar que esa ausencia de reacciones se debiera a la impresión del «casi» accidente y a algún mecanismo psicológico de autoprotección mental; sin embargo, en mi interior crecía el temor a una posibilidad muy distinta.

Apenas me encontraba a treinta pasos de los paraguas de paja cuando reconocí una sombra apoyada sobre uno de los postes. La oscura silueta, con aquella pasmosa tranquilidad e indiferencia y las manos metidas en los bolsillos, me resultaba familiar.

«¡Álvaro!».

La arena mojada cubrió mis pies cuando frené de golpe. Tomé una fuerte bocanada de

aire. La figura salió de su introspección y alzó la cabeza. Nuestras miradas se

encontraron durante unos instantes infinitos en los que ambos permanecimos inertes.

Sus ojos mantenían aquel enigmático centelleo que seguía sin resolver, pero al reconocermme apareció una expresión cálida que me llenó desde dentro. Di un paso en

su dirección, pero Álvaro se puso repentinamente rígido y desvió su vista hacia el agua. Mi aliento se cortó cuando seguí la dirección de su mirada.

Lo que salía de entre las olas era la personificación de una sirena. A medida que emergía con sensuales movimientos del agua, la luna envolvía su cuerpo, completamente desnudo, en un halo brillante. Era de una belleza y perfección irreales.

El resplandor aterciopelado que le proporcionaba aquella tenue luz sobre la piel húmeda la convertía en una ensoñación. Incluso su pelo rubio platino relucía ahora como oro, envolviéndola como a un ser mitológico. Sus ojos, su prometedora sonrisa,

su cuerpo... componían un todo seductor destinados en exclusiva a Álvaro, como si no

existiera nada más aparte de él. Cuando ella llegó a su destino, alzó los brazos hasta el cuello masculino, pegando aquella perfección en toda su extensión a él. Álvaro me dirigió una mirada indescifrable por encima del hombro de la chica.

Mi mente reaccionó de improviso, ordenándole a mis paralizadas extremidades que huyeran, que se largaran lo más lejos posible de aquella escena y de la humillación que sentía. Dando un brusco giro, salí disparada a trompicones por la arena. Al principio fueron pasos acelerados pero pronto acabé corriendo todo lo que pude.

Lo que antes había sido un paseo de placer, se convirtió repentinamente en una carrera de obstáculos en la que la arena trataba de retenerme. Las fuertes punzadas que

provenían de mis gemelos sobrecargados del esfuerzo dolían. Mis pulmones parecían quejarse a gritos de que no daban abasto para conseguir aire. Los ignoré. No quería parar. Algo me empujaba a alejarme de aquella escena todo lo que pudiera. Me sentía

como en una de esas pesadillas en las que uno quiere huir de algo pero, por mucho que lo intenta, no consigue avanzar. Al final, extenuada, conseguí subir al paseo marítimo, dando gracias por pisar por fin suelo firme.

Invadida por la imagen de la pareja perfecta y dominada por extrañas sensaciones, apenas echaba cuenta a las miradas curiosas y compasivas que me dirigían los viandantes. Sí, imagino que debía de estar proyectando una imagen lastimosa con mi melena revuelta por el viento, sudando y con las lágrimas corriendo por las mejillas, pero estaba demasiado abrumada por mis propias emociones como para que eso me importara.

¿Por qué estaba reaccionando de aquella forma tan exagerada por ver a la rubia *playboy* con Álvaro? Al fin y al cabo, no existía nada entre nosotros. Únicamente habíamos compartido algunas miraditas y algunas sonrisas. Me gustaba, vale, ¿y?

La vocecita cotilla en mi mente se rio de mí. Verlos juntos me recordó mi lugar de la forma más humillante posible. No sé de dónde había sacado la idea de que yo le gustaba a Álvaro, que aquellas miradas habían significado algo y que él sentía el mismo cosquilleo en sus entrañas que yo sentía cuando me encontraba cerca de él.

Obviamente había sido todo un producto de mi imaginación, pero ese no era el problema. Salí corriendo como una tonta, así, sin más. ¿Cómo pude cometer semejante

estupidez? ¿Cuánto no se estarían riendo ahora de mí? Si hubiera podido me habría escondido en la cama y tapado la cabeza bajo varias capas de sábanas. ¿Cómo de adulto era eso?

No suelo ser así. Quizás fuera la falta de sueño, que todo lo que pasó anoche me estuviera pasando factura o puede que fuera uno de esos momentos en los que una simplemente se viene abajo... No tenía ni idea de por qué salí

corriendo de una forma

tan tonta ni por qué seguía con ganas de llorar. Lo que sí tenía claro era que acababa de hacer un ridículo espantoso y que necesitaba controlar mis emociones. No podía regresar de esta forma ni a la caleta ni al apartamento. No sería justo hacer que Aileen y su familia se preocuparan por mí porque yo tuviera ganas de esconder la cabeza como un avestruz.

Me paré a secarme las lágrimas y sonarme la nariz. Lo único racional que podía hacer

era buscar un baño con espejo, arreglarme y regresar a la caleta. Con un poco de suerte, Álvaro y su rubia platino no irían esta noche allí, y si iban... sobreviviría. Peor sería esconderme y hacer un ridículo todavía mayor.

Al llegar a la caleta, Aileen y Nerea parecían ser las únicas en haberse percatado de mi ausencia. Ambas me observaron con atención, aunque para mi alivio no hicieron preguntas. Aileen me dio un cariñoso abrazo y me llevó hasta la fogata donde Nerea inmediatamente me apretó un vaso de refresco entre las manos. Se sentaron a mi lado e intentaron incluirme en las conversaciones, pasando por alto de un modo muy conveniente mi mutismo.

La rubia platino fue la primera que llegó a la caleta. Precedía con rostro triunfal a Álvaro, que la seguía a apenas unos pasos con el entrecejo fruncido. Como era de esperar, me llegó la mirada de burla y triunfo desde los ojos azules de la sirena, delatándome que había visto mi patética huida. Sacando fuerzas de donde no las tenía, alcé una ceja y luego la ignoré.

A Álvaro evité mirarlo con todas mis fuerzas, lo que no significaba que no estuviera pendiente de él en todo momento. Desde mi visión periférica percibí como ocupaba su

lugar preferido con aquella típica pose apoyada en la roca, aunque esta vez permanecía con los brazos cruzados en el pecho. Su escrutinio me quemaba, pero me negué a dejar

que se me notara.

La noche se hizo eterna. Intenté aparentar que participaba en los juegos y

charlas, pero en el fondo únicamente deseaba largarme de allí. Cuando, ya de madrugada, el número

de los presentes se había reducido y Claudio comenzó a tocar melancólicas canciones

de fado me sentí desbordada. Me limité a centrar mi visión en el bailoteo de las llamas y a desconectarme del mundo.

Me devolvió a la realidad una mano fuerte y templada, que tiró de la mía con firmeza.

—Quiero hablar contigo —me informó Álvaro con determinación cuando alcé

sobresaltada el rostro hacia él.

Tratando de mantener el nerviosismo a raya, lo acompañé. No se me ocurría qué podía

querer ahora de mí. ¿Estaría enfadado por haber interrumpido su escenita con la rubia?

¿Y qué pretendía que hiciera a estas alturas? No es como si hubiese sido un placer presenciarlo.

No me liberó la mano hasta que quedamos fuera del alcance de las miradas curiosas.

Solté un jadeo sobresaltado cuando me cogió por la cintura y me elevó con facilidad

para sentarme encima de una roca. Nuestros rostros quedaron al mismo nivel. Se alejó

de mí y se pasó la mano por el pelo. Parecía incómodo, nervioso, como si no estuviera seguro de cómo empezar con lo que tenía que decirme.

—Si esto es por lo de antes, lo siento. No tenía intención de jorobarte la

diversión. Yo

solo estaba dando un paseo. Ni siquiera me di cuenta de que tu chica también estaba allí —me disculpé intentando adelantarme a su reproche o disculpa o lo que fuera que

pretendiera decirme—. Por supuesto que no voy a comentarle nada a nadie. Es algo que pertenece a vuestra intimidad y yo no soy quién para difundirlo.

Álvaro se cruzó de brazos y alzó una ceja.

—¿De veras? —Carcajeó secamente—. ¿Crees que me importa un carajo lo que la gente pueda pensar sobre Eva y yo?

—¿Entonces...? —Lo miré boquiabierto. ¿Para qué me había traído?

Él volvió a pasarse la mano por el cabello revuelto soltando un pesado suspiro.

—No es por Eva por lo que estoy aquí —contestó al fin. Alargó una mano para acariciarme la mejilla—. Soraya... No soy un santo, nunca lo he sido y dudo mucho que eso cambie en el futuro. —Me puso un dedo sobre los labios para acallarme—. No

voy a negar que he disfrutado antes de Eva, al igual que de otras muchas, demasiadas...

—Hizo una mueca como si le disgustara haber llevado la conversación a ese terreno.

—¿Por qué me cuentas todo eso? —Intenté aparentar indiferencia y esconder el escozor que eso causaba—. No hay nada entre nosotros, ni siquiera somos amigos.

—¿Ah no? —preguntó con aire sarcástico—. ¿De veras no hay nada entre nosotros?

¿Estaba insinuando que sí lo había? Mi corazón dio un respingo.

—Yo tenía la impresión de todo lo contrario. —Su voz se había suavizado, aunque contenía una leve nota de peligro.

¡Que imagen tan lamentable debía de estar ofreciéndole ahora mismo! Estaba allí sentada, observándole con la boca abierta y sin saber qué decir. Se acercó otro paso

más a mí, lentamente, evaluando mi reacción a cada centímetro que se acortaba la distancia entre nosotros. Sus largos dedos trazaron el contorno de mi mandíbula y siguieron con delicadeza su camino por mi garganta, hasta el inicio de mi escote, donde se hacía evidente mi agitada respiración. Sonrió complacido y acercó sus labios a los míos, sin rozarlos, esperando mi reacción.

¡No podía! ¡No había forma humana de resistirse a aquella tentación! Su aliento acariciaba mi piel, sus labios estaban tan cerca que casi los podía saborear. Aquellos ojos grises anulaban cualquier resquicio racional que aún me quedaba, incluyendo las

vocecitas que me advertían que no lo hiciera.

Sin despegar mi mirada de la suya, recorrí el diminuto espacio que nos separaba. Al principio el beso fue tímido, suave. Él apenas respondió, como si pretendiera demostrar que era yo quien lo deseaba, pero a medida que el calor se extendía por mi

cuerpo y mi anhelo de él crecía, mis besos se tornaron más urgentes. Cuando lo sujeté por la nuca para acercarlo más a mí, su paciencia pareció llegar a su límite. Con un suave gruñido de placer tomó la iniciativa, entrelazando su lengua con la mía. Me apretó a él, provocándome un estremecimiento cuando su duro cuerpo me delató que me deseaba tanto como yo a él.

Tirándome con suavidad del pelo me echó la cabeza atrás. Sus labios recorrieron hambrientos mi mandíbula, hasta el hueco de mi cuello, dónde, después de una larga aspiración, sentí el suave raspado de sus dientes al abrir la boca. Se detuvo de golpe y se apartó de mí, dándome la espalda.

Parpadeé. ¿Qué había pasado? ¿No lo había disfrutado tanto como yo? ¿Sería

por la rubia? Un bochornoso calor se extendió por mis mejillas.

—Tienes el poder de hacerme olvidar todas mis buenas intenciones —confesó girándose hacia mí con una sonrisa avergonzada y un brillo de cautela en los ojos—.

No es para seducirte para lo que te he traído hasta aquí. No puedo estar contigo —

declaró serio—. Aunque no te quepa la menor duda de que si pudiera habría hecho lo

posible por conocerte mejor —añadió alzándome la barbilla con suavidad, obligándome a mirarlo a los ojos.

—¿Por qué...?

No me dejó terminar.

—Sé que suena a excusa vana, pero no puedo explicártelo. —Su voz se resquebrajó—.

Simplemente no puedo —susurró.

—Entonces, ¿para qué diantres me has traído hasta aquí? —Resoplé airada—. ¿Qué pretendes exactamente? ¿Burlarte de mí para inflar tu ego?

—¡No! ¡Maldita sea! —profirió entre dientes—. ¡No eres tonta! Sabes perfectamente que me atraes, igual que yo a ti. —Inspiró con fuerza—. Te vi cuando observaste la escena con Eva. Sé que te molestó y he sentido tu decepción toda la noche.

Simplemente quería que supieras que no pasó nada. —Deslizó con suavidad un dedo por mis labios y continuó con un murmullo—. Aunque sé que no lo entiendes, no me gusta la idea de que yo pueda causarte sufrimiento. Necesito que me creas y que comprendas que no tengo intención de que vuelva a pasar nada con Eva... Al menos,

mientras tú sigas aquí... No, mientras pueda hacerte daño —agregó mirándome

fijamente, como si estuviera ansioso por que lo creyera.

—No entiendo de qué va esto —repuse confundida.

Él sonrió con tristeza y acercó sus labios exigentes a los míos, borrando cualquier resquicio de pregunta, de pensamiento en general, de mi mente.

Nos separamos sobresaltados cuando un furioso chillido resonó a las espaldas de Álvaro. Mi vello se puso de punta ante los ojos llenos de odio de Eva, que nos acechaban desde la oscuridad. Noté la tensión de Álvaro, pero no despegó la mano de

mi brazo mientras le dirigía una mirada de concentrada advertencia a la rubia.

—¡Lárgate!

Me encogí ante la frialdad de Álvaro cuando se interpuso amenazadoramente entre nosotras, pero aún más ante el siseo trastornado con el que respondió Eva. Pasaron unos segundos interminables en los que por la rigidez de él pensé que se iban a enzarzar en una pelea. Cuando ví cómo Eva se marchaba con airados pisotones en dirección a las hogueras, respiré aliviada.

Álvaro se volvió despacio, con el ceño aún fruncido.

—Yo... Lo siento. No pretendía causarte problemas con ella. —No se me ocurrió otra

cosa que decir.

Él enarcó una ceja, pero la tensión desapareció.

—¿Cómo no me habré percatado hasta ahora que me hipnotizaste para traerme hasta aquí? Debes de ser una criatura realmente maligna para seducirme en contra de mi voluntad —respondió con divertida ironía. Algo más serio, continuó—: No te dejes intimidar por Eva. No puede hacerte nada, siempre que tú no se lo permitas. —Me retiró un mechón de la frente—. Es mejor que

regresemos —decidió dirigiendo un preocupado vistazo a la dirección que había tomado Eva.

Depositando un último beso detrás de mi oreja, me tomó de la mano para retornar a las hogueras. Aunque ninguno de los dos intentó sacar un tema de conversación, tampoco

nos dimos prisa por llegar a nuestro destino.

Tan pronto como llegamos a la zona iluminada me soltó. Cinco pares de ojos curiosos

y uno lleno de odio nos recibieron cuando él me dejó cerca de mis amigos. Luego se

alejó para sentarse en otro sitio, no sin antes dirigirme una última y profunda mirada.

Aileen y Nerea tampoco me formularon ninguna pregunta en esta ocasión y Lea, Karima

y Fernán disimularon rápidamente el interés y la extrañeza de sus rostros.

Álvaro no volvió a acercarse a mí durante el resto de la noche, aunque tampoco dejó

que olvidara su presencia. Sus miradas me atrapaban, derritiéndome como si fueran llamas. ¿Cómo podía pretender que no hubiera nada más entre nosotros?



CAPÍTULO 6

Rebusqué entre las tropecientas cosas que, de algún modo, siempre acabo acumulando

en mi bolso. ¿Dónde estaba la dichosa memoria USB? Ya no me extrañaba que mi bolso pesara un quintal. ¿Para qué diantres me había traído el cargador del móvil a la playa? ¿Y los rotuladores fluorescentes y el estuche de manicura? ¡Ufff!, ya puestos,

¿para qué había grabado la música en una memoria externa cuando podía haberla grabado en el móvil?

Soltando un resoplido volqué todo el contenido sobre la toalla. No es que buscar con

la luz de las llamas mejorara mucho la cosa, pero mejor eso que nada. «¡Por Dios! ¡Si llevo hasta el abridor que usamos en la fiesta de fin de curso en Athlon!». Como de costumbre llevaba de todo excepto lo que buscaba. Conociéndome, seguro que había dejado la memoria conectada al portátil. ¡Vaya diita!

Cogí la tarjeta de embarque usada y la desmenucé a cachitos hasta que recordé que no

había papelera y tuve que volver a meterlos en un bolsillo lateral del bolso. Suspiré colocándome un mechón detrás de la oreja. Después de dos horas arreglándome, Álvaro ni siquiera había hecho acto de presencia.

Encontré un trocito de tela gris. «¿Qué diantres es eso? Ah, bueno, el pañuelito de las gafas de sol». Lo guardé en su estuche. Llevaba semanas limpiándome las gafas con mis camisetas. Probablemente no iba a suponer mucha diferencia llevar ese trocito diminuto de tela dentro o fuera del estuche, pero en fin, ahora al menos estaba en su sitio. Comencé a guardar trastos. Un día de estos debería hacer una buena limpieza, aunque fuera por el simple hecho de que a ese paso ya no me cabría nada más en el bolso.

Una bolita irregular se quedó pegada a mis dedos. La estudié. ¡Un chicle masticado envuelto en papel! Arrugué la nariz con una mueca. Lo peor era que

tendría que

guardarlo otra vez en el bolso porque no iba a ser tan puerca como para tirarlo en la arena. Con un resoplido busqué el paquete de pañuelos que sabía que debía de estar en algún sitio, hasta que a mi espalda sonaron unas risas.

—¿Necesitas ayuda? —se ofreció una melodiosa voz a mi espalda.

No necesité girarme para adivinar que era Lea. En general, el aterciopelado toque melodioso en la voz de los amigos de Álvaro resultaba inconfundible, aunque en el caso de Lea se añadía además un encanto y una ternura especial. Estaba prácticamente

segura de que si los ángeles existieran, sonarían como ella. Tragué saliva al caer en la cuenta de que si estaba Lea entonces también estaba... Miré por encima de mi hombro.

Sí, Álvaro estaba allí con los demás. ¿O debería decir mejor que los demás estaban allí con él? ¿De verdad era posible resistirse a esa sonrisa? Con las manos metidas en los bolsillos, en actitud relajada, me sonreía divertido. Con un esfuerzo sobrehumano despegué los ojos de Álvaro y me levanté.

—Estaba intentando encontrar la memoria USB con la música, pero creo que me la he

dejado en...

—¿Esta? —Álvaro se agachó y cogió algo del montón sobre la toalla y me lo ofreció

con un brillo burlón en sus ojos.

Su sonrisa aumentó de tamaño a medida que yo contemplaba estupefacta el pequeño objeto de plástico verde.

—¿Cómo lo has encontrado con tanta facilidad? —Alargué la mano para coger la memoria.

En cuanto mis dedos rozaron los suyos, un cosquilleo cálido se extendió a

través de mí como una onda. Ambos retiramos la mano sobresaltados y uno de esos extraños brillos

que me encantaría poder interpretar apareció en sus ojos.

—¿Quieres que se lo lleve a Aileen? —se brindó Lea mirando curiosa de uno a otro.

—Ya se lo llevo yo —intervino Fernán.

Mis cejas se alzaron tanto que probablemente flotaban por encima de mi frente.

¿Fernán ofreciéndose?

Aunque en general casi todos en el grupo de Álvaro eran amables, la mayoría de ellos

me evitaba. Fernán solía ser uno de ellos. Usualmente, era casi como si yo llevara una

enorme burbuja de cristal en torno a mí y él simplemente pasara alrededor de ella. Y

eso no era en simple plan metafórico. A veces lo había visto a él o a una de sus amigas andando distraídos y, justo un metro antes de tropezar conmigo, trazaban una especie de semicírculo junto a mí. No creo que lo hicieran queriendo, a decir verdad, sospecho que ni siquiera se percataban de que lo hacían. Quizás por eso me sorprendió tanto la oferta de Fernán.

Las excepciones a la regla las constituían Lea y Karima, que no parecían tener ningún tipo de problema en traspasar mi «espacio personal» sobre todo cuando tocaba la guitarra. Lea, además de una voz prodigiosa, conocía las letras de todas las canciones, con lo cual ambas disfrutábamos de nuestra compañía. Karima habitualmente

acompañaba a Lea —bueno, cuando no rondaba cerca de Álvaro—, y, aunque

pareciera un poco más distante, resultaba muy fácil llevarse bien con ella. Muy al contrario que con las hermanas arpías, como yo las llamaba para mí: Eva, la

rubia platino, y Layla, la otra belleza oriental que bien podía haber sido una esfinge egipcia por lo rígida y fría que era.

—¿Y? —interrumpió Fernán impaciente mis cavilaciones.

Mordiéndome el labio dejé caer la memoria USB en su palma abierta. ¿No estaría Fernán buscando una excusa para acercarse a Aileen? Resultaba imposible no percibir

la atracción que existía entre ellos. Después de que Aileen hubiera recuperado su usual desparpajo en presencia de Fernán, entre los dos montaban auténticas batallas verbales que no solo resultaban divertidas sino también bastante esperpénticas en su ambigüedad. Consistían en una mezcla de seducción y lucha de ingenio.

Encima, Aileen y Fernán tenían mucho en común: ambos eran personas alegres y vitales

y ambos habían convertido la seducción en una filosofía de vida. Era imposible que no se atrajeran entre ellos. Aunque Aileen parecía resistirse a esa atracción y a su hermano Brian, por supuesto, no le hacía ni pizca de gracia.

—¿Qué os ha pasado? Hoy habéis llegado tardísimo —dije guardando de forma

disimulada el chicle viejo cuando Fernán se fue.

Lea echó una ojeada a Álvaro antes de contestar con un tono demasiado ligero:

—Sí, bueno, nos hemos retrasado con la cena.

Una sombra recorrió las facciones de Álvaro, aunque lo camufló rápidamente bajo su

habitual fachada de indiferencia. Asentí y contemplé el desastre que había montado sobre el suelo. ¿Iba a entender alguna vez esas extrañas actitudes? Puede que simplemente fueran nuestras diferencias culturales, después de todo con Aileen y su

familia me pasaba lo mismo, pero el comportamiento de Álvaro y sus amigos a veces me resultaba de lo más extraño.

—Creo que es mejor que lo guarde todo antes de que algo caiga en la arena y lo pierda.

Arrodillándome comencé a tirar cosas dentro del bolso. Me estiré a coger el brillo labial que había caído en la otra punta de la toalla. Una mano masculina se adelantó y me ofreció el tubito de plástico. Sorprendida eché un vistazo a su dueño, que se encontraba en cuclillas a mi lado, mirándome con aquel enigmático aire que siempre me ponía el corazón a mil por hora. Extrañada inspeccioné nuestro alrededor. Los demás se habían alejado, aunque Eva no nos perdía de vista desde donde estaba y su

íntima amiga Layla no disimulaba el evidente desprecio que sentía por mí.

Retorné mi atención a los misteriosos ojos grises, que estaban mucho más cerca de lo

que había esperado y que parecían querer atraparme en algún extraño campo magnético.

—Esta noche estás especialmente guapa. —Me estremecí ante la tonalidad tersa y seductora. ¡Dios! ¡Debería estar prohibido que un hombre fuera tan guapo! —. Y si sigues mirándome así, voy a terminar olvidando todas mis buenas intenciones. La idea

de raptarte y llevarte conmigo a un lugar tranquilo, dónde podamos estar solos, me resulta cada vez más irresistible —confesó Álvaro en voz baja y ronca.

Mi respiración y mi pulso se aceleraron. Su rostro se acercó y su mirada viajó hasta

mis labios. Cuando se retiró con brusquedad y recuperó su máscara adusta, me entraron ganas de chillar de frustración. «¡Por Dios, secuéstreme de una vez!».

Cogió mi mano y tiró de ella para incorporarme a la par que él. Me sujetaba

con decisión pero a la vez con gentileza. Me di cuenta de que era la presión perfecta. Hay personas que te dan la mano como si quisieran aplastártela y otras que parece que están hechas de gelatina. La mano de Álvaro rodeaba la mía con la firmeza justa. Me soltó y se apartó como si nada hubiera pasado. Imagino que en realidad no había pasado nada,

excepto mis ganas de que ocurriera.

—Te están buscando. —Señaló con la barbilla a Brian, que se encontraba de espaldas

a una de las hogueras vigilándonos con expresión desdeñosa.

Asentí, tratando de ignorar el peso en mi pecho. El hechizo se había roto. Álvaro había recuperado su habitual actitud distante. Desde la noche del beso no había vuelto a acercarse a mí. Me miraba, me sonreía, a veces, cuando le pasaba algo de beber, me

rozaba con delicadeza pero, excepto hoy, nunca había vuelto a aproximarse por su propia voluntad a mí. Eso sí, había cumplido su promesa, incluso más allá de lo que yo

me hubiera atrevido a esperar. No había vuelto a dirigir ni un solo vistazo más a ningún ser femenino en mi presencia e ignoraba por completo los acercamientos de Eva.

¿Cómo se suponía que debía interpretar eso?

—Es mejor que vayas. —Suspiró y esperó a que yo me pusiera en marcha para bajar a

la orilla.

Álvaro desapareció de la faz de la tierra. Sin poder evitarlo, me había pasado las dos últimas horas inspeccionando disimuladamente las diferentes camarillas de jóvenes repartidas por la caleta. Él no se encontraba entre ellas. Eché un vistazo al grupo de Fernán. Nada de nada. Álvaro seguía ausente.

—Nerea quiere ir a la disco y los de aquí están todos de acuerdo —me

informó Aileen

interrumpiendo mis pensamientos—. Vamos a avisar al resto, por si alguien más se apunta.

Asentí desganada y me levanté de la toalla. Aileen sabía que yo iría a donde fueran ellos, pero la verdad es que no me apetecía ir a una discoteca. Me limpié la arena de los vaqueros al seguir a Aileen. Cuando nos acercamos a la reunión de Lea y Karima,

las dos chicas nos recibieron con una sonrisa.

—¿Quieres decir que hoy te apetece más marcha, pelirroja? —preguntó Fernán con un

matiz sugerente cuando Aileen los invitó.

Los ojos de ella se incendiaron de inmediato.

—No te puedes imaginar hasta qué punto deseo «más» esta noche —murmuró Aileen con tonalidad provocativa.

—Bien, pues vayamos a la disco —contestó Lea ignorando el jueguito que se traían

los dos entre manos.

—¡Oye! ¡Tú!, ¡princesita! —Discerní un desagradable tono de mando en la llamada de

Eva. Al girarme advertí cómo me miraba fijamente a los ojos. ¿Se estaba refiriendo a

mí?—. ¡Tráeme mis sandalias! —me ordenó de forma pedante señalando a unos metros

en la arena donde estaban tiradas de forma descuidada.

Sentí cómo la cólera me formaba un nudo en el estómago.

—Eva, ¿qué haces? —murmuró horrorizada Lea.

—¡Eva! —tronó disgustada la profunda voz de Álvaro a mi espalda.

¡Álvaro había llegado! ¿Quién demonios se creía la rubia playboy que era? ¿Estaba intentando humillarme delante de Álvaro y sus amigos? Me clavé las uñas en las palmas de las manos.

—Oye, reinona. —Le devolví a Eva su mirada fija, sin dejarme amedrentar por sus ojos gatunos—. Pareces un poco trastornada, ¿por qué no te das un chapuzón para que

se te bajen un poco esos humos? Lo necesitas.

Para mi asombro —y el de los que me rodeaban— la rubia platino asintió con ojos vidriosos y, como si estuviera ida, bajó a la orilla para meterse en el agua sin quitarse siquiera la ropa. Un agudo chillido de consternación fue seguido de un gruñido gutural que me puso la piel de gallina. Sin aliento y boquiabiertos, todos miraron de mí a la rubia y otra vez a mí. Imagino que yo a ellos los miraba igual. ¿Qué diablos acababa de pasar?

De repente, Fernán rompió a reír y desató una rápida epidemia de estruendosas risas.

Solo Aileen y yo permanecemos serias. ¿Por qué se había metido esa loca en el agua

con la ropa puesta? Eché un vistazo a mi amiga. Parecía preocupada. Tampoco es que

fuera de extrañar. La rubia loca estaba saliendo del agua como el monstruo del pantano, fulminándonos con una mirada llena de furia y lanzando amenazadores gruñidos como

si fuera un animal salvaje con rabia.

—¿No debería ir alguien a calmarla? —musitó Aileen inquieta.

Álvaro se colocó tenso entre mí y la orilla. Dirigió un vistazo a Fernán, quien

asintió con la cabeza e, intentando contener la risa, fue en busca de Eva.

—Creo que deberíais iros. —Karima se frotó los brazos como si tuviera frío —. Es mejor que llevemos a Eva a casa, para que pueda... cambiarse. —A pesar de su risa

anterior el timbre de su voz ahora sonaba extrañamente grave.

—¿Qué le ha pasado? —pregunté abrazándome—. ¿Por qué ha hecho esa idiotez?

Karima les echó un vistazo a Lea y Álvaro, pero nadie respondió.

A pesar del ambiente en la disco, fui incapaz de relajarme y disfrutar. No me salía de la cabeza la imagen de Eva, con aquellos ojos extrañamente vidriosos e inertes, cuando fue en dirección a la playa. ¿Qué le habría pasado?

Joao y Paulo no pararon de pulular a mi alrededor intentando distraerme, pero no funcionó. De hecho, comenzaron a irritarme con tanta pegajosidad y pesadez.

Aprovechando que fueron a la barra me escapé.

Inspiré aliviada nada más poner un pie en la calle y sentir la fresca brisa marina sobre mi cara. Sin pensármelo mucho tiré por la avenida principal en dirección al paseo marítimo. La zona estaba a tope de gente y mientras más me acercaba a la playa, más

parejitas encontraba, lo que me hacía sentir tanto segura como melancólica.

Me senté en una hamaca y centré mi vista en el horizonte. A pesar de la calmante música de las olas y el precioso cielo nocturno me fue imposible olvidar el altercado con Eva. Nunca he sido una persona que disfrutara con los enfrentamientos porque incluso cuando llevaba la razón solían hacerme sentir mal.

Me remangué los dobladillos del vaquero y me descalcé para bajar a la orilla. Gemí de placer cuando mis pies se hundieron en la arena mojada y las olas comenzaron a cubrirlos. La temperatura era más cálida de lo que había

anticipado. Permanecí quieta, observando embelesada el ir y venir de las suaves lenguas de agua.

La alargada sombra que cayó en diagonal a mi lado fue lo primero que vi. Mi respiración se congeló cuando me giré precipitada. ¡Eva! Se encontraba a pocos metros de mí. Una corriente fría recorrió mi espina dorsal, un enorme nudo se formó en mi estómago y mi vello se puso de punta. ¡Mierda! ¿Había venido a por mí? Al fijarme en

su semblante parte de mi tensión se disipó. Me sonreía avergonzada.

—Hola, Soraya. —El saludo de Eva fue tímido—. Te he seguido. Creo que te debo una

disculpa.

Abrí la boca, pero no se me ocurrió nada que contestar.

—Sé que me he estado comportando de una manera detestable contigo — confesó azorada—. Soy consciente de ello y no tengo perdón, pero me gustaría que te pusieras

en mi lugar y que me comprendieras —siguió con sutileza—. Me gusta Álvaro desde

hace tanto tiempo y ahora llegas tú... —Encogió los hombros desanimada—. He visto

cómo te mira. Me he puesto enferma de celos y he perdido el control. Perdóname.

Siento mucho mi estúpido comportamiento y me gustaría que aceptaras este obsequio para demostrarte que lo siento de verdad.

Me ofreció una cajita plana y rectangular envuelta en papel de regalo verde. Parpadeé.

¿Cómo se suponía que debía reaccionar? Yo no quería ningún regalo. De hecho, siendo

honestamente conmigo misma, ni siquiera quería su amistad. Eva no me caía bien. No sé si

por la relación que tenía con Álvaro o simplemente porque su personalidad me desagradaba. Aunque si rechazaba su oferta de hacer las paces... ¿En qué clase de persona me convertiría eso? Era un tanto ruin rechazarla así sin más, ¿no?

—Te lo agradezco, de verdad, pero no hace falta que me regales nada. Lo entiendo y no pasa nada. —Incómoda me quité el pelo de la cara.

—Quiero que lo aceptes, hará que me sienta mejor —murmuró con ojos grandes y suplicantes—. No tienes ni idea de lo que significaría para mí.

Suspiré. ¿Qué podía hacer? La chica no parecía encontrarse bien. A lo mejor tenía algún problema de nervios o depresión o algo así. Tampoco podía ser tan grave que aceptara ese presente. Contemplé la cajita que me ofrecía y la cogí. Abrí con cuidado el bonito papel de regalo y toqué la suave piel del estuche. «¡Mierda! Esto tiene pinta de ser caro. ¡Hasta tiene la inscripción de una joyería! ¿Qué hago si es un regalo caro?

Debería haberle dicho que no y haberme mantenido en mis trece».

Titubeé, pero Eva me observaba con tanta ilusión que el «no puedo aceptarlo» se me

quedó atrancado en la garganta. «Bueno, vamos a ver primero qué es. Lo mismo es únicamente el estuche lo que aparenta tanto. Ella misma debe de saber que no hay un

motivo real para tener que regalarme nada».

Abrí la tapadera cruzando mentalmente los dedos para que fuera cualquiera de esas pulseras de cuero baratas que se vendían a montones en las tiendas del paseo marítimo como souvenir. Tan pronto vi lo que contenía me quedé muda: era una gargantilla adornada con pequeños *charms* de oro y plata. Ni siquiera podía creer que las tiendas que abrían por la noche para los turistas pudieran tener cosas tan caras, y la marca estampillada en el cierre de la cadena dejaba muy claro que no era una simple imitación. ¿De dónde la había sacado? Era

preciosa pero demasiado valiosa para que

yo pudiera aceptarla como presente. No quedaba ninguna duda, Eva no podía estar bien

de la cabeza. ¿Quién se gastaba ese dinero por una trifulca sin importancia?

—Eva. Yo... Realmente te agradezco mucho lo que pretendes hacer, pero... me temo que esto es demasiado caro para que pueda aceptarlo.

Una mueca horrenda atravesó su hermoso rostro. Instintivamente di un paso atrás. La expresión desapareció tan rápido que no supe si efectivamente la había visto o imaginado.

—Me encantaría que lo aceptaras, aunque comprendo que no puedo obligarte a hacerlo. —Sonrió apenada—. ¿Podrías al menos tomarla como un préstamo? —insistió

esperanzada—. Póntelo esta noche, así podrás verte con él puesto. Estoy segura de que te quedará de maravilla. Lo he escogido expresamente para ti. Mañana, si sigues sin

cambiar de opinión, podrás devolvérmelo —suplicó llena de ilusión—. ¡Por favor! —

añadió como una niña que pide un caramelo.

Inspiré llenando mis pulmones de aire. Era mejor no enloquecerla de nuevo, ¿verdad?

Ahora estábamos solas en la playa. No es como si pudiera hacerme mucho, pero tampoco tenía ganas de encontrarme tirándome de los pelos con una desquiciada.

Además, no era precisamente un sacrificio ponerme aquella gargantilla por una noche;

era bonita, aunque no fuera mi estilo llevar cosas tan caras.

—De acuerdo, solo por esta noche y mañana te la devuelvo —consentí al fin.

Ella sacó el collar del estuche y me miró expectante.

—Lucirá mejor si te quitas la cadena que llevas puesta.

Asentí con reparo. Me llevé las manos a la nuca buscando el cierre. La verdad era que no me agradaba para nada la idea de quitarme el colgante de Moira. Me gustaba aquella joya, era una de esas cosas con las que te identificas y que te hacen sentir bien.

—Hola.

Me giré sobresaltada al oír la profunda voz de Álvaro. Estaba con las manos en los bolsillos, contemplando a Eva con una ceja alzada. El hielo en su mirada me hizo estremecer. Eva se puso blanca como una sábana e inmediatamente reuló dos pasos,

como si le temiera.

—Hola —le saludé confundida por la extraña reacción de Eva.

¿Le iría a dar otro ataque a la rubia? La estudié, pero lo que verdaderamente me llamó la atención fue la familiar figura que estaba a unos metros detrás de ella.

—¿Moira? —balbuceé más confundida aún.

Ignoré las caras perplejas que seguían mi mirada y la postura rígida que Álvaro había adoptado sacándose rápidamente las manos de los bolsillos. Salí corriendo hasta la anciana para abrazarla.

—¡Moira! ¿Cuándo has llegado?

Los labios de la mujer se curvaron tenuemente ante mi reacción, aunque se puso seria

cuando miró por encima de mi hombro a Eva.

—Me prometiste que no te quitarías la cadena —me reprochó en tono acusatorio y alzó la mano cuando fui a explicarle lo sucedido—. Todavía no es el momento —continuó

de forma enigmática.

—Soraya, ¿qué está pasando? —demandó Álvaro con una mezcla de ansiedad y

confusión en la voz—. ¿Te encuentras bien?

Cuando miré, Eva había desaparecido del panorama y él se estaba acercando a mí de

forma insegura.

—Puedes pedirle a Gladys que te lo explique. Ya es hora de que vayan aclarándote algunas cosas —siguió la abuela ignorando a Álvaro como si no existiese.

Un perturbador presentimiento comenzó a invadirme. ¿Cómo era posible que Moira no

viera ni oyera a Álvaro? ¿Por qué estaba él tan tenso y tan preocupado? La anciana me acarició con ternura los hombros.

—Eres especial, Soraya, y eres consciente de ello. —Me sonrió—. Y aunque ahora te

sientas perdida, muy pronto descubrirás tu destino.

—Moira...

—Es hora de despedirnos —anunció con tono decidido.

—Te acompaño a la casa —contesté forzándome por no echar cuenta de lo que Álvaro

trataba de decirme.

Moira rio y negó con la cabeza.

—Aileen ya debe de estar buscándote y se preocupará si no te encuentra, y yo disfruto paseando a solas por la playa. —Me dio un beso en la mejilla antes de irse por la orilla.

Dividida entre solucionar el tema de Álvaro y seguirla, levanté la mano para detenerla.

La dejé caer de nuevo. Tenía ganas de correr tras ella. Ahora que en mi mente habían

surgido aquellas conjeturas me aterraba quedarme a solas con Álvaro, pero no podía confesarle eso a Moira. No sin arriesgarme a que reaccionara como mi abuela. Eché un

último vistazo a la silueta cada vez más lejana de la anciana. Tomé aliento y me giré hacia Álvaro, o lo que fuera que fuese aquel ser. Estaba más pálido que de costumbre y parecía muy inquieto. Me dejé caer en la arena y miré el reflejo de la luna sobre las olas.

Traté de recordar todos los momentos en que lo había visto, comenzando por el primer día que lo conocí. Intenté encontrar algo que me indicara que estaba equivocada.

Álvaro casi siempre se había mantenido al margen de todo. No conseguí acordarme de

ninguna reunión en la que él tomara parte activa. Cuando hablaba conmigo, sí, a veces se encontraba alguien cerca, pero nunca hubo una conversación junto a otras personas.

Siempre éramos solo él y yo. Ahora que lo pensaba, Aileen, nunca me había preguntado por él, lo había hecho sobre Joao, sobre Paulo, pero nunca sobre Álvaro.

Pero ¿y la rubia? ¿Qué pasaba con Eva? Lo había mencionado hacía un rato y le había

hablado aquel primer día cuando lo conocí. ¿O habían sido imaginaciones mías?

¿Acaso ella era igual que él? No. Algo no encajaba.

Álvaro se sentó a mi lado. Parecía preocupado al observar la continua evolución en mis facciones; sin embargo, permanecía en silencio, esperando que yo reaccionara de

alguna manera. Decidí coger el toro por los cuernos. De cualquier forma, ¿qué era lo

peor que podía pasar? ¿Qué me tomara por loca? Si estaba equivocada entonces de todos modos ya debía de estar planteándoselo. Me volví hacia él y lo miré fijamente a los ojos.

—¿Desde cuándo estas... muerto? —exploté evaluando atenta las emociones que se reflejaban en su rostro.

Se puso tan blanco que creí que le iba a dar algo.

—¿Cómo...? ¿Cómo lo has sabido? —musitó confirmando mis sospechas.

¡Dios mío! ¡Era cierto! ¡Era un espíritu! Agaché la cabeza y me tapé la cara con las manos. ¡Aquello no podía ser verdad! ¡Esto no podía estar pasándome! Una cosa era poder ver fantasmas y otra muy distinta enamorarme de uno.

—¿Por qué estás aquí? —le interrogué en un susurro.

Me miró ligeramente confundido, como si no me entendiera.

—Conozco a Eva. Sé lo vengativa que es y hoy la humillaste en público. Intuía que tramaba algo y decidí vigilarla —confesó renuente—. Cuando se acercó a ti estuve a

punto de acudir en tu ayuda, pero decidí que era preferible averiguar primero sus intenciones. Tardé un poco en percatarme de lo que pretendía hacer.

—No es a eso a lo que me refería pero, de todos modos, Eva no intentaba

hacerme daño, únicamente se estaba disculpando —la defendí sin demasiada convicción.

Álvaro negó con la cabeza.

—Estaba usando una treta para que te quitaras tu amuleto —explicó señalando la cadena de Moira.

—¿Amuleto? —pregunté mientras examinaba con más atención el bello colgante.

—¿No lo sabías? —parecía extrañado.

—Fue un obsequio.

Acercó una mano, vacilando, antes de tocar el colgante con extremo cuidado, como si

esperara que le diera una descarga.

—Es el protector más poderoso que he encontrado nunca. Te protege de nosotros e imagino que de cualquier otra criatura que pudiera ser peligrosa —murmuró admirado

—. Si te lo hubieras quitado habrías estado expuesta a ella —añadió con un gesto de

crispación.

—Entonces, ¿ella también es como tú? —Eso explicaría muchas cosas.

Álvaro asintió.

—¿Y los dos sois peligrosos? —La voz apenas me salió al preguntarlo.

Álvaro apretó la mandíbula y asintió de nuevo.

—¿Vas a hacerme daño? —Mis ojos escocían, pero no pude evitar preguntarlo.

—¡Jamás te haría daño a propósito! —soltó con desesperación en su voz.

Fijé la vista en el horizonte. Aquí y allá relumbraban las luces de algún barco pesquero. Había algo que fallaba, una pieza que no terminaba de encajar en aquel puzle.

—¿Soraya?! ¿Soraya?! —Los gritos ansiosos de Aileen, Nerea y Brian resonaron desde el paseo marítimo.

Me levanté para hacerles señas con los brazos. Ellos vinieron corriendo.

—¿Estás bien? —preguntó Brian, que llegó el primero—. Te hemos estado llamando al

móvil, pero no has contestado.

¿Habían llamado? Mi batería debía de estar vacía otra vez. Brian me estudió preocupado antes de dirigirle una mirada amenazante a Álvaro. Asentí despacio,

estudiando el gesto del chico.

—¿Hay alguien aquí conmigo? —le interrogué.

Brian echó una ojeada insegura a Álvaro y luego otra vez a mí.

—Sí —contestó dudando de tal forma que no quedaba claro si pretendía soltar una afirmación o una interrogación.

—¿Quién?

—Él —señaló—. Álvaro —respondió como si me tanteara.

—¿Vosotras también podéis verlo? —me quise asegurar con Nerea y Aileen, que venían resoplando exhaustas.

Ambas asintieron, contemplándome con ojos desencajados, como si acabaran de ver a

un extraterrestre, ¿o debería decir un fantasma? Me giré hacia Álvaro que me examinaba desconcertado. Miraba de hito en hito a mis amigos intentando

encontrar alguna explicación; sin embargo, ellos se encontraban tan desorientados como él.

También parecían incómodos y culpables a partes iguales. Asentí para mí, necesitaba

aclararme, encontrar algún sentido a aquel sueño surrealista en el que parecía haberme perdido.

—Ahora mismo estoy tan confusa que no sería capaz de asegurar con certeza si me estoy volviendo loca o no. Voy a irme a casa. Voy a aclarar mis ideas y voy a asegurarme de que nada de esto ha sido una simple pesadilla. —Tomé aire antes de seguir—: Y en el caso de que todo esto haya sido real, mañana hablaré con vosotros —

sonó como una amenaza—, con «todos» vosotros —recalqué, esta vez mirando en dirección a Álvaro, quien asintió—. ¿Estarás?

—Te lo prometo —confirmó con firmeza.

Todos me siguieron cuando me dirigí al paseo marítimo. Me quité la arena de los pies

y volví a calzarme ignorándolos a todos. Cuando al dirigirme al apartamento vinieron

tras de mí, me paré bruscamente para dirigirme a ellos.

—Puedo ir sola a casa. «Necesito» estar sola —subrayé.

—Soraya... —empezó Aileen.

La interrumpí alzando un dedo. Esperé unos segundos, mirándolos decidida,

asegurándome que me entendían sin tener que hablar de nuevo. Luego, despacio, me di la vuelta y me fui dejando a cuatro figuras pasmadas detrás de mí.

Cuando llegué al apartamento de los O'Conally, como un autómatas comencé

con lo que

ya se estaba convirtiendo en una rutina. Me duché con agua caliente, intentando mantener mi mente en blanco el mayor periodo de tiempo posible. Quería relajarme antes de enfrentarme a mí misma. Me puse el pijama y fui a la cocina a hacerme un chocolate caliente. En mi cuarto me enfundé en una manta y salí a sentarme en la diminuta terraza.

El suave vaivén de la mecedora y la taza caliente entre mis manos eran reconfortantes.

Me centré en el sonido de las olas y el brillo de las estrellas que destacaban en el cielo negro. Inhalé con fuerza y repasé lo que había pasado hoy. Las imágenes impactaban en mi mente, una detrás de otra. Intenté discernir entre aquellas cosas que ya tenía claras y aquellas que seguían estando confusas.

Para empezar, intuía que lo que había ocurrido esta noche en la playa, ni había sido un sueño ni pertenecía a lo que se podía denominar «natural» o «normal».

En segundo lugar, Álvaro había admitido hasta cierto punto que no era un hombre corriente. Tampoco podía ser un fantasma, porque entonces los demás no podían haberlo visto ni haberlo conocido; sin embargo, ¿qué era entonces?

El tercer enigma giraba en torno a la abuela de Aileen, ¿qué había llevado a Moira a la playa a esas horas? ¿Por qué estaba Álvaro tan tenso en su presencia? ¿Por qué lo había ignorado la anciana? ¿Y por qué nadie me había informado de que llegaría Moira? Recordé la conversación con Gladys la mañana que viajamos a Portugal. Su rostro había estado desencajado y evitó mirarme casi todo el tiempo.

—*¿Por qué no viene Moira a Cascáis?* —le había preguntado yo.

—*A ella nunca le ha gustado demasiado viajar. Este es su sitio* —me había respondido reticente.

—*¿Estará bien aquí sola?*

—*No te preocupes por ella, sabe cuidar de sí misma y no está sola... nunca lo estará*

—insistió con un repentino ímpetu, como si estuviera hablando de algo totalmente distinto.

Recordando aquella charla, mis sospechas se acentuaron. Mañana tendría que confirmarlo. Iba a levantarme temprano. Los lunes eran los días libres de Gladys y le gustaba aprovecharlos para salir a pasear por la playa y disfrutar del sol hasta la hora del almuerzo. También ella tendría que responderme a algunas cuestiones y cuanto antes mejor.

Eso me recordó el colgante que pendía de mi cuello. El cuarto punto a evaluar. Lo observé con atención, repasando con los dedos todos y cada uno de aquellos diminutos

y complejos detalles. ¿Un amuleto? ¿Por qué me lo habría dado Moira justo antes de

venir a Portugal? ¿Por qué no quería que me lo quitara? Álvaro había mencionado algo

sobre que era protector, ¿estaba yo en peligro? ¿Qué clase de seres serían Álvaro y Eva para que yo necesitara una protección mágica contra ellos? Me vino a la memoria

uno de los comentarios que había hecho esta noche la anciana. Había sido algo sobre

Gladys, algo que ella me debía aclarar...

Preparándome para una noche muy, muy larga, fui a por la guitarra que Joao me había

prestado para relajarme con el sonido de sus cuerdas. Toqué durante mucho tiempo.

Cuando al fin decidí acostarme, eché un último vistazo al faro. No me sorprendió ver la silueta del hombre. Había estado allí todas las madrugadas contemplando, inerte como

una estatua, el mar. Me parecía una persona solitaria, triste, como si las olas que chocaban contra el acantilado fueran el reflejo de la angustiada batalla que se libraba en su interior. No sé exactamente por qué pensé en él al ver a aquel individuo, ni tampoco por qué llegue a pronunciar su nombre.

—¿Álvaro?

El hombre del faro levantó la cabeza hacia mí, como aquella primera madrugada, como

si hubiese oído su nombre en mis labios.

—¡Álvaro!



CAPÍTULO 7

Al entrar en la cocina encontré una extraña calma. La familia al completo estaba reunida allí: Gladys, Aileen, Nerea, Brian e incluso Jennifer —todos menos la abuela

—; y cada cual se hallaba, aparentemente, entretenido con algo, como si eso pudiera explicar la desacostumbrada tranquilidad.

—Buenos días —saludé serena.

Necesitaba empezar con buen pie. Aún no estaba segura de si había perdido algún tornillo o si tenía razón. De un modo u otro, era mejor llevarlo todo con el mayor tacto posible. Después de todo, aquella familia me había acogido como a una más en la casa

y les tenía un gran aprecio.

—¡Buenos días, cariño! —Gladys me recibió con fingida alegría. ¿La habrían informado ya de todo lo que ocurrió la noche anterior?

—Buenos días —respondí yendo directamente al frigorífico para coger leche.

No fue hasta que me senté a la mesa, al lado de Jenny, cuando puse en marcha mi plan.

—Me preguntaba cómo se encontraría Moira, ¿sabes algo de ella, Gladys? —indagué

con toda la despreocupación de la que fui capaz.

La mano de Gladys se congeló en pleno gesto de rellenar su taza de té, a Aileen se le cayó la servilleta, Nerea hizo una mueca, Brian empezó a observar con precisión científica la mermelada de la tostada y Jenny se removía inquieta en la banqueta, pendiente de su madre.

—¡Oh! Se encuentra muy bien, no debes preocuparte por ella, cariño —me respondió

exageradamente animada Gladys.

—Me gustaría hablar con ella. ¿Crees que estará en casa ahora? —seguí fingiendo.

Brian escupió el café regando la mesa del desayuno. Lo que en condiciones normales

habría conllevado un follón de gritos, insultos y bromas, hoy se quedó en cuatro figuras estupefactas centrando toda su atención en él, mientras el chico farfullaba una torpe disculpa.

—Lo... lo siento. Me he quemado la lengua con el café.

—¿Qué piensas, Gladys? —repetí para que retornara al tema que me

interesaba.

—Yo... creo que no. Ayer dijo que hoy pasaría el día con la señora McManus

—

contestó al fin.

—¿La señora McManus? —verifiqué fingiendo extrañeza

—Sí, claro. La vecina que vive en aquella casa llena de bebederos de pájaros, ¿no te

acuerdas de ella? —Jenny intentó en vano echarle una mano a su madre.

—¡Oh! ¿La señora McManus también tiene un apartamento en Cascáis? —
seguí mi inocente interrogatorio.

—No, ¿por qué? —contestó Gladys con la voz cada vez más aguda,
levantándose para

ir al fregadero por un paño.

—No, nada. Simplemente me resulta curioso. —La miré directamente a los
ojos—.

¿Cómo es posible que viera a Moira ayer y que hoy ya esté de vuelta en
Athlon? —

Parecía que hasta la mesa se hubiese quedado petrificada—. Por cierto, me dijo
que ya era hora de que me aclararas algunas cosas —continué, después de
darle tiempo para

asimilar las noticias.

Gladys se desplomó encima de una silla y me miró boquiabierta. Los demás

mantuvieron la vista en ella, como si fuera su tabla de salvación. Pasaron
varios minutos antes de que ella diera una inspiración que pareció devolverla a
la vida.

—Creo que mi madre tiene razón. Ya es hora de que te aclaremos algunos puntos. —

Espiró con fuerza antes de continuar—. ¿Quieres hacer tú las preguntas? Ahora mismo

estoy... ¡Ufff! —Movió la cabeza—. No sabría por dónde empezar.

Asentí. ¡No me lo podía creer!, ¡mi plan había funcionado! Mi sospecha parecía estar

confirmada, casi. Ahora que tenía la posibilidad de plantear todas las cuestiones y resolver todas las dudas que me quedaban, empezó a entrarme una extraña sensación de

pánico.

Gladys me apretó la mano en un gesto de ánimo, como si supiera lo que estaba pasando

por mi mente.

—¿Moira es un producto de mi imaginación? —Creía firmemente que no lo era, pero

necesitaba que ella me lo confirmara.

—No, no lo es —me aseguró—. Si lo fuera no habrías sabido tantas cosas.

—Entonces, ¿ella está...? —No sabía cómo decirlo, no me atrevía.

Gladys me sonrió con tristeza.

—Mi madre murió hace tres años. Es su espíritu quien se pone en contacto contigo.

—¿Vosotros también podéis verla y hablar con ella?

—No. —Gladys permaneció un minuto en silencio antes de murmurar, más para ella que para mí—: A veces soy capaz de sentirla. Siento el amor que

emana, sé que está

conmigo, con todos nosotros; sin embargo, no puedo verla, ni hablar con ella como tú.

—¿Por qué me habéis estado siguiendo el juego todo este tiempo?

—No ha sido exactamente un juego —repuso ella afable—. Sencillamente no parecías

estar preparada para ello.

—¿Y por qué puedo verla yo y vosotros no? —seguí buscando respuestas.

—Bueno, lo cierto es que eres especial, Soraya. —Reflexionó antes de continuar—: Mi madre no es el único ente con el que te has encontrado, ¿verdad? —Me evaluó, consciente de mi impresión—. De hecho, son ellos los que te han llevado hasta nosotros —concluyó.

—¿Ellos me han llevado hasta vosotros? —repetí perpleja.

Gladys asintió.

—La monja que te dio el ramo de flores para mí... la hermana Gabrielle, también ella

fue un espíritu. Las flores que componían el ramo: la sabina, el jazmín y el iris blanco, la flor de ciruelo... Todas ellas tenían un significado, formaban un mensaje, a través del cual nos pedía ayuda para cuidar de ti.

—¿Por qué vosotros?

—Quizás, porque también nosotros tenemos algo de especiales. —Gladys miró

orgullosa a sus hijos—. Nuestra familia tiene una larga tradición en el contacto con lo

«sobrenatural». Algunos de nosotros tenemos dones pero, sobre todo,

poseemos conocimientos que pasan de padres a hijos y que se salen un poco de lo común.

Tragué saliva tratando de asimilar lo que me contaba y esperé a que continuara.

—Si miras en internet encontrarás muchas definiciones: *wicca*, magia celta, magia blanca...

—¿Sois brujos? —pregunté alucinada—. ¿De los de verdad? ¿De los que practican brujería?

No estaba muy segura de si reírme o salir corriendo.

—A mamá le gusta llamarlo «ciencia de la energía y la vida», por lo que, más bien, somos doctoras de la energía y la vida —rio Jenny y los demás se unieron a ella.

—¿Te acuerdas de cuando en el colegio te enseñaban que la energía ni se crea ni se destruye, sino que se transforma? Todo está formado por energía. La magia no es más

que eso: aprender a transformar la energía en aquello que tú quieres —explicó Aileen

—. Para hacerlo usamos lo que la Madre Naturaleza nos da: pensamientos, palabras, sonidos, plantas, vida, símbolos capaces de canalizar las energías; los cinco elementos: agua, fuego, aire, tierra y espíritu... —siguió Aileen en su habitual parloteo alegre, como si aquello fuera lo más normal del mundo.

—¡Vale! Poquito a poco. Esto me está sobrepasando —respondí abrazándome a mí misma.

—¿Te encuentras bien? —Gladys me estudió con la preocupación reflejada en sus ojos.

—Tan bien como para ingresar derechita en un manicomio —murmuré sin poder evitar

el deje irónico en mi voz.

—No creo que eso sea necesario —rio Nerea—. Ya estás en uno.

Exceptuando las disimuladas ojeadas que me dirigían Brian y Gladys, por lo demás, todos parecían haberse relajado, como si se hubiesen quitado un gran peso de encima.

—¿Por qué creéis que la herm... Por qué pensáis que os pidieron que cuidarais de mí?

Gladys recuperó su gesto grave y se quedó pensando.

—Lo cierto es que lo ignoramos. Entendemos que eres especial porque, aparte de que

puedes ver entes, todos los que te rodean parecen ser buenos. Es como si no fueras una médium normal, como las que conocemos de nuestro entorno. Atraes las energías positivas hacia ti. Además, nos hemos dado cuenta, o creemos al menos, que te están

protegiendo. —Paró un instante—. Verás, no es extraño que un espíritu determinado cuide de alguien, incluso es más habitual de lo que la mayoría de las personas creen, lo que resulta extraordinario en tu caso es que parece tener a varias entidades protegiéndote.

—En realidad, a todo un ejército —bromeó Brian con una sonrisa torcida—. ¡Estás más protegida que la primera dama de los Estados Unidos!

Recordé lo que Álvaro había mencionado de mi amuleto, el incidente y... a él, pero no

estaba muy segura de qué era lo que sabrían sobre él y si el preguntarlo no resultaría perjudicial. Por lo que evité hablar de Álvaro y me centré en el colgante.

—Esta cadena que me regaló Moira... —Señalé el colgante—. ¿Es un talismán?

—Para ser exactos es un amuleto —me corrigió Aileen—. Un talismán sirve para atraer la suerte, un amuleto para proteger a quién lo lleva.

—Es un amuleto muy especial, lleva varias generaciones en nuestra familia y está vinculado a una leyenda. En nuestra familia lo consideramos una especie de reliquia,

por eso me extrañó tanto que mi madre recurriera a él para que te protegiera, aunque

supongo que tendría sus buenas razones para hacerlo.

Examiné intrigada el medallón.

—¿Qué dice la leyenda?

Gladys hizo ademán de hacer memoria antes de contestar.

—La leyenda habla de un terrible azote de seres de la oscuridad que invadieron nuestras tierras. Masacraban un poblado tras otro y no tenían piedad de nadie, no importaba que fueran ancianos, mujeres o niños. A los demonios se les atribuía el carácter de invencibles y raras veces sufrían el más mínimo daño en los ataques de los pobres campesinos. Aunque, de vez en cuando, luchaban entre ellos debido a los celos

y a la avaricia. En uno de estos altercados, uno de los demonios quedó gravemente

herido y huyó por el bosque hasta llegar a un lago. Allí encontró a una bella joven en el agua. Dicen que era la hija de un druida y que poseía una hermosura inigualable, de piel blanca como la nieve y el pelo rojo como el fuego. El demonio decidió esperar a

que la joven saliera del lago con la intención de matarla y alimentarse de ella, pero a medida que la aguardaba y observaba, más débil se fue volviendo. Cuando la joven encontró al demonio, desfallecido y gravemente herido, se apiadó de él y lo cuidó, escondiéndolo de los furiosos campesinos y alimentándolo con su propia sangre y con

la sangre de los animales del bosque. El demonio, que jamás había conocido a un ser

tan puro y compasivo como aquella joven, llegó a confundirla en sus delirios con un ángel. Ambos acabaron por enamorarse perdidamente el uno del otro y a consecuencia

de aquel amor nació una hija. Cuando los campesinos descubrieron quién era el padre

de la criatura quisieron acabar con la joven y su hija recién nacida y los demonios hicieron otro tanto. Aquello se convirtió en una aterradora caza contra los enamorados.

La joven, extenuada por el complicado parto, no tuvo fuerzas suficientes para resistir aquella persecución. Cuando el demonio vio que su amada moría y que su hija correría

el mismo destino, se hincó de rodillas a suplicarle a la Madre Naturaleza y esta, conmovida por los rezos del demonio, lo escuchó. Le preguntó qué estaría dispuesto a

hacer por la vida de su hija y él le respondió que entregaría con gusto la suya propia a cambio de que la salvara. Entonces, la diosa cogió la pureza e inocencia de la joven y el amor y poder del demonio y los aunó en este amuleto que colgó al cuello de la niña.

Cuentan que cuando los campesinos y los demonios la encontraron, ninguno pudo aproximarse a ella, ni causarle el más mínimo daño. Únicamente una ermitaña que vivía por allí, pudo acercarse a ella y fue quién la crio como a su propia hija. La chiquilla creció como un ser fuera de lo común por su inteligencia y sus dones. Un día se marchó sin decir a dónde iba, pero en la víspera de su marcha entregó el amuleto a la ermitaña, rogándole que lo guardaran ella y sus futuras generaciones hasta el día en que llegara la Protegida. Según la tradición oral de mi familia, esa ermitaña fue una de nuestras antepasadas. Apenas unos días después de la desaparición de aquel ser conoció a su marido y el mismo año tuvieron a su primera hija. Lo que explica el motivo por el que nosotras guardamos el amuleto.

Cuando Gladys acabó de contar la historia, todos permanecimos callados. Me imagino

que su silencio era para darme tiempo a mí. El mío se debía a mi cacao mental. Era como si hubieran introducido demasiada información en mi disco duro y no tuviera forma de procesarla. En mi mente aparecían palabras y frases aisladas, inconexas que, sin embargo, intuía que estaban interrelacionadas: «Espíritus», «amuleto», «te protegen», «la protegida», «eres especial». Era como si pudiera discernir diferentes voces en mi mente, repitiendo una y otra vez esas palabras y otras imposibles de distinguir entre aquellos murmullos.

Me froté la sien para aliviar las punzadas de dolor. Mi cabeza parecía estar a punto de

estallar. Solo quería meterme en la cama y taparme la cabeza con una sábana hasta que el mundo entero se olvidara de mí. Pero ¿quién sería capaz de dormir ahora?

Probablemente no podría ni quedarme acostada en la cama y, muchísimo menos, evitar

darle vueltas a toda la vorágine de información que me habían dado. ¡Acababan de decirme que existían brujas, demonios, la Madre Naturaleza y la magia! Más que nunca

me planteé si no me estaría volviendo loca o si todo esto no era nada más que un extraño sueño. Me levanté despacio de la mesa.

—Necesito estar un rato a solas —expliqué mirándome las manos para evitar ver sus

rostros.

No estaba preparada para oír nada más.

—Álvaro dijo que vendría a recogerte a las cuatro —avisó Aileen de forma precipitada.

Me detuve en la puerta de la cocina. Necesitaba saber una cosa más aunque me matara

el saberlo.

—¿Qué es Álvaro? —pregunté con un hilo de voz.

Nadie contestó, hasta que Gladys soltó un fuerte suspiro.

—No podemos decírtelo, Soraya. En este mundo existen ciertas normas y también consecuencias si se quebrantan. Pero estoy segura de que acabarás averiguándolo por ti misma —terminó convencida.



CAPÍTULO 8

Álvaro esperaba en la calle, apoyado en su BMW descapotable de color plata. Que me

costara trabajo apartar la mirada de las líneas que definían claramente sus músculos bajo la camiseta negra, echó por tierra mi teoría de que quizás mi atracción por él pudiera estar influenciada por la magia del ambiente nocturno. Ahora, a plena luz del día era tan atractivo o más que por la noche. Y no, por más que lo estudiara, no había nada en él que me delatara que no fuera algo más que un hombre normal.

Permaneció serio cuando me acerqué a él, aunque advertí cómo se oscurecieron sus ojos antes de desviar la mirada y abrirme la puerta del copiloto. Ninguno de los dos

rompimos el silencio durante el trayecto. Él permanecía centrado en la

conducción y yo en mi caos existencial. Pasarme la mañana paseando sola por la playa no ayudó a resolver demasiado en esta ocasión, no cuando lo que necesitaba era más información.

Tardé en darme cuenta que salíamos del casco urbano de Cascáis y que Álvaro escogió

una carretera secundaria prácticamente desierta. ¿A dónde íbamos? No me tomé la molestia en preguntar. Me sentía segura con él, protegida, a pesar de la incertidumbre sobre su identidad.

Me detuve a analizar ese sentimiento. ¿Por qué tenía aquella certeza de que no me haría daño? Mis pensamientos volaron a la leyenda y los demonios que Gladys había mencionado. Dijo que los demonios se dedicaban a diezmar a la población. Eso no era

precisamente alentador, pero Gladys no me expondría nunca a un peligro, ¿verdad?

Además, ¿no decían todos que el amuleto me salvaguardaba?

Mi mano se alzó instintivamente hasta mi clavícula, donde el frío metal tocaba mi piel.

Al percibir mi gesto, Álvaro apretó la mandíbula y sus facciones se endurecieron. Pisó el acelerador pero inmediatamente volvió a reducir la velocidad.

—¡No voy a hacerte daño! —explotó de pronto.

—Lo sé —repuse sin más, y era cierto. Sabía que no me haría daño.

Condujo el coche fuera de la carretera, adentrándose por un camino pedregoso escondido entre la arboleda hasta aparcar en la sombra de un frondoso pino. Se quedó

unos instantes cabizbajo, con ambas manos sobre el volante, como si temiera lo que le esperaba. Me mordí los labios. Había llegado el momento de hacer las preguntas, pero

¿qué era lo que yo quería saber realmente? ¿Qué podía preguntarle sin parecer una loca?

Álvaro salió del coche y antes de que pudiera seguirle ya me había abierto la puerta del copiloto. No sé exactamente por qué, pero alargué la mano y esperé con paciencia

mientras él la estudiaba indeciso. Finalmente me tomó de la mano, despacio, evaluando mi expresión. En cierto modo, aquello era lo más cursi y ridículo que yo había hecho

en mucho tiempo, si bien también fue mi oportunidad de establecer contacto con él, de tocarlo. Necesitaba comprobar que era real, de carne y hueso, y que no se evaporaría

ante el más mínimo roce. Había pasado demasiado tiempo desde la noche en que me besó como para confiar en mis propios recuerdos.

Álvaro parecía seguir titubeando sobre cómo actuar conmigo, pero después de sacar una toalla grande del maletero, me volvió a tomar de la mano sin que yo se lo pidiera.

Me guio en silencio por la estrecha senda hasta unos acantilados. Se me escapó el aire de los pulmones al ver las vistas. ¡Eran espectaculares! El lugar parecía sacado de un folleto turístico, con la diferencia de que por allí no se veía a nadie, estaba total y absolutamente desierto.

Álvaro extendió la toalla en el suelo ante un viejo tronco caído para sentarnos.

Permanecimos mudos, contemplando el fantástico paraje. La simple idea de tener que

romper aquella serenidad, aquel encanto, ya resultaba estresante en sí misma, pero sabía que era hora de hacer mis preguntas y enfrentarme a la realidad. Suspiré.

—Ayer te confundí con un espíritu —aclaré centrada en el azul verdoso del océano cuya delicada brisa parecía insuflarme valor. Él se giró para observarme—. Pero no lo eres —dudé—. Como tampoco eres un humano

normal. —Lo miré. El gris de sus ojos

resultaba ahora casi imperceptible, conquistado por la negrura de sus enormes pupilas

—. Pero ¿qué eres entonces?

—¿No te lo han revelado los O'Conally? —Alzó una ceja.

—Al parecer no pueden contármelo. Dicen que debo averiguarlo por mí misma.

—No esperaba que en este caso cumplieran las normas. Aunque tienen razón. Nadie puede decírtelo. Debes descubrirlo por ti misma —afirmó.

—¿Por qué?

—Porque cuando se rompen ciertas reglas, las consecuencias son... muy graves.

—Si lo acierto, ¿serás sincero?

—¿Te crees capaz de adivinarlo? —Entrecerró los ojos. La expresión de su rostro reflejaba cómo evaluaba mentalmente la posibilidad de que eso pudiera ocurrir—. ¿Te

has planteado que a veces es mejor no conocer toda la verdad?

—Sí, pero si ya intuyes algo, queda la esperanza de que la realidad, quizás, no sea tan... —Iba a decir aterradora, aunque al final decidí callarlo—. Prefiero saber a qué

me enfrento y poder tomar mis propias decisiones —acabé con determinación.

—¿Y si fuera aún peor de lo que imaginas? —cuestionó poniendo a prueba mi teoría.

—Entonces, con más motivo para saberlo. Quizás de ello pueda depender mi supervivencia.

Su rostro se contrajo en una mueca.

—¿Y según tu intuición qué crees que soy? —musitó.

—¿Una especie de demonio? —Inmediatamente me arrepentí de haberlo soltado. Su rostro se crispó de dolor al tiempo que se giraba hacia el horizonte.

—Supongo que así lo definirían algunos —reconoció en un hilo de voz.

—Pero ¿lo eres? —¿Se daría cuenta del miedo que sentía?

—No... exactamente. En cierta medida, depende del concepto que alguien tenga de un

«demonio», aunque imagino que sí, que se podría aplicar —titubeó—. No adoro a Satán, ni practico la magia negra ni vivo para la maldad ni ninguna de esas cosas.

Desde «nuestro» punto de vista, no tenemos nada que ver con los demonios. Sin embargo, desde el punto de vista humano, sí nos confunden o, a veces, nos engloban dentro de esa categoría.

Encogió los hombros, pero bastaba mirarle para saber que no le resultaba tan indiferente como trataba de aparentar.

—No te comprendo del todo.

—Tú tienes visiones, ¿verdad? —No esperó a que se lo confirmara—. La inquisición

te habría condenado por brujería, la medicina moderna probablemente te atribuiría algún tipo de enfermedad mental. Tienen diferentes opiniones o formas de verlo, aunque no necesariamente coincidan con la realidad.

Esta vez capté lo que intentaba explicarme, pero me planteó otra preocupación.

—¿Y tú? ¿Cómo me ves? —susurré.

La incipiente confusión de sus ojos se transformó rápidamente en una expresión tierna.

—Veo a una preciosa chica morena, de ojos tan profundos y relucientes como el universo mismo, cuya fuerza de atracción permite a las almas atravesar los muros que

nos separan de otras dimensiones.

—¿Entonces no te asusto? —aventuré insegura.

—¿Me consideras un demonio pero temes que puedas asustarme? —Rompió a reír.

—La verdad es que solo te he preguntado si lo eres. No consigo verte como uno —

confesé—. Y estoy acostumbrada a que la gente huya de mí cuando descubren las cosas

que me ocurren.

—¡Hm! Supongo que te comprendo —afirmó pensativo—. Sé lo que es ser un bicho raro y no acabar de encajar en ninguna parte. —Hizo una extraña mueca—. Pero volviendo a mí... El hecho de que no sea un demonio, no significa que no sea peligroso. Como tú misma has dicho y por tú propia supervivencia debes asimilarlo y

mantenerte alejada de mí.

—Dijiste que no me harías daño —le recordé.

—Dije que jamás te haría daño «a propósito» —me corrigió.

—También comentaste que mi amuleto me protegía de ti —insistí.

—En eso tienes razón. —Me evaluó con mirada calculadora—. ¿A dónde quieres llegar?

—Buena pregunta —murmuré mientras un bochornoso calor inundaba mi cara.

—¿Y? —Me escudriñó con la cabeza ladeada, esperando que le contestara.

¿Qué iba a decirle? ¿Qué me gustaba? ¡Ni de coña! No estaba acostumbrada a lanzarme

y ofrecerme en bandeja. ¿Y si acababa haciendo el ridículo más espantoso?

—Bueno, también admitiste que... —Me corté. «¡No puedo hacerlo! Esto es demasiado». Tragué saliva cuando arqueó la ceja—. Nada, da igual —farfullé, consciente que el calor en mi cara ahora bullía como la lava de un volcán.

Me cogió la mano y cerró los párpados.

—Sientes vergüenza, nerviosismo, impotencia...

—¿Cómo...? —le interrumpí, pero él levantó un dedo, indicándome que esperara.

—También sientes miedo... miedo a que te rechace —murmuró, y de nuevo me detuvo

cuando abrí la boca—. Te estoy asombrando, sin embargo, tienes tanta necesidad como

miedo de que yo descubra lo que te pasa. Quieres que yo... —Me soltó la mano y se

volvió hacia el mar.

Un peso se alojó en mi pecho, mezclándose con mi humillación. Fuera lo que fuera lo

que hubiera descubierto en mí, lo estaba rehusando.

—Recuerdo lo que afirmé. Te dije que ambos éramos conscientes de que había algo entre nosotros. —Tomó mi mano y me besó la palma, sin mirarme

todavía—. Pero también te advertí que no podíamos estar juntos —me recordó en voz baja.

—¿Es por lo que eres? —La duda me mataba.

—Ese es el motivo más importante, sin duda —confirmó.

—¿Hay más? —Me sobrecogí.

—Sí. —Lo pensó un poco antes de continuar—. Digamos que, en estos momentos, mi

futuro es un poco incierto. Ahora mismo no tengo la capacidad de comprometerme, ni

de hacer promesas que posiblemente no pueda cumplir.

Se pasó las manos por la frente, con un gesto cansado. Luego se puso de pie de un salto para desaparecer por una esquina del acantilado. Asustada corrí hasta el filo del precipicio. Solté un suspiro aliviado al descubrir el pequeño sendero que quedaba oculto tras un arbusto y que bajaba a una pequeña caleta. Allí fue donde le vi, de pie, contemplando el océano. Me senté en una roca. Quizás él necesitase un momento a

solas igual que yo.

«¿Desde cuándo me gusta jugar con fuego?». No existía la necesidad de pensarlo mucho, conocía la respuesta: desde que había conocido a Álvaro. Me hacía sentir viva, cada fibra de mi ser se llenaba de luz estando con él. También me sentía protegida y

eso había sido algo que ansiaba desde hacía una eternidad. Sentirme segura, esperanzada, ilusionada... Quería más de eso mismo. ¿Qué importaba el precio que tuviera que pagar? ¿No constituía el mismo hecho de renunciar a él y a todo lo que me aportaba un enorme sacrificio? Si en definitiva debía perderlo, ¿por qué no disfrutar cuanto pudiera de lo que podía ofrecerme?

Aspiré profundamente llenando mis pulmones hasta los topes y tomé el estrecho sendero escarpado que llevaba al pequeño trozo de playa. Él

permanecía allí, en la orilla, de espaldas a mí, concentrado en el horizonte.

—¿Y si no tuvieras que comprometerte a nada?, ¿y si no esperara nada de ti?

—

pregunté con voz alta y clara.

—¿Serías capaz de asumir eso? —dudó él sin girarse—. ¿Podrías aceptar no tener respuestas?, ¿comprender que tarde o temprano me despediré de ti sin un motivo ni una explicación? ¿Puedes estar conmigo sabiendo que soy un... —titubeó antes de soltar la

última palabra teñida de aflicción—, «demonio»?

—¿Son los demonios capaces de amar? —Eso era lo único que realmente importaba y

necesitaba averiguar.

Se giró como un torbellino, con los ojos incendiados por llamaradas. Recorrió con peligrosa lentitud los metros que nos separaban, sin despegar su oscura mirada de la mía.

—A eso sí te puedo responder. —Inclinó su cabeza hacia mí, tomando mi rostro entre

sus manos, antes de terminar en un susurro—: Cuando uno de mi especie ama, lo hace

con una intensidad de la que ningún ser humano es capaz.

Sus labios tocaron los míos con dulzura, pero su forma de pedirme que respondiera a

ellos fue exigente, causando chispas y encendiendo un fuego descontrolado que se extendió por mi cuerpo a la velocidad de la luz. Me amoldé a él, enredando mis brazos alrededor de su nuca. Mis dedos se hundieron en su sedosa cabellera cuando sus labios trazaron un tortuoso recorrido desde mi mentón hasta la base de mi cuello, provocándome un suspiro cuando sus

dientes rasparon con suavidad la sensible piel.

Apartó los finos tirantes del top, y con ellos los de mi sujetador, hasta que acabaron

resbalándose por mi hombro. Tiró suavemente de mi melena para echarme la cabeza atrás y hundir su rostro en el hueco de mi garganta. Las delicadas caricias de su aliento sobre mi piel contrastaban con la dureza de su cuerpo al apretarse contra mí. Me mordí los labios para retener los gemidos. ¡Dios! No sabía si iba camino al cielo o al infierno, pero desde luego era justo donde quería estar.

Ni siquiera me di cuenta de cómo terminamos tendidos en la arena. Solo fui consciente de las sensaciones que me producían sus labios, que ahora exploraban la sensible piel alrededor de mi ombligo. Evidentemente molesto por el estorbo de mi top, me ayudó a

desembarazarme de él con habilidad, antes de seguir el delicioso recorrido que había

dejado a medias. Temblando de deseo y a ciegas, busqué su cabellera para tirar de él y traerlo de nuevo hacia arriba. Lo deseaba. Necesitaba su boca sobre la mía, sentirlo, saborearlo, rodearlo con mis piernas y apretarlo a mí.

Álvaro no se hizo de rogar. Se quitó la camiseta en cuanto se percató de mi frustrado zarandeo y la colocó con gentileza bajo mi cabeza. Sentirlo piel contra piel lo cambió todo. Era como si me pudiese fundir con él, como si mi piel hambrienta no pudiera calmarse del ansia por él, como si al pegarme a Álvaro colmara cada célula de mi ser

con la felicidad más absoluta.

La palma de su mano ascendió con determinación por mi muslo desnudo bajo mi falda,

y acabó alcanzando mi trasero para apretarme contra él y su pética erección. Gemí. Un temblor surgió desde la base de mi bajo vientre, haciéndome consciente de la densa humedad que mojaba mi tanga al contacto con su dureza y de la urgencia de presionarme aún más contra él.

Los segundos que levantó su rostro para evaluar complacido mi reacción, me parecieron una eternidad. Ciñéndome exigente a él reclamé su boca. Nuestros gemidos

se entremezclaron, su urgencia incendiaba la mía y percibir su deseo me lanzó hacia una desesperante necesidad.

Cogió mi muñeca para guiar mis dedos por su musculoso abdomen. Me quedé sin aliento cuando se desabrochó el vaquero y deslizó mi mano en el caliente interior. En cuanto notó mi inquietud se detuvo en seco. Alzó la cabeza, la confusión se reflejaba en su rostro al estudiarme. Advertí cómo de repente todos sus músculos se tensaban y me

inspeccionaba con el ceño fruncido.

—¿Soraya? Tú... —vaciló buscando las palabras—. Tú has hecho esto antes, ¿verdad?

—Me examinó con ojos inquisitoriales en tanto que yo deseé que me tragara la tierra

—. ¡Dios! ¡No puede ser! —gimió dejándose caer a mi lado en la arena, respirando con dificultad y tapándose los ojos con los antebrazos.

—Álvaro, yo... —balbuceé.

«¡Cómo he podido ser tan torpe!». No me atreví ni a mirarlo. ¿Cómo se le explica a un tío que nunca había surgido ni la necesidad ni la oportunidad de hacerlo antes? «¡Por Dios, que tengo veintitantos años! ¡Va a pensar que soy una mojigata reprimida!».

Nunca antes me había planteado lo embarazoso que sería confesarle a un hombre que

era virgen a mi edad y que eso me haría sentir como una niña pequeña. ¿No se suponía

que en las novelas siempre era una de esas cosas románticas y valiosas y...?

«¿A quién quiero engañar? Si hasta a mí me parece tonto eso de que las mujeres se guarden para el hombre de su vida. ¿Y cómo le explico yo eso ahora sin hacer todavía más el

ridículo?».

Me tensé cuando Álvaro se incorporó y me posó un dedo sobre los labios.

—Lo siento, no debería haberlo dado por supuesto —se disculpó para mi asombro depositando un cariñoso beso en mi frente.

—¿Estás enfadado?

—Claro que no. Simplemente me ha cogido por sorpresa. Hoy en día no es algo habitual en una chica de tu edad, y eres tan sensual y tan seductora, y respondiste con tanta pasión, que... sencillamente no se me pasó por la cabeza que aún pudieras ser...

—titubeó antes de elegir la palabra correcta—: inexperta.

—¿Y eso importa? —quise constatar.

—Sí y no —respondió de forma ambigua.

—Ok. Esto es embarazoso. Me siento como una niña a la que han pescado probándose

la ropa interior de su madre.

Álvaro rompió a reír.

—Pues que sepas que me pareces adorable y muy sexy con la ropa de tu madre —dijo

guiñándome un ojo.

—¿Sexy? —No pude evitar alzar una ceja.

—Morbosamente sexy, cielo —murmuró.

Me estremecí ante el deseo reflejado en sus ojos.

—Entonces... —Alcé la cabeza para buscar su boca, pero Álvaro se apartó como si yo tuviera la lepra—. ¿Qué pasa? —musité temblorosa tratando de ignorar la

desagradable sensación que se despertó en mi estómago.

Me dirigió una débil sonrisa que poco a poco aumentó.

—Nada, excepto que creo que necesito un chapuzón.

—¿Un chapuzón? ¿Ahora?

¿Cómo podía estar riéndose y encima querer bañarse? Tragué saliva. En mi vida me había sentido más humillada. Miré abochornada a mi alrededor para buscar mi top. La

mano de Álvaro se cerró alrededor de mi muñeca cuando me estiré a cogerlo.

—Soraya...

—¿Qué?!

—Solo voy a bañarme para bajarme la temperatura.

Alzó una ceja cuando parpadeé confundida, y dirigió un vistazo intencionado a su regazo; entre la cremallera abierta de su vaquero sobresalía un notorio bulto que apenas quedaba tapado por los slips blancos.

—¡Oh! ¡Uhhh...!

La cinturilla de los slips estaba despegada de su vientre, como si tuviera dificultades en mantener a raya lo que contenían. Habría bastado que me acercara un poco para ver

todo lo que se escondía bajo la enorme tienda de campaña.

Álvaro se incorporó con una carcajada.

—Dame unos minutos para recuperarme y luego vente, me gusta tenerte cerca de mí —

me indicó con un guiño seductor. Se bajó los pantalones y los calzoncillos de una sola vez y corrió en dirección al agua mientras yo miraba ruborizada la arena—. Soraya...

—Alcé la cabeza tratando de mirarlo a la cara. Su sonrisa se torció hacia un lado—.

Mejor déjate la ropa interior puesta —sugirió antes de lanzarse a las olas.

Oí su risa mientras el calor subía por mis mejillas. «¡Dios! ¡Se ha dado cuenta que he ojeado sus partes!». Esperé un rato antes de quitarme la falda y seguirle. Ahora que había pasado el momento de arrebató, mostrarme medio desnuda era de todo menos cómodo. Para mi alivio, Álvaro se comportó como un caballero y se mantuvo de

espaldas a mí hasta que el agua me cubrió.

Pasada la primera impresión, el agua estaba deliciosa. No tenía ni idea de si a él le funcionaría aquello para bajar su libido, lo que sí me quedó absolutamente patente era que la exquisita mezcla de sol y las apacibles caricias del mar tenían exactamente el efecto contrario sobre mí.

—No tengo muy claro que haya sido una buena idea invitarte a nadar conmigo —

comentó burlón, aunque no escondió las ráfagas de deseo de sus pupilas.

Me di cuenta que los dos metros de distancia entre nosotros no disminuían. A medida

que yo nadaba hacia él, él flotaba alejándose.

—¿Piensas quedarte quieto alguna vez? Estoy empezando a tener la extraña impresión

de estar acosándote —me quejé divertida—. A ver si al final vas a ser tú quién

va a

tener que cuidarse de mí.

El travieso brillo en sus ojos apenas fue advertencia suficiente. Álvaro desapareció bajo la superficie del agua para reaparecer un segundo después a mi espalda.

—¿Crees que podrás cazar al depredador? —susurró en un tono peligrosamente

sensual junto a mi oído mientras sus brazos me rodeaban desde atrás.

Cuando mi espalda quedó pegada contra su pecho mis ojos se cerraron por voluntad propia.

—¿Quién sabe? Quizás, simplemente sea cuestión de poner las trampas adecuadas y dejar que se confíe —reliqué en tono sugerente, girando la cabeza lo suficiente como para tener su boca al alcance de la mía.

—Es un juego peligroso —avisó mordisqueándome los labios.

Me giré por completo rodeándole el cuello con mis brazos.

—¿Te asusta perder? —le reté pegándome a su excitado cuerpo y devolviéndole sus mordiscos a lo largo de su mandíbula.

—¿Cómo puede ser alguien tan inocente y tan perverso a la vez? —gimió Álvaro antes

de atraparme la boca con la suya.

Creo que en ese mismo instante ambos perdimos la conciencia del mundo. No me di cuenta de cómo desapareció mi ropa interior, solo del contacto de mi piel contra la

suya, de mis piernas rodeándole la cintura y de nuestros sexos rozándose mientras me apretaba a él. Álvaro se apartó de mí para mirarme a los ojos.

—¿Estás segura de que quieres esto? —Su voz sonaba ronca, tan desesperada como la

expresión en sus ojos.

—Más que segura.

Alcé mis caderas para posicionarme sobre él y Álvaro metió su mano entre nuestros cuerpos para situarse... Lo miré a los ojos. Sin parpadear. Lo deseaba. Deseaba ver su

expresión en ese momento. Deseaba...

Chillé asustada cuando, desde el cielo, algo negro y enorme se dirigió flechado hacia nosotros acompañado de un terrible grito de ataque.

Álvaro reaccionó de inmediato, rodeándome y protegiéndome con su cuerpo. Las enormes alas de un águila nos rozaron al pasar. Ambos observamos atónitos cómo el rapaz se alejaba en un vuelo circular a la playa.

Jadeé al ver la figura femenina de larga cabellera pelirroja que lo esperaba allí con el brazo extendido. Mi corazón dejó de latir durante unos segundos y Álvaro lo percibió.

—¿Soraya?, ¿qué ocurre?

—Allí en la orilla, ¿no la ves?

Álvaro me ciñó con más fuerza a él inspeccionando la caleta.

—No, no veo nada.

—La conozco, estaba en los acantilados de Moher. El águila ha volado hacia ella... —

Paré para coger aire.

—Parece que a tus fantasmas no les gusta la idea de que hagamos el amor — bromeó

con sequedad, aunque sus ojos se cubrieron de un velo de sombras.

Eché un último vistazo a la orilla, pero ya no quedaba nadie. Me abracé a él, temblando. Apoyé mi frente en su hombro, cobijándome entre sus fuertes brazos.

¿Cómo era posible que pudiera ocurrirme esto? ¿Por qué había tenido que pasar justo

ahora?

—Lo siento, yo... —Mi voz se quebró cuando comenzaron a salir las primeras lágrimas.

Álvaro me abrazó más fuerte.

—No lo hagas. Estoy aquí contigo. Ellos deben de tener sus motivos. Les ayudaré a protegerte... aunque sea de mí mismo.



CAPÍTULO 9

Después de recuperar mi tanga y sujetador de entre las olas, nos tendimos en la playa para que mi ropa interior se secase. Le agradecí ese detalle a Álvaro. Aunque ya me

había puesto el top y la falda, no quería llegar al apartamento y que los O'Conally notaran que no llevaba sujetador.

Álvaro me mantuvo ceñida a su pecho, absorto en el magnífico espectáculo de

luzes creado por el inminente crepúsculo. Apenas había vuelto a hablar desde el incidente y una inescrutable máscara me impedía adivinar lo que pensaba.

—¡No voy a separarme de ti! De modo que ya lo puedes ir olvidando —avisé anticipando lo que podía estar pasándole por la cabeza.

Álvaro frunció la frente.

—No voy a dejarte —respondió sorprendido—. Aún no —aclaró recordándome

nuestro trato. Sonrió besándome la punta de la nariz—. ¿La cazadora no quiere perder

a su presa?

Me invadió la vergüenza al recordar el descaro con el que me comporté en el agua.

Estaba descubriendo un nuevo yo. No era que me disgustara, al contrario, resultaba divertido y excitante. Me hacía sentir más femenina y sensual, más mujer. Reconocer sus reacciones constituía una recompensa que valía la pena, aunque iba a tener que acostumbrarme a esa nueva faceta de mí misma.

—¿Por qué estás tan serio entonces? —investigué ignorando su burla.

—Me preocupa la forma en que perdí la cabeza contigo. Si no hubiera sido por tu protectora te habría tomado allí mismo —confesó con una mueca—. No estuvo bien.

Ya no tengo edad para perder el control de esa manera.

—¿Qué tenía de malo? Yo también quería hacerlo —le recordé mientras el calor invadía mis mejillas.

—Para empezar, la primera vez debería ser en un sitio más adecuado, con más calma...

—contestó rozando delicadamente mis labios con los suyos—. En segundo

lugar, estás

en plena fase de ovulación y yo no estaba tomando precauciones. Tu espíritu nos libró de cometer una auténtica locura.

—¿Cómo podrías saber tú si yo estoy en plena fase de ovulación? —repuse irritada porque pusiera en duda que todo había sido perfecto y pasando por alto el tema de las precauciones, de las que yo hasta ahora me había olvidado por completo.

—Puedo olerlo. Pero antes estaba tan centrado en lo que sentía contigo que sencillamente no reparé en ello.

—¿Cómo que puedes olerlo? —Me incorporé para mirarlo indignada.

¿Ahora iba a empezar a tomarme el pelo? Álvaro me dirigió una mirada penetrante.

—¿Recuerdas nuestro trato?

—Nada de preguntas —confirmé reacia—. Pero entonces, ¿es verdad que puedes

olerlo?

Él asintió mordiéndose los labios.

—El sábado de la semana pasada fue tu último día de la regla. —Me dejó con la mandíbula desencajada.

—¡Vaya! —fue lo único que conseguí decir.

No tenía muy claro que llegara a hacerme gracia que mi chico conociera mi ciclo fértil mejor que yo misma.

—Es hora de irnos. Está oscureciendo, no quiero que los O'Conally comiencen a preocuparse. —Me dio un último beso en el hueco de mi garganta antes de levantarse.

Fuimos todo el camino de regreso cogidos de la mano. Apenas hablamos, pero fue un

silencio cómodo. Me sentía como si lleváramos varias reencarnaciones juntos. En el coche me puso la mano sobre su muslo antes de arrancar. Sentir los duros músculos bajo la suave tela de su pantalón reavivó los intensos sentimientos y deseos que había despertado en mí esa tarde. El calor volvió a expandirse por mis entrañas, haciendo

patente un vacío que nunca antes había percibido.

—Soraya. ¡Basta ya! —me ordenó desesperado.

—¿Qué? —inquirí confundida.

No había movido la mano por su muslo, ¿o sí?

—Puedo olerlo —me advirtió con sorna.

—¡Ah! Lo siento —me disculpé abochornada—. ¿Puedo hacerte una pregunta?
—pedí

intentando cambiar de tema.

—Si con eso dejas de imprimir mi coche con el olor de tus feromonas, de acuerdo —

bromeó.

—Deja de burlarte de mí —repuse riendo y le arrié un manotazo en el muslo.

—No es burla, es frustración —reconoció con una sonrisa curvada, tomándome la mano para subir por su muslo y mostrarme a qué se refería—. Estar contigo va a resultar mucho más difícil de lo que imaginaba. Eres mi tentación personificada —se

quejó ronco.

—Te han servido «tu tentación» en una bandeja de plata, ¿por qué tendrías que

resistirte? —le incité divertida por sus lamentos.

—No te creas que no me faltan ganas de hincarte el diente —respondió irónico—.

Anda hazme la pregunta.

—Antes, cuando me cogiste la mano, acertaste lo que sentía, ¿cómo lo supiste? —le interrogué curiosa.

—Los sentimientos también tienen olores, en especial si son muy fuertes —titubeó antes de seguir—. Aparte de olerlos, tengo la capacidad de sentirlos cuando toco a una persona o incluso sin tocarla cuando existe un cierto vínculo con ella —explicó.

—¿Tienes el don de conocer los sentimientos de la gente? —me asombré.

—Nosotros lo denominamos disciplina.

—¿Todos los que son como tú los tienen? —Me molestaba no tener un nombre específico para hablar de ellos, pero incluso así, en mi fuero interno me resistía a

llamarlos «demonios».

—No, no todos. Solo los que descienden de una misma línea de sangre comparten determinadas disciplinas; otras se aprenden con la práctica y el tiempo.

—¿Qué es una línea de sangre? —indagué, aunque esta vez permaneció en silencio—.

¿Tienes otras disciplinas? —intenté continuar la conversación como si nada.

—Sí, pero la mayoría no funcionan con tu amuleto, al menos no sin tu permiso, de modo que no te preocupes —me reveló esta vez.

—¿Y cuáles son? —insistí mientras él aparcaba el coche frente al apartamento.

Se giró y me cogió el rostro entre sus manos acercándome a él y centrando sus ojos en los míos.

—Vamos a ir más despacio. En «todos» los sentidos. Nos tomaremos el placer de ir conociéndonos poco a poco, ¿de acuerdo? —pidió con esa irresistible voz profunda a

la que resultaba imposible negarle nada.

Se inclinó hacia mí para darme un suave toque en los labios, pero se apartó tan rápido que no pude evitar un pequeño sonido de protesta que lo hizo sonreír satisfecho.

—Nos vemos luego en la playa —me recordó condescendiente.

Aun antes de que pudiera salir del coche, sonó su voz con un nuevo tinte de frustración.

—Cielo. Esta noche... mejor ponte unos vaqueros —acabó la frase con un gruñido.

Al entrar en el apartamento seguía riéndome. Me sentía extrañamente ligera, como si flotara. En mi interior bullía un amasijo de alegría, nerviosismo y expectación. Estaba deseando ducharme, vestirme y salir corriendo para encontrarlo de nuevo en la caleta.

Todo parecía tan bueno, tan irreal, que casi temía que fuera un sueño, pero si lo era, entonces pensaba disfrutarlo al máximo.

La cocina y el salón estaban vacíos, pero a medida que me acercaba al final del pasillo podía oír el agua corriendo en el cuarto de baño.

—¿Soraya?, ¿eres tú? —El agua se cortó y Aileen sacó la cabeza por la puerta —.

¡Vaya! ¡Pues sí que ha mejorado tu estado de ánimo!

Aileen me estudió con ojos entrecerrados. Ataviada con una toalla alrededor del

cuerpo y un turbante en la cabeza, pasó delante de mí para dirigirse a mi dormitorio y apalancarse derechita sobre mi cama.

—¿Ya te ha contado Álvaro lo que es? —fisgoneó.

—No exactamente. Me dijo lo mismo que tu madre: que tendría que descubrirlo por mí

misma —le conté—. Aun así, ha admitido que es una especie de demonio.

—¿Una especie de «demonio»? —repitió Aileen arqueando las cejas—. Esa es una curiosa forma de definirlo. ¿De dónde salió esa idea? Ah, ya. Déjame adivinarlo: la leyenda del amuleto, ¿cierto?

—Sí —admití frustrada—. ¿Por qué podéis saberlo todos menos yo?

—Ya te lo hemos dicho: las normas —replicó ella paciente—. Aunque en el caso de

Álvaro, la verdad es que vas a tenerlo bastante difícil para desentrañar por ti misma su secreto —concedió pensativa.

—¿Y no podrías echarme una mano? Creo que tengo derecho a conocerlo —le supliqué.

—¡Hm! No puedo contártelo directamente, aunque supongo que sí podría ayudarte a averiguarlo —replicó distraída—. Ya se me ocurrirá algo —me animó—. ¡Oye!, ¡un momento! ¿A qué te refieres con lo de que «tienes derecho a saberlo»? —inquirió de

repente con los ojos muy abiertos.

—Es mejor que vaya duchándome si no queremos llegar tarde a la caleta. — Me levanté de un salto de la cama para coger ropa interior.

Por desgracia mi intento de fuga no funcionó.

—¿Soraya? —Aileen me arrastró de regreso a la cama y cruzó los brazos

sobre el pecho—. ¡Ya me lo puedes ir soltando todo!

Y Aileen no paró hasta que lo hice. Al principio gimoteó un par de veces, pero a medida que lo iba asimilando se resignó a escucharme hasta el final.

—No soy la persona más indicada para darte consejos, pero ¿estás realmente segura de

lo que haces? ¿Eres consciente de que esta relación ya tiene fecha de caducidad?, ¿y que cuando llegue la hora lo pasarás muy mal? —me advirtió preocupada.

—Lo sé. ¿Crees qué es mejor evitarlo y pasarme el resto de mi vida arrepentida,



siendo consciente de lo cobarde que fui? —pregunté.

—Eso es cierto —aceptó al fin—. Sin embargo, tienes razón en lo de que debemos encontrar una forma de que averigües quién es y en lo que te has metido —decidió con

firmeza—. Y ahora cuéntame cómo es posible que hayas llegado a tu edad siendo todavía virgen.

Me dejé caer sobre la cama con un gemido y me tapé la cabeza con una almohada.

«¡Tierra, trágame!».

Me concentré en las llamas de la hoguera, intentando controlar mis nervios a

flor de piel. ¿Cuándo llegaría Álvaro? ¿Cómo debía actuar ahora con él?
¿Cómo una pareja o

solo como una amiga con derecho a roce? Lo que era aún peor es que ya no estaba segura de nada. ¿Álvaro realmente estaba interesado en mí o yo lo había presionado hasta conseguir lo que quería de él? La certeza absoluta de que él me correspondía se había esfumado. Le eché una ojeada a la pantalla del móvil, pero ninguno de los trecientos mensajes de WhatsApp eran de él.

—¿Estás planificando cómo enredar a tu presa? —me susurró una sensual voz masculina al oído, haciéndome estremecer.

Sonreí incluso sin pretenderlo. ¿Cómo conseguía acercarse siempre de forma tan sigilosa?

—Si la presa es capaz de seguir sobresaltándome, lo voy a tener bastante difícil. ¿Se te ocurre alguna sugerencia para cazar a un depredador?

Con la excusa de guardar el móvil agache la cabeza, ocultándole mi expresión de felicidad. ¡Álvaro no parecía haber cambiado de opinión respecto a lo nuestro!

¡Biennn!

—Bueno, si es más rápido y fuerte que tú, quizás sea cuestión de averiguar sus debilidades. Eso podría darte una pista de cómo atraparlo —sugirió seductor.

—¿Y si no tuviera ninguna debilidad? ¿Y si fuera «perfecto»?

—Incluso la criatura más perfecta tiene su talón de Aquiles —rio por lo bajo.

Me giré para mirarle a los ojos.

—Hola.

Él se inclinó para estamparme un beso sobre los labios.

—¡Y con esto ya es oficial! —Sonrió satisfecho.

—¿Qué es oficial? —Fruncí el ceño. ¿Qué me había perdido?

—Que eres «mía» —manifestó pedante

—¿Eso no suena un poco machista? —Arquee una ceja ignorando la sensación cálida

que se extendió en mi interior.

—No es culpa mía si tú no quieres dejar tu territorio marcado delante de ellas —

replicó sentándose a mi lado.

Eché un vistazo a mi alrededor evaluando la competencia. Ciertamente algunos ojos femeninos no habían perdido detalle del beso. Aunque dudaba mucho que un simple piquito les fuera a dejar claro el concepto de «propiedad privada». Me giré lentamente en su dirección, dándole tiempo a emerger a esa parte atrevida de mí que recién había descubierto esta tarde.

—¿Eso que brilla en tus ojos significa «peligro»? —murmuró.

Lo atraje a mí para besarle y mordisquearle seductoramente los labios hasta que, rindiéndose, me respondió con pasión.

—¿Tú qué crees? —Me separé apenas unos centímetros de su boca.

—Que me gusta tu forma de marcarme —susurró evidentemente complacido por mi manifiesta territorialidad.

—¿Piensas que debería repetirlo de vez en cuando como medida de precaución?—Reí

algo nerviosa.

—No solo lo considero conveniente, sino absolutamente imprescindible —
recalcó con

su encantadora sonrisa torcida—. La memoria humana es demasiado débil y

nunca se

sabe cuándo pueden aparecer nuevas competidoras en la manada.

—¡Vaya! Gracias por avisar. Procuraré tenerlo en cuenta —intenté bromear, aunque por

dentro me cosquilleaba una desagradable sensación de celos—. Por cierto, ¿dónde están Eva y Layla? —Me extrañaba no haberlas visto junto a los demás.

—Hoy se han quedado en casa —respondió de forma escueta dando por zanjado el tema.

¿Habría surgido algún problema con Eva?, ¿sería por lo que pasó el día anterior? Me

iba a quedar con las ganas de saberlo aunque me alegraba no tener que verlas, al menos por esa noche.

—¡Oye, Romeo! —sonó una voz alegre a nuestras espaldas—. Hoy nos toca a nosotros

ir a por bebidas. Así que dale un respiro a tu princesita y ven a echar una mano —le

exigieron Fernán y Damián, dándole un empujón a Álvaro antes de salir corriendo.

Álvaro me lanzó un beso y salió disparado detrás de sus escurridizos amigos, intentando devolverles el envite.

Probé a enterarme de qué iban las diferentes conversaciones que había a mi alrededor

para incorporarme a alguna, pero antes de que me diera tiempo a decidirme, Lea ya se

encontraba a mi lado.

—¿Me puedo sentar contigo? —Lea sonó insegura.

—Por supuesto, ¿desde cuándo tienes que pedirme permiso? —Me conmovió aquella

vacilación en una persona como ella.

—Es que ahora que sabes que somos algo distintos no estaba segura de si querrías que

siguiera acercándome a ti —musitó en voz baja para que nadie la escuchara.

Tardé un poco en asimilar de qué me estaba hablando.

—No. No me importa en absoluto. En realidad no ha cambiado nada, ¿o sí?

—El hecho de pensar que somos una especie de «demonios», ¿no te asusta? —preguntó

curiosa.

—¿Álvaro os ha contado lo de nuestra conversación? —Me aparté incómoda un

mechón de la cara.

—No exactamente —repuso con cara traviesa.

—¿No exactamente? —repetí intrigada.

—¿Te ha hablado de nuestras disciplinas? —se interesó aclarándome en parte el posible origen de sus conocimientos.

—Ha mencionado algo, pero no parece que le haga gracia que yo sepa demasiado —

refunfuñé.

—Muy típico de él —rio para sí.

—¿Entonces vas a decirme cómo se lo has sacado?

—Ni de coña. Como se entere me las hará pagar. —Negó con un exagerado gesto de

cabeza.

—Gracias por la información —le reproché con tono agrio.

—¿Cómo se te ocurrió lo de los demonios? —Cambió rápidamente de tercio para que

dejara de sonsacarle.

—Gladys me contó una leyenda acerca del amuleto. Estaba relacionada con unos demonios.

—¿Tu protector esta enlazado con una leyenda? —examinó curiosa la cadena.

—Sí y además con una leyenda preciosa, aunque un poco triste.

—¿Y tiene que ver con demonios? —corroboró de nuevo.

—Se trata de la historia de amor entre una humana y un demonio —confirmé.

—¿Y?

—Tuvieron una hija y, para salvarla, el padre se sacrificó por ella. —Le hice un escueto resumen, intentando evitar la parte que me inquietaba.

—¿Y cómo llegó el amuleto hasta ti?

—La familia de Gladys lo custodiaba y... la abuela me lo regaló. —Crucé los dedos,

albergando la esperanza de que no me preguntara sobre Moira, pero no funcionó.

—¿La abuela no murió hace unos años? ¡Ah! ¡Vaya! ¡Ya lo entiendo! —Asintió pensativa—. Pero entonces debe haber algo en la leyenda que esté relacionado contigo,

¿no? —Casi sonaba a acusación, como si adivinara mis intentos por ocultárselo.

—Al parecer la hija, antes de desaparecer, mencionó que el amuleto debería ser entregado a la Protegida —confesé reticente.

—¿A la Protegida?, ¿y tú eres...? —En vez de la incredulidad que esperaba, Lea mostró una mezcla de asombro y fascinación.

—Me cuesta creer que eso sea verdad, pero Gladys cree que hay espíritus o entidades

que me protegen. No sé, resulta todo bastante increíble —intenté quitarle hierro al asunto.

—¿Ah sí? —Ella me estudió con los ojos entrecerrados—. ¿Se lo has contado a Álvaro?

—No. No se presentó la circunstancia. Además, tampoco sé exactamente qué podría significar eso de ser la Protegida —argumenté con un ligero movimiento de hombros.

—Intuyo que acabaremos por averiguarlo antes de lo que crees.



CAPÍTULO 10

—¡Lo tengo! ¡Lo tengo! —canturreó Aileen.

Desafinaba desagradablemente al zarandearme por los hombros mientras yo trataba de

ignorarla para dormir un ratito más.

—Aileen, ¿no puedes dejarlo para más tarde? —Me giré tapándome la cabeza con la

almohada.

¡Cómo echaba de menos a Nerea y Jenny! Desde que la primera había regresado a Galicia y la segunda a Irlanda para hacer un curso, no había forma de levantarse más

tarde de las nueve. ¿De dónde sacaba Aileen tanta energía?

—¡Ya sé lo que podemos hacer para que puedas desentrañar el secreto de Álvaro!

En cuanto mis adormiladas neuronas captaron el significado de sus palabras me incorporé en la cama intentando enfocar la vista sobre ella.

—¿Cómo? —Me froté los ojos.

—Tenemos que ir a su terreno y provocar su auténtica naturaleza —explicó Aileen como si aquello fuera lo más obvio de este mundo.

—¿Y eso significa?

—Que antes tengo que hablar con Lea para contrastar opiniones y calcular el posible

peligro.

—¿Calcular el posible peligro? —repetí como un loro.

¿Me había despertado para decirme que iba a hablar con Lea?

—¿Quieres o no descubrir la verdad sobre Álvaro? —me retó.

—Sí, pero... —«¡Dios! ¿De verdad acababa de decir “calcular el posible peligro”?».

—Una vez que sepas qué es, ya no habrá necesidad de mentiras y omisiones entre vosotros. Álvaro podrá contarte todo lo que quiera —me tentó—. ¿O no es eso lo que

deseas?

—Sí. Por supuesto. —No tenía la menor duda al respecto—. Pero ¿a qué te referías con lo de «calcular el peligro»? —insistí alarmada.

—Bueno, te estoy hablando de inducir una circunstancia lo suficientemente fuerte como para que revele su verdadera identidad. Y ahí es dónde está el problema: no sé hasta

qué punto pueda existir un peligro en eso —vaciló un momento—. ¿Estarías dispuesta a

asumirlo a cambio de tirar algunas de las barreras que existen entre tú y Álvaro?

—¿Cuándo hablaremos con Lea? —pregunté decidida.

Conocía lo suficiente a Aileen como para saber que era más exagerada que un cazador

contando perdices. No sabía exactamente de qué peligro estábamos hablando, pero de

seguro que no era ni la mitad de peligroso de lo que parecía al oírla hablar.

—Intentaré quedar con ella esta tarde para planificarlo, aunque iré sola. Tú no puedes venir —me advirtió.

—¿Por qué no? Soy yo la que va a correr el riesgo.

Me crucé de brazos ante la idea de quedar al margen.

—En tu presencia no podemos hablar con claridad ni ser completamente francas, porque eso sería como romper las normas —me explicó—. Además, no te hagas demasiadas ilusiones. Puede que Lea no esté de acuerdo con mis planes.

Suspiré derrotada. Lea consideraba sinceramente que yo tenía derecho a conocer la verdad, pero también era cierto que era tremendamente leal a Álvaro y que no le gustaba hacer nada que le disgustara.

—De acuerdo. Tienes razón —accedí—. De todos modos, esta tarde me toca echarle

una mano a tu madre en la tienda.

Desde el día que comprobamos la cantidad de trabajo que tenía Gladys, decidimos turnarnos para ayudarla. A mí me aliviaba poder hacer algo útil para agradecerle el haberme invitado estos meses a su apartamento, y encima, en los ratos en que no había nada que hacer, me seguía enseñando esas cosas que tanto me fascinaban acerca de las

plantas y las energías.

Álvaro me solía recoger de la tienda. Salíamos un rato por Sintra y luego me traía a casa. Eran los únicos ratos en los que estábamos realmente solos

porque, desde el incidente de la playa, Álvaro evitaba a cal y canto cualquier posible tentación de propasarse conmigo, es decir: nada de playas desiertas, ni bañarnos desnudos ni pasear solos en sitios solitarios y oscuros, y un largo etcétera de cosas que yo odiaba cada vez más. Era frustrante. Encima, a veces nos olvidábamos que no nos encontrábamos solos.

Cuando nos besábamos, el mundo desaparecía a nuestro alrededor. Era justo en esos momentos cuando llegaba Fernán con sus bromitas o las risitas de los demás y todo el

hechizo y romanticismo desaparecía. ¡Dios! A veces tenía ganas de enterrar a Fernán en la arena dejando fuera su cabeza para poder jugar a la petanca con ella.

Había intentado razonar con Álvaro respecto al tema de hacer el amor. Muchas veces.

¡Casi a diario! Se negaba. Así, sin más. No razonaba, ni cedía, simplemente se cerraba en banda o huía. No era porque no me deseara. ¡Ja! Aunque me considerara inocente,

no era tonta, podía ver el deseo en sus ojos, notaba cómo su respiración se alteraba o cómo su carne se ponía de gallina cuando lo acariciaba.

¡Si hasta Lea y Aileen bromeaban sobre la tienda de campaña que Álvaro portaba en

sus vaqueros cada vez que estaba cerca de mí! Pues incluso a pesar de eso, Álvaro insistía en que debíamos hacer las cosas despacio y bien. No tenía muy claro si esa postura me hacía quererlo más y desear comérmelo a besos o ahorcarlo sobre una piscina llena de tiburones.

¿A quién pretendía engañar? Quería comérmelo a besos. Largos, lentos, húmedos besos. Siempre.

—Si has aguardado hasta ahora, seguro que podrás esperar un poco más —me explicaba con exagerada paciencia—. Si no te has acostado con el primero que ha

llegado es porque querías que fuera especial.

—Y no se te ocurre pensar que quizás por eso mismo, por haber esperado tanto, ahora tengo más ganas y más necesidad. Probablemente sea la única de mis amigas

que sea virgen —protesté.

—Ese no es un motivo para hacerlo y lo sabes. —Álvaro cruzó los brazos sobre el pecho.

—No lo hago por eso. Lo hago porque tú eres ese alguien especial con el que quiero compartirlo, porque te deseo, porque quiero sentirte dentro de mí, porque necesito esa intimidad y la necesito contigo.

Álvaro gimió y apretó las palmas contra sus ojos.

—¡Por todo lo que es santo! A este paso, si no acabo encerrado en un manicomio, podré pedir que me canonicen. ¿Cómo consigues que te desee tanto sin siquiera tocarme?

Me acerqué a él con una tentadora sonrisa, pero Álvaro se apartó inmediatamente y puso los brazos en alto.

—Primero tienes que averiguar lo que soy. Luego podrás decidir si verdaderamente

quieres seguir conmigo y hacer el amor con... alguien como yo —permaneció firme

—. No quiero que tengas que arrepentirte de nada por mi culpa.

—¿Si descubro lo que eres, haremos el amor? —bufé frustrada.

—Si después de eso, me sigues deseando, por supuesto.

—¿Me das tu palabra? —le exigí.

—¿Sinceramente crees que necesitas que te lo prometa? Me estoy volviendo

loco de

deseo y voy a acabar matando a alguien por pura frustración —reconoció poniendo

los ojos en blanco cuando coloqué los brazos en jarra—. Te doy mi palabra —suspiró rindiéndose al fin.

Si Aileen conseguía poner en marcha su plan y funcionaba, no solo llevaríamos nuestra relación a un nuevo nivel, sino que podría hacer al fin el amor con Álvaro. Eso se merecía hacer planes especiales e ir a comprarme algo extremadamente sensual y sexy

para la ocasión. Me recorrió un estremecimiento de antelación simplemente de imaginarlo.



—Hola, mamá, Soraya. —La pelirroja cabellera de Aileen se asomó por la puerta entreabierta de la tienda.

—Hola, cariño, ¿qué te trae por aquí? —indagó Gladys estampándole un afectuoso beso en la mejilla.

—Me preguntaba si Soraya ya habría terminado. Lea y yo vamos a ir de tiendas y pensé

que le podría apetecer venir con nosotras.

—Por supuesto que puede ir —respondió Gladys encantada—. Hoy la cosa ha estado

bastante tranquila y para lo que queda me las puedo arreglar yo solita. Además, así Soraya podrá controlar esa tendencia tuya a las compras compulsivas. — Gladys me dirigió un guiño al tiempo que Aileen soltaba un bufido—. Si por casualidad veis algún bolso que vaya a juego con mis sandalias verdes, traédmelo. Estoy invitada a una fiesta para el sábado, pero no creo que tenga tiempo de ir de compras —nos pidió antes de despedirnos.

—¿Dónde está Lea? —pregunté al montarme en el coche y comprobar que estaba vacío.

—He quedado en que iríamos a recogerla —explicó Aileen encogiendo los hombros antes de arrancar.

Nunca había visitado el hogar de los Mendoza. No hacía falta ser muy lista para saber que económicamente debían de estar bien situados. Bastaba ver sus coches y su forma

de vestir y, por lo que me había contado Lea, ella y todos los integrantes de su grupo estaban pasando el verano con la familia de Álvaro. Me habría extrañado, si no fuera

porque yo misma no era más que una invitada en la casa de los O'Conally. Supuse que

a más dinero, más invitados se podían tener. Aun sabiendo todo eso, mi corazón se detuvo cuando descubrí dónde vivían Álvaro y su familia. Era una de las típicas quintas de la zona, sin embargo, hasta ahora nunca había visto ninguna que fuera tan inmensa. Ni siquiera podía ver dónde terminaba el muro que la rodeaba.

Aileen paró delante de una enorme verja oxidada, flanqueada por una cámara de videovigilancia. Al poco de tocar el timbre, la cancela se abrió, dejando al descubierto

una grandiosa mansión antigua iluminada por las artísticas farolas de forja que la rodeaban. Al fondo de los impresionantes jardines, llenos de esculturas y hermosas plantas, se divisaba un frondoso bosque de coníferas, lo que impedía

siquiera imaginar las posibles dimensiones de aquella propiedad.

Aileen condujo por el amplio camino hasta el aparcamiento, ubicado a la derecha de la puerta de acceso. Lea estaba allí, esperándonos sobre la iluminada escalinata de entrada, haciendo un gesto de saludo. No tenía claro qué era lo que hacíamos exactamente allí. Estaba dividida entre la ilusión de ver a Álvaro y la impresión que me causaba todo aquel lujo. A decir verdad, no se veía la ostentación por ningún sitio, todo era de una elegante sencillez, pero incluso así imponía.

Desde el principio había sido consciente de que entre Álvaro y yo existían muchas diferencias, pero ¿cómo habría podido imaginar que existiera aquella abismal disparidad a nivel económico? Comenzaba a sentirme como la cenicienta y no en el buen sentido precisamente.

¿Cómo me veía Álvaro? Una persona como yo no encajaba en un lugar como ese. Todo

allí era grandioso, impresionante, elegante... ¡demasiado! Empezaron a entrarme ganas

de quitarle a Aileen las llaves del coche y largarme pitando de allí.

—¡Hola! Pasad un momento. Tengo que recoger un par de cosas antes de irme
—nos

invitó Lea.

Nos acompañó a un amplio salón, decorado en tonos crema y tostados. La mayoría de

los muebles eran modernos y de líneas sencillas, complementados con algunos más antiguos y de evidente calidad, que dotaban a aquel espacio de una sofisticación única pero confortable a la vez. No era una de esas habitaciones que aparecían en las revistas de decoración, en las que se primaba la estética sobre la funcionalidad. Al contrario, aquella sala estaba claramente destinada a disfrutar de su comodidad.

—Tendréis que echarme una mano para llevarlo todo. Quiero pasarme a ver a

una amiga para llevarle las rosas y unos regalos —me explicó Lea señalando un enorme ramo de preciosas rosas blancas sobre la mesa y varios paquetes amontonados sobre el

sofá—. Es su cumpleaños —aclaró carraspeando.

—Hola, brujita. ¿Qué te trae por aquí? —Nos sorprendió la tersa voz de Fernán, que

avanzó con sus sigilosos movimientos felinos en busca de Aileen, presionando sus labios directamente en el hueco detrás de su oreja.

—Venimos a por Lea para ir de compras —le contestó con ligereza Aileen.

Algo en ella, o en su tono, debió de llamarle la atención a Fernán, porque entrecerró los ojos para estudiar a Aileen y luego a Lea.

—¿Qué estáis tramando? —preguntó.

Ambas se libraron de responder cuando don Manuel entró acompañado por Karima y

una guapísima rubia.

—¡Qué inesperado placer! —exclamó don Manuel aparentemente encantado al vernos.

Si estaba sorprendido, desde luego lo ocultaba muy bien.

—Dejadme que os presente. Lucía, ¿recuerdas a Aileen, la hija de Gladys? — Lucía le

dirigió una sonrisa de cortesía, reparando con ademán inexpresivo en la cercanía existente entre Fernán y Aileen.

—Bienvenida a mi casa, Aileen.

A semejanza de la belleza elegante y serena de Karima, la hermosura de Lucía resultaba aristocrática, aunque parecía contener un cierto matiz amargo.

—Ella es Soraya. Mi esposa, Lucía.

Lucía me evaluó interesada y sonrió con amabilidad.

—Me han hablado mucho de ti, Soraya —confesó Lucía deslizando su vista hasta mi amuleto—. Con tu misterio tienes fascinado a más de uno en nuestra familia. —Destinó

una mirada irónica a su marido, quien respondió con una sonrisa ladeada que me recordaba enormemente a la de Álvaro.

Había estado tan impresionada por el descubrimiento del potencial económico de la familia Mendoza que, hasta ahora, no comencé a caer en la cuenta de lo que realmente

me debería haber preocupado. Estaba en la casa de una familia muy «especial», por definirla de alguna manera, y no tenía muy claro de hasta qué punto peligrosa. Eché una ojeada a Aileen que, aparte de un poco incómoda, no se mostraba especialmente atemorizada.

—Lo siento, Soraya. No pretendíamos asustarte. —Don Manuel me observó apenado.

Lo miré asombrada, hasta que asentí comprendiendo.

—¿Mi olor? —Sonreí con timidez.

—Sí, pero no debes temernos —me pidió compungido—. ¡Ah! ¡Ahí viene Álvaro! —

me avisó animado.

De repente, incluso antes de que se abriera la puerta, todos los Mendoza se pusieron

rígidos. Álvaro no entró solo. El imponente hombre que iba junto a él le sacaba varias cabezas y en anchura prácticamente lo doblaba. Llamar a ese gigante azteca con piel pálida «hombre» era una exageración. ¡Era enorme! Si fuera por su marcado rostro lo

habría etiquetado como tenebroso también, pero la ternura con la que posaba su gigantesca mano sobre el hombro de la mujer morena que caminaba a su lado, lo ponía

en duda. Me sorprendió comprobar que los ojos almendrados de la mujer tenían un color gris idéntico a los de Álvaro. Incluso sus rasgos poseían un cierto parecido a los de Álvaro, aunque en una versión mucho más dulce y femenina.

Lo que me dejó sin aliento, sin embargo, fue aquella extraordinaria chica que apoyaba con delicadeza su mano sobre el antebrazo de Álvaro. Una fuerte punzada de celos me

anudó el estómago. Ella era visiblemente diferente al resto de las mujeres de aquella familia. El reluciente pelo blanco le llegaba hasta la estrecha cintura, destacando un rostro angelical con enormes ojos azules. Jamás había visto a una mujer tan joven con el pelo blanco, pero aquel contraste la dotaba de una belleza exótica, fuera de lo común. Ostentaba un aura de seguridad y poder que ninguna otra de las que se encontraban allí poseía. Ni siquiera el porte elegante de Karima o el aristocrático de Lucía se les podía comparar. Percibí enseguida el respeto que a los demás miembros

de los Mendoza les inspiraba aquella beldad que, en ese momento, me evaluaba con manifiesta curiosidad.

—¿Qué está haciendo ella aquí? —La rudeza de Álvaro al señalarme con la barbilla me dejó helada.

La pareja que iba a su lado lo miró desconcertada. ¿Le desagradaba que yo estuviera

en su casa? ¿No quería que me mezclara con su familia? ¿O era por esa chica de pelo

blanco? El alma se me calló a los pies.

—¡Álvaro! —La frente de don Manuel se frunció con severidad.

—Han venido a recogerme para ir de compras —intervino rápidamente Lea,

que contemplaba perturbada a la chica recién llegada—. ¡Ya nos íbamos! — Álvaro la estudió con labios apretados—. Es mejor que nos vayamos, a este paso nos van a cerrar las tiendas —murmuró nerviosa cogiendo rápidamente el bolso y olvidándose de las flores y las cajas apiladas encima del sofá.

La chica con cara de ángel le hizo a Lea un gesto que la detuvo en seco. Podía ver el

miedo en su rostro, la forma en que sus manos no paraban de toquetear nerviosas el filo de su blusa. Tampoco don Manuel parecía muy tranquilo por la rapidez con la que se

dirigió a la desconocida.

No pude entender lo que decían, ni siquiera suponer en qué lengua estaban hablando,

pero la sutil inclinación de don Manuel reveló que parecía haber algún tipo de rango o diferencia social entre ellos. En mi mente resonó la palabra «demonios» como un eco.

¿Dónde nos habíamos metido? Di un paso disimulado, acercándome a Aileen. ¿Qué probabilidades de escaparnos teníamos si la cosa se ponía fea? ¿Y yo había pensado

que mi amiga exageraba con lo del peligro? Esto tenía pinta de ser una secta satánica en la que esa extraña muchacha de pelo blanco era la mandamás.

La chica respondió a don Manuel sin desviar su atención de mí; su interés parecía estar centrado en mi colgante. Sonaba como si estuviera interrogando a don Manuel. Me turbaba el tono exigente e inquisitorio con el que se dirigía a él. Tragué saliva echando un vistazo disimulado a Aileen que parecía haberse congelado en el sitio como todos

los demás. Cuando la mujer obtuvo las respuestas que quería hizo un ligero asentimiento con la cabeza.

Álvaro había palidecido a extremos insospechados, no apartaba sus ojos de mí y su tensión era visible. La chica de pelo blanco me hizo una señal,

invitándome a que me

acercara a ella. Inmediatamente, Álvaro, Lea e incluso don Manuel dieron un paso inquieto hacia ella. Antes de que pudieran apoyar el pie en el suelo o soltar una frase con sentido, ella ya había levantado la mano, frenándolos en seco. Álvaro mantuvo su

mirada sobre mí. Advertí como Fernán retenía a una horrorizada Aileen, cubriéndola parcialmente con su cuerpo de la atención de aquella extraña joven.

Mi corazón latía a mil por hora, mi boca se reseco como el esparto y el nudo en mi garganta apenas me dejó respirar. ¿Era así como se sentía un ratón encerrado en una jaula llena de gatos? Desconocía lo que aquella mujer podía querer de mí pero era incuestionable, por los semblantes de los allí presentes, que no podía ser nada bueno.

Su mirada casi hipnótica y el suave canto de su voz incitándome, en aquel extraño idioma, a acercarme a ella, me recordaban a las leyendas de las sirenas que condenaban a los pobres marineros a muerte. Súbitamente cesó con sus murmullos, ladeando la cabeza y sonriendo como si algo le hubiera complacido.

—¡Ven, criatura! —habló esta vez de forma entendible aunque con un acento un tanto

añejo—. ¡No tienes nada que temer! —Alargó de nuevo el brazo ofreciéndome su palma abierta hacia arriba.

Un suave toque sobre mi hombro me sobresaltó. Miré asustada a mi lado donde,

inesperadamente, había aparecido la abuela Moira. Sus ojos estaban llenos de compasión.

—¡Síguela! —me animó con una sonrisa tranquilizadora—. ¡Ten valor! Ella te enseñará tu destino.

—¿Mi destino? —musité.

No sabía qué me imponía más, si saber que la anciana que estaba a mi lado era un fantasma o que me pidiera que fuera con la mujer a la que todos los presentes temían.

¿Mi destino? ¿Cuál era mi destino? Por la actitud de Álvaro y Lea bien podía ser la muerte.



CAPÍTULO 11

—¿Confías en mí, Soraya? —preguntó Moira con suavidad. Ella sabía que sí, no necesitaba que se lo confirmara—. Entonces síguela —pidió.

Me giré pesadamente hacia los demás. Me observaban con rostros desconcertados y pupilas dilatadas. Todos excepto ella, la joven de pelo blanco, que me estudiaba con

curiosidad renovada. Volvió a ofrecerme su mano, esta vez en silencio.

Inspiré lenta y profundamente, tratando de tranquilizarme lo suficiente como para poder andar hasta ella.

—¡No! —Álvaro se interpuso, alterado, en mi camino.

La joven alzó una ceja. No sé qué le dijo, pero por el tono era una orden tajante. Me recorrió un escalofrío al ver el despiadado aviso en sus ojos.

—Noa... —intentó persuadirla Álvaro con tono de súplica.

Ella estrechó los ojos. Chispas de ira se entremezclaron con el amenazante brillo.

Jamás había visto unos ojos que me inspiraran más terror que aquellos.

—Álvaro. —Intenté sonar calmada pero mi voz salió temblorosa y chillona. Presioné

suavemente su brazo para obtener su atención—. No pasa nada...

Él me miró lleno de desesperación e impotencia. ¿Por qué estaba así? Hacía apenas unos minutos había estado enfadado de verme allí. ¿Se habría debido a la

preocupación? ¿Era su miedo por mi seguridad la razón por la que no había querido que estuviera allí? Su impotencia despertó mi necesidad de protegerlo y me proporcionó la fuerza que necesitaba en ese momento.

—No puede hacerme daño —dije con un tono que denotaba mucha más seguridad de la que sentía en realidad.

La tersa risa hizo que todo el mundo mirara sorprendido a la joven de pelo blanco.

—Eres capaz de sobreponerte a tus miedos. Eso es bueno. —Toda la ira se había evaporado del rostro de Noa—. ¿Vamos? —me invitó a seguirla hacia el pasillo.

Mis rodillas parecían de gelatina cuando llegué a su lado. Álvaro y don Manuel hicieron ademán de seguirnos pero ella los detuvo.

—¡Solo ella!

Álvaro mantuvo su expresión impotente, en tanto don Manuel se mostró claramente contrariado. Ella los ignoró y me tomó del brazo para guiarme escaleras abajo.

—¿Con quién hablabas antes en el salón? —me interrogó Noa obviamente interesada al

bajar—. Pude sentir una energía insólita, pero no conseguí ver nada —insistió al advertir mi actitud reacia.

—A veces, veo... presencias —murmuré preguntándome cómo se tomaría ella eso.

¿Pensaría que estaba loca?

—¿Y qué fue lo que te comentó esa «presencia»? —siguió su interrogatorio como si estuviésemos hablando de la vecina de al lado.

—Que te siguiera para que pudieras enseñarme mi destino —le repuse con un tono más

seco de lo que pretendía, aunque ella pareció no percatarse de ello.

—¡Extraordinario! —murmuró extasiada. Cuando levantó la cabeza, tenía de nuevo aquel extraño centelleo con el que ya me había observado antes—. Es cierto, no tienes que tenerme miedo. Mi intención no es hacerte daño. Solo deseo mostrarte algo —

explicó mientras seguíamos bajando un piso detrás de otro.

Aquella mansión debía tener más plantas bajo el suelo que sobre él. Al llegar a la tercera planta, continuamos por un largo pasillo, antes de bajar otro pequeño tramo de escalera que terminaba, al fin, ante una pesada puerta cerrada con llave.

Mis ojos se abrieron alucinados cuando entramos en la habitación. ¡Era un estudio de

arte! Todo estaba lleno de lienzos y materiales de pintura y un olor a aguarrás tan fuerte que mis ojos lagrimearon.

Me fijé en algunos de los cuadros y, a mi inexperto entender, tenían una calidad extraordinaria. Algunos eran totalmente realistas, otros tenían un cierto carácter onírico. El que tenía frente a mí, retrataba a un precioso bebé de cabello negro azabache, con su carita reluciente y sonrisa feliz montando un enorme animal —extraña fusión de tigre y león—. En una de sus regordetas

manitas sujetaba una bola del mundo sobre la que rotaban el sol y la luna, como si los dos astros se atrajeran el uno al otro.

El cuadro era magnífico y el rostro de aquel niño tan enternecedoramente real que entraban ganas de alargar los brazos para sacarlo del lienzo. Cuando por fin pude librarme del encanto de aquel pequeñuelo, me encontré a Noa estudiándome con una enigmática sonrisa.

—¿Estas pinturas son todas tuyas? —pregunté para romper aquella extraña quietud—.

Son realmente... mágicas. —No encontré ninguna definición lo suficientemente buena

para calificar aquella perfección.

Ella rio por lo bajo.

—¡Ven! Esto era lo que pretendía enseñarte.

Me llevó hasta un rincón con varios lienzos tapados por telas blancas. Fue descubriéndolos uno por uno y con cada imagen que destapaba mi asombro crecía más

y más.

El primer cuadro era una reproducción perfecta de mi amuleto; exacta hasta el más mínimo detalle.

Con la segunda pintura se me detuvo la respiración. Casi como si estuviera contemplándome en un espejo, veía un fiel reflejo de mí misma. Mis ojos atormentados

me miraban fijamente pidiéndome auxilio. Eché un vistazo perplejo a Noa, que evaluaba cada una de mis reacciones antes de dirigirse al siguiente lienzo.

En el tercer lienzo aparecía una bella y sensual joven, vestida con oro, plata y piedras preciosas. La ropa tenía un claro estilo oriental. La larga falda de fina seda rojo sangre, dejaba entrever una pierna, cubierta por los mismos

intrincados tatuajes de oro y plata que podían observarse en sus manos y brazos. Me quedé contemplando la pintura, sin reconocer a aquella hermosa mujer que, sin embargo, me resultaba extraordinariamente familiar. Aquella chica estaba dotada de un carácter etéreo, casi inhumano.

—¡No puede ser! —protesté alterada al percatarme de la verdad—. ¿Qué significa todo esto?

—Es tu destino —replicó ella sin más.

—¿Mi destino?, ¿cómo puede ser ese «mi» destino? —Señalé al cuadro con la mujer

ataviada como una diosa de otra época—. ¿De dónde has sacado mi imagen?, ¿y el amuleto?

—Estas pinturas son la forma en la que se materializan mis visiones del futuro. En las dos semanas que llevo aquí, la mayoría de las imágenes giran en torno a ti. Estás vinculada a nuestro porvenir y por ello apareces en mis cuadros —reveló Noa.

Inspiré con una repentina sensación de alivio. Si estaba en su futuro, eso indicaba que no me iba a pasar nada ese día y que Álvaro seguiría existiendo en el mío.

—Pero ¿qué significan exactamente?

—¿Sabías que Soraya significa «princesa» en persa? A menudo nuestros nombres esconden algo más que meras casualidades —murmuró de forma insondable.

Abrí la boca para insistir, pero la cerré. Ella no era el tipo de persona que se dejara presionar para hablar. Lo que había pasado arriba lo dejaba claro.

—¿Y esos de ahí? —Señalé los dos lienzos más grandes que aún permanecían tapados.

Sus ojos adquirieron un leve toque vidrioso cuando miró los cuadros cubiertos.

—A veces es mejor descubrir el mañana poco a poco —repuso serena.

—¿Y el amuleto?, ¿qué relación tiene con todo esto? —Regresé a la pintura del amuleto. ¿Cómo era posible que pudiera haberlo pintado con tanto detalle?

—Es el Amuleto de Gaia. Está relacionado con una antigua profecía. —Me examinó de

forma especulativa—. No solo llevas el símbolo, sino que también estás vinculada a la

«otra dimensión», lo que confirma que eres la Elegida.

—¿La Elegida? ¿La elegida para qué? ¿Qué dice la profecía?

—Cada cosa a su debido tiempo y en su correspondiente orden. Ya no será mucho lo

que debas esperar —prometió dejándome intrigada—. Será mejor que subamos. Arriba

se están poniendo cada vez más nerviosos —dijo soltando una risita.

Álvaro y Aileen se incorporaron de un salto del sofá cuando entramos al salón. Todos respiraron aliviados al verme regresar de cuerpo entero, excepto Eva y Layla, que ahora se encontraban con los demás. En tanto que Eva no ocultaba su odio, Layla mostró una clara indiferencia hacia mi vuelta. Aileen corrió a mi lado, blanca como el mármol.

—¿Te encuentras bien? —indagó en un hilo de voz.

Asentí percibiendo cómo Álvaro todavía seguía examinándome inquieto.

—Únicamente me ha mostrado algunas imágenes de lo que, se supone, será mi futuro —

intenté tranquilizarlos.

—Fernán es un hombre muy afortunado —le dijo Noa a don Manuel

provocando un desconcertado murmullo en la habitación.

—Álvaro —la corregí automáticamente, notando molesta cómo Álvaro había echado raíces en el suelo y parecía haberse convertido en un tronco. ¿Qué diablos le pasaba?

¿Cómo era posible que le tuviera tanto miedo a esa chica para que no fuera siquiera capaz de aclararle la confusión?

—¿Álvaro? —Noa alzó sorprendida una ceja.

—Sí —contesté decidida—. Estoy con Álvaro.

—El destino en ocasiones resulta de lo más inesperado —murmuró de forma ambigua

paseando una mirada calculadora de Fernán a Álvaro.

Vi cómo Lucía y Fernán intercambiaban una silenciosa comunicación. Don Manuel estudiaba preocupado la máscara inerte de Álvaro. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué reaccionaban todos de una forma tan rara a una simple confusión? Noa no me conocía.

Era normal que pudiera pensar que yo estaba con Fernán en vez de con Álvaro, ¿o no?

—Doy por entendido que sigues siendo virgen —dijo Noa haciendo que mis mejillas

hirvieran como si acabaran de inundarse de lava y haciendo que el resto de las personas en la habitación se congelaran en el sitio.

¿Cómo podía preguntarme eso delante de todo el mundo?! Lancé una ojeada a Álvaro.

Él no contaría algo tan íntimo, ¿verdad?

Noa tomó mi reacción como una confirmación. Les habló a Álvaro y Fernán en aquella

extraña lengua. Lo único que yo podía distinguir era un claro tono de advertencia.

Ambos inclinaron la cabeza con rigidez, como una señal de obediencia, dejándome absolutamente desorientada. ¿Les había revelado algo sobre mí? ¿Algo sobre mi destino?

—¡Tenemos que irnos! —me increpó Aileen, deseosa de salir de allí.

—Os acompaño —agregó Lea evitando mirar a Álvaro.

—Sí, yo llevo las rosas —murmuré aliviada de alejarme de allí y poder usar las flores como escudo.

Me sentía profundamente abochornada, humillada, aturdida y con ganas desesperadas de escaparme de aquella locura. ¡Dios! Acababan de hacer público que yo con mi edad

todavía era virgen, Álvaro parecía un muñequito vudú al que podías clavar un alfiler

tras otro y ni rechistaba y mi usualmente descarada y vivaracha Aileen parecía que necesitaba que la llevaran en brazos. La visita a la casa de los Mendoza no podía haber ido peor.

En el instante en que alargué la mano para coger el enorme ramo, a Álvaro se le abrieron los ojos horrorizados.

—¡Las rosas no!

Su grito fue apagado por el estruendo de la mesa cuando la empujó fuera de mi alcance y el centro de porcelana cayó sobre el suelo de mármol partiéndose a cachos. Mi corazón dio un asustado respingo.

Con la mano en el pecho miré las rosas esparcidas por el suelo. ¿Cómo había conseguido Álvaro desplazarse con tanta rapidez a través de la habitación? ¡Había visto antes al centro de mesa cayéndose que a él! ¿Y por qué había reaccionado de una forma tan exagerada por coger un ramo de flores? ¿Había algo en él? ¿Estaba envenenado?

—¿Qué ocurre aquí? —La voz de Noa me llegó alta y exigente.

Su examen pasó de las rosas a Álvaro y luego a Lea que, tras un corto contacto visual, agachó avergonzada la cabeza.

—¡Ya veo! —formuló Noa, como si hubiera podido leer la respuesta en la mente de Lea. Se giró de nuevo hacia mí—. De modo que desconoces nuestra auténtica identidad

—constató—. ¿Te sientes preparada para enfrentarte a ella?

«¡No!».

—Sí —musité sin apenas aliento.

—¿Estás dispuesta a un pequeño sacrificio a cambio de la verdad?

—¿Qué tengo que hacer?

—Soraya... —gimió Álvaro.

Noa avanzó decidida interponiéndose entre nosotros. Le lanzó una ojeada a Fernán, con quién estableció una de aquellas conversaciones mudas que cada vez me resultaban más irritantes. Fernán se acercó a Aileen, cuyo chillido resonó en la habitación cuando él se la llevó de un increíble salto a la esquina más alejada. Suspiré aliviada cuando comprobé que Fernán no pretendía hacerle daño. Se había colocado de forma

protectora delante de ella y estaba flanqueado por Lea. Después del suspiro, me di cuenta que quizás, después de todo, aquello no era tan buena señal. ¡Algo estaba a punto de ocurrir! ¡E iba a ser peligroso!

—Tendrás que confiar en mí —advirtió Noa.

«¡Oh, Dios!».

Me cogió la mano izquierda. Yo no se la podía haber quitado aunque quisiera. No tenía fuerzas ni para protestar.

—Apenas será una pequeña molestia —me avisó antes de pasar como un relámpago una afilada uña por mi palma abierta.

Retiré mi mano de forma instintiva, cerrándola para aliviar el escozor. ¿Por qué dolía tanto? Un ensordecedor e infrahumano rugido llenó la habitación helándome en el sitio.

Álvaro se colocó delante de mí, agazapándose como un tigre a punto de atacar e interponiéndose entre mí y dos criaturas de muecas monstruosas, que no me perdían de

vista enseñando sus afilados colmillos. Con amenazantes siseos, las que una vez habían sido Eva y Layla se movían sigilosas de un lado para otro, como si quisieran evaluar la mejor forma de saltar por encima de Álvaro para arrojarse sobre mí. Otras seis figuras se habían echado de un salto para atrás y ahora se encontraban inertes, pegadas a la pared, contemplando mi mano con una mezcla de horror y un oscuro deseo, del que únicamente Aileen parecía librarse. Noa permaneció a mi lado observando con curiosidad toda la escena.

Atontada, como si estuviese en un sueño, alcé la mano para averiguar qué les llamaba tanto la atención. Del fino corte, que apenas era una línea, salía sangre. No era demasiada, pero sí la suficiente como para que las gotas resbalaran por mis dedos cayendo pausadamente al suelo. Repentinamente, algo encajó en mi cerebro. Las opciones que se presentaron ante mí eran dignas de una película de horror, pero entonces, ver fantasmas también lo era, ¿verdad? Como si se abriera la puerta de una

presa, el terror se adueñó de mí y me atrapó en un cuerpo agarrotado.

«¡Maldita sea! ¡Se le podría haber ocurrido otra forma de hacerlo!».

Justo antes de que las dos siluetas femeninas se abalanzaran a la par sobre nosotros, advertí que Fernán se había colocado delante de la pálida Aileen y la resguardaba con su cuerpo ante cualquier posible ataque, de la misma forma en que Álvaro intentaba protegerme a mí. ¿Cuánto tiempo podría mantenerme a salvo? Eran dos contra uno... ¿o

había más? Miré aterrada a los demás. No, las demás figuras estaban

solidificadas, como si hubieran entrado en un estado de shock y no pudieran reaccionar, y Noa parecía una diosa que disfrutaba de una partida de ajedrez a punto de declarar jaque mate.

Cuando Eva y Layla finalmente se lanzaron al ataque, una lo hizo directamente sobre Álvaro y la otra fue a por mí. No tuve tiempo de reaccionar. Tal y como las dos chicas se abalanzaron hacia nosotros, se encontraron en el aire contorsionándose y chillando.

Era casi como si hubiesen chocado con una infranqueable barrera invisible que las estuviera electrocutando. Con una fuerte sacudida, las dos fueron lanzadas a la pared del fondo. ¿Había sido el efecto de mi amuleto?

Miré boquiabierta cómo Eva y Layla se arrastraban con dolorosos gemidos por el suelo para levantarse y tratar de atacar de nuevo. El resto de las sombras recuperaron la vida y se arrojaron sobre las dos chicas para retenerlas.

—¡Álvaro! ¡Sácala de aquí! Nosotros nos ocuparemos de esto —ordenó don Manuel.

Álvaro miró con el ceño fruncido la puerta que se encontraba al lado de Eva.

Decidido, se giró hacia mí.

—Salta a mi espalda y sujétate fuerte.

Me cogió de un brazo y con la mano libre puesta en mi cintura me lanzó a su espalda

como si fuera una pluma. Hice lo único que era capaz en ese instante: aferrarme a él

como si en ello me fuese la vida.

Las paredes comenzaron a moverse a mi alrededor, las imágenes se volvieron borrosas

ante mis ojos y apenas tuve tiempo de abrir la boca y chillar cuando Álvaro se lanzó por la ventana.

Apreté los ojos. La boca fue imposible cerrarla mientras seguía chillando. Me atravesó el vértigo y una colmena de avispas pareció adueñarse de mi estómago. Era la misma

sensación de cuando una es proyectada al vacío en una montaña rusa.

El aterrizaje fue sorprendentemente suave. Álvaro cayó de pie, como si apenas hubiésemos saltado desde un par de escalones. Asombrada abrí los párpados, aunque

los cerré de inmediato cuando vi los árboles precipitarse hacia nosotros. Estábamos atravesando el bosque a una velocidad digna de una carrera de fórmula uno.

Tragué aire desesperada cuando noté que había dejado de respirar. Álvaro, sin parar de correr, tomó una de mis manos aferradas a su cuello, para darme un cariñoso beso

en la palma. En respuesta apreté mi mejilla contra la suya. Empecé a sentir un agradable cosquilleo en la mano. ¿Álvaro me estaba lamiendo la palma y chupándome

los dedos? La sensación resultaba tan novedosa y placentera, que apenas me percaté de que las ramas pasaban a cada vez menos velocidad por nuestro lado hasta que acabaron por detenerse.

Álvaro me bajó con gentileza y me tendió con suavidad en la mullida hierba. Con mi

mano pegada a su mejilla, mantuvo mi pulgar en su boca, chupándolo con suavidad, observándome, mientras el gris de sus ojos prácticamente había desaparecido, devorado por las enormes pupilas negras. En algún rincón de mi mente sonó una alarma. La ignoré. La arrinconé por completo. No quería pensar en el peligro. Era un

sueño, no podía ser de otro modo. Todo esto no era más que una extraña ensoñación. La parte mala había pasado, ahora únicamente quedábamos él y yo. Este era nuestro momento.

—¿Soraya?! —El leve reparo de Álvaro salió como un susurro.

Posé un dedo sobre sus labios para acallarle. No quería oírlo. No quería pensar. No quería saber nada más. Solo lo quería a él.

Renuevemente, sin despegar sus ojos de los míos, volvió a besarme la superficie de la palma. Me recordaba a un cachorrillo lamiéndole la mano a su ama. Alargué la otra mano para retirar el pelo de la cara. Su nariz rozó la parte interna de mi muñeca y Álvaro inspiró cerrando los párpados, como si allí hubiera tropezado con un olor especialmente delicioso.

Después de oír su gemido de rendición, sentí dos pequeños pinchazos en la sensible zona de la muñeca. Me estremecí de deleite. Imagino que debería haberme asustado,

aterrado incluso, pero la realidad era que resultaba tan placentero, tan dulce, que mi mente únicamente se centró en el placer. Un suave calor se extendió desde el centro de mi cuerpo. Gemí. El calor se transformó en deseo. Un deseo intenso, urgente. Un deseo que me hacía morir por sentirlo sobre mí, dentro de mí.

El delicado placer que se esparció desde mi muñeca comenzó a antojarse demasiado tenue, excesivamente lejano... Yo quería más. Enredé mis dedos en su pelo para tirar

de él y acercarlo a mis labios. Álvaro gruñó al soltar mi muñeca, pero trepó sobre mí para alcanzar mi boca. Por el reflejo excitado de sus ojos le complacía que yo lo deseara como lo hacía.

Su sabor era dulce, ligeramente metálico, aunque apenas me dejó saborearlo. Me acarició los labios con su lengua, de forma juguetona, tentadora, apartándose cada vez que yo intentaba atraparlo. Gemí, no sé si por frustración o placer. Parecía como si aquel juego incendiara aún más la llama que me consumía por dentro.

Me harté de juegos. No era hora de jugar. Atrapé su rostro entre ambas manos y me lancé sobre él. Nuestros cuerpos rodaron y yo quedé situada encima. Invadí su boca, dominada por el anhelo y la necesidad. Gimió cuando bajé mis

caderas apretándome contra él. ¡Sí! Yo ardía por su culpa, pero decidí que él se quemaría conmigo.

Despegué mis labios de los suyos, lo suficiente como para coger aire y estudiarle. Sus ojos reflejaban su tormento, su deseo y su ansia de más... mucho más. Sentí el dominio, el poder que tenía sobre él y eso me excitó. Esta vez fui yo quien paseó traviesa mi lengua por las comisuras de su boca, quien le dio pequeños mordiscos atrapando sus sedosos labios entre mis dientes. No perdía de vista sus brillantes ojos y me retiraba siempre antes de que pudiera apresarme. Sus tenues lamentos me incitaban a seguir con aquel juego. Era un sonido que me hacía vibrar, estremecerme. El oscuro y agónico anhelo que descubrí en sus pupilas me robó el aliento y me hizo detenerme.

Tomé aquella decisión sin pensarla demasiado, guiada por la necesidad reflejada en sus ojos pero, sobre todo, por la mía propia. Apartándome pausadamente de él, desplacé mi peso a un lado, para que ambos pudiéramos rodar y él volviera a quedar

sobre mí. Le mantuve la mirada. Él se apoyó sobre los brazos y me estudió desorientado, como si tratara de interpretar mis pensamientos a través de mi expresión.

Alargué la mano hasta su hermosa cabellera para atraerlo a mí. Noté el temblor que le recorrió la columna vertebral cuando nos fundimos en un interminable y profundo beso.

Mi necesidad de respirar fue lo único que me hizo separar mi boca de la de él. Casi me olvidé de mis intenciones cuando nuestros alientos se entremezclaron y su calor me acarició, pero su secreta hambre seguía presente en sus ojos. Con un estremecimiento

de antelación incliné mi cabeza a un lado, exponiendo mi cuello. Álvaro titubeó. No se lo permití. Le tiré del pelo para acercarlo a mí y sonreí cuando su gemido de derrota vibró contra mi piel.

Mis dedos se agarrotaron en su cabello cuando hundió los colmillos en mi cuello.

Jamás había sentido un placer tan intenso. Fue como si nuestras almas se abrazaran y se fundieran en una sola. Me hallaba inmersa en una sensación tan potente, tan infinita...

que no habría podido explicarla aunque quisiera. Una vorágine de placer se extendía desde la zona de mi garganta donde Álvaro succionaba, expandiéndose por mi cuerpo

como una corriente eléctrica. Su fuerte mano recorría mi muslo, aprisionándome contra él. No existía forma de convertir en palabras lo que experimentaba en aquel instante, pero sí algo que necesitaba compartir con él.

—Te quiero —susurré aferrándome a él con todas mis fuerzas.

De improviso me cubrió un helado vacío. Antes de que pudiera impedirlo Álvaro ya no

estaba. Lo encontré en la oscura sombra de un enorme roble, con las facciones desencajadas por el horror. Sus ojos desorbitados estaban fijos en los dos pequeños puntos que ahora me quemaban tenuemente en la base de mi garganta. Álvaro se desplomó sobre sus rodillas y profirió un grito de dolor tan largo, agonizante e intenso, que me congeló la sangre en las venas.

No fui capaz de reaccionar, de moverme, de pensar... ¡Álvaro me acababa de rechazar!

¿Qué había pasado? ¿Qué había hecho mal? ¿Toda esa angustia era por haberme besado? ¿Por tocarme? ¿O porque le había dicho que le quería?

Cinco figuras irrumpieron en el claro, seguidas inmediatamente por Fernán, que llevaba a Aileen a sus espaldas. Don Manuel y la mujer de cabello castaño que tanto se parecía a Álvaro corrieron a su lado. Él seguía arrodillado en el suelo con la cabeza entre las manos. Don Manuel me echó un vistazo preocupado.

—Soraya, ¿te encuentras bien? —preguntó.

Lo oí, lo comprendí, pero no reaccioné. La imagen de Álvaro acababa de unirse con la

plena conciencia de que nos rodeaba la oscuridad de la noche y que me encontraba en

un bosque solitario, rodeada de un grupo de vampiros. La adrenalina, el terror, la congoja... todo en uno se arremolinó en mi interior dejándome paralizada. En mi mente

se sucedían las imágenes de películas de terror en las que la víctima era atacada por criaturas tenebrosas, desangrada y desgarrada hasta su muerte.

—¿Soraya? —Oí desde algún sitio el agudo chillido de Aileen, seguido de un grito de

dolor y confusión al chocarse contra el muro transparente que me separaba de aquel

mundo aterrador.

Fernán corrió a su lado para abrazarla.

—Soraya. Sé que ahora mismo estás muy asustada, pero no vamos a hacerte nada. No

queremos hacerte daño y tampoco podemos hacértelo. Tu amuleto te protege de nosotros —me prometió Lea con su voz suave y persuasiva.

La podía percibir a unos tres metros de mí, pero mi mirada se mantenía congelada sobre la silueta deshecha de Álvaro, que se encogía sobre sí mismo bajo el enorme roble. Don Manuel estaba a su lado tratando de calmarlo. Tenía un brazo alrededor de

su hombro y le hablaba en inteligibles murmullos.

—¡Perdí el control!, ¡la mordí! —gritó Álvaro—. Tenía que protegerla, no... ¡Dios!

—¿Le has llegado a inyectar la ponzoña? —La preocupación de don Manuel era evidente.

Álvaro negó con la cabeza pasándose las manos por el pelo.

—Soraya, ¡esto es importante! ¿Sientes algún tipo de quemazón por tus venas?

—El tono de don Manuel era urgente.

Intenté centrarme en las sensaciones que me transmitía mi cuerpo, pero allí apenas quedaba un enorme vacío. Negué. Los hombros de don Manuel se relajaron.

—Karima, dale tu pañuelo para que pueda taponarse las incisiones de la garganta. No

creo que deje que nadie se acerque para cerrarle las heridas con saliva —
ordenó don

Manuel con voz firme—. E id a cogerle algo con mangas largas para abrirla
—

añadió cuando observó con el ceño fruncido las marcas en mi muñeca.

—No te asustes ahora, Soraya. Voy a lanzarte el pañuelo —avisó Karima con
cautela.

El pañuelo chocó contra una barrera invisible. Todos contemplaron mudos
cómo la seda azul flotaba en el aire hasta caer sobre la tierra.

—Debe estar aterrorizada para que su amuleto reaccione así ante un pañuelo
—musitó

de forma casi imperceptible Lea—. ¿Por qué de repente está tan asustada?
Antes no parecía haberlo estado tanto.

—Creo que ha entrado en estado de shock. Puede que al final haya sido
demasiado y

que las emociones la hayan superado —murmuró Karima.

—¡Jamás había visto algo así! —exclamó Noa maravillada, cuando hasta ahora
había permanecido al margen—. Debe ser algo más que el simple colgante si

sus

percepciones y sentimientos influyen en él.

Álvaro se incorporó de un salto e hizo ademán de acercarse a mí, aunque finalmente se detuvo ofreciéndome otra de sus angustiadas miradas

—Yo... lo siento. No era mi intención asustarte, ni hacerte daño. Te juro que no dejaré que vuelva a suceder. —Su voz se quebró.

Agachó la cabeza y desapareció de mi vista entre la arboleda. ¿Acababa de dejarme sola? ¿Me abandonaba?

—¿Os podéis hacer cargo de esto? —indagó don Manuel mirando a Lea y Fernán.

Ambos asintieron. Don Manuel desapareció tras Álvaro, seguido de aquella mujer de

pelo castaño.

—¿Soraya?

Parpadeé. Era Lea, pero me daba igual.

—Cielo, tienes que intentar tranquilizarte. ¿Has visto cómo se ha caído el pañuelo? No podemos causarte ningún daño. Ni siquiera queremos hacértelo —insistió—. Álvaro tampoco quería asustarte, ni hacerte daño, te lo prometo —sonaba afligida.

Poco a poco, mis neuronas volvieron a funcionar. Mi mente recuperó su funcionalidad

dejando de ser un mero perceptor de imágenes y sonidos. ¿Qué estaba diciendo Lea?

¿Qué pamplina era esa de que Álvaro me había hecho daño y que me había asustado?

¡Él no hizo nada! Nada, excepto alejarse de mí y abandonarme. El abatimiento volvió a invadir mi pecho, esta vez para hacerme reaccionar.

—¡No me hizo daño! —«Al menos no en el sentido en el que tú crees que lo ha hecho».

—¿Ah no? —Lea parecía confusa.

—Fui yo quién... —La vergüenza se entremezcló con mis ganas de llorar.

¿Cómo podía explicarle que fui yo quién se ofreció a él? Intenté tragarme la enorme bola que se estaba formando en mi garganta.

—¿Y él no fue capaz de resistirse? —Más que una pregunta fue una constatación, una

que a Lea aparentemente le inducía cierto alivio—. Bueno, eso explica bastante.

¿Explicar? ¿Qué era lo que explicaba? ¡Álvaro me había dejado!

—Le confesé que le quería y se apartó de mí como si yo...

El nudo en mi garganta pudo más que yo. Sollocé.

—¡Cielo! ¡No es lo que piensas! Estoy segura de que a Álvaro no le disgustó que le confesaras tus sentimientos. ¡Lo que lo asustó fue perder el control sobre los suyos!

¿Perder control sobre sus sentimientos? Me lo habría creído si Álvaro me hubiese hecho el amor, si me hubiera confesado sus sentimientos, pero no, se había apartado, espantado de mí, como si tocarme hubiera sido un terrible delito o una vergüenza. Me

doblé sobre mí misma para llorar. ¡Que me vieran! ¡Me daba igual!

—Dime una cosa, Soraya, ¿has descubierto lo que somos? —preguntó Lea.

Me puse rígida. ¿Me atacaría si le decía que sí, ahora que Álvaro ya no estaba interesado en mí? La miré. Lea parecía la misma amable y cariñosa chica de

siempre

que ahora me contemplaba preocupada.

—¿Vampiros? —solté con un gran esfuerzo.

Ella asintió con una leve sonrisa, como si le aliviara que yo lo supiera por fin.

—Supongo que conoces muchos mitos y creencias relacionados con nosotros, pero no

todos son ciertos y otros muchos hechos se ignoran. —Se detuvo, como si se planteara

la mejor manera de continuar—. En nosotros conviven dos naturalezas contrapuestas.

Por un lado esta nuestra humanidad y, por otro, algo que entre nosotros se conoce como la «bestia». —Me sondeó con cautela antes de seguir—. Cada vampiro decide la relación que tiene con cada uno de estos aspectos de su ser. En nuestra familia luchamos contra la «bestia» que habita en nosotros e intentamos conservar al máximo

nuestra humanidad, aunque eso no siempre resulta fácil. Para Álvaro, esto es especialmente importante, porque no acepta todavía el hecho de ser un vampiro. —Me

contempló esperando que yo la comprendiera.

Lea suspiró cuando se dio cuenta de que yo no la entendía.

—Al haber cedido a la tentación de morderte, Álvaro cree que su «bestia» le dominó.

Para él, el haberte mordido equivale a haber cometido un acto esencialmente diabólico.

—¿Qué? Yo...

—No has hecho nada reprobable. Igual que tampoco lo ha hecho él —intentó tranquilizarme de nuevo—. Si Álvaro aceptara su propia naturaleza, se habría dado cuenta de que no era la «bestia», sino lo que siente por ti lo que lo ha vencido. Y, entre tú y yo, eso es algo totalmente humano y natural.

Intenté asimilar esa información. Era una explicación racional y, desde ese punto de vista, bastante comprensible. Pero la actitud tan extrema de Álvaro no podía haber sido provocada por algo tan simple. Una oscura sospecha comenzó a asomar en mi horizonte. Fruncí el ceño.

—¿Me voy a transformar en vampiro?

De improviso, el claro se llenó de risas aliviadas.

—No. Álvaro no te ha inyectado su ponzoña, que sería una de las formas de convertirte

—contestó Lea riéndose—. Y, aunque parece haberse explayado mordiéndote... —Hizo

una pausa señalando divertida mis pequeñas incisiones—, tampoco creo que te haya desangrado demasiado, a deducir por lo colorada que te acabas de poner —se burló.

—La otra forma de convertir a alguien en vampiro es vaciándolo de sangre para luego

sustituirla por la nuestra. Aunque eso únicamente solemos hacerlo en casos muy extremos en los que hemos desangrado a alguien sin querer, o si queremos castigarlo

—explicó esta vez Noa haciéndome estremecer.

De pronto reparé en Aileen, que se encontraba evidentemente reanimada y calmada al

lado de Fernán.

—¿Aileen? —Mi voz salió como un graznido.

—Todo está bien. Los Mendoza son nuestros amigos y no tienen intención de hacernos

daño —respondió a la pregunta no formulada—. Lea y yo pensábamos tenderte una trampa con las rosas, pero habíamos contado solo con Eva, no esperábamos que a esa

hora fuera a haber más gente. —Eché una ojeada cautelosa a Noa—. Y, aun así, no habría pasado nada si te hubieras tomado la infusión que te preparé después del almuerzo. Porque no te la tomaste, ¿verdad? —Suspiró imaginándose la respuesta—.

Si la hubieras tomado, tu sabor se hubiera tornado desagradable para ellos. Aunque en parte es una suerte que no lo hicieras. Probablemente habrías envenenado y matado a

Álvaro con tu sangre.

Fernán la miró boquiabierto, Aileen encogió los hombros y lo ignoró.

—En cualquier caso, la cadena de la abuela parece hacerte intocable —concluyó echándole un vistazo al pañuelo de seda tirado sobre el suelo—. Quizás sea mejor que

ahora me la lleve a casa —le comentó a Fernán—. Necesita calmarse y digerir todo esto.

—Sí, es lo mejor. Álvaro también necesita asimilar lo que ha pasado aquí. Tardará un

poco en sosegar —opinó Lea—. No te preocupes, se le pasará —me consoló, aunque

no parecía muy segura.



CAPÍTULO 12

Tal y como llegué a mi cuarto, me tiré sobre la cama y rompí a llorar. Me había pasado todo el camino de regreso tratando de controlar mis emociones para no preocupar aún

más a los demás, pero en la intimidad de mi habitación todo aquel tumulto y agitación explotó de improviso.

Ignoré los suaves golpes en la puerta. Aileen entró y se tendió a mi lado en la cama. Su abrazo fue reconfortante y, poco a poco, el caudal de mis lágrimas menguó, aunque no

llegó a detenerse del todo.

—Aileen... soy horrible —sollocé angustiada.

—¿Por qué se supone que ibas a serlo? No has hecho nada malo.

—Sí lo he hecho. Fui yo quién le incitó a mordirme —dije con un hilo de voz

—. No sé

qué me pasó...

—Eso no es ningún delito, Soraya —contestó ella condescendiente.

—¡Soy un monstruo! Él estaba tratando de controlar esa «bestia» de la que habló Lea, y yo le hice perder la batalla. ¡Yo sabía que él estaba tratando de controlarse, pero no quise que lo hiciera! ¿Cómo he podido hacer algo así? —seguí martirizándome.

—Soraya, creo que deberías ver esto —reveló Aileen tras una corta pausa.

Alzó las manos hasta la nuca para desabrocharse la gruesa gargantilla de cuero que le gustaba llevar y dejó al descubierto dos minúsculas incisiones casi idénticas a las mías.

—Y ahora no te escandalices —me previno y se levantó la falda mostrándome otras

dos pequeñas marcas en la parte interna de la ingle, que apenas quedaban cubiertas por el diminuto tanga rojo.

—¿Aileen? —inquirí sorprendida.

—Bueno, ya sabías que últimamente paso mucho tiempo con Fernán —explicó con un

guiño.

—Pero, entonces... ¿todo esto de que tomen tu sangre y te muerdan no tiene consecuencias?

—No. Siempre y cuando únicamente te extraigan pequeñas cantidades de sangre y tú tengas la fuerza de voluntad y los medios suficientes para no caer bajo su influencia.

—¿A qué te refieres con «caer bajo su influencia»?

—Bueno, te habrás dado cuenta de que, aparte de enormemente placentero, también se

establece un nexo de unión muy especial en esos instantes.

Asentí al recordar aquellas maravillosas sensaciones.

—Ese vínculo puede extenderse más allá del contexto. Permite potenciar ciertos dones

previos de los que ellos gozan entre ellos y su... donante. Es decir, si en

condiciones normales necesitan establecer contacto visual para leerle a alguien los pensamientos o ejercer la dominación mental, después de morderte, y mientras más veces lo hagan, menos necesidad de cercanía física tienen para usar sus dones sobre ti. Pero eso suele darse sobre todo en mentes o personalidades débiles, que son más susceptibles de ser

manipuladas por ellos —añadió Aileen tratando de borrarle hierro al asunto.

«¿Leer la mente y dominación mental? ¡Dios! ¿Dónde me he metido?».

—¿Quieres decir que ahora Álvaro tiene la facultad de dominarme?, ¿de obligarme a

hacer cosas que no quiero hacer? —indagué alarmada.

—No lo creo. Para empezar, tu amuleto te protege. En segundo lugar, tú no tienes una

personalidad débil. Y por último, y no menos importante, Álvaro es demasiado decente

como para intentar hacerte daño voluntariamente —finalizó.

—¿Qué tipo de dones poseen?

—No sabría decirte con certeza cuántos tienen y si todos tienen los mismos.

Básicamente, suelen tener la capacidad de la telepatía, pueden leer la mente y ejercer

control mental sobre las personas. Es como una especie de efecto hipnótico —aclaró

—. Aunque, a menos que exista un vínculo, necesitan establecer un contacto visual. —

De pronto su cara se animó—. ¿Recuerdas la noche en que Eva se acabó tirando al agua como una loca? —Esperó a que yo asintiera—. Intentó ejercer su poder sobre ti;

sin embargo, no le funcionó. De hecho, fue como si tú lo hubieras canalizado para lanzárselo con efecto retroactivo. —Me miró encantada.

—¿Quieres decir que se arrojó al agua porque yo, inconscientemente, utilicé el dominio que ella quería usar contra mí? Eso suena un poco fantástico, ¿no crees? Yo no tengo esas capacidades, ni sabría cómo hacerlo. Esa teoría no es muy convincente —

disentí con ella.

—No sé cómo lo lograste. Simplemente sé que lo hiciste y que funcionó. Supongo que

te ayudó el amuleto. No lo sé. Sin embargo, lo que si queda demostrado es que eres inmune a sus influjos. Fernán también me lo confirmó. Me contó que cuando quiso leerme la mente, no pudo hacerlo.

—¿Fernán ha intentado leerme la mente?! —exclamé indignada.

—Sí, pero solo al principio —aclaró—. No lo hacen por maldad, sino por costumbre

cuando algo o alguien despierta su interés. ¿Tú no harías lo mismo si tuvieras esa posibilidad?

Me planteé la parte ética del asunto y luego mi naturaleza curiosa, y preferí dejar esa reflexión para otro momento.

—¿Por qué a Fernán no le afecta morderte?

—Fernán se siente vampiro. Aunque siga sin serlo del todo, acepta su naturaleza y no

intenta luchar contra ella.

—¿No lo es del todo? —Mis ojos se abrieron aún más de lo que ya estaban.

—Fernán y Álvaro son «semivampiros» o *dhampires* como lo llaman algunos. Son medio hermanos por parte de padre: don Manuel, pero sus madres fueron

humanas. No

fueron creados, han nacido tal y como son, por lo que siguen siendo medio humanos.

—¿Y el resto? —seguí indagando.

—Son todos vástagos, creados a partir de otro vampiro, exceptuando a don Manuel y

todos sus ascendientes directos, que en su día también nacieron como *dhampires*.

—¿Tú también crees que a Álvaro lo dominó esa «bestia» de la que hablan? — intenté evitar la angustia que amenazaba con renacer.

—No. Coincidió con Lea. Según lo que me explicó Fernán, para ellos el placer sexual y

el éxtasis de tomar y dar sangre son cosas muy interrelacionadas. Seamos honestas, a

mí también me vuelve loca que me muerda cuando hacemos el amor. —Sonrió con picardía.

—¿No te asusta qué pueda pasarse?

—No. —Rio con expresión traviesa—. Tengo esto. —Me enseñó el enorme anillo que

llevaba en su mano derecha—. ¿Ves este pequeño pincho que sobresale? —Me lo mostró—. Si aprieto la piedra sale un veneno destinado expresamente a los vampiros.

Fernán quedaría paralizado por el dolor durante unos diez o quince minutos. Los suficientes como para escaparme si hiciera falta.

—¡Vaya! Pues no parece fiarte demasiado de tu amante —descubrí descorazonada.

—Nuestro caso no es igual que el tuyo con Álvaro, supongo. Vosotros parecéis compartir unos sentimientos muy profundos. —Carcajeó al notar cómo me ruborizaba

—. Para Fernán y para mí no es más que un pasatiempo y ambos somos conscientes de

ello. Disfrutamos juntos, nos divertimos, pero los dos conocemos los límites y los peligros que entraña una relación entre nosotros. —Sonrió para sí misma —. Lo que, claro está, lo hace mucho más morboso y excitante —dijo dirigiéndome otro guiño.

—¿Qué te hace pensar que lo que hay entre Álvaro y yo es diferente?

—Habría que ser ciego para no ver cómo os comportáis cuando estáis cerca el uno del

otro. La fuerza magnética que hay entre vosotros es palpable. Además, basta ver las miradas asesinas que Álvaro lanza a cualquier chico que se acerca a ti. ¿No te has preguntado por qué, de pronto, ningún chico se ha vuelto a acercarse a ti? —añadió con

sorna alzándome la barbilla para cerrarme la boca.

¿Álvaro se dedicaba a espantar a los demás chicos? La verdad es que la mayoría de los chicos me evitaban, pero lo había achacado más a mi falta de interés por ellos que a cualquier motivo externo. ¿Tendría razón Aileen?

—¿Qué crees que ocurrirá ahora? —pregunté.

—¡Hm! Es difícil saberlo. Por lo que dice Lea, Álvaro necesitará un tiempo para recuperarse. Las luchas interiores pocas veces son fáciles —contestó pensativa, pero

al ver mi cara de pena, añadió—: Estoy segura de que tarde o temprano regresará a ti.



No puede evitarlo. Le atraes como la miel a las abejas. Eres su debilidad —
acabó con

una sonrisa misteriosa.

Aileen no se despegó de mí en los siguientes dos días. No hubo noticias de
Álvaro.

Sabía que leía mis mensajes, pero por más que lo intenté, no conseguí ninguna
respuesta de él y, por supuesto, tampoco respondió a las tres llamadas que le
hice.

Aunque eso en cierta forma me inquietaba y me preocupaba, no conseguía
sentirme triste aunque lo quisiera. En parte, incluso me sentía mal por sentirme
tan alegre y tan llena de vida. Intenté achacarlo al hecho de que por fin conocía
la verdad sobre él y que eso me ayudaba a entender muchos de sus enigmas y
de sus frases crípticas. En el

fondo, eso tampoco explicaba una euforia tan exagerada, pero era la única
explicación que tenía.

Aileen, por el contrario, estaba cada vez más apagada y unas ojeras enormes y
oscuras le rodeaban los ojos. El tercer día se quedó dormida en el sofá y acabó
enlazando la

tarde con la noche, como si no hubiese dormido en toda la semana. Aquello
me llamó

enormemente la atención. Si no hubiera pasado con ella todo el tiempo, habría
llegado a plantearme si no se debería a la relación que mantenía con Fernán.

Era como si le hubieran absorbido toda su energía vital.

Al faltarme la compañía de Aileen, me quedó demasiado tiempo libre para pensar.

Algo nada bueno en el estado en el que me encontraba. Me ofrecí a suplir el turno de

Brian en la tienda. Era una opción tan buena como cualquier otra para distraerme y por otro lado me servía para hablar con Gladys y pedirle consejo. Con todo lo que había

pasado últimamente lo había dejado pendiente, pero seguía con la intención de aprender a manejar mis supuestas habilidades para comunicarme con el más allá.

Además, tenía muchas otras inquietudes que resolver.

—¿Te suena la palabra «Gaia»?

—Sí, claro, se refiere a la Madre Tierra. ¿Por qué lo preguntas? —Gladys dejó de quitarle el polvo a las estanterías y me miró.

—¿Conoces a Noa?

—¿Te refieres a...? Sí. —Se bajó de la escalerilla sobre la que había estado subida y se acercó a mí—. ¿Noa está aquí? —indagó extrañada—. No es habitual en ella.

Excepto en raras ocasiones, nunca sale de su templo en Brasil. Únicamente viaja a Europa cuando hay prevista alguna ceremonia o reunión importante a la que deba asistir como Suma Sacerdotisa o como Consejera.

—¿Noa es una sacerdotisa? Eso no lo mencionó. —Encogí los hombros,

probablemente había muchas más cosas que aún me quedaban por descubrir de ella y

de los Mendoza en general.

—¿Noa se ha dirigido a ti? ¿Te ha hablado?—preguntó Gladys perpleja.

Me di cuenta de que cuando le conté lo ocurrido en la finca de los Mendoza, había estado tan centrada en la historia de Álvaro que no recordé hablarle de la parte referente a aquella mujer.

—Sí, fue ella quien me hizo la herida en la mano para ayudarme a descubrir que eran

vampiros —le aclaré.

—Conque Noa, ¿eh? —murmuró Gladys frunciendo el entrecejo—. ¿Tienes idea de por

qué lo hizo?

Le conté todo lo que ocurrió. La aparición de la abuela Moira, el estudio de pintura, mis retratos y la referencia a mi cadena. A medida que yo le relataba lo sucedido, Gladys se puso más y más tensa.

—¿Qué te contó acerca de la profecía? —indagó.

—Ahí está el problema. No llegó a contármela. Únicamente me dijo que se trataba del

Amuleto de Gaia y que yo era la Elegida. Ella daba por supuesto que mi destino estaba de alguna manera vinculado a ellos. Cuando le pregunté, me contestó que conocería los detalles a su debido tiempo —repuse frustrada.

—Su profecía debe de estar enlazada de algún modo con nuestra leyenda. Me había imaginado que aquellos «demonios de la oscuridad» podían ser en realidad vampiros.

Eso explicaría muchas cosas. Sin embargo, jamás me había planteado que pudieran existir dos historias paralelas. Tendremos que investigar de qué va todo esto. No me gusta que ellos sepan las dos partes y nosotras apenas una.

—¿Crees que ellos y los vampiros de la leyenda son los mismos? —En cierta medida,

aquella posibilidad me resultaba inquietante.

—Es posible que algunos de ellos sí. Lo que es la familia de los Mendoza más estrecha, la que tú conoces, son seres bondadosos. En principio respetan a los humanos e intentan no dañarlos. Pero no todos son así. Los mitos existen por algo —me advirtió ella—. A Noa, por ejemplo, no le gusta el trato con los humanos. Nos considera criaturas inferiores, como una especie de mascotas. Por eso me ha llamado tanto la atención que se dirigiera a ti. Aunque en principio no parece que tenga intención de hacerte daño, es mejor que te mantengas alejada de ella, al menos hasta que podamos

averiguar por qué estaba tan interesada en ti —me previno.

—¿De verdad crees que yo pueda ser la Protegida o la Elegida? ¿No puede ser todo

una confusión? —cuestioné recelosa que yo pudiera ser la protagonista de una leyenda.

Nuestra conversación quedó interrumpida cuando un cliente entró en la tienda, aunque

durante el resto de la tarde Gladys siguió absorta y con el ceño fruncido.

—Gladys... En cuanto al tema de los espíritus —comenté cuando nos quedamos otro rato tranquilas—, ¿solo ellos pueden manifestarse?, ¿o también existe la posibilidad de que yo pueda aprender a comunicarme con ellos?

—Si ellos han elegido contactar contigo, no veo ningún obstáculo por el cual deberían rechazar tus llamadas si quieres hablar con ellos —reflexionó ella—. Te veo muy interesada, ¿por qué quieres saberlo?

—Me preguntaba si habría alguna forma de controlar lo que me ocurre y... —dudé—,

quizás poder contactar con mis padres.

—¡Oh, cielo! —Gladys me abrazó—. Puedo comprender tus motivos para querer ver a

tus padres. A veces, si no hemos tenido la oportunidad de despedirnos adecuadamente

de nuestros seres queridos, su ausencia se hace más dura. Sin embargo, no siempre es

prudente querer provocar ese tipo de encuentros. El contacto con los espíritus es un don con doble filo.

Gladys me llevó detrás del mostrador para sentarse allí conmigo.

—La mayoría de los dones que poseemos en mi familia son inofensivas para nosotros

mismos, siempre que conozcamos nuestros límites. En cambio, en tu caso, podría tener

algunos riesgos el sumergirte más en ese mundo —comentó con voz cautelosa—. Verás,

hasta ahora, los espíritus que se han puesto en contacto contigo han sido todos buenos.

El hecho de que establezcas conexiones con estas entidades no encierra, en principio, ningún peligro en sí mismo, aunque sean bidireccionales. No obstante, si vas a entablar

comunicaciones con otros espíritus, corres el riesgo de abrir ciertas puertas que pueden atraer a entes no deseables e incluso peligrosos —me advirtió.

Eso no era exactamente lo que había esperado oír. Recordé aquellos primeros sustos,

cuando alguien tiraba de mi pierna mientras yo estaba en la cama, o cuando daban un

golpe en el sofá al lado de mi cabeza. Recordaba el miedo, el terror a quedarme a solas por la noche. Eso no era lo que yo buscaba. Cuando Gladys percibió mi desolación me apretó la mano para animarme.

—Tus padres se pondrán en contacto contigo cuando lo consideren necesario, no te quepa la menor duda respecto a eso. Y en última instancia, si puedes aprender a controlar tus lazos con tus entes protectores, quizás ellos te puedan aconsejar al respecto o incluso hacer de intermediarios con tus padres — intentó animarme—. Lo que no debes hacer nunca y bajo ningún concepto es participar en esos juegos estúpidos de espiritismo o a la güija. Se trata de temas muy serios y peligrosos, mucho más si no hay nadie que conozca las más básicas normas de protección. ¿Lo entiendes? —

preguntó inquisitiva.

Asentí descorazonada.

—¿Puedo entonces aprender a comunicarme con estos entes protectores como tú los llamas?

—Sin duda. Si quieres, los domingos son días con una energía especial y yo dispongo

de tiempo suficiente para practicar contigo —se ofreció—. Puede que sea incluso conveniente que aprendas a contactar con tus protectores—afirmó para sí.

—Gladys, ¿cuáles son esos dones que has mencionado de tu familia?

—Cada cual tiene una capacidad diferente —reflexionó—. Alan tiene el don de la armonía, Jenny está comenzando a desarrollar una cierta clarividencia, aunque todavía necesitará bastante antes de dominarla por completo; Brenda tiene fuerza mental al igual que Brian, ambos son capaces de enfrentarse a disciplinas que se usen con propósitos malignos, a anularlas temporalmente y a inmovilizar a aquellos que las utilicen. Sus habilidades quizás sean las más complicadas de aprender a controlar.

Brian parece tener un potencial increíble a ese respecto, pero a veces se le va de las manos y después de hacer uso de él, su temperamento parece quedar fuera de control...

—Se detuvo al mirar por encima de mi hombro.

Al girarme, vi a Álvaro parado frente a la puerta de la tienda. Gladys fue a abrirle y le invitó a pasar.

—Buenas tardes. —Álvaro me miró como si esperara que saliera corriendo.

—¿Qué te trae por aquí, Álvaro? —preguntó Gladys amablemente.

—He sentido la presencia de Soraya. Me preguntaba... si podría hablar con ella a solas.

Las miradas de ambos cayeron sobre mí.

—La decisión es de ella —decidió Gladys al fin—. Soraya, ¿quieres ir con él?

—¿No te importa que te deje sola aquí en la tienda?

—No te preocupes. Llámame al móvil si quieres que vaya a recogerte, ¿de acuerdo? —

Me contempló fijamente como si quisiera asegurarse de que había captado la indirecta.

—Prometo que estará segura y que la llevaré de regreso a casa —intervino Álvaro antes de seguirme a la calle.

—¿Cómo te encuentras? —pregunté cuando la puerta de la tienda se cerró tras él.

No me miró, apoyó las dos manos sobre su coche y contempló el suelo. Parecía estar

librando una batalla interna.

—¿Me tienes miedo?

La angustia reflejada en su voz me llegó al alma.

—¡No! ¡Por supuesto que no! —exclamé indignada.

—¿Confías lo suficiente en mí como para montarte en el coche conmigo?

—Claro.

—Sube. Te llevaré al apartamento de los O'Conally —me indicó abriéndome la puerta.

Durante el camino a Cascáis, permaneció concentrado en la carretera. Empecé a sentir

una enorme losa que amenazaba con aplastarme cada vez más. Intuía lo que iba a ocurrir. En el fondo, era lo que había temido. Paró el coche frente al apartamento y siguió sin mirarme cuando empezó a hablar.

—Ya sabes lo que te voy a decir, ¿verdad? —Apretó sus manos sobre el volante—.

Siento mucho lo que pasó el otro día, no quería hacerte daño y muchísimo menos

asustarte de la manera en la que lo hice. —Inspiró pesadamente mientras movía la cabeza—. Me gustaría poder prometerte que no se repetirá, pero sería mentira. No puedo escapar de lo que soy, ni tampoco de mi destino. De modo que lo mejor es cortar por lo sano, ahora que aún podemos hacerlo.

—¿Tiene algún valor lo que yo pueda pensar al respecto?—consulté en un susurro.

—No creo que puedas decir nada que me pueda hacer cambiar de opinión —comentó

con aspereza.

—De acuerdo, pero incluso así tienes derecho a conocer «mi» versión de la historia.

—Tomé aire tratando de insuflarme valor—. No me asusta que seas un vampiro. No me

hiciste daño, únicamente tomaste lo que ofrecí libremente y lo que volvería a ofrecerte sin dudarlo. Lo que me atemorizó fue que te apartaras de mí, el vacío

que sentí en ese instante. —La tortura que reflejaban sus ojos me dio la esperanza de que, después de

todo, mis palabras sí que podían llegar a tener alguna importancia para él—. No tengo nada que perder y todo que ganar estando contigo. Estoy sola. La única familia que tengo es una abuela que me tiene terror por los entes que me rodean. Los O’Conally me han acogido como a una más de la familia, pero no lo son. En cuanto acabe el verano

tendré que buscarme la vida en otro sitio. Lo que tú me estas pidiendo es que deje ir al único ser que no teme quererme tal y como soy, el que me hace sentirme protegida y segura, el que me da estabilidad en las tierras movedizas sobre las que me muevo ahora mismo. Me has hecho sentir como nadie lo ha hecho jamás y ahora me pides que

te deje ir sin luchar.

—Soraya, ¿no lo entiendes! —gimió con el rostro crispado en una mueca angustiada—.

No se trata simplemente de mi falta de control cuando estoy contigo. Las cosas se han complicado... —Se pasó las manos por los ojos en un gesto cansado—. Hay asuntos

familiares, asuntos relacionados con mi origen... —farfulló de forma inconexa.

—¿Tu familia cree que no soy lo suficientemente buena para ti?

—No, por supuesto que no. ¡Están fascinados contigo!

—¡Eres tú quién no me considera lo suficientemente buena!

—¿Cómo se te puede siquiera pasar semejante idiotez por la cabeza? —masculló herido.

—¿Entonces qué? —chillé histérica.

—Van a condenarme a muerte —estalló de repente.

—¿Van a transformarte en un vampiro completo?

—Esa sería la condena más leve. No, me refería a... «morir de verdad» —
repuso con

voz hueca.

Mi corazón se detuvo.

—¿Por qué no huyes?

—Los vampiros son cazadores por naturaleza, no hay forma de huir de ellos.
No para

siempre al menos.

—Pero...

—Esa fue la razón por la que Noa te relacionó con Fernán.

—Yo no quiero a Fernán. No... —No me dejó terminar lo que iba a decir.

Cogió mi cara entre sus manos y me sonrió con ternura antes de besarme. A pesar de la delicadeza, existía una nota de desesperación en aquellos besos, sabían a despedida.

Sentí cómo me faltaba el aire, cómo la sangre se retiraba de mis venas y cómo mi corazón estaba a punto de estallar de dolor. Necesitaba salir de allí, alejarme de él antes de que me viera derrumbarme de verdad. Abrí la puerta del coche y salí corriendo a trompicones hasta la playa. Me dejé caer en la arena, cobijada por un arbusto ante la vista de cualquier viandante que pudiera pasar. Como si hubiera recibido una señal, rompí a llorar.

La intensidad de mis sentimientos me abrumaba. Sentía dos cosas, ambas prácticamente

igual de fuertes y, a pesar de estar entrelazadas, ambas se oponían radicalmente.

La primera era la felicidad de reconocer que amaba por fin. ¡Había encontrado a mi gran amor! Un amor que me inundaba por completo, intenso, fuerte, puro, más grande

de lo que jamás hubiera podido siquiera imaginar. La inmensidad de lo que sentía hacía que mi corazón, por sí solo, no bastara para albergarlo, ni siquiera mi cuerpo entero bastaba. Me superaba, sentía que me trascendía al alma y que esta se expandía de forma infinita por el universo para acogerlo.

Lo segundo era un sufrimiento que me desgarraba por dentro. En el mismo instante en

que había encontrado el amor, también lo había perdido de forma irremediable. Había

sucumbido a un amor imposible. Me había enamorado de un ser al que no podía amar.

El dolor atravesaba mis entrañas hasta traspasarme la conciencia. No iba a poder vivirlo, ni disfrutar de él, ni siquiera iba a poder conocerlo mejor. No quería

plantearme la opción de su muerte ni que sus palabras pudieran ser ciertas.

Lo peor de todo fue comprender que aquel era el hombre de mi vida, mi alma gemela y

que jamás volvería a sentir nada igual por nadie. Era imposible. Este amor ya ocupaba todo mi ser, no existía espacio para más.

Saber que él me correspondía lo empeoraba todo. Lo había visto en sus ojos, en su brillo, en su martirio... Mi cuerpo, plegado sobre sí mismo, se abrió hacia atrás para

lanzar un grito de intenso y desgarrador silencio hacia el cielo, directamente de mi corazón al universo.

No sé cuándo me di cuenta de que Álvaro se encontraba allí conmigo. No lo vi. Lo intuí. Simplemente supe que él estaba allí. Yo todavía seguía de rodillas en

la arena, replegada sobre mi cuerpo, con los brazos cruzados sobre el abdomen, como si con eso

podiera aliviar el padecimiento.

Poco a poco enderecé el tronco e intenté relajar la postura. Me resultaba difícil que me estuviera viendo así: hecha una piltrafa y con las emociones tatuadas en la piel. Lo descubrí contemplándome inerte desde la sombra del centenario pino. Estaba más pálido que de costumbre, su rostro parecía una máscara y tenía los ojos enrojecidos por la angustia. Levantó las manos, con las palmas arriba, en un ademán de impotencia y desolación.

—Lo siento —susurró con una voz apenas audible, dejando caer los brazos y dirigiendo la vista al suelo.

Daba una impresión tan... afligida. Me entraron ganas de correr hasta él y consolarlo,

pero mis piernas parecían haber echado raíces en el suelo. Era incapaz de moverme.

Me encogí sobresaltada cuando él se desplomó sobre las rodillas con los hombros caídos. Únicamente en mi mente fui capaz de levantar los brazos hacia él.

Álvaro alzó la vista al mar.

—Debería haberme mantenido alejado de ti —explicó con la voz baja y rota—. Lo reconocí la primera noche cuando te conocí —murmuró disculpándose—. Pero tu esencia, tus ojos, tu olor... tu aura... —Su voz se quebró mientras apretaba los ojos y

los puños como si quisiera resistirse a algo—. Era como si emanaras una energía, una

fuerza vital a la que no era capaz de resistirme. Me hechizaste, es como si el centro del universo estuviera ubicado en ti y su gravedad no me permitiera alejarme. —Sus palabras y la tortura en su voz me dieron el empuje necesario para levantarme y dirigirme hacia él—. Tendría que haber sido más fuerte, no

haber cedido a la tentación, pero no fui capaz. No pretendía hacerte daño, jamás me había planteado que algo así

podiera llegar a ocurrir... —siguió hablando como si no se percatara de que me arrodillaba junto a él—. Si hubiera sabido el dolor que te causarías. Yo... te juro que...

Me miró a los ojos con todo el impacto del dolor y tormento reflejados en ellos. Podía sentir su suplicio y deseaba aliviarlo, quería hacerlo desaparecer. Alcé mi mano para acariciarle suavemente la mejilla. Necesitaba borrar el martirio reflejado en sus bellas facciones.

Nos quedamos sumidos en el silencio, contemplándonos como si el mundo estuviera a

punto de acabarse. Lo vi. Lo sentí derrumbarse antes de que dejara caer su cabeza sobre mi hombro y se aferrara a mí con desesperación. Yo hice lo único que podía hacer: abrazarlo. Abrazarlo y amarlo con todo mi ser.



CAPÍTULO 13

No sé cuánto tiempo nos llevamos así fundidos. La angustia y la congoja me envolvían

tanto que parecía estar inhalándolos con cada inspiración.

—¡No quiero que me dejes! ¡Te necesito! —susurré afligida.

Él levantó pesadamente la cabeza y apoyó su frente en la mía.

—Mientras más tiempo pases conmigo, más doloroso resultará después — intentó

hacerme entrar en razón.

—Mientras menos tiempo pase contigo, más doloroso será recordar lo que no he vivido —repliqué.

—Soy un vampiro. ¿No eres consciente el peligro que corres permaneciendo conmigo?

—Probó a cambiar de táctica.

—Soy una loca que habla con los muertos. ¿No temes que te contagie mi locura?, ¿que

un día me dé por atacarte? —repuse cabezota limpiándome las lágrimas.

—¿Siempre eres tan obtusa? —Las comisuras de sus labios se curvaron levemente.

—Únicamente cuando sé lo que quiero de verdad —confirmé sin pudor.

—Tendrás que ser fuerte —me advirtió—, y tendrás que ir preparándote para lo que pueda ocurrir.

—¿Ya es seguro?

—Es algo que llevan tiempo deliberando. Después de lo que pasó el otro día, es muy

probable que ocurra.

«¿Quién? ¿Por qué?».

—¿Cuánto tiempo nos queda? —indagué haciendo un inmenso esfuerzo por mantener la

compostura.

—Máximo hasta el 31 de diciembre.

—¿Qué ocurre el 31 de diciembre?

—Será el último eclipse del año.

Nos llevamos un largo rato en silencio, contemplando cómo el sol se hundía gradualmente en el agua. No terminaba de asimilar lo que Álvaro me acababa de contar. El estar allí en sus brazos me tranquilizaba y convertía todo lo demás en irreal.

Comprendía que tendría que enfrentarme a ello tarde o temprano, pero no ahora, no allí. Me acurruqué más junto a él, disfrutando de su delicioso aroma.

—¿Ahora ya puedes contarme cosas sobre los vampiros? —intenté romper el silencio

y distraerlo.

—¿Qué quieres saber? —Sonrió condescendiente dándome un beso en la sien.

—Pues cosas, como... ¿la luz del día no os afecta para nada? —pregunté sin ser capaz

de preguntarle lo que realmente quería saber.

—No exactamente. —Rio Álvaro por lo bajo—. Verás, no es igual para todos los vampiros. A mí, para empezar, no me afecta porque soy medio humano. Y al resto les

afecta dependiendo de la generación a la que pertenezcan.

—¿Mientras más viejos os hacéis, más os afecta? —deduje.

—No. No es por el hecho de envejecer, sino por «cuándo» y, sobre todo, por «quién»

fueron creados. —Miró al mar antes de seguir—. Los vampiros, al igual que el resto de las especies vivas, han ido evolucionando. A lo largo de nuestra

historia se han ido sucediendo una serie de mutaciones genéticas que han tenido como consecuencia que ya no seamos demasiado sensibles al sol. —Me contempló esperando mi siguiente pregunta.

—A ver si lo entiendo, ¿ahora mismo hay vampiros que exclusivamente pueden salir de

noche y otros que pueden salir a la luz del día? —quise aclarar mis ideas.

Asintió con la cabeza.

—¿Desde cuándo ya no sois sensibles?

—Desde hace unos cuatrocientos años pueden salir a la luz si no se exponen directamente al sol. Doscientos años después, podían exponerse al sol directo durante un tiempo limitado, aunque demasiado les resulta molesto, sobre todo en los ojos.

Nuestra última generación puede disfrutar del sol. —Me sonrió con aquella encantadora curva en los labios—. Aunque seguimos resultando demasiado chocantes

si quisiéramos tomarlo en la playa —añadió poniendo su antebrazo al lado del mío para mostrarme a qué se refería.

Su piel no era tan blanca como la de Karima o Lea, pero al lado de mi antebrazo moreno, el suyo apenas tenía un ligero dorado.

—¿Existen más diferencias evolutivas?, ¿o solo ha sido la sensibilidad lumínica lo que ha cambiado? —investigué intentando que no se notara el efecto que tuvo el roce de nuestra piel en mí.

—Existen más diferencias. —Dirigió la vista al cielo reflexionando—. Hemos ido adquiriendo más fuerza, controlamos mejor nuestros instintos animales, nuestros ojos ahora mantienen su color natural, hemos ido adquiriendo diferentes habilidades extrasensoriales...

—¡Más lento! ¿Qué habilidades extrasensoriales? ¿Cuántas tenéis?

—Sí, bueno, al comienzo solo teníamos unos sentidos muy desarrollados. Los más importantes ahora mismo son: leer la mente, establecer comunicaciones telepáticas, ejercer poder mental sobre los humanos y en algunos casos sobre los propios vampiros

y algunos, como Noa, además pueden visualizar el futuro. —Se quedó estudiándome con cautela, como si esperara mi reacción a lo que me acababa de relatar.

Me tomé mi tiempo para asimilarlo. Aunque Aileen ya me había contado algunas de sus

cualidades resultaba imponente enfrentarse al hecho de que esas habilidades fueran tan corrientes.

—¿Me puedes leer la mente? —quise cerciorarme incómoda de que existiera esa posibilidad.

—No podría aunque quisiera —dijo tocando con delicadeza el colgante de plata de Moira—. Tu amuleto te protege de mis habilidades. En muy raras ocasiones puedo percibir tus sentimientos. Cuando son muy fuertes y se escapan a tu dominio, puedo

oler tus sentimientos más elementales: miedo, alegría, tristeza, ira..., pero se trata de percepciones muy básicas. Los sentimientos humanos, generalmente, suelen ser más complejos y más interrelacionados. Para poder percibirlos con claridad necesito el contacto físico contigo, aunque admito que desde que te... mordí, creo que me resulta

más fácil.

Solté el aire que había retenido. No me hizo demasiada gracia que pudiera conocer todos mis pensamientos, mientras yo apenas podía leer en su semblante.

—Nuestros poderes mentales con los humanos usualmente funcionan únicamente en la

cercanía y estableciendo contacto visual con ellos —respondió adelantándose a

mi siguiente cuestión.

—¿Cómo se producen estos cambios genéticos? ¿Siempre se producen de siglo en siglo?

—Para ser exactos, cada ciento cuatro años. —Hizo una mueca cuando vio mis ojos como platos—. Verás, los cambios no se producen así como así. Desde hace dos milenios se tratan de cambios provocados.

Aguardé callada para que continuara. Había despertado mi curiosidad.

—Aunque existen otras formas, los vástagos, por lo general, se crean a partir de la ponzoña de otro vampiro. Esta ponzoña tiene un efecto de copia genética primigenia: únicamente transmite los cambios genéticos del «primer vampiro». El vástago creado

puede heredar determinadas cualidades de su condición humana; sin embargo, estas no

son transmisibles a través de la ponzoña. Nuestros antecesores se dieron cuenta de que con el tiempo nuestra especie se iba debilitando genéticamente y vieron la necesidad de introducir «sangre nueva» como lo llamáis los humanos. — Advirtió mi expresión desconcertada y continuó—. Ocurre como con las razas de perros o a vuestras familias

reales: mientras más puras eran las líneas de sangre, más débiles y sensibles resultaban a enfermedades u otros agentes agresivos externos.

—Creía que vosotros no sufríais enfermedades —objeté.

—Y tienes razón. En nuestro caso aumentaba la agresividad, algunos vampiros se volvían locos y se descontrolaban, la fuerza física disminuía en cada nuevo vástago...

—Encogió los hombros.

—¿Y cómo hacéis eso de «introducir sangre nueva» —investigué.

—Dado que los vampiros no podemos tener descendencia entre nosotros, la

única

opción que existía era la de mezclarnos con la especie humana. —Evaluó mi expresión antes de seguir—: Cada ciento cuatro años, un descendiente de Athos se «aparea» con

una humana para tener descendencia.

«¿Se aparea? ¡Ufff! Pues sí que suena a cría canina». No me extrañaba el hecho de que un vampiro tuviera descendencia con una mujer, puesto que Álvaro era semihumano, pero había pensado que se trataba de un fenómeno mucho más habitual de lo que parecía ser.

—¿Por qué cada ciento cuatro años?

—Para empezar, porque nuestra forma de medir el tiempo es similar a la de otras culturas antiguas. Por motivos obvios, la luna siempre tuvo mayor influencia en nosotros que el sol; cada ciento cuatro años se cumple un ciclo en el que el sol, la luna y Venus ocupan la misma posición. El segundo motivo es porque es la edad a la que las sacerdotisas consideran que un semivampiro ha adquirido la madurez sexual idónea para procrear y transmitir los genes con mayor calidad a su descendencia.

—¿Tiene esto alguna relación con el 31 de diciembre?

—Es la fecha del ritual, por motivos de magnetismos y energías lunares. Se supone que favorecen la fertilidad y la adquisición de nuevas disciplinas y demás historias.

—¿Si es una fecha para la procreación, por qué es tu fecha límite?

—Es complicado de explicar. —Se concentró en el horizonte—. Las mujeres humanas

son muy débiles en comparación con los fetos vampíricos, lo que reduce enormemente

las posibilidades de que los embarazos lleguen a buen término. Por ello, solo los semivampiros son elegidos para procrear, ya que existe una mayor

compatibilidad genética. —Se detuvo para examinar mi expresión—. Desde que se establecieron las bases de esta mejora genética únicamente habían nacido de una en una las criaturas como yo, mezcla de nuestras razas. Hasta esta última generación. —Me miró de forma

significativa.

—¡Sois dos! ¡Fernán y tú! —exclamé comprendiendo.

—Es algo que no debería haber ocurrido, pero mi padre se enamoró de mi madre antes

del ritual. Le obligaron a mantener la tradición en contra de su voluntad. Es algo a lo que no pudo escapar. Hacerlo hubiera significado su condena, y lo que era peor, la muerte de mi madre y la de todos los que estaban vinculados a él. Me refiero a los vástagos que él había creado —aclaró al ver mi confusión—. En mi familia existe una

estirpe de sangre, semejante a las vuestras humanas, con padres, abuelos... pero cada

generación crea otros vampiros que mantienen un vínculo con él. En el caso de mi padre y el mío los consideramos parte de nuestra familia, otros los crean como un séquito o un ejército.

—¿Tú también has creado a vampiros?

—A Lea y a Karima ya las conoces, a Fudail el marido de Janaan. ¿Recuerdas la pareja que me acompañaba el otro día? —explicó cuando reconoció mi confusión—. Y

a Ben, que ahora mismo permanece en Brasil.

—¿Qué ocurrió entonces con tu madre?

—Mi padre fue a despedirse de ella sabiendo que jamás volvería a verla; supongo que

la emoción le hizo perder el control y ceder a la tentación. Hicieron el amor

durante las últimas horas que compartieron. Ella quedó embarazada, pero para cuando él se enteró

ya fue demasiado tarde. —Álvaro cogió un puñado de arena y lo dejó deslizar entre sus dedos—. Su cuerpo no estaba preparado y no tenía la fuerza suficiente para resistir.

—¿Y qué problema supone el que seáis dos?

—Se les había prohibido al resto de los vampiros aparearse con humanas, como medida de control. Únicamente los descendientes de Athos, mientras sean medio humanos, pueden tener descendencia. Se estableció esa norma con la intención de mantener una línea de sangre pura y favorecer la evolución de nuestra especie. Incluso las humanas son rigurosamente seleccionadas; deben reunir determinados requisitos para ser elegidas. Mientras yo exista como semihumano, cabe la posibilidad de que se

Cree una doble línea de sangre, lo que podría crear futuros problemas de rivalidad entre nosotros.

—¿Y por qué no pueden convertirte simplemente en vampiro?

—Hasta ahora habíamos esperado que esa fuera la opción más probable. De no haber

sido por algunos miembros del Consejo ya me habrían transformado hace tiempo. Pero

hubo quién se opuso. Por la reacción que Noa tuvo el otro día, dando por hecho que Fernán era quién estaba contigo, no parece que vaya a haber un futuro para mí.

—¿Qué tiene que ver todo esto con esa estúpida confusión? ¿Has hablado de ello con

Noa?

—Lo he intentado, pero no ha vuelto a salir de su estudio y a nadie le está permitido entrar allí. —Me abrazó con fuerza—. Ella tiene la capacidad de

bloquear mis percepciones, pero desconoce que puedo sentirla incluso en la distancia, cuando ella

baja la guardia y yo me concentro lo suficiente. Ayer la controlé cuando estaba en su habitación; esperaba averiguar qué fue lo que había descubierto en ti. Pero la angustia y la inquietud que ella sentía estaban relacionadas con el miedo a la pérdida de un ser querido. Hay algo inevitable y grave en el futuro cercano que a ella la ha cogido desprevenida y está decidida a que los demás no lo descubramos. Estaba muy inquieta

y confusa. Nunca la he sentido así. Tenía la necesidad de hablar y consultar con alguien, me imagino que será con el Consejo.

—¿Qué te hace creer que eres tú quién va a morir? —seguí insistiendo intentando encontrar algún hueco en su teoría que me permitiera conservar la esperanza.

—Teniendo en cuenta que somos casi inmortales y que difícilmente podemos morir por

un simple accidente, es lo más lógico y lo más previsible. Sin contar, que si fuese algo que se pudiera evitar, ella lo haría. A pesar de lo fría que parece, sé que me quiere y el daño que le causaría mi muerte. También encontré algo más en sus sentimientos, algo

terrible que afecta al resto de la familia. Y eso es lo que más temo, que no se trate simplemente de eliminarme a mí, sino a cualquier rastro genético relacionado conmigo.

Eso afectaría a todos mis vástagos.

—¿No te asusta morir?

—Hasta hace poco estaba preparado para ello y no me importaba. —Me apartó un mechón de pelo de la mejilla y me lo colocó detrás de la oreja—. Pero desde que te he conocido necesito más tiempo. Quiero estar contigo, me angustia la idea de alejarme de ti, de perderte tan pronto. Me inquieta dejarte sola y desprotegida. Me preocupa realmente no conocer en qué está relacionado tu futuro con el de... mi familia —titubeó antes de decir las

últimas palabras y yo sabía por qué; yo me estaba planteando lo mismo—.
¿Qué fue lo que te enseñó? —preguntó lleno de ansiedad.

—Había muchos cuadros allí. Tenía una imagen con mi amuleto y otro con mi rostro,

también había otros dos que no quiso enseñarme —le conté evitando hablar y pensar sobre el tercer lienzo.

Las notas de piano de mi móvil me ayudaron a evitar su siguiente pregunta.
Era Aileen.

Gladys le había dicho que me había marchado con Álvaro y como seguía sin regresar

estaban preocupados por mí. Para cuando le colgué, Álvaro se había incorporado y me

tendía la mano para ayudarme.

—Será mejor que nos vayamos. —Me besó en la nuca aprovechando que yo intentaba

quitarme la arena de las piernas—. Luego nos vemos en la caleta —me prometió.

—¡Más te vale! —le amenacé en broma ignorando el peso en mi pecho y estampándole

un beso en los labios.

Vaciló un momento examinándome indeciso.

—¿Estás segura de que podrás con todo esto? —cuestionó inseguro.

—Estoy convencida de que si estoy en el futuro de tu familia, es porque tú también estás en él. No hay ninguna otra razón posible —dije con firmeza negándome a considerar cualquier otra posibilidad, aunque él siguiera escéptico al respecto.



CAPÍTULO 14

Me froté enérgicamente con la toalla para entrar en calor mientras me acercaba a la única hoguera que había en la caleta. La noche estaba deliciosa, pero no lo suficientemente caliente como para no sentir frío estando mojada. Miré mis ropas amontonadas sobre una roca y me mordí los labios. Tendría que quitarme el bikini para volver a vestirme. Eché una ojeada al mar bañado por la luz de la luna, desde donde se oía la algarabía de mis amigos, y luego a la oscuridad de las rocas. No, no me apetecía meterme en esa oscuridad mientras los demás seguían en el agua. Había visto

demasiadas películas de terror en mi vida y con el descubrimiento de que existían los vampiros la lógica ya no funcionaba para convencerme de que no me pasaría nada.

¿Quién sabía qué más podía encontrar entre las sombras?

Me senté sobre una esterilla cerca de las brasas, que aún soltaban alguna que otra chispa, y me envolví en la toalla. Me quedé hipnotizada por la agradable calidez y el juego de luces. El mar, las llamas, las estrellas, la brisa..., una sensación reconfortante y serena inundaba todo el ambiente.

Vi la guitarra que Claudio tenía apoyada en su mochila y alargué la mano para acariciar con reverencia la suave madera del instrumento. Era muy similar a la que yo tenía en

Sevilla y que, ahora mismo, debía de estar en lo alto del armario de mi cuarto. Con un suspiro me rendí y la cogí. A mi padre le encantaba Paco de Lucía. Comencé con algunas notas sueltas, para poco a poco animarme. Las notas de

Capricho Árabe comenzaron a fluir por sí mismas y pude sentir cómo impregnaban la noche con sus dulces sonidos y cómo, yo misma, me abría a ella.

Un movimiento en las sombras me sobresaltó. Fijé la mirada en la negrura y agucé mis

oídos. Suspiré aliviada al no ver ni oír nada más. Debía de haber sido alguna gaviota o algún roedor. Álvaro me había avisado que llegarían más tarde, de modo que no podían

ser ellos. Retorné a la guitarra y a aquellas canciones que habían formado parte de mi

vida.

—¡Eh! ¿Por qué te has escapado? —me acusó alegre Joao al venir de la orilla sacudiéndose como un perro para salpicarme con las diminutas gotas saladas.

Joao se había pasado toda la noche intentando ligar conmigo, tenía que haber previsto que acabaría siguiéndome cuando salí del agua.

—Me estaba congelando —contesté seca.

Me molestaba que me acosara así a sabiendas de que yo salía con Álvaro. Hoy no había dejado de mirarme y seguirme a todos lados. Resultaba verdaderamente pesado

y, por una vez, echaba de menos a Eva, en quien había estado centrada su atención estos últimos días y con la que había estado tonteando. No sabía a qué venía ahora tanto interés por mí.

—Pues se me ocurre un modo estupendo de que entres en calor —me susurró al oído

desde atrás.

—¡Me estás empapando! —espeté enfadada cuando sus brazos me rodearon.

La toalla se deslizó por mis hombros al apartarme de él. Traté de taparme pero Joao

fue más rápido que yo.

—¡Joao! —Exasperada le di un manotazo para quitarme sus dedos de encima.

¿Cómo se atrevía a manosearme?! Solté la guitarra para envolverme de nuevo en la toalla, pero dos manos aprisionaron con fuerza mis muñecas. La lengua de Joao comenzó a recorrerme el hombro descubierto, provocándome un estremecimiento de asco. Los dientes me rechinaron con furia.

—¡Estate quieto de una vez! —chillé enojada propulsando con fiereza el brazo para atrás en un fallido intento de propinarle un codazo.

Un escalofrío de pánico recorrió mi columna cuando sonó la risa ronca y retorcida de

Joao junto a mi oído y noté cómo las garras que asían mis muñecas incrementaban su

presión. Desconocía aquel aspecto tan desagradable de él, siempre me dio la impresión de ser un chaval muy majo.

Busqué con la mirada a los demás. Seguían bañándose en el mar. Calculé la distancia.

¿Me oirían gritar? Antes de que pudiera reaccionar, Joao me arrojó sobre la arena con los brazos sujetos sobre mi cabeza y su cuerpo aplastó el mío contra el suelo. Apenas

se escapó un débil grito de mis labios, cuando ya me había tapado la boca con la suya.

Zarandeeé, me moví, intenté darle patadas... pero cuanto más forcejeaba, más parecía encenderse su ánimo.

Gemí de dolor ante la violencia con la que intentó forzar la resistencia de mis labios.

La crueldad y determinación en sus ojos me preparó para lo peor y cuando una de sus

manos comenzó a tirar de la parte inferior del bikini, intentando bajármela, el terror me inundó por completo. «¡Esto no puede estar pasando! ¡No a mí!». La impotencia me hizo sollozar.

Hubo una fuerte sacudida y de golpe el asalto cesó. El peso que me aplastaba desapareció sustituido por el frío. Joao salió despedido hacia la oscuridad con semblante horrorizado. Pestañeeé aliviada, confusa, al ver a Álvaro de pie frente a mí.

Con el rostro desencajado por la ira, la cabeza inclinada hacia delante, los ojos de Álvaro brillaban llenos de frenesí y habían adquirido el tono más negro y amenazador

que había visto jamás. Tenía todo el cuerpo en tensión, orientado en la dirección en la que había lanzado el cuerpo de Joao, como si quisiera abalanzarse sobre él y rematar

la faena. El pavor y la impresión, se transformaron en un tenue quejido que surgió de mis magullados labios. Álvaro dejó de acechar las sombras tan pronto como oyó mi lamento. Recorrió los dos pasos que nos separaban y se agachó a mi lado, ignorando

los gemidos de dolor de Joao y las agitadas voces que provenían desde el mar.

—¿Te ha hecho daño? —indagó Álvaro con voz baja y áspera arrodillándose a mi lado. Me recorrió con la vista para evaluar los daños y me limpió las lágrimas con los pulgares—. ¿Te encuentras bi...? —Su susurro se quebró a mitad de la frase, cuando

sus pupilas se detuvieron en mis labios.

Un estremecimiento le recorrió el cuerpo acompañado por un jadeo ronco. Acercó su

cara a la mía, despacio, sin despegar sus ojos de mis labios. Permanecí inmóvil esperando el contacto de su boca sobre la mía... deseando que borrara

de mi memoria

todo lo que acababa de pasar.

Retrocedió inesperadamente y desapareció.

—¿Soraya?, ¿estás bien? —Aileen se tiró de rodillas a mi lado y me tapó con la toalla.

Discernía las voces ansiosas a mi alrededor y otras llenas de enfado desde la posición en la que debía de haber caído Joao.

—¿Qué ha pasado? —investigó Aileen dirigiendo su mirada a la penumbra después de

haber comprobado que me encontraba bien.

—Joao se ha pasado de listo —mascullé sentándome aturdida.

—¿Joao? —Se aseguró Brian estupefacto detrás de ella—. Eso no es propio de él, lo

conozco desde hace años y no es de «esos».

La postura rígida de Álvaro, que permanecía de pie a un par de metros de mí concentrando fijamente su mirada en Eva, encendió una campana de alarma. Percibí como la rubia platino me observaba con una mezcla de furia y odio; mientras, Layla permanecía hipnotizada por mis labios con un ansioso destello en sus pupilas. Por unos segundos pensé que iba a atacarme. Álvaro emitió un suave rugido y Karima se puso

delante de mí antes de encaminarse hacia ella.

—Layla, ven a ver cómo se encuentra Joao —ordenó con tal firmeza que no admitía una negativa.

Cuando Lea le alargó un pañuelo de seda a Aileen, esta se quedó mirándolo confusa.

—¡Está sangrando! —señaló Álvaro haciendo un gesto en mi dirección, con voz apagada y ojos entrecerrados.

Aileen soltó otro chillido de espanto. Tanto ella como Brian saltaron a mi lado en cuestión de nada. El mellizo no perdía de vista ni a Lea ni a Álvaro, en tanto que su hermana me limpiaba la herida con una falta de delicadeza total.

—¡Ay! ¡Aileen! ¡Te estás pasando! —Le arrebaté consternada el pañuelo fulminándola

con la mirada.

—Sigue apretando hasta que dejes de sangrar —me indicó Álvaro con tono grave, sin

apartar su atención de Eva.

—Joao se ha roto un brazo pero por lo demás parece estar bien. Sus amigos lo van a

llevar al hospital —informó Fernán al llegar hasta nosotros.

Tanto él como sus compañeros me comían con la vista, ¿o debería decir, más bien, el

pañuelo que cada vez apretaba con más ahínco contra mi boca?

—Lo curioso es que está totalmente confuso y no tiene ni idea de qué es lo que ha pasado —explicó Fernán con tono sarcástico girándose pausadamente en dirección a Eva.

Hasta ahora no había reparado en que también Fudail se encontraba allí y que él, Damián, Karima y Lea se habían posicionado alrededor de la rubia, al tiempo que

Álvaro adoptaba una postura defensiva, interponiéndose entre ella y yo. Eva, que parecía absorta en sus sentimientos de odio, de repente abrió los ojos aterrada al verse rodeada por sus compañeros. Le dirigió una mirada angustiada a Layla, que permanecía

apartada al otro lado de la caleta, con la cara oculta por las sombras.

—¿Se te ocurre algún motivo por el que Joao pudiera atacar a Soraya, Eva? — la interrogó Fernán con engañosa calma.

La chica registró nerviosa el cerco que se estrechaba alrededor de ella. Me recordó a un animal acorralado pero, cuando de pronto volvió a dirigir su vista hacia mí, pude sentir la cólera y el resentimiento que la dominaban. Sus labios se retrajeron en una macabra sonrisa.

—¡Tú...! —me acusó abalanzándose hacia mí.

Apenas tuvo tiempo de despegar los pies del suelo, cuando Fudail la abatió desde atrás. Oí, más que vi, cómo le incrustaba sus colmillos en el cuello, reproduciendo un sonido áspero, como el desgarrar del cuero animal. Eva se desplomó cayendo al suelo

entre convulsiones.

—¡Llévala de aquí! —ordenó Álvaro con desprecio.

Karima y Lea la cogieron por los codos y tiraron de la rubia arrastrándola hasta los coches. Damián y Fudail las flanqueaban, mientras que Layla les siguió a la zaga. A la vista de cualquiera, aparentaba ser una chica borracha a la que sus amigas llevaban a casa. Fernán titubeó, escudriñando a Álvaro de forma recelosa, después, con un sencillo ademán se despidió y siguió al resto.

Aileen y yo apenas nos habíamos movido del sitio, demasiado impresionadas por lo que acababa de ocurrir. Brian, sin embargo, se recuperó en cuanto los demás se fueron.

—¿Qué ha sido todo eso? —preguntó con dureza.

Álvaro se movió con extrema lentitud hasta quedar en cuclillas frente a mí.

—Eva ha dominado a Joao y le ha inducido a atacar a Soraya —explicó con calma evaluando mi reacción—. No le ha pasado nada. Es la ponzoña, se le pasará dentro de

un par de horas —intentó tranquilizarme cuando le miré horrorizada.

—¿Qué haréis con ella?, ¿podéis evitar que se repita este incidente? —
demandó decidido Brian.

—La decisión final la debe tomar Fernán, ella es su vástago —aclaró Álvaro
reticente

—. De todos modos, le voy a sugerir que la mande de regreso a Brasil, allí no
podrá

causar más perjuicios —declaró—. Soraya, ¿te encuentras bien? —indagó
preocupado,

todavía sin atreverse a tocarme.

La alegría de verme librada de Eva y constatar que todo había pasado, provocó
que me

arrojara a sus brazos —que era dónde quería estar en ese momento—. A él le
cogió tan

desprevenido que casi se cayó para atrás al atraparme con una risa aliviada.

—Bien, creo que voy a irme a casa —murmuró Aileen—. Por hoy se me han
quitado

las ganas de marcha. —Se puso a reunir sus cosas—. Soraya, dame un toque al
móvil

cuando llegues, así no tendrás que llamar al timbre. No creo que vaya a dormir
pronto hoy —se despidió antes de marcharse con su hermano.

—¿Nos vamos a los acantilados? —consultó Álvaro sorprendiéndome, antes
de

recoger toda mi ropa y acompañarme hasta su coche.



CAPÍTULO 15

Conseguí retener mi curiosidad hasta que llegamos a la arboleda que llevaba a los acantilados.

—¿Por qué ha incitado Eva a Joao a hacerme daño?

—El amuleto no la dejaba acercarse a ti, ni hacerte daño, por lo que necesitaba a un

humano de tu confianza que pudiera acercarse lo suficiente. Aunque me preocupa que tu amuleto no reaccionara defendiéndote cuando la cosa se puso fea.

Álvaro me cogió la mano con más fuerza.

—¿Cómo pudo hacerlo? Me refiero a lo de dominar a Joao, pensé que precisabais contacto visual con vuestras víctimas —pregunté mientras trataba de mantener el paso

de sus firmes zancadas y ver lo que podía con la luz de mi móvil.

—No es imprescindible si con anterioridad ha establecido un vínculo con él. Debió seducirlo y morderlo durante estos últimos días —concluyó con el ceño fruncido.

—¿Por qué intentó violarme cuando podía haberme propinado una paliza, ahogado o algo así? —Me callé en cuanto noté cómo se le crispaba el rostro y apretaba su mano

libre en un puño.

—Sospecho que está relacionado con lo que ocurrió el otro día —conjeturó sombrío

—. Noa nos ordenó expresamente, a mi hermano, y a mí, que preserváramos tu virginidad.

—¡Espera un momento! —Me paré para mirarlo boquiabierto—. ¿Mi virginidad? ¿Qué

tiene que ver mi virginidad en todo esto?

Debía de estar soñando. No era posible que unos desconocidos estuvieran discutiendo sobre mi virginidad. Ya no es que fuera increíble, es que era ridículo.

—Probablemente esté relacionado con el futuro y, además, es importante a deducir por

el castigo que le espera a quién ose arrebatártela —añadió con una mueca.

—¿¡Qué?! —No podía estar hablando en serio. ¿Noa le había prohibido que hiciera el

amor conmigo?—. ¿Y quién demonios es Noa para decidir sobre mi virginidad? —El

enfado hizo que incluso Eva pasara a segundo plano—. Es mi cuerpo y mi vida, y ella

no tiene derecho a prohibirte nada y menos a mí.

—Noa es mi *tataratatarabuella* y, además, es una Suma Sacerdotisa de gran influencia en nuestro clan, por lo que, aunque supongo que a ti no pueda obligarte a nada, a mí y a Fernán nos tiene controlados hasta el punto de poder disponer de nuestras vidas.

—¡Me estas vacilando! —conseguí soltar después de controlar el tic nervioso

que me

hacía abrir y cerrar la boca como un besugo.

—¿A qué parte te refieres? ¿A que es mi abuela?, ¿o a que controla nuestras vidas? —

Rio divertido por mi reacción.

—A las dos. ¿De verdad es tu abuela? —Seguía sin creérmelo.

—Recuerda que los vampiros somos inmortales. —Su amplia sonrisa reflejaba abiertamente lo que había comenzado a disfrutar con toda aquella conversación—. Y

existe una rígida jerarquía en nuestro clan. Aunque disponemos de una amplia libertad, tenemos normas y estamos obligados a acatar las órdenes de los ancestros. Si lo piensas, tiene su lógica y su razón de ser, ya que de ello depende en gran medida la supervivencia de nuestra especie.

—¿Siendo solo medio vampiro, también eres inmortal? —indagué repentinamente

inquieta.

—Bueno, más o menos, supongo. —Evaluó mi expresión antes de seguir—. Nuestra evolución se detiene o es muy lenta a partir de cierta edad. Una vez pasada la pubertad envejecemos un año por cada ocho que pasan.

Mis ojos se pusieron como platos.

—¿Cuántos años tienes?

—Ciento tres —confesó con resignación—. El 30 de agosto cumpla los ciento cuatro.

¿Cómo no había caído antes? Habíamos hablado de ello el otro día.

—Entonces, ¿eso quiere decir que tarde o temprano morirás?, ¿o seguirás

envejeciendo

indefinidamente? —intenté disimular mi ofuscación.

—Normalmente, cuando el corazón de un *dhampir* deja de latir, se convierte en vampiro. —Esta vez evitó mirarme.

—¿Qué diferencia hay entre un *dhampir* y un auténtico vampiro? —pregunté cambiando de rumbo.

—La verdad es que no demasiadas —reflexionó—. Básicamente son que nuestro

corazón late casi como el de un humano, que tenemos temperatura corporal aunque sea

baja y que necesitamos respirar. Toleramos mejor la exposición directa al sol y podemos cubrir parcialmente nuestras necesidades alimentarias con comida humana.

—Me miró con cautela antes de seguir—. Esas son principalmente nuestras diferencias

físicas. Esas y que somos algo más vulnerables que ellos —añadió.

—¿Todos aquellos a los que conviertes se quedan junto a ti? —continué con mi interrogatorio.

—Soy responsable de las personas a las que transformo y se supone que ellos me deben respetar y obedecer. No tengo por costumbre darles órdenes y tampoco les exijo

que permanezcan conmigo. Son libres de decidir por ellos mismos.

—Con respecto a Karima... —Me dio vergüenza continuar.

—¿Sí?

—Nada. No importa. —Sentía el calor subiendo por mis mejillas.

—¿Soraya?

Mi renuencia parecía haber despertado su interés.

—¿Hm?

—¿Estás celosa? —Me contempló incrédulo.

—No tiene gracia —refunfuñé—. Te recuerdo que fuiste tú quien me dijo que has tenido «demasiadas» aventuras en tu vida, y te veo muy unido a ella, más que a los demás.

—Es mi tía. —Se mordió el labio, divertido.

—¿Tu tía? —Empecé a sentirme ridícula.

—Ella es la hermana de Janaan. Cuando su marido murió nos pidió que la acogiéramos

con nosotros. Desde entonces ha decidido ejercer sus deberes de tía de forma muy perseverante —finalizó con una mueca.

—¿Janaan es tu madre?

—No exactamente. —Alzó el rostro hacia el cielo—. Mi madre murió durante el parto

—explicó con gesto apagado—. Ella era su hermana mayor y fue quien estuvo hasta el

final con mi madre. Cuando falleció, aceptó «convertirse» para cuidar de mí. Ha sido... «es» mi madre desde entonces —afirmó con voz firme.

—¿Y Lea?

—¡Soraya! —Me llamó la atención con tono severo, pero en sus ojos brillaba la burla

—. La conocí durante la Segunda Guerra Mundial, pertenecía a la resistencia francesa.

Presencí cómo la acribillaban a balazos cuando intentaba ayudar a una familia judía.

Al acercarme estaba muy mal herida y decidí salvarla.

—¿Y qué pasó después?

—Jamás he tenido relaciones ni románticas ni sexuales con ninguna de las humanas a

las que he transformado —suspiró resignado adivinando lo que me preocupaba.

—¡La tuviste con Eva! —lo acusé.

—Eva es una vástago de mi hermano, no mía —repuso molesto—, y los parámetros que usa mi hermano son muy diferentes a los míos. Él elige a sus acompañantes en función de sus capacidades guerrilleras o de diversión.

—¿Tu hermano convirtió a Eva para pasárselo bien y tú también te acuestas con ella?

—¡No me lo podía creer!—. ¿Eso no es un poco pervertido?

—¡No me «estoy» acostando con ella! —me corrigió disgustado—. A mi hermano no le

importa el carácter libertino de ella. Con franqueza, creo que la reconoce como un error que cometió pero que ya no tiene solución. Yo simplemente disfruté de lo que se me ofrecía y te puedo asegurar que ella sabía muy bien lo que perseguía al brindármelo.

—Y según tú, ¿qué es lo que quería de ti? —pregunté sin ocultar el tono sarcástico.

—Mi sangre —gruñó.

—¿Tu sangre? —repetí con un escalofrío

—La sangre de los que somos descendientes directos posee cualidades que potencian

la fuerza y las disciplinas de los vampiros creados, por lo que resulta muy deseable para ellos, sobre todo para los que están tan sedientos de poder como Eva.

—Entonces, ¿te dejabas morder para poder...?

—Jamás me he dejado morder por nadie, ni siquiera para transformarlo. — Puso los ojos en blanco cuando vio mi cara de incredulidad—. Para empezar, sigo siendo medio

humano, por lo que puede entrañar un peligro real para mí. En segundo lugar, dejarme

morder y compartir mi sangre es algo demasiado íntimo para mí. Me vincula a esa persona de un modo especial y, hasta hace poco, no había conocido a nadie con quien

quisiera hacerlo.

—¿Hasta hace poco?

—Sí. He conocido a una chica a la que no me puedo resistir —me confesó con expresión culpable—. Es un poco lunática, le da por hablar con espíritus, salir con

«casi demonios» y cosas por el estilo... —Curvó los labios en una retorcida sonrisa.

—¡Serás...! —Reí aliviada propinándole un manotazo en el brazo mientras él se sujetaba la barriga de la risa—. De modo que, ¿a mí sí me dejarías morderte? —

pregunté con picardía.

—Puedes morderme y extraerme hasta la última gota de sangre —me prometió con ternura.

Puse los brazos en jarras.

—Ya. Eso lo dices porque sabes que no tomo sangre.

—¿Quieres ponerme a prueba? —Puso su musculoso antebrazo al alcance de mis dientes.

—¿Qué ocurriría si tomara tu sangre? —Le propiné un pequeño mordisco para seguirle

el juego.

—Eso dependería de la cantidad que tomaras. Durante algún tiempo te daría un plus de vitalidad y tu cuerpo sería más resistente. A nivel mental se establecería un cierto vínculo entre nosotros.

—¿A ti te ha supuesto algún cambio el haber tomado mi sangre? —indagué llena de curiosidad.

—Comparto mejor tus emociones, las siento con mayor pureza. También percibo tu cercanía. Sé cuándo estás cerca de mí, aunque no pueda verte, ni olerte.

—¿Crees que a mí me ocurriría lo mismo si probara tu sangre?

—Probablemente. Quizás no con la misma intensidad porque no eres vampiro, pero sí,

creo que sí.

—Aileen piensa que el hecho de que hubieras tomado mi sangre te podría hacer vulnerable a mí.

—¡Vaya! Conque que ya quieres dominarme. ¡Está comprobado que todas las mujeres

sois iguales! —bromeó de buena gana.

—¿Es cierto? —insistí ignorando su burla.

—Es algo que ocurre en muy raras ocasiones. El donante tendría que saber cómo hacerlo y poseer una fuerza mental muy fuerte. No es algo que se dé porque sí —aclaró

—. ¿No te conformas con que te haya entregado mi corazón y hasta la última gota de mi sangre? —preguntó divertido.

—¡Hm! Creo que no. ¡Quiero bastante más que eso! —repuse con tono caprichoso tirando de su camiseta para acercarlo a mí.

Álvaro no se resistió y bajó obediente la cabeza para acercar sus labios a los míos.

—¿Eso significa que no quieres mi sangre pero sí mi cuerpo?



CAPÍTULO 16

—¡Han desterrado a Eva a Brasil! —nos informó Aileen animada a la hora del almuerzo. Apenas le dio tiempo de soltar las bolsas de la compra en su afán de contarnos las noticias—. Don Manuel se enfadó muchísimo cuando se enteró de lo que

intentó hacerte y exigió a Fernán que la largara de aquí. Aunque él ya pensaba hacerlo de todos modos —defendió a su chico—. Lo peor fue cuando Noa se enteró de lo que

pasó. Me han contado que su ira fue tan grande que astilló todos los objetos de cristal que había cerca de ella con la sola energía de su furia. Ha castigado a Eva a quedar encerrada en el fuerte en Brasil y ha amenazado de muerte al próximo que ose tocarte

un solo pelo. ¿Qué le has hecho a Noa para que te proteja como si fueras la joya de la corona? En la mansión estaban todos pasmados. —Aileen rio sin ocultar su enorme curiosidad.

—¿Realmente puede Noa obligar a Eva a quedarse encerrada?, ¿no es eso un poco exagerado? —cuestioné incómoda.

—Según Fernán, Eva tuvo suerte. Dijo que podía haberla condenado a muerte —apuntó

Aileen con un leve gesto de hombros.

—Todo esto me parece increíble. ¡Ya no vivimos en la Edad Media! —protesté indignada recordando la sogá que Álvaro llevaba al cuello.

—Ellos han vivido durante siglos. Proviene de épocas y culturas de las que nosotros

apenas conocemos nada. Es lógico que conserven parte de las costumbres con las que

se han educado. Su mundo y el nuestro no tienen nada que ver. Dicen que los vampiros

Europeos y los orientales, sobre todo los que conviven en sociedades, son especialmente tradicionalistas y conservadores. Sus normas son muy rígidas —

intervino Brian, que hasta ahora había permanecido al margen—. Creo que la familia

de los Mendoza proviene de una estirpe oriental que acabó instalándose en España y

Portugal, tras la invasión musulmana a la Península Ibérica.

—Me importan un pepino sus costumbres —mascullé enfadada—. Necesito hablar con

Noa. ¿Puedes llevarme a la mansión?

—Llegas tarde, se marcharon esta madrugada —me informó Aileen extrañada por mi reacción.

—¿Quiénes se han marchado? —investigué intranquila.

—Noa, don Manuel, Eva y algunos de sus guardaespaldas. ¿No deberías estar contenta

de que se hayan marchado? —indagó Aileen con la confusión escrita sobre su rostro.

—¿Tienes idea de por qué se han ido Noa y don Manuel? —la interrogué alarmada

—Noa tenía que hablar urgentemente con el Consejo. Don Manuel la ha acompañado para protegerla. Ella es extremadamente sensible a la luz solar, por lo que tiene que tomar muchas precauciones cuando viaja —aclaró cada vez más desconcertada.

—¿Cómo ha podido organizarlo todo con tanta rapidez? —gemí desesperada.

—Tienen un avión privado y Noa ya tenía previsto regresar a Brasil antes de enterarse de lo que hizo Eva. ¿Qué ocurre? ¿A qué viene tanta ansiedad?

—Si han hecho este viaje tan repentino debe significar que Álvaro tenía razón —musité agónica.

—¿En qué tenía razón? —Aileen comenzó a perder la paciencia.

—¿No te lo ha contado Fernán? Van a condenar a Álvaro... a morir —acabé sollozando.

—¿Qué dices? —Me contempló con los ojos abiertos por el espanto—. Eso no tiene sentido. ¿Por qué iban a hacer eso?

Les conté todo lo que me había explicado Álvaro. Brian no paró de negar una

y otra vez con la cabeza.

—Sigue sin tener sentido —insistió Brian en negar los hechos—. Álvaro es respetado

incluso por los ancestros, lo consideran un vampiro fuera de lo común. Me lo ha contado Damián —añadió para darle mayor veracidad a sus palabras—. Es

completamente inmune al sol, ni siquiera necesita gafas para proteger sus ojos como

Fernán. Su aprendizaje es asombroso incluso para ser un vampiro. Domina la mayoría de las disciplinas casi al mismo nivel que sus ancestros, cuando se supone que es el tiempo el que incrementa sus poderes y sus habilidades. Al contrario que su hermano o sus predecesores, que nacieron como mucho con una o dos disciplinas nuevas, él tenía

varias y es capaz de transmitir las a sus nuevos vástagos. A sus ojos, la única debilidad de Álvaro es ser demasiado protector con los humanos y su incapacidad de asumir por

completo su naturaleza.

—Puede que sea precisamente eso lo que no les guste —aventuró Aileen en un murmullo.

—Teme que puedan llegar a eliminar con él a todos los que ha creado... — Lloré angustiada tapándome la cara.

—¿Lea, Karima, Fudail...? —susurró Aileen descompuesta.

El sonido del timbre nos sobresaltó a todos. Brian se ofreció a abrir para evitar que, quienquiera que hubiese llamado, nos viera con los ojos enrojecidos e hinchados.

Oímos murmullos en el pasillo. Brian parecía estar discutiendo con alguien, pero al final, él y su visitante se acercaron en silencio hasta la cocina.

—He intentado convencerle de que ahora no es el mejor momento, pero

insistió en que

necesitaba hablar contigo —se disculpó Brian conmigo antes de dejar pasar a Joao a la cocina.

El chico venía con el rostro desencajado, de color cetrino y unas enormes ojeras que

competían en color con los moratones que tenía repartidos por la cara y el resto del cuerpo. Un cabestrillo le sujetaba el brazo escayolado a la maltrecha figura, aportándole el aspecto de desolado superviviente de un accidente aéreo. En cuanto se

percató de mis ojos rojos y mi estado de ánimo desvió su mirada al suelo.

—Yo... Yo venía a disculparme. Me han contado lo que pasó anoche. Lo que hice. No

recuerdo nada. No sé cómo he podido hacer algo tan despreciable. Yo nunca... De verdad que lo siento mucho. —Apenas le salía un hilo de voz. El pobre chico estaba

deshecho, inconsciente de haber sido utilizado por Eva. Intenté controlar mi estado para que no se sintiera peor pensando que lo que me pasaba era por su culpa—. Me han dicho que ni siquiera me has puesto una denuncia. Gracias. De verdad que no sé qué fue lo que me pasó. Yo no soy así... —se siguió disculpando mortificado.

—Supongo que te encontrabas algo bebido y que no fuiste consciente de lo que estabas

haciendo —traté de consolarlo.

—¡Eso no es justificación suficiente! —masculló afligido.

—Tienes razón. Y si fueras otro o si intentaras repetirlo te denunciaría sin pensarlo. —

No me quedó más remedio que seguirle la corriente, Joao no debía descubrir

jamás lo

que había pasado en realidad—. Brian y tus amigos han puesto la mano en el fuego por

ti. Todos pensamos que esa no es tu forma de ser y que se te debieron cruzar los cables de alguna manera. Imagino que todos podemos cometer un error en algún momento de

nuestra vida. Lo importante es que seamos capaces de darnos cuenta y evitar caer de

nuevo con la misma piedra.

Me estaba resultando muy duro tener que dejarle en la creencia de que era culpable de lo que ocurrió, pero Brian me hizo un ademán para indicarme que estaba haciendo lo

correcto.

—No sé cómo pedirte perdón —murmuró Joao.

—Joao, ahora mismo realmente prefiero no seguir hablando del tema. Es algo que preferiría olvidar —repliqué cansada anhelando terminar con todo aquel teatro.

—Sí, bueno. Tengo que irme. Mi hermano me está esperando abajo en el coche —

farfulló incómodo. Antes de marcharse me miró una última vez—. ¡Gracias!

Brian lo acompañó hasta la salida pasándole un brazo amistosamente sobre el hombro.

Por sus murmullos, imaginé que estaba esforzándose por animarlo.

—Has hecho lo mejor para él —me reconfortó Aileen—. No podías decirle la verdad.

No todos tienen tu capacidad de adaptarse a este mundo. Saber que existen los vampiros y que pueden utilizarte a su antojo es demasiado para una mente tan naif como la de Joao.

Por la noche, en la fiesta de la playa, todos los vampiros estaban intranquilos. Karima y Lea estudiaban inquietas a Álvaro, quien mantenía una férrea serenidad, a pesar de su extrema palidez y los enormes cercos morados que mostraba bajo los ojos. No llegó a

comentarme nada sobre la marcha de Noa y yo evité hablar sobre el tema.

Aileen, Brian y yo habíamos llegado al acuerdo de ocultarles nuestra preocupación en

la medida de lo posible. Brian no tenía problemas para ello, formaba parte de su don.

Aileen afirmaba que podría disimularlo bajo su energía positiva y yo cruzaba los dedos porque mi amuleto me ayudara en mi intento.

Hasta ese momento no había descubierto el don de Aileen y ahora me explicaba muchas cosas que antes me habían resultado incomprensibles.

—No servirá de nada que trates de fingir alegría. Ellos huelen nuestros sentimientos. Álvaro y los suyos incluso pueden sentirlos con solo rozarte —le repliqué cuando afirmó que podría encubrir su aflicción.

—Yo no finjo, «transmito» energía positiva —enfaticó en tanto yo fruncía los labios desesperada por su tozudez—. ¿Sigues sin darte cuenta, Soraya? —inquirió irónica

posándome la mano en el hombro.

De repente mi rabia y dolor desaparecieron, sustituidos por alegría y vitalidad. Abrí la boca asombrada. ¡Eso lo explicaba todo!

—¡Es tu don! Toda esa energía, esa vivacidad, la alegría... —La contemplé fascinada—. ¡Eras tú!

—Para ser tan perceptiva, eres un poco lenta, ¿no? —se mofó de mi ceguera mental.

—¡Y yo que me sentía mal por estar tan alegre y animada!

—¿No esperarías que te dejara padecer todo ese dolor cuando tengo la capacidad de aliviar el sufrimiento? —Me abrazó con cariño—. Crucificándote y llorando no se solucionan los problemas, aunque a veces viene bien desahogarse.

—¡Gracias! —murmuré agradecida devolviéndole el abrazo—. Pero ¿tantas emociones negativas no te hacen daño? —Me separé de ella para estudiarla con más

atención.

—Yo no asimilo los sentimientos de los demás, por lo que no pueden afectarme. Lo

que hago es transferir mi energía positiva y la fuerza vital a la otra persona. Los únicos efectos secundarios para mí son que acabo cansada o agotada en los casos extremos. Pero durmiendo o permaneciendo en contacto con la naturaleza, recupero

de nuevo toda esa energía —explicó quitándome un peso de encima.

Lea se sentó a mi lado vigilando turbada cómo Álvaro, Claudio y Paulo mezclaban los

ingredientes de la sangría. Karima, posicionada detrás de los chicos, tampoco lo perdía de vista. Era evidente que percibían algo de Álvaro, pero estaban confundidas.

Ambas compartieron una de sus miradas telepáticas. Karima me evaluó con atención, en tanto que yo me concentraba en mantener mi actitud indiferente.

—¿Por qué nos estáis bloqueando Álvaro y tú? —explotó de pronto Lea.

—¿De qué hablas? —traté de aparentar sorpresa.

—No te hagas la tonta —bufó enojada—. Eres como una montaña rusa emocional, a veces resultas mareante con tantos sentimientos y, sin embargo, ahora mismo estoy sentada a tu lado y no puedo percibir nada. ¡Nada de nada! —me acusó.

Me esforcé en contener un suspiro de alivio. ¡Mi amuleto funcionaba! Pero viendo el

rostro alterado de Lea y la mirada penetrante de Karima sobre Álvaro, iba a tener que inventarme algo, y rápido, para apaciguarlas.

—Álvaro está preocupado por el comentario que Noa le hizo el otro día a su padre.

Eso de que «Fernán es un chico afortunado». —Al menos eso no era del todo mentira,

¿verdad? Lea frunció el ceño, como si dudara de lo que le decía—. Teme que yo pueda

acabar encaprichándome de Fernán, pero no quiere confesarlo. —Simulé estar apenada.

—¡Eso es una solemne tontería! —Se enfadó ella—. Basta veros juntos para saber que

estáis enamorados. Y eso para quien no pueda olerte, ni sentirte —añadió burlona provocando que el calor invadiera mis mejillas.

—¿Es que no podéis dejar de olisquearme todo el rato? —mascullé disgustada.

—Ya me gustaría, pero cuando Álvaro se acerca a ti, tus feromonas impriman todo lo

que hay a dos kilómetros a la redonda —se mofó—. ¿Por qué crees que Fernán y Damián se mantienen tan lejos de ti? Con la llamada de tus feromonas, hasta

yo me he

sentido atraída hacia ti. A veces me pregunto si no me estaré cambiando de
acera. —

Río a carcajadas al ver mi expresión.

—No le echas cuenta —intervino Karima, que se había sentado a nuestro lado
—.

Tampoco es para tanto.

—¿Qué tampoco es para tanto? —La miré espantada—. ¡Ay, Dios! —Me tapé la
cara,

avergonzada.

—Tenemos unos sentidos muy desarrollados, ¿qué esperabas? —siguió
mofándose

Lea.

—¡Ya está bien! —la recriminó Karima—. No nos dedicamos a olerte
expresamente.

Percibimos a todos los que nos rodean y puedo asegurarte que el cóctel de
hormonas

que suele haber en esta caleta es mucho más explosivo que la sangría que están
preparando ahí. —Señaló a los chicos—. De todos modos, estamos tan
acostumbrados

a nuestros sentidos que ya casi nunca nos llaman la atención —trató de
tranquilizarme.

—Además, si obviamos el atractivo de tus feromonas, tu olor a cerezas y coco
también

es muy agradable —acabó Lea tratando de controlar su risita ante el codazo de

Karima.

—¿A qué te refieres con «casi nunca»? —Me dirigí a Karima decidida a ignorar a Lea.

—No estamos acostumbradas al cúmulo de sentimientos positivos que Álvaro tiene cuando está cerca de ti. Tanta alegría, felicidad, amor y demás. No podemos evitar que nos atraiga y despierte nuestro interés. En esos ratos nos volvemos más atentas y sensibles en todos los sentidos.

—¿Álvaro no era feliz?

—Él es una persona buena y bondadosa. Tiene sus más y sus menos, como todos nosotros; sin embargo, también tiene unos sentidos de la responsabilidad y la culpabilidad demasiado desarrollados. La forma en la que murió su madre lo ha marcado desde pequeño, haciéndole sentir culpable y pensando que él nunca debería haber sido concebido. Ha asociado la muerte de mi hermana con el hecho de ser vampiro y eso le tortura. Es por ello por lo que no acepta su naturaleza. Desde que está contigo parece otra persona. Sigue preocupado, en especial por ti, aunque está tan embargado por los nuevos sentimientos que apenas le queda tiempo de pensar en malos

recuerdos —afirmó ella, aunque yo sabía que en el fondo eso no era del todo cierto.

Decidí cambiar de tema antes de que pudieran percatarse de mi estado de ánimo.

—Para vosotros los vampiros, ¿tiene algún significado especial Gaia?

—¿Te refieres a nuestra relación con la tierra?

—Sí. Supongo que sí. —No quería hablar de la conversación con Noa.

—Para nosotros la tierra es un todo, un organismo vivo del que todos formamos parte.

—Sonó una aterciopelada y profunda voz a mí oído. Álvaro se acomodó a mi lado y

me atrajo a sus brazos—. Como todo ser vivo, la madre naturaleza tiende al equilibrio.

Cada átomo, cada célula, cada ser constituimos una parte de este ente. Tanto los humanos como los vampiros formamos parte de ello y cada uno tiene su función. —Me

besó en el lóbulo de la oreja.

—Según esa teoría, ¿cuál es vuestro cometido?

Los tres se quedaron petrificados, mirándose entre ellos.

—¡Hm! Ya huele la carne. ¿Quieres que vaya a cogerte algo para comer? — intentó escaquearse Álvaro.

—¡Quieto ahí parado! ¿Por qué habéis reaccionado así? ¿Cuál es vuestra supuesta aportación? —La cosa se estaba poniendo interesante.

—Si te has fijado, en la naturaleza cada animal tiene a su depredador. Eso permite mantener un equilibrio. Si aparece una superpoblación de un determinado animal que pudiera acarrear consecuencias negativas para la supervivencia de otras especies o para la naturaleza en sí, inmediatamente se autorregula a través de la escasez de alimentos o el incremento de los depredadores correspondientes. —Álvaro soltó un pesado suspiro antes de continuar—. Nosotros somos los depredadores naturales de los humanos.

Los ojos de Álvaro se mantuvieron fijos sobre mí, evaluando mi reacción a sus palabras.

—Sois la cúspide de la pirámide alimenticia —murmuré.

—Exacto.

—¿Hay algo más? —Intuía lo que iba a venir a continuación.

—Los humanos están rompiendo la armonía existente...

—¡Lea! —la silenció Álvaro.

—Creí que una vez que hubiera descubierto tu identidad iba a tener acceso a la verdad de las cosas —lo acusé.

La contracción de sus pupilas me reveló que lo había desarmado.

—Algunos de nuestra especie consideran que es nuestra misión restablecer el equilibrio. Esta creencia proviene de antiguas profecías que relacionan a los vampiros con el apocalipsis. Los cuatro jinetes descritos en la biblia en realidad serían los vampiros provenientes de las cuatro estirpes cainitas.

—¿Los vampiros quieren acabar con los humanos?! —exclamé horrorizada.

—¡Shhh! ¡Que van a oírte! —Lea señaló con la barbilla a los jóvenes que se encontraban repartidos alrededor de la barbacoa.

—Se trata de un debate que ahora mismo está abierto. Hay tanto detractores como defensores sobre esa teoría. Nosotros, indiscutiblemente, no apoyamos esa posibilidad

—se apresuró a aclararme Álvaro.

—Una decisión así únicamente podría acabar en canibalismo y caos —apoyó Karima

esa afirmación mostrando abiertamente su oposición.

—Aunque sí pensamos que debe hacerse algo para intentar recuperar la estabilidad antes de que sea demasiado tarde —recalcó Lea.

—Seguro que has visto en las noticias e internet que diferentes culturas antiguas vaticinaron que el fin del mundo conocido sería el 22 de diciembre de 2012 —dijo Karima—. Existen otras profecías menos conocidas, como la de Newton, basadas en los mensajes bíblicos o en tablas sumerias que están en nuestra posesión. Según la información de la que disponemos el fin del mundo se iniciará en el año 2036 y culminará durante la luna nueva del 22 de diciembre de 2060. Se trata de profecías muy complejas, cuyos primeros indicios efectivamente ya han empezado a cumplirse y

no deben tomarse a la ligera.

—¿Estáis hablando del fin del mundo en general?, ¿o del fin de la especie humana? —

A pesar de lo inquietante del tema, me encantaba poder descubrir los secretos que solo se encontraban al alcance de unos pocos.

—Se habla del fin del mundo tal y como lo conocemos, no del fin del planeta tierra.

Tanto los sumerios como los mayas vaticinaron una recuperación posterior, e incluso Newton lo hizo. Aunque hay quien lo interpreta como el exterminio de los humanos.

«Resucitar de entre los muertos» bien podría significar revivir como vampiro. Aunque

nuestro clan opta por entenderlo como el encuentro de un nuevo equilibrio entre nuestras especies —explicó Álvaro.

—¿Conoces la pirámide de los Rosacruces?, ¿la que viene en los billetes de dólar?

Hay quién interpreta que la punta de la pirámide, la pieza que la completaría, somos nosotros, los vampiros. —Karima me sonrió.

—Nosotros no necesitamos sistemas de calefacción, ni de refrigeración; no

necesitamos vuestra parafernalia eléctrica, ni el enorme desperdicio de envases y productos químicos para alimentarnos; ni siquiera necesitamos luces. No requerimos coches para los trayectos cortos y nos sobran los ascensores. ¿Te imaginas un mundo

sin enfermedades?, ¿con una reducción drástica de la contaminación?, ¿una sociedad

enfocada a la conservación de la naturaleza? —Lea estaba evidentemente encantada con aquella esperanzadora realidad alternativa.

Intenté imaginarme ese nuevo universo. Las calles tranquilas, sin el humo y el

ruido de los coches. Un mundo en el que tus seres queridos permanecían a tu lado por el resto

de tu existencia, hasta la eternidad, sin males o accidentes que destruyeran vidas...

—Si tantas ventajas tiene esa visión, ¿qué es lo que os retiene para ponerla en práctica? —cuestioné interesada.

—La bestia —murmuró Álvaro—. Como dijo Karima antes, sería un mundo de caos y

canibalismo. Podemos mantenernos con la sangre animal, pero apenas algunos de nosotros están dispuestos a practicar ese tipo de abstinencia e, incluso así, perdemos el control con facilidad como has podido comprobar por ti misma —me recordó

compungido—. A ello se añade que nuestras emociones son muy intensas y difíciles de

controlar. Sin olvidar nuestro carácter depredador: buscamos nuestra supervivencia a

toda costa, somos esencialmente egoístas y nos excita la caza. Eso nos impide a la mayoría de los vampiros llevar una vida pacífica en sociedad. Lo poco que has visto

de nosotros, no es lo habitual en nuestra especie.

—Haría falta un nuevo salto evolutivo para que nuestra utopía pudiera realizarse. Algo que nos permita deshacernos definitivamente de nuestra bestia interior y nos dé la paz

—finalizó Karima.





CAPÍTULO 17

—¿De qué estuviste hablando con Álvaro, Karima y Lea antes de la barbacoa?

—

preguntó Aileen durante el desayuno.

Contraje el ceño intentando hacer memoria. La noche había sido muy larga y yo los había acibillado a preguntas para que no percibieran mi lastimoso estado de ánimo.

—De su visión del mundo —resumí de forma escueta—. ¿Por qué?

—Fernán estuvo todo el tiempo concentrado en vosotros, como si siguiera vuestra conversación y se pasó el resto de la noche distraído e inquieto. Ni siquiera reaccionó cuando yo... —se interrumpió con una mueca y encogió los hombros.

Repasé de nuevo toda la tertulia de la noche anterior. No era que a mí me dejara indiferente precisamente; sin embargo, no se me ocurría nada que pudiera afectar a Fernán.

—No recuerdo nada que mereciera su atención. Habrá sido por algún otro asunto —

repuse convencida dándole un buen mordisco a mi tostada.

Aileen profirió un largo suspiro pero en cuanto pitó su móvil y vio la pantalla se le iluminó el rostro.

—¡Esta noche saldremos en pareja con vosotros! Álvaro te recogerá en la tienda y te

traerá para que puedas cambiarte. —Tecléo algo y rio—. Promete que será algo especial y que nos pongamos guapas. —Alzó las cejas—. ¡Vaya! ¡Pues

parece que tenemos plan para esta noche!

—¿Qué crees que entienden ellos por «especial»?

Aileen frunció los labios.

—¡Ni idea! Pero es la primera vez que vamos a salir de noche sin toda su cuadrilla.

Eso ya promete. —Sonrió ilusionada—. Yo no sé tú, pero yo pienso ponerme algo espectacular y muy, muy sexy. —Rio por lo bajo.

Un estremecimiento de anticipación me recorrió las entrañas. ¿Se atrevería Álvaro al

fin a dar el siguiente paso? Él seguía evitando a toda costa permanecer a solas conmigo. Aunque si salíamos en pareja con Fernán y Aileen, seguro que estos acabarían perdiéndose tarde o temprano, con lo cual, esta vez sería algo inevitable.

—¿Nos vamos de compras? —Yo también quería estar sexy para la ocasión.

—¡Por supuesto que sí! —soltamos las dos al unísono, riéndonos.

Pasamos una mañana entretenida en el centro comercial. Las dos encontramos lo que buscábamos. Aileen consiguió un mini vestido de color bronce, que se amoldaba a su

cuerpo como una segunda piel y destacaba sus largas piernas y yo acabé decantándome

por un vestido negro, algo más largo, pero con un magnífico escote en uve que acentuaba mi figura. La ropa interior fue harina de otro costal. Aileen tenía las ideas claras y encontró justo lo que quería, pero a mí todo me resultaba o demasiado atrevido o demasiado decente.

—No puedes ponerte ropa interior clara con un vestido negro —me recriminó Aileen,

como si estuviera a punto de cometer un sacrilegio cuando escogí un bonito sujetador

de encaje de color crema—. Además, si pretendes que Álvaro pierda sus buenas intenciones necesitarás algo como esto. —Sacó un diminuto conjunto de sujetador y tanga que me hizo sudar con solo mirarlo.

—¡Aileen, a ese sujetador le falta la tela de las copas!

—¡Mejor!

—No pienso ponerme un sujetador con el que parezca que le estoy ofreciendo los pechos como un putón verbenero.

—A ellos les ponen los putones verbeneros. —Aileen movió las cejas hasta hacerme

reír.

—Vale, pero... no hoy, quizás más adelante, cuando ya no me dé tanta vergüenza.

Aileen puso los ojos en blanco pero colgó el conjunto de nuevo en su sitio.

—Pues que sepas que pienso volver a recordártelo dentro de unas semanas —me advirtió sacándome la lengua.

Tras muchas discusiones, acabé encontrando algo que era más «elegante» que «guarro»

pero a la vez resultaba sexy y provocativo: un tanga de encaje negro con bordados en

plata y un corpiño a juego. El precio era prohibitivo, al menos para mi bolsillo, pero la ocasión lo merecía. Aileen me convenció de que me comprara también unas medias de

liga y, aunque lo hice con reparos, la sola idea de llevarlas en la bolsa ya me subía la temperatura corporal.

El resto de la tarde pasó volando. Para cuando Álvaro llegó a la tienda de Gladys, el nudo de nervios en mi estómago parecía tener el tamaño de un balón de fútbol. Intenté sonsacarle sobre lo que nos tenían preparado, pero lo más que conseguía eran evasivas y sonrisitas enigmáticas. Él estaba disfrutando de mi inquietud y yo me alegré de verlo ilusionado con algo.

Aileen ya había dejado el cuarto de baño libre cuando llegué. Eché una ojeada al reloj.

Mi corazón dio un respingo. ¡Una hora y media! Habría a quién pudiera parecerle mucho. A mí no. ¡Quería estar perfecta!

Para cuando terminé de colocar los últimos mechones de pelo del complicado recogido, mis manos temblaban de los nervios. Podía haberme dejado el pelo suelto pero tenía la intuición de que tener el cuello al descubierto iba a hacerme mucho más apetecible ante los ojos de un vampiro que toda la ropa interior del mundo.

Cuando nos llegaron los wasaps avisándonos de que estaban esperándonos abajo, yo aún me estaba colocando los largos pendientes de plata vieja. Sus brillantes piedrecitas facetadas destacaban el intenso tono bronceado de mi piel y el brillo de mis ojos, sin contar con la forma en que llamaban la atención sobre mi garganta, constaté complacida al ver el resultado.

—Si no te hinca el diente esta noche es que no es un vampiro —exclamó admirada Aileen detrás de mí—. ¡Estás guapísima!

Y debía de ser verdad por la forma en que se quedaron pasmados los dos hermanos al

vernó. Álvaro me saludó con un beso en el hueco detrás de la oreja.

—De modo que esta noche piensas poner a prueba mi... «¿vampirismo?» — me

preguntó al oído para hacerme constar que había escuchado el comentario de Aileen.

Me sonrojé hasta la punta de los pelos si el calor que me cubrió las mejillas

era alguna indicación.

—¿No fuiste tú quien dijo que debía descubrir el punto débil de mi presa? —
repliqué

lo más bajo que pude intentando que los otros no me oyeran.

—Creo que en aquel momento te subestimé. —Rio ronco.

Cuando me monté en la parte trasera del coche, junto a Álvaro, descubrí un curioso destello en los ojos de Fernán, quien me observaba a través del espejo retrovisor, lo que me reveló que, probablemente, había oído mi conversación con Álvaro.

Fernán condujo el coche a velocidad de vértigo pero cuando lo detuvo, fue mi turno y

el de Aileen de quedarnos de piedra. Nos encontramos en el recinto amurallado de un

pequeño castillo construido en la ladera escarpada de un acantilado. Cuando nos acercamos al filo del muro, pudimos admirar cómo las olas chocaban con fiereza contra la pared rocosa a unos seis metros más abajo. Aquel sitio tenía un encanto misterioso y antiguo. Encajaba mucho más con ellos que la mansión de Sintra.

El interior del castillo tenía una decoración moderna que respetaba su carácter antiguo al utilizar sabiamente elementos de diferentes épocas y estilos. Aparadores de ébano y marfil tallado se complementaban con sofás de piel, grabados del siglo XVIII y cuadros abstractos compartían las paredes, así como figuras orientales, tallas precolombinas y creaciones art decó, las estanterías y superficies. Tenía un aire ecléctico pero a la vez cálido y acogedor.

Nos guiaron hasta una terraza ubicada en la parte baja de las torres. A través de los arcos que la rodeaban se veían las olas al romper contra las rocas y, a lo lejos, la iluminada costa. Toda la terraza quedaba alumbrada por antiguos candiles contagiando

de encanto e intimidad el ambiente. Nos acompañaron a una mesa bellamente decorada,

iluminada por la luz de las velas. Álvaro y Fernán habían cuidado hasta el más mínimo detalle. Lo único que habría superado la experiencia habría sido estar a solas con Álvaro. Él debió corresponder a mis pensamientos porque me apretó con suavidad la

mano bajo la mesa mientras un camarero nos servía los entrantes.

—¡Vaya, chicos! Realmente habéis logrado impresionarme —exclamó sobrecogida

Aileen.

—Este sitio es realmente fantástico —estuve de acuerdo con ella.

—¿Mi hermano todavía no te había traído aquí? —Fernán miró con fingido reproche a

Álvaro, quien puso una mueca incómoda.

—¿Nos estamos perdiendo algo? —preguntó Aileen adelantándose a mí.

—Esta es la casa de Álvaro —aclaró Fernán sin ningún reparo.

—¡¿El castillo es tuyo?! —Me quedé helada.

—Nuestro abuelo nos regaló una casa a cada uno. —Álvaro le lanzó una mirada acusatoria a su hermano—. Fernán recibió una residencia en Lisboa y yo elegí esta.

Aunque lo normal cuando venimos a Portugal es que nos quedemos en la mansión de mi

padre.

—Pues sí que hacía buenos regalos tu abuelo —murmuró Aileen con las cejas alzadas.

—En realidad estas propiedades pertenecen a mi familia desde hace generaciones.

Todas están situadas estratégicamente y están unidas por un intrincado sistema de pasadizos —nos contó Fernán

—¿Hay túneles que comunican Lisboa, Sintra y este castillo? Pero ¡si deben ser más de cien kilómetros! —solté alucinada.

—Bastantes más —confirmó Fernán—. Incluso dentro de cada una de las poblaciones

se comunican diferentes puntos a través de las galerías. El túnel principal entre Lisboa y Sintra quedó cortado durante el gran terremoto; se vino abajo y no vimos la necesidad de reconstruirlo, pero el resto de los pasajes subterráneos se conservan en perfecto estado y los seguimos utilizando a menudo para desplazarnos por esta zona.

—Debéis tener en cuenta que parte de nuestra familia residía en este entorno de forma casi permanente. Algunos procedían de aquí. Temían que se les pudiera descubrir algún día, por lo que requerían una posible ruta de escape. Al ser extremadamente sensibles a la luz solar, esta fue la forma más lógica de asegurar su huida. Este castillo posee un puerto en el sótano, lo que permitía la escapada vía marítima hasta Tenerife, dónde existía —y existe— otra colonia de vampiros que podía acogerles —intervino Álvaro.

—¿Cuántas residencias tenéis repartidas por el mundo? —Me sentía cada vez más intimidada por el enorme poder que parecía ostentar la familia de Álvaro.

Ellos se rieron de buena gana.

—En la actualidad nuestra residencia principal se encuentra en la selva amazónica. Es casi una ciudad subterránea, pero el entorno nos proporciona seguridad, intimidad y abundante alimento. Aquí en Europa conservamos muchas de las propiedades que pertenecieron desde hace siglos a nuestra familia. Mantenemos aquellas que están

relacionadas con centros energéticos especiales como ocurre en el caso de Sintra o lugares con abundante naturaleza que nos permita subsistir con la caza

de animales.

Estos lugares nos proporcionan más vitalidad e incrementan nuestros poderes —nos explicó Fernán—. En España tenemos un pazo en Galicia y un cortijo en Doñana. —

Fernán me dirigió un guiño cuando lo miré boquiabierto. ¡Habían estado tan cerca que

era posible que incluso alguna vez me hubiera cruzado con ellos sin saberlo! ¡Mis padres eran rocieros de los pies a la cabeza!—. Debes admitir que es una excelente zona de caza. —Sonrió con carita de ángel—. Hoy en día seguimos asistiendo a alguna

que otra Romería del Rocío. Es difícil encontrar un sitio en el que abunden tantos donantes predispuestos a venirse con nosotros a los pinos, sin apenas conocernos y sin tener que usar nuestros dones persuasivos sobre ellos. Aunque todo hay que decirlo, su sangre suele estar demasiado saturada de alcohol para mi gusto —se lamentó echándole una ojeada por el rabillo del ojo a su hermano, quien lo fulminaba con ojos entrecerrados—. Si queréis podríamos enseñaros una parte de los corredores secretos

de Sintra. ¿Os gustaría ir a visitar la Quinta da Regaleira? —nos ofreció cambiando de tema.

—¿La famosa finca también está conectada al sistema de túneles? —¿Cómo de alucinante era aquello? ¡Iba a poder tener una experiencia digna de un documental!

—Sí. De hecho, fue construida para nosotros. No era fácil mantener a dos jóvenes vampiros traviosos a raya, por lo que mi padre evitó regresar a Sintra por bastantes años. —Su sonrisa se ensanchó—. Carvalho, que era muy amigo de mi padre,

construyó la finca para que tuviéramos una zona de juegos y pudiéramos salir de caza

de forma controlada y, ya de paso, también acabó usándose para algunas de

nuestras ceremonias.

—De modo que las historias de los ritos satánicos en realidad hacía referencia a vosotros —constaté.

—No adoramos a Satán, pero supongo que no eres la única que nos confundió con demonios —admitió Fernán divertido.

Fernán me asombró durante el resto de la cena, nunca me había prestado demasiada atención, ni había hablado más de lo preciso conmigo; si bien durante la velada mostró su buena predisposición a ser amable conmigo. Incluso creo que él y yo fuimos los que más hablamos durante toda la noche.

—La cena estuvo exquisita —los alabé—, pero pensaba que vosotros os alimentabais

de la sangre animal.

—También somos medio humanos —me recordó Fernán—. Por lo que también toleramos bastante bien vuestra comida. Es verdad que preferimos la sangre, pero hoy

hemos decidido sacrificarnos por vosotras —nos confesó con ademán lastimero—.

Claro que, si lo preferís, yo por mi parte no tendría inconveniente en aceptar vuestro ofrecimiento de servirnos como postre —bromeó esquivando la aceituna que le arrojó

Álvaro con la fuerza de un proyectil.

—¿Vas a negarme que tienen una pinta deliciosa y que huelen mucho mejor que ese helado de vainilla? —retó a su hermano con una sonrisa ladeada.

Fernán le devolvió el lanzamiento, esta vez con la guinda que decoraba el helado.

Álvaro la atrapó diestro entre los dientes y se la escupió de vuelta tan rápido que ni Fernán fue capaz de eludirla. Ver la brillante bolita roja estampada

contra la nariz de Fernán fue todo un espectáculo y ni Aileen ni yo, pudimos evitar caer en la risa con Álvaro.

—¿Os apetece un baño? Creo que he tenido suficiente helado por hoy —gruñó Fernán

quitándose los restos de la guinda.

Miré en la dirección en la que Fernán había señalado con la barbilla y parpadeé.

¿Cómo no me había dado cuenta que la escalinata de piedra, al fondo de la terraza, llevaba a una planicie de roca con una pequeña piscina natural esculpida en ella.

—¡Vaya! —Aileen tocó las palmas entusiasmada—. ¿Está muy fría el agua?

—No, al contrario. El sol incide casi todo el día sobre ella y al no ser demasiado grande se calienta muy bien —le repuso su chico—. Coged vuestras copas, podemos acabarnos el vino abajo. —Se levantó llevándose la botella abierta de oporto.

Álvaro percibió mi reparo cuando le seguimos.

—No tienes que bañarte si no quieres —me advirtió.

—No es eso. En realidad ganas sí que tengo. —Admiré la encantadora piscina. Debía

de ser genial poder bañarse allí ahora, a la luz de las farolas.

—¿Entonces?

—No llevo ropa de baño —admití por fin.

—Venga ya. Puedes dejarte la ropa interior puesta. ¿Qué diferencia hay entre eso y un biquini? —preguntó Fernán desde la piscina indicando que estaba metiendo la oreja.

Miré insegura a Aileen, quien me guiñó un ojo mientras dejaba caer su vestido al suelo.

—Vale —asentí aún insegura.

—¿Seguro? —Álvaro me estudió preocupado.

—Sí. Fernán tiene razón. ¿Qué diferencia hay? —Intenté insuflarme ánimo.

Aunque sí que debía de haber alguna, por los ojos abiertos de sorpresa y deseo con que acabó observándome alguien más, aparte de Álvaro, cuando me dirigí la última a la piscina.

Intenté ignorar las miradas de los hermanos concentrándome en el agua. Metí con cuidado un pie en la piscina. Fernán tenía razón, la temperatura era perfecta. Eché un vistazo en su dirección para comentárselo, pero él estaba escudriñándome de arriba abajo y por la forma en que sus ojos se detenían hambrientos sobre mi ropa interior, parecía poder ver a través del encaje.

Álvaro apareció a mi lado, interponiéndose entre la mirada descarada de su hermano y

yo. El agua se resbalaba por su torso desnudo, que bajo la luz de la luna brillaba como si hubiese sido esculpido en cristal. Resistí la tentación de tocarle el pecho para ver cómo se sentía. Las aletas de la nariz de Álvaro se abrieron, delatándome que podía oler mi reacción a él. Sonrió satisfecho antes de cogerme en brazos para llevarme a la parte honda de la piscina. Sus pupilas estaban dilatadas por el deseo. ¡Lo que hubiera dado por poder compartir ese momento a solas con él! Cuando rozó mis labios con los

suyos, no fue más que un ligero roce, casi etéreo, pero despertó un tsunami en mi interior que fue difícil de controlar.

Fernán nos rellenó a todos las copas de vino sin parar de charlar. No me habría importado decirle que se callara de una vez, pero no estaba en mí el ser tan cortante.

Observé a Álvaro de forma disimulada. El agua chocaba en diminutas olas contra su pecho, apenas ocultando los pequeños pezones oscuros.

—¡Soraya!

—¿Sí? —Parpadeé ante la voz inquisitorial de Fernán. ¿Qué me había perdido esta vez? Estaba hasta el moño de su constante interrogatorio.

—Te he dicho que me pases tu copa para echarte más oporto.

—Uhhh... No, gracias, creo que ya es bastante por hoy. —De hecho, probablemente

debería haber parado en la copa anterior por la forma en que mi cuerpo parecía

haberse librado de las leyes de la gravedad.

—¡Yo sí quiero! —Aileen le alargó su copa vacía y se arrimó a él en un intento por seducirlo.

En cuanto Aileen tuvo atrapado a Fernán contra la pared de la piscina, Álvaro aprovechó para ponerse de espaldas a ellos y me alzó poniéndome las piernas alrededor de sus caderas. Me llevó pausadamente hasta la otra punta de la piscina, sin dejar de mirarme a los ojos. Si la dureza de su cuerpo no lo hubiese delatado, lo habrían hecho sus ojos. Apenas quedaba un halo gris alrededor de sus pupilas. Existía algo peligroso y depredador en el intenso brillo negro, y aun así, yo estaba más que dispuesta a perderme en su magnetismo.

Podía sentir su agitación interior que casi alcanzaba a la mía. A pesar de que no me había tocado ni un solo pelo todavía, su estado de excitación me incendiaba por dentro.

Tenía la respiración descontrolada y podía sentir mi corazón latiendo a mil por hora.

No me besó. Pasó su nariz lentamente por mis mejillas, mi garganta, mis hombros y la

parte interior de mis brazos. Deteniéndose y aspirando con deleite, en cada punto en que latía mi pulso. Cuando llegó a mi muñeca, vi cómo relumbraban

unos afilados colmillos que sobresalían levemente entre sus labios abiertos. Me tensé sin pretenderlo, esperando sentir cómo se introducían en mi piel, pero únicamente sentí sus firmes labios rozándome con delicadeza la sensible zona de mi muñeca y la palma de

mi mano. Al ver mi cara, Álvaro sonrió divertido. Sus colmillos habían desaparecido.

—Puedo asegurarte que, aunque estoy luchando con todas mis fuerzas contra mis instintos, sigo siendo un... «vampiro» —susurró burlón a mis oídos recordándome las

palabras de Aileen antes de que saliéramos—. No obstante, debo admitir que me estás

llevando al límite —suspiró suavemente.

Me excitaba su lucha por el autocontrol, pero yo quería que lo perdiera. Y fue precisamente eso lo que volvió a despertar aquella parte desconocida y atrevida de mí.

—¿Y piensas rendirte alguna vez? —murmuré mordisqueándole juguetonamente el

lóbulo de la oreja y deslizando lentamente mi mano, desde su hombro a su pecho y más

abajo.

Álvaro encogió el estómago con una fuerte inspiración, y detuvo el avance de mi mano

cuando llegué a su ombligo. Compartimos una larga mirada hasta que, finalmente, me

soltó despacio. Sujetándome con ambas manos el rostro me atrajo hacia él para capturarme la boca con la suya. El beso fue largo y hambriento, y únicamente el preámbulo de lo que fue el recorrido por mi garganta hasta llegar al hueco que la unía

con mi hombro.

Al abrir los ojos me encontré con un extraño brillo en las pupilas de Fernán, quien nos vigilaba con el entrecejo ligeramente fruncido desde la otra punta de la piscina. No hizo el intento de disimular, ni de desviar su vista. A pesar de que Aileen aparentaba estar dando lo mejor de su capacidad de seducción, parecía como si lo único que le interesara a Fernán en ese instante fuéramos Álvaro y yo. Me sentí incómoda, pero en

cuanto sentí el aliento de Álvaro acercándose peligrosamente a la comisura de mis labios me olvidé de todo lo demás.



CAPÍTULO 18

Álvaro me cogió en brazos y se dirigió a los escalones de la piscina. Antes de que pudiera poner un pie fuera del agua la voz glacial de Fernán lo interceptó. Hablaba en aquella extraña lengua que yo no entendía, pero bastaba con notar la repentina rigidez de Álvaro para saber que fuera lo que fuese lo que hubiera dicho su hermano le había

sentado como un cubo de agua fría.

—Creo que es hora de irnos —dijo Fernán con pasmosa tranquilidad deshaciéndose del nudo que formaban los brazos de Aileen alrededor de su cuello para salir de la piscina.

Ella lo miró confundida con la humillación pintada en su rostro. Álvaro ni se giró, me llevó hasta una de las tumbonas para envolverme en una toalla y colocarse otra alrededor de la cintura. Recogió mis ropas y volvió a tomarme en brazos con el rostro impassible.

—Me llevo a Soraya para que pueda cambiarse. Ya sabes qué habitación podéis usar

—le indicó a su hermano con fría indiferencia.

Se me escapó un grito sobresaltado cuando recorrió conmigo en brazos, pasillos y escaleras a una velocidad vertiginosa, pero a la vez tan ligera que tenía la sensación de estar flotando en el aire. Cuando se detuvo, nos encontrábamos en una espaciosa habitación semicircular que debía estar situada en la cima de una de las torres.

Enfrente de nosotros, una gran cristalera daba a un balcón con vistas al mar. Una enorme cama ocupaba el centro de la pared recta, mientras que en el tramo curvo, justo frente a la cama, había dos sillones y una mesita con varios libros.

Con un beso en la frente, Álvaro me depositó en el centro de la estancia y se alejó de mí.

—¿Qué fue lo que te dijo? —Seguía intrigada por el cambio que habían provocado las palabras de su hermano.

—Me recordó mis límites —respondió amargo.

—¿Y a él que le importan? —espeté acercándome a él.

—Hizo bien. Hasta que Noa regrese y me dé un motivo justificado debo acatar sus ordenes —lo defendió sombrío.

Lo estudié con atención. Habían reaparecido las arrugas en su entrecejo y tenía los labios apretados. Ya estaba otra vez preocupado. Intenté calmar la ira y la frustración que bullían dentro de mí. ¡Hacía apenas un rato que había estado relajado y feliz! Se me cayó el corazón a los pies de verlo así. Alcé la mano para girar su rostro hacia mí.

—¡De acuerdo! —Sonreí—. Me pondré un cinturón de castidad. Lo que no quiere decir

que no podamos encontrar otras maneras de disfrutar, ¿o eso también iba en el

contrato? —pregunté con repentina suspicacia.

Sus labios se curvaron al atraerme hasta él.

—No. Creo que eso se le pasó aclararlo en las cláusulas. —Suspiró depositándome un

beso en la clavícula—. Pero ahora deberías ir a ducharte, no quiero que te resfríes. —

Me empujó con delicadeza hacia una puerta. El cuarto de baño era una verdadera invitación a la relajación. Una bañera de hidromasaje estaba ubicada justo debajo de

una ventana con vistas al magnífico paisaje; la ducha a la que me guio estaba escondida tras la falsa pared en la que se situaban dos lavabos—. Allí tienes todo lo que necesitas. —Señaló un mueble empotrado haciendo ademán de marcharse.

—¡No tendrás pensamiento de dejarme aquí sola!

Incluso a mí me sorprendió mi atrevimiento.

—Ahora mismo no creo que tenga el control necesario para poder ducharme contigo.

—Sonrió cansado.

—¿Y si yo controlara por ti? —le incité.

—Mi autocontrol ni siquiera sería capaz de sobrevivir con verte de nuevo en ropa interior, muchísimo menos desnuda —replicó con una mueca.

—Eso tiene fácil solución —repliqué decidida. «No voy a permitir que mi chico acabe

esta estupenda velada deprimido», me prometí a mí misma—. ¡Quédate aquí quieto! —

le ordené antes de salir disparada.

Busqué el bolso que Álvaro había dejado junto a mi ropa y saqué el pañuelo de seda

negro que me había traído por si hacía mucho viento y tenía que sujetarme el pelo.

Regresé corriendo hasta él, quien seguía inmóvil esperándome con el ceño fruncido.

—¿Qué has hecho, Soraya? —me exigió alterado.

—He cogido un pañuelo para taparte los ojos —le expliqué animada.

—No. No me refería a eso. Estoy hablando de lo que acabas de hacerme a mí.

Parpadeé. ¿A qué se refería? No tenía claro si estaba molesto o confuso, o quizás las dos cosas.

—¿Qué se supone que te he hecho?

—¡Acabas de darme una orden!

«¡¿Qué?!».

—Simplemente te dije que te quedaras ahí quieto, tampoco es como para que te pongas

así —repuse ahora a la defensiva.

¿Qué mosca le habría picado?

—No lo has entendido. Me has «impuesto» una orden. Es como cuando Noa me manda

algo. No tan fuerte ni tan potente pero con la compulsión suficiente como para sentirme obligado a obedecerte —explicó anonadado.

—¿Te he impuesto mi voluntad? —¿Me estaba tomando el pelo? Su reacción

parecía

sincera—. Lo siento, no pretendía hacer nada por el estilo. Debe de haber sido el amuleto —me disculpé impactada.

—No. No estoy enfadado. Simplemente no me explico cómo has sido capaz de hacerlo.

—Movié la cabeza incrédulo.

Lo estudié con atención. Seguía allí quieto, sin moverse, intentando asimilar lo que había pasado. ¿Podía yo realmente darle órdenes? No se me ocurría por qué y para qué

querría yo obligarlo a nada, ¿o sí? Ladeé la cabeza pensativa ante el plan que fue tomando forma en mi mente.

—¡Soraya! —me llamó la atención—. ¿Qué se te está pasando por la cabeza?

—Te enfadarías mucho si te diera un par de órdenes más —le pregunté inocente—.

Sería interesante ver si funciona o no, ¿verdad?

—¡Soraya! —gimió impotente.

—Vale. ¡Date la vuelta! —Usé la misma determinación con la que lo había tratado antes.

Él se giró gruñendo. Me acerqué para ponerle la venda sobre los ojos.

—Soraya. No hagas pamplinas. Esto no es un juego.

—¿Ves algo? —Ignoré sus quejas.

—No —refunfuñó disgustado.

—Entonces sígueme a la ducha. Apóyate con las manos en la pared y no te muevas —

seguí dictándole; mientras, le quité la toalla de la cintura y traté de no fijarme demasiado en cómo su imponente erección se transparentaba bajo la tela mojada de sus

slips.

—¡No te pases! —protestó.

—Lo que tú digas, oh, todopoderoso vampiro. —Le propiné un sonoro beso sobre el hombro—. ¿Hay agua caliente? —Abrí con cuidado el grifo de agua caliente y regulé

la temperatura hasta que salió perfecta—. ¿Para qué son todos esos botones?

Me mordí los labios estudiando los diminutos dibujos que aparecían sobre cada botón,

buscando el que me indicara cómo hacer que funcionaran las alcachofas alineadas en la pared. Para ser un vampiro de un siglo de edad, Álvaro no parecía resistirse a la modernización precisamente.

—Usa el botón que está arriba del todo —gruñó Álvaro, aunque sonaba más como un

niño con una pataleta que como si estuviera enfadado.

Cuando seguí sus instrucciones una tenue lluvia inundó toda la ducha desde el techo.

Me eché gel de baño en las manos y lo distribuí por su piel, acariciándole la tersa espalda, masajeándolo para deshacer toda la tensión de los rígidos músculos. El gel resbalaba con facilidad y, aunque no movía ni los pies ni las manos, Álvaro dejó caer la cabeza hacia delante en un acto de rendición.

Incentivada por su actitud lo enjuagué, me puse de puntillas y reemplacé las manos por labios y dientes. Esta vez gimoteó echando la cabeza para atrás. ¡Aquello prometía! Me quité la ropa interior mojada y me introduje en el hueco que quedaba entre él y la pared. Al igual que antes, tracé el camino con jabón antes de recorrer su piel limpia y húmeda con mi boca. Álvaro jadeó

buscando mi boca con la suya.

—¿Sigues enfadado conmigo? —murmuré.

—¿Me permitirás moverme?

—¡No! —Le mordisqueé la mandíbula.

—Quítame la venda.

—No. —Conseguí permanecer firme.

—¡Entonces pégate a mí y bésame! —suplicó ronco.

—Lo aceptaré como una orden. —Obedecí feliz.

—¡Maldita sea! —maldijo enfadado al alzar la cabeza.

—¿Te he hecho daño? —Me paralicé repasando mentalmente todos mis gestos.

—Fernán está aporreando la puerta del dormitorio.

—¡Ignórale! —repuse enojada.

—Piensa echar la puerta abajo si no le abro —masculló irritado.

Inhaló profundamente despegándose de la pared y quitándose el pañuelo de los ojos.

—¡Hey! ¡Tramposo! ¡Me has estado tomando el pelo! —Indignada puse los brazos en

jarra.

Demasiado tarde me di cuenta de que estaba desnuda y exhibiéndome, mientras él seguía medianamente cubierto por sus *slips*. Tragué saliva cuando sus ojos hambrientos devoraron mis pechos.

—No. Conseguiste dominarme de verdad. —La comisura de sus labios se torció a la

izquierda—. Aunque no tienes la suficiente fuerza y técnica como para que un poderoso vampiro como yo no pueda rebelarse contra ti. —Me cogió por la cintura para pegarme

a su cuerpo y bajó la cabeza para besarme, pero antes de rozarme los labios maldijo de

nuevo—: ¡Maldita sea!, ¿qué diantres le pasa a ese loco? —Se enderezó para enrollarse una toalla alrededor de la cintura y dirigirse al dormitorio.

Suspiré apoyándome en la pared. La cosa no había acabado como planeé pero me sentía feliz. Suponía que eso era lo más importante. Me lavé la cabeza y me enjaboné

deprisa antes de salir. Cuando llegué al dormitorio envuelta en una toalla, Álvaro ya se encontraba vestido. Lo encontré reclinado en el umbral del balcón, centrado en el mar.

¿Qué había pasado ahora? ¿Es que no existía manera de conseguir que este hombre fuera dichoso durante un rato? Me acerqué a él, pero en cuanto estuve a su alcance me giró para abrazarme desde atrás, sembrando mi nuca de pequeños besos.

—Nunca se me había pasado por la cabeza que eso de la dominación pudiera llegar a

gustarme. —Atrapó el lóbulo de mi oreja entre sus dientes—. Sin embargo, ahora estoy

hasta tentado de volver a morderte y tomar más de tu sangre para ver si ese es el motivo por el que conseguiste imponerte y ver quién de los dos es más fuerte —

bromeó.

—Mmm... ¿Vas a intentar dominarme también tú a mí? —No pude evitar el estremecimiento que me recorrió ante la idea.

Álvaro carcajeó ronco.

—Anda, ve a vestirte antes de que mi hermano regrese... o yo cometa una locura.

—Álvaro...

—Luego —me interrumpió con firmeza empujándome con delicadeza hacia la habitación.

Cuando llegamos a la planta baja, la tensión en el ambiente era palpable. Aileen se encontraba perceptiblemente abatida; estudiaba el dibujo de los azulejos, tratando de no mostrar su vulnerabilidad. Fernán, que se encontraba en la otra punta del salón, me recibió con una mirada acusadora.

El camino de retorno fue silencioso. Fernán insistió en que Álvaro condujera y él ocupó el asiento del copiloto, dejándonos a Aileen y a mí en los asientos traseros.

Nadie se opuso a los extraños caprichos de Fernán, pero advertí cómo Álvaro ojeaba a

su hermano de hito en hito, como si le extrañara su actitud. Al llegar al apartamento, Fernán se despidió de Aileen con un gélido roce en la mejilla y le metió prisas a Álvaro cuando este quiso tomarse su tiempo para besarme. Realmente me habría

gustado mandarlo a freír espárragos. Tuve que conformarme con un cariñoso beso en la frente, antes de que Álvaro se retirara mascullando algo ininteligible sobre su hermano.

—¿Qué mosca le ha picado a Fernán? —interrogué intrigada a mi compañera cuando cerramos la puerta del apartamento detrás de nosotras.

—¡Y yo que sé! Está de lo más raro. Ni siquiera ha querido hacer el amor conmigo —

se quejó lastimada.

—¿Os habéis peleado?

—¡Ni siquiera eso! ¡Sencillamente no estaba! —se lamentó sulfurada—. Es como si toda su atención hubiera estado en otro sitio.



CAPÍTULO 19

A la mañana siguiente, cuando entré en la cocina, me bastó un vistazo a Aileen para saber que seguía de mal humor.

—Fernán ha mandado un mensaje por WhatsApp para decirnos que esta noche vamos a

ir a la Quinta da Regaleira —me comunicó seca.

—¿Por la noche? ¿A qué hora cierra aquello? —Metí la leche en el microondas y la miré por encima del hombro.

—No iremos en horario de visita. Prefieren ir cuando la propiedad esté cerrada.

Supongo que iremos por los pasillos subterráneos que nos mencionaron anoche.

—¡Genial! Me parece fascinante lo que nos contaron sobre esos pasadizos. ¿Piensas pasarte todo el día así? —Me senté enfrente de ella.

—No lo sé. —Encogió desganada los hombros mientras removía su café—. Me siento

rechazada y humillada. No sé qué le pasa a Fernán, ni el porqué de este cambio tan repentino, pero lo que es todavía peor es que no puedo controlar mis ganas de querer

estar con él a pesar de todo —farfulló malhumorada—. Eso me hace rabiar y no me gusta. Es un vampiro idiota y caprichoso. ¡Ojalá supiera cómo devolvérsela! ¡Ya me gustaría verlo arrodillado ante mí pidiéndome perdón!

—Puede que solo esté pasando un mal rato por algo. Seguro que todo se arregla en cuestión de unos días. Desde que Noa se ha ido están todos muy intranquilos. Es como

si cada uno de ellos tuviera un miedo asociado a ella y necesitaran que regrese para resolver su conflicto. ¿No has reparado en eso? —intenté calmarla.

—Puede que tengas razón —admitió Aileen con un suspiro—. Pero me sigue repateando que un hombre me trate de esa forma. ¡Jamás he dejado que ninguno me



trate así!

Armadas con linternas hasta los dientes, les seguimos por los túneles que llevaban de la mansión hasta la finca. Sentía en el estómago el nudo de la aventura. Todo incitaba a ello: la oscuridad, aquella tétrica galería de pasillos subterráneos que debían de constituir un auténtico laberinto a deducir por los cruces y ramificaciones por los que pasábamos de vez en cuando, la fama del lugar esotérico que íbamos a visitar en plena noche y, para colmo, íbamos acompañadas por cuatro vampiros: Álvaro, Fernán, Lea y

Karima.

Aquel lugar olía a una mezcla de humedad, rancio y, algunas veces, incluso a cloaca.

Hacía un frío tremendo, a pesar de que en el exterior la temperatura sobrepasaba los

veinticinco grados. Noté que no éramos las únicas a las que nos molestaba aquel olor

nauseabundo. Ellos, de cuando en cuando, se paraban y escudriñaban algún oscuro pasillo, olisqueándolo y compartiendo miradas tensas. Álvaro me pasó el brazo por el

hombro en cuanto se percató de que tenía la piel de gallina. Aunque yo no sabría decir con exactitud si aquello era debido únicamente a la temperatura o a los restos que echaba mi imaginación.

Fernán mantenía la misma actitud rara del día anterior. Aunque aparentaba amabilidad

y diversión seguía manteniéndose frío y distante con Aileen y, para mi enorme frustración, no se despegaba de Álvaro ni a sol ni a sombra. Por las ojeadas llenas de extrañeza que le echaba su familia de tanto en tanto, deduje que a ellos tampoco debía de resultarles normal el comportamiento de Fernán.

Álvaro apretaba los labios de vez en cuando como si le desagradara tenerlo como su

permanente guardaespaldas; no obstante, no le oí pronunciar ni una única queja.

No menos llamativas resultaban las miradas que Fernán me iba echando, cargadas de

especulación, complicidad, intención y otros significados que no conseguía terminar de definir. Eran miradas directas, sin disimulo, de las que solo podía escaparme manteniéndome a la espalda de los demás.

Respiré aliviada cuando llegamos al final de los pasadizos pero me duró poco cuando

comprendí dónde nos encontrábamos: una diminuta capilla, cuyo encanto no evitaba la

sensación macabra de haber irrumpido de madrugada en un terreno santo.

—Hay otra entrada a la casa de Carvalho, pero hace poco cambiaron la llave de la cerradura y hemos pensado que preferiríais no tener que saltar desde la ventana —

explicó Álvaro con una media sonrisa.

—¿A qué jugabais cuando veníais aquí?

—A ser vampiros —reveló Fernán con una risita baja, en la que cayeron también Lea y

Karima—. ¿No te ha contado Álvaro que de pequeños no éramos tan obedientes y buenos como ahora? —Retó a su hermano con la mirada, quien inmediatamente desvió

incómodo la suya.

—Mi padre intentó inculcarnos autocontrol y a aprender a subsistir principalmente con sangre animal, pero en aquella época la llamada de la sangre humana nos superaba. Es

el equivalente a que pretendan alimentarte con hamburguesas de tofu, cuando lo que de verdad te gusta es una hamburguesa de ternera —explicó Álvaro serio—. Aunque normalmente nos soltaban animales para que pudiéramos cazarlos, Carvalho a veces nos traía a jóvenes muchachas sin que nuestro padre lo supiera.

—¿Por qué no os daba vuestro padre directamente la sangre en casa? Habría sido mucho más fácil controlaros de esa forma —intenté aparentar lógica y tranquilidad ante sus comentarios, pero en mi mente se mezclaron imágenes llenas de lujuria y terror.

—Somos depredadores. Tenemos la necesidad innata de cazar —intervino Fernán con

un tono que dejaba claro que estaba orgulloso de estar en la cima de la pirámide alimenticia.

Álvaro se mantuvo atento a mis reacciones. Parecía compungido. ¿De verdad podía culparlo porque en su juventud lo dominaran su naturaleza? ¿No era como esperar que

un león fuera vegetariano? Siguiendo mi instinto protector, recorrí los dos metros que nos separaban y me puse de puntillas para darle un beso en la mejilla.

—¿Cuándo vamos a empezar la visita por vuestra famosa zona de diversiones?

Sentí como respiraba aliviado por mi pregunta.

—Tengo que regresar un momento a los pasadizos. Hemos detectado un olor extraño en

los túneles y prefiero comprobarlo antes de que regresemos por ellos. No es nada de lo que debáis preocuparos. —Me rozó la frente con sus labios—. Será solo una cuestión

de minutos.

Aileen y yo fuimos las únicas que nos sobresaltamos cuando sonó el móvil de Lea.

—Álvaro, Lucía te reclama en la mansión. Dice que es urgente.

Él intercambió una mirada inquieta con Lea, hasta que ella asintió en silencio.

—Parece que las cosas siempre vienen de dos en dos. Intentaré regresar lo antes posible —me prometió Álvaro con un beso en la frente antes de desaparecer por la entrada a los pasadizos.

Karima cerró la entrada tras él mientras salíamos de la capilla. El lugar tenía una extraordinaria mezcla de encanto, misterio y terror. La noche de luna nueva apenas nos aportaba visibilidad a mí y Aileen, que dependíamos de nuestras linternas para ver mientras Fernán, Karima y Lea se paseaban como Pedro por su casa. A medida que avanzábamos por el extraordinario jardín, me imaginaba lo que pudieron ser las noches de cacería de Álvaro y Fernán en aquel paraje. Mi mente ignoró las escenas de bacanales en las que Álvaro seducía a una o más muchachas para alimentarse de ellas

mientras hacían el amor, y lo que quedó fueron las escenas de chicas corriendo por sus vidas por aquel tenebroso lugar, escondiéndose aterrorizadas ante lo desconocido y huyendo ante lo inevitable.

—¿Qué?, ¿os atrevéis a probarlo? ¿Queréis ser nuestras presas? —nos incitó Fernán a

Aileen y a mí, como si me hubiera leído la mente.

Mi primera reacción fue negarme. Todo allí era demasiado real, me conocía lo suficiente como para saber que me iba a sentir trasladada en el tiempo, aterrorizada porque me cazara un vampiro. Si Álvaro hubiera estado allí... pero no estaba, ni yo sabía cuándo regresaría. Fernán abrazó a Aileen desde atrás.

—¿Te ves capaz de escaparte de mí? —le murmuró al oído lo suficientemente alto como para que yo también pudiera oírlo.

A Aileen repentinamente se le iluminó la cara y me miró con cara de súplica.

—Vamos a probarlo, por favor, Soraya. ¿Te imaginas la experiencia? Será única, como

la mejor casa del terror que puedas encontrar en un parque temático.

—¿Estáis seguras? —Lea le lanzó una ojeada llena de recelo a Fernán. Ni ella ni Karima parecían demasiado encantadas con el plan—. No es por fastidiaros la diversión, pero a ver si al final os vais a asustar de verdad.

—¿Y no crees que les pueda resultar fascinante sentirse cazadas y poner a prueba cuán capaces son de escapar de criaturas sobrenaturales? —preguntó Fernán con tono sugerente.

Si no hubiera estado mirándolo boquiabierta, me habría perdido la forma en que el pulgar de Fernán pasaba peligrosamente cerca del pezón de Aileen en una insinuante caricia. ¡De modo que de eso iba todo! Fernán quería deshacerse de nosotras para montárselo con Aileen, y ella obviamente estaba extasiada de haber recuperado su atención.

—¡Sí!, ¡por favor! ¡Tiene que ser divertido! —insistió ilusionada Aileen.

¿Quién se negaba a eso? Me rendí ante lo inevitable. En cuanto se hubieran largado los dos, les explicaría a Lea y Karima que yo prefería dar un paseo tranquilo por los jardines.

—De acuerdo entonces. ¿Cómo funcionan las reglas? —indagué desganada.

—Tenéis quince minutos para escaparos o esconderos, después iremos a por vosotras

—explicó Fernán—. Soraya no te pongas demasiado a la defensiva, no queremos que

nos des una de tus descargas, ¿verdad? ¡Esto no es más que un « juego»!

Antes de que pudiera analizar el significado del extraño brillo en los ojos de Fernán, Aileen ya me estaba tirando del brazo para arrastrarme con ella.

—¿Te importa que nos separemos? —susurró sin aliento al llegar a un cruce y apagar

su linterna—. Tendremos más oportunidades —alegó.

—Quieres que Fernán tenga la posibilidad de separarse de las demás y

perseguirte a ti

—la corregí mordiéndome el labio al ver su gesto de culpabilidad.

—Lo entiendes, ¿verdad? —musitó.

—Si no lo hiciera, no me encontraría aquí.

—¿Serás capaz de entretener a Lea y a Karima para que no vengan a buscarnos?

Prefiero que no lo sepan.

Estuve por confesarle que nadie allí era lo suficientemente tonto como para no darse cuenta de lo que pasaba, pero al final me lo callé. Aileen me había ayudado demasiado como para rechazar su petición de ayuda.

—Estamos perdiendo el tiempo. Vámonos ya, anda. Si quieres que mantenga entretenidas a dos vampiresas, voy a tener que correr lo mío —añadí irónica ante la inevitabilidad de que me encontrarían en un santiamén.

Ambas salimos disparadas en direcciones opuestas. En la oscuridad más absoluta y a solas incluso mi respiración agitada parecía sacada de una película de terror. La tenue luz de la linterna destacaba las sombras y, a veces, me sobresaltaba al iluminar alguna estatua. Mi fantasía empezó a brotar. Me veía trasladada décadas atrás, corriendo por mi vida, mientras los vampiros intentaban cazarme. Una idea tenebrosa invadió mi mente. ¿Y si su instinto depredador se disparaba por la caza? ¿Podría acabar el juego en algo más? Recordé las palabras de Lea acerca de la bestia, de su dificultad para controlarla. Mi mente recuperó las imágenes del brillo amenazador en los ojos de Fernán y la reticencia de Lea y Karima a participar en la caza y —¡maldita sea!—

¡Álvaro no estaba!

Mi corazón comenzó a latir con frenesí. Llegué hasta la entrada de lo que simulaban ser unas cuevas. La disyuntiva entre entrar allí a esconderme y seguir corriendo no fue demasiado grande. Estaba reventada y me dolía

incluso el esfuerzo de respirar.

Además, necesitaba calmarme. La idea de que pudiera dominarles su parte animal y depredadora me resultaba una opción cada vez más real.

El estrecho pasillo y sus intrincados recovecos no me permitían ver dónde terminaba.

Cuando la linterna comenzó a parpadear para finalmente apagarse, el pánico me invadió por completo hasta robarme el aire de los pulmones. La cerrazón era tan absoluta que fui incapaz de distinguir mi mano delante de los ojos. Agité ansiosa la linterna y pulsé los botones de apagado y encendido con furor, pero nada, no había forma de hacer funcionar el dichoso trasto.

Si me cogían allí no tendría escapatoria posible. ¿La habría de todos modos? Me apoyé en la pared y me deslicé hasta el suelo. Me concentré en inspirar y espirar, tratando de tranquilizarme. ¿No sería que me estaba dejando llevar por mi imaginación enfermiza?

Me encontraba en un sitio desconocido, rodeada de la oscuridad más completa y perseguida por los depredadores naturales de los humanos. No tenía muy claro qué era

lo que me asustaba más, que me encontraran o quedarme allí sola toda la noche. En las películas, los héroes siempre se quedaban quietos cuando se les acercaba un animal peligroso: huir incitaba a la caza. Se me escapó una risita histérica. ¿A dónde iba a salir corriendo si no veía más allá de mis narices?

Intenté aclararme las ideas. Para empezar: nada de correr ni de huir, hasta ahí todo estaba claro. A continuación, necesitaba salir de las cuevas; cuanto más tiempo permaneciera allí sentada más loca me iba a volver. Toqué mi amuleto para infundirme

seguridad e inhalando con fuerza me incorporé. Palpando las paredes, fui avanzando poco a poco, rezando por encontrar una salida. Ya debían de haber pasado los quince

minutos. ¿Cuánto tiempo tardarían en encontrarme? Agucé los oídos tratando de distinguir algún sonido, pero todo permanecía en un silencio sepulcral

irrumpido solo

por el pausado plop, plop de unas gotas de agua al caer. Comencé a pensar en Aileen, me asustaba lo que pudiera ocurrirle. De los tres, Fernán parecía el más peligroso, el más voluble. ¿Sería capaz de mantener bajo control su instinto depredador?

Con alivio constaté que a unos tres o cuatro metros comenzaban a distinguirse alguna

claridad, lo que indicaba una posible salida. No veía más que sombras borrosas, pero

el simple hecho de poder apreciar algo ya era motivo de regocijo. Automáticamente mis pasos se aligeraron.

—¡Hm! ¿No tendrás intención de escapar de mí, verdad?

No pude precisar de dónde venía la voz, pero el susto inicial fue inmediatamente sustituido por alivio.

—¿Álvaro? —La alegría y el consuelo de que estuviera allí conmigo eran enormes.

—¡No te muevas! No vayas a hacerte daño, bebé —me advirtió y antes de acabar de

hablar ya me estaba abrazando desde atrás.

Intenté darme la vuelta, pero me retuvo allí quieta, por lo que me apoyé en él para sentirme más cobijada.

—¿Estabas asustada? —se burló.

—Aterrorizada más bien. —Me reí sintiéndome ridícula por todas aquellas invenciones estúpidas.

—Entonces supongo que me merezco un pequeño premio por haberte salvado,

¿no crees? —susurró sugerente a mi oído y siguió con la nariz el trazado de mi vena.

Me estremecí ante el roce de sus dientes pero no hice nada para retenerlo. A mi mente vino el vínculo tan especial que compartimos la última vez que me mordió. Me estremecí de deseo, de añoranza por sentirlo de nuevo. Sus afilados colmillos rozaron mi piel. La efímera punzada fue inmediatamente seguida por el placer recorriendo mis

venas y extendiéndose hasta avasallar todas mis terminaciones nerviosas.

Ladeé la cabeza con un gemido, facilitándole el acceso, permitiéndole estar más cerca de mí... pero nada. Algo fallaba. Por algún motivo no fue igual que aquella otra vez.

No fui capaz de sentir su alma junto a la mía. ¿Dónde estaba esa luz llena de calidez y amor que nos iluminaba desde dentro y nos trascendía? El placer era delicioso, sí, pero al fin y al cabo era solo placer.

La decepción se abrió camino dentro de mí. No era que aquello no estuviera bien, pero después de la última experiencia con él yo ansiaba más. Cerré los ojos e intenté relajarme, concentrándome en aquel tibio deleite, esperando que aquello fuera a más al tiempo que él comenzaba a tocar mi cuerpo.

Sus caricias fueron más directas y atrevidas que de costumbre, no existía delicadeza, ternura ni amor en ellas. Aquello era sexo, reconocí. De alguna forma, en mi fuero interno surgió la resistencia. Extrañaba al Álvaro de costumbre, el contraste entre su ternura y calidez interior y el aspecto frío y duro que a veces mostraba al exterior. Esta nueva faceta, hosca y casi animal, me resultaba ajena.

Cuando, de improviso, escuché un siseo salvaje y aterrador proveniente del exterior, me sobresalté horrorizada. En el espacio frente a mí, tenuemente iluminada, distinguí a una Lea desconocida. Mostraba una mueca monstruosa, que dejaba a la vista unos dientes afilados y brillantes. Su cuerpo se encontraba encogido en una postura de claro ataque. Álvaro me soltó y se apartó de mí. Si no hubiera sido por la pared, me habría caído al suelo. El fiero rugido a mi espalda me atemorizó casi tanto como el de la figura femenina; sin embargo,

lo que realmente me dejó aterrada fue la imagen que vi al girarme. El leve atisbo de sus facciones en la penumbra me dejó helada.

—¿Fernán? —Mi susurro fue apenas audible.

En el instante en que Fernán dio un paso hacia mí, salió despedido hacia la oscuridad.

Su gemido de dolor y las piedras que cayeron al suelo me indicaron que se había estampado contra una pared. Me dispuse a huir en dirección opuesta, pero la vampiresa que tenía enfrente, observándome atenta, me hizo dudar de si aquel sería el mejor camino para emprender mi escape.

Lea saltó para atrás, señalándome con la barbilla el camino que me había dejado libre.

Seguía agazapada, mostrando sus relucientes colmillos, pero su vista se mantenía en la negrura a mi espalda, recordándome que Fernán representaba un peligro aún mayor que

ella.

Por simple cuestión de supervivencia, mis pies se movieron en la dirección que ella indicó. Frené justo a tiempo de evitar caerme en el pequeño estanque ubicado a la salida de la cueva. Salté sobre el camino de piedras que atravesaba el agua procurando no perder de vista a Lea, aunque eso me supuso alguna que otra caída y tropiezo. Solo cuando llegué a tierra firme comencé a correr sin echar la vista atrás.

Al llegar a una zona llana me sobresalté: Lea se encontraba de nuevo frente a mí. Toda su atención se mantenía concentrada a mi espalda. Me giré asustada. Fernán se

encontraba allí observándonos inquieto. Le habló a Lea en aquella extraña lengua que yo no entendía, con tono conciliador, ¿o era de súplica? La respuesta de ella fue un largo siseo pero relajó su postura defensiva.

—No era mi intención hacerte daño —masculló Fernán, esta vez dirigiéndose a mí.

—¡Me has mordido! —le acusé sin poder evitar que el temblor de mi cuerpo se reflejara en mi voz.

Su aplomo se vino abajo.

—Lo sé, pero es que... —Movi6 los brazos en el aire como si estuviera perdido—.

Noa dijo... Se supone que tu futuro est1 relacionado con el mío. Tú eres la Elegida.

Por eso nos orden6 custodiar tu virginidad —explot6—. ¡Es lo único que tiene sentido!

—¿De qué diantres est1s hablando? —chillé tan enfadada como confundida.

—El otro día os oí hablando en la playa. Todo encaja. Pero soy yo, no Álvaro quién

debe seguir la línea de sangre —siguió farfullando de forma incomprensible.

Lea había abandonado su actitud agresiva y ahora lo contemplaba perpleja.

—Mira, no tengo ni idea de qué es de lo que est1s hablando ni me importa, pero deberías avergonzarte por lo que has hecho. Has traicionado a tu hermano y a Aileen

—repuse enfurecida—. ¿Es que no te importan ni lo más mínimo?

—No me siento orgulloso de lo que he hecho. —Se encogió como si le hubieran propinado una patada en el est6mago—. Pensé que si establecía un vínculo contigo...

que sería más fácil para ambos. Pensaba que tu destino ya estaba escrito junto al mío, pero si eso no es así... —Alzó la cabeza alarmado.

Seguí su mirada. A mi derecha, a pocos metros de distancia, Álvaro examinaba con los

puños apretados y los ojos entrecerrados las marcas de mi garganta. Su rostro se congeló en un gesto de crispación.

—¿Lea? —La miró a los ojos durante unos segundos interminables.

La tensión se respiraba en el ambiente. Podía percibir cómo la furia lo dominaba incluso antes de que rugiera con fiereza y se arrojara sobre su hermano, salvando los siete metros que los separaban de un solo salto.

Sus cuerpos chocaron entre gritos. Apenas pude distinguir lo que ocurría. Todo pasaba

a velocidad extraordinaria y la penumbra tampoco ayudó demasiado. Hasta donde podía adivinar, la pelea parecía desigual. Al principio Fernán apenas se defendía, pero eso acabó pronto y terminó respondiendo a los ataques de su hermano atacando por su

parte. No sé de dónde saqué el valor de intervenir —supongo que en estos casos una no usa demasiado la lógica—. Fernán acababa de empujar a Álvaro en el aire para alejarlo de él, cayendo a pocos metros de nosotras. Aproveché aquella oportunidad para interponerme en el camino de ambos.

—¡Basta ya!, ¿os habéis vuelto locos? —Mi grito sonó agudo, casi histérico.

Me ignoraron y se lanzaron el uno contra el otro para enzarzarse en una nueva lucha.

Fallaron. En el mismo instante en que ambos saltaron rebotaron contra mi pantalla que los lanzó para atrás. Los dos me contemplaron asombrados, con los ojos dilatados, analizando aquella esperpéntica situación. Fernán se quedó a la defensiva, evaluando

las reacciones de Álvaro. Este se quedó estudiándome tenso, aunque había abandonado

su postura de ataque. Súbitamente, sus facciones se torcieron en una mueca.

—¿Cómo es que tu amuleto no te protegió de él? —preguntó tan bajo que apenas le escuché.

Las sensaciones que habían provocado los labios de Fernán en mi cuello regresaron a

mi mente. Aileen apareció junto a Karima y ambas se pararon a valorar la escena. La

culpabilidad al recordar el placer que me produjo el mordisco de su chico me formó un nudo en la garganta.

—¡Ya veo! —masculló Álvaro asqueado, antes de darme la espalda y alejarse.

—¡Álvaro!, ¡párate!, ¡tienes que escucharme! —intenté detenerle angustiada.

Se detuvo en seco, quedándose anclado durante unos segundos al suelo. Corrí hacia él, pero cuando se giró me quedé petrificada.

—¿Otra vez intentas darme ordenes? —escupió lleno de furia—. No juegues con fuego,

Soraya. No eres más que una novata en esto. No quieras enfrentarte a alguien como yo.

—La amenaza rezumaba tanto desprecio que me hizo estremecer—. Podría salirte muy

caro la próxima vez que lo intentes.

—Álvaro, tienes que escucharla —suplicó Lea.

Él la fulminó con la mirada antes de desaparecer en la oscuridad. El vacío que quedó

fue absoluto. Las sensaciones de impotencia e inevitabilidad quedaron en nada, comparados con la agonía que me atravesó. Mi corazón amenazó con despedazarse,

sobrepasado por el dolor que era capaz de soportar.

—Lo siento. Ha sido culpa mía. —Oí la voz desolada de Lea a mis espaldas—.

Vio las

imágenes en mi mente, pero no acabó de verlas todas y luego detectó tu sentimiento de culpabilidad y se formó una idea equivocada.

Me giré. Karima y Lea parecían estar teniendo una de esas conversaciones telepáticas.

Fernán permanecía inerte, sentado en un banco, con el rostro escondido entre sus manos, en tanto que Aileen lo registraba todo impasible.

Alzé las manos a mi nuca para quitarme el enganche de la cadena.

—¡Soraya! ¿Qué estás haciendo? No puedes quitarte el amuleto. ¡Es tu protección! —

exclamó Aileen con ojos abiertos por el horror.

Estudié el colgante en la palma de mi mano. Era un objeto, nada más que eso, algo que no podía quitarme el sufrimiento, ni mis sentimientos. Había comenzado a controlarme

la vida y también iba a imponerse en mi futuro si no le ponía fin a esta situación.

Ningún objeto debería ser tan poderoso como para determinar tu destino. Le cogí la muñeca a Aileen y lo deje caer en su mano. Fui consciente de la mirada de los tres vampiros, de lo vulnerable que era ahora ante ellos, pero me daba igual. Dudaba mucho que pudiera disfrutar de la suerte de que uno de ellos acabara con el padecimiento que me embargaba. Miré a Fernán.

—Ahora, quizás, las cosas te encajen mejor —espeté sin reprimir el sarcasmo —.

¿Sería posible que alguien me enseñe cómo salir de aquí?. Quiero irme —le dije a Lea.

El camino de regreso fue tenso. Aileen no se separó de mi lado aunque yo evitaba que

podiera tocarme. Tenía derecho a sufrir, a recrearme en mi dolor, no quería que ella me lo quitara. No cuando además, ella probablemente seguía sin entender del todo lo que

había ocurrido.

¿Qué habría pasado si Lea no hubiese llegado? ¿Hasta dónde habríamos llegado Fernán

y yo en aquellas oscuras cuevas? No había sido como con Álvaro en el bosque, pero el

placer estuvo ahí, yo lo había sentido. ¿Debería confesarle todo eso a Aileen?

Posiblemente la verdad, la de que las intenciones de Fernán fueron mucho más allá de

simplemente tomar mi sangre la destrozaría, pero si se lo ocultaba o le mentía... ¿no

era eso también traicionar su amistad y confianza?

Fernán nos seguía con la cabeza gacha y los hombros caídos, como si llevara una gran

carga a cuestas. Su habitual sarcasmo y sentido del humor se habían perdido.

Cuando llegamos a la mansión no quedaba ni rastro de Álvaro. Lucía nos recibió compungida, como si ya supiera todo lo que había pasado. Inspeccionó el ánimo decaído de su hijo, pero reprimió cualquier comentario en mi presencia. Me ofreció ropa limpia y un pañuelo para que pudiera taparme las incisiones y arreglar el estropicio de mi paso por los túneles y el estanque. Aunque lo único que quería era largarme de allí y perderlos a todos de vista, pensé en Gladys y la posibilidad de que llegara a verme con aquella pinta.

Después de cambiarme, Lea y Karima me esperaban para llevarme a Cascáis. Aileen y

Fernán habían desaparecido. ¿Me podría perdonar Aileen cuando descubriera

la verdad?



CAPÍTULO 20

—Álvaro acabará por calmarse y terminará de escuchar toda la historia —me aseguró

Lea intentando infundirme ánimos durante el retorno al apartamento.

Aunque fuera cierto, me pregunté si serviría de algo. No solo me había dejado engañar por Fernán sino que, además, lo había disfrutado, lo había defendido y para rematar le di a Álvaro una de esas órdenes que ni sabía que lo eran. ¡Como si yo supiera verdaderamente cómo funcionaba el dichoso colgante!

—Perdona mi indiscreción... —Karima reclamó mi atención a través del espejo

retrovisor—, pero... ¿por qué sentiste vergüenza y culpabilidad cuando Álvaro te interrogó? No acabo de comprenderlo.

—No fui consciente de que fuera Fernán el que estaba allí en las cuevas conmigo, confundí su voz con la de Álvaro cuando me habló, pero a pesar de eso... Eso no justifica que... —Resultaba humillante admitir aquello, pero suponía que era justo que

supieran la verdad. Tragué saliva—, que sintiera placer cuando me mordió —musité

—. No fue como la vez que pasó con Álvaro. No fue tan intenso, ni tan especial, pero

incluso así lo disfruté.

Me froté los ojos deseando borrar todos aquellos malditos recuerdos de mi memoria.

—¡Hm! Creo que Álvaro te debe una disculpa —afirmó Karima pensativa—. Será muy

duro para él cuando descubra el error que ha cometido. —Sonaba apenada.

—No creo que le haga mucha gracia que yo permaneciera extasiada en los brazos de su

hermano —bufé.

—Lo raro habría sido que no lo hubieras disfrutado —intervino Lea repentinamente animada—. Los «besos» de vampiro o mordiscos, cómo quieras llamarlo, son



placenteros por una pura cuestión evolutiva y práctica. Nuestros colmillos inyectan una droga natural que produce placer. ¿Te imaginas que fueran dolorosas para nuestros donantes? Nadie aceptaría ser mordido y no pararían de resistirse y sufrir durante todo el proceso. —Lea se sacudió, aparentemente repulsada por esa idea—. Si aisláramos

esa sustancia y te la inyectáramos con una jeringuilla seguirías sintiendo exactamente el mismo bienestar.

—Lo que dice es cierto. No tienes que sentirte culpable por el placer que te produjo el mordisco, y confundir a Fernán con Álvaro tampoco fue tu culpa.

Fue él quien te engañó. Imitar voces es una de nuestras habilidades —afirmó Karima. Mi corazón dejó

de latir cuando ella acabó de hablar con la profunda y aterciopelada voz masculina de su sobrino—. Álvaro únicamente vio las imágenes en las que Fernán te mordía, luego

detectó la vergüenza que sentiste cuando te preguntó por el amuleto y la conclusión lógica a la que llegó fue que querías que ocurriera. Si además añadimos sus miedos desde la «confusión» de Noa, lo que pasó hoy lo interpretó como una confirmación de

sus temores, el cumplimiento del destino, pero incluso él tendrá que admitir que no tienes la culpa de nada.

Me quedé callada durante largo rato, tratando de asimilar su explicación, poniéndome

en el pellejo de Álvaro e intentando comprender su reacción.

—No sé de dónde sacáis todos la idea de que tengo un futuro relacionado con Fernán.

Desconozco las capacidades o las conjeturas de Noa. Únicamente alcanzo a interpretar

mis propios sentimientos; sin embargo, eso basta para tener muy claro que no existe la más mínima posibilidad de que ocurra algo más que amistad entre Fernán y yo; ahora,

en el futuro o en mi próxima reencarnación —afirmé decidida a dejar zanjado ese asunto.

Escuché el portazo del coche desde la terraza. Me sequé las manos sudorosas en el pantalón de pijama. En unos minutos tendría que enfrentarme a Aileen. ¿Qué pasaría si Fernán se lo había contado? ¿Qué debía hacer si él no se lo había contado? Seguía sin tener claro si ser sincera y hacerle daño o callarme la boca y condenarme para siempre. Era la mejor amiga que había tenido nunca y causarle daño era... «¡Dios, yo

no quiero contárselo!»». ¿Pero podríamos seguir siendo amigas si le mentía?
Sería una

carga permanente ser consciente de mi falta de sinceridad y la forma en que
había roto la confianza que existía entre nosotras. Si algún día lo descubriría
seguro que se lo

tomaría como una traición.

En cuanto sonaron suaves golpes en la puerta del dormitorio solté con manos
temblorosas la taza sobre la mesa. Aileen salió a la terraza y se acomodó a mi
lado.

—¿Cómo te encuentras? —indagó calmada. Incapaz de hablar con el nudo que
tenía en

la garganta, me conformé con un leve encogimiento de hombros—. No te
preocupes.

Todo se solucionará. —Me sonrió cogiéndome de la mano—. Fernán hablará
con Álvaro y le confesará cómo te engañó.

La miré atónita.

—¿Te lo... te ha contado todo?

—Sí. —Ella lo confirmó con una sonrisa y un tranquilizador apretón.

—¿Y no estás enfadada? —Temía su respuesta.

—¿Te refieres a si estoy mosqueada contigo?, ¿o con él? —Se mordió el labio
divertida.

—Las dos. —Cabeceé desconcertada por su reacción.

—Para empezar, no podría estar enojada contigo porque tú no hiciste nada —
me consoló—. En lo que a Fernán se refiere, siempre fue sincero conmigo. Me
dejó patente, desde el inicio, que lo nuestro no podía llegar demasiado lejos,
que solo le quedaba este verano y que después tendría que cumplir con sus

obligaciones como descendiente de Athos. —Hizo una mueca antes de continuar—. Sacó sus propias cábalas con las diferentes piezas del puzzle y ha acabado por meter la pata hasta el fondo —resopló moviendo la cabeza de un lado a otro—. Fernán no tenía intención de

hacer daño a nadie y está muy arrepentido. Supongo que lo bueno de todo esto es que al fin me confesó que me quiere y, por supuesto, que ahora soy yo quien tiene la sartén por el mango. —Su risita sonó complacida.

Me asombró que se lo tomara con tanta ligereza, pero me alegré por ella, la notaba feliz. Un enorme peso desapareció de mis hombros, pero el desahogo se convirtió en

una explosión de lágrimas y sollozos. Aileen me abrazó, transmitiéndome inmediatamente su alegría vital.

—Si llego a saber que te iba a afectar tanto enterarte de que no eres el tipo de Fernán, te habría traído dos cajas de bombones y pañuelos —se burló ella arrancándome una

risita nerviosa—. Esperemos que Álvaro le deje con la cabeza sobre los hombros, al



menos el tiempo suficiente para poder sacar provecho de mi nueva posición — bromeó

sin ocultar demasiado bien su preocupación—. Por cierto, esto es tuyo. —Sacó el colgante del bolsillo y me lo devolvió.

—No sé, Aileen. Yo...

—Quiero a ese tonto de capirote, pero sigue siendo un vampiro, igual que los demás.

No podemos olvidarlo. Puede que ni siquiera sea de ellos de quienes deba protegerte

el amuleto. Solo sé que eres la Protegida y que mi familia ha esperado generaciones para encontrarte y poder entregarte esta joya. Tu futuro puede no estar unido al de Fernán, quizás ni siquiera al de Álvaro, pero sea lo que sea lo que te depara tu destino, debe de ser importante cuando cielo y tierra se están involucrando en él. Debemos asegurarnos de que se cumpla —insistió convencida.

No sé cuánto tiempo llevaba mirando la pantalla de mi portátil sin ver nada. Dejé caer la cabeza en mis manos. Debería estar concentrándome en el email que con apenas unos párrafos me daba las instrucciones para cambiar mi futuro más inmediato, debería haber estado extasiada ante la idea de que me invitaran a presentar ese proyecto y la posibilidad de entrar como becaria en una gran multinacional, pero mi mente no paraba de retornar una y otra vez a las conversaciones que había mantenido, primero con Fernán y luego con Álvaro, junto al faro.

Fernán se había puesto en contacto con Aileen a primera hora de la mañana y ella me

había acompañado hasta él. Ninguno de los Mendoza podía entrar al apartamento de los O'Conally debido a algún tipo de protección energética que Gladys había creado para proteger su vivienda. Gladys, a pesar de su amistad con los Mendoza, se había mantenido firme en aquel aspecto: tuviéramos con ellos la relación que tuviéramos, aquella medida de seguridad persistiría, por nuestro propio bien y el de toda la familia.

Cuando nos encontramos con Fernán en el faro, ni sus oscuras gafas de sol eran capaces de ocultar su aspecto demacrado. Me ojeó avergonzado antes de saludarnos.

—Me voy a dar un paseo para que podáis hablar con tranquilidad —sugirió Aileen evaluando mi reacción.

—Me gustaría poder disculparme contigo y explicarte los motivos por los que actué de

un modo tan deleznable, pero lo comprendo si no quieres volver a encontrarte a solas

conmigo —alegó Fernán compungido.

—No. Está bien. Luego te doy un toque —le indiqué a Aileen viendo cómo ella sufría

por la aflicción de su chico.

En cuanto ella se marchó, nos acercamos en silencio a la barandilla que delimitaba la zona. Yo me quedé embelesada en el ir y venir de las olas, en tanto que él se apoyó a mi lado cabizbajo y de espaldas a la valla.

—El otro día te oí preguntando a las chicas sobre Gaia —confesó—. Me imaginé que

aquello podía tener algo que ver con el Amuleto de Gaia y su profecía; que, posiblemente, fuese Noa quien te lo hubiera mencionado. —Escudriñó mi rostro en busca de confirmación—. ¿Te ha contado Álvaro algo acerca de nuestro ritual de procreación? —Trató de valorar el nivel de mis conocimientos.

—Apenas nada —reconocí mi ignorancia.

Él asintió antes de continuar.

—Mi hermano y yo descendemos del linaje vampírico de Athos. Desde hace siglos los

descendientes se aparean con humanas para mantener la calidad e introducir mejoras genéticas en la familia. Esto se realiza a través de un rito en el que solo puede participar el último de los descendientes legítimos durante su vida

semihumana, y únicamente se realiza una vez cada ciento cuatro años. Yo soy ese último descendiente legítimo y la fecha de la ceremonia coincide con el día 31 de diciembre de este año. —

Me miró para comprobar si le estaba siguiendo—. Desde pequeño me han educado y

formado para ello, ya que Álvaro, en teoría, quedaba descartado al no ser un heredero legítimo o eso, al menos, consideraban algunos miembros del Consejo. —Inhaló con fuerza—. Lo que traducido al cristiano significa que he sabido desde siempre que no

podía elegir ni comprometerme con ninguna mujer, dado que mi destino es continuar la

línea de sangre de mi estirpe. El Ritual es prácticamente como un matrimonio. La madre se alimenta durante todo el embarazo de tu sangre para asegurar la supervivencia del feto y la suya propia. Eso acaba estableciendo un lazo tan fuerte entre los dos que pocas veces se rompe —me siguió explicando con un gesto de resignación.

Me entraron ganas de consolarlo y animarlo a rebelarse. Debía de ser difícil aceptar que tu vida estuviera decidida desde tu nacimiento por los demás.

—No conozco la profecía exacta sobre el Amuleto de Gaia, únicamente las sacerdotisas tienen acceso a ese tipo de información, pero sé que está asociado al nacimiento de una nueva especie y también que está relacionado con la «lucha final».

Según nuestra historia, el apocalipsis vendrá provocado por los cuatro Antiguos. Son los vampiros más antiguos que existen, que aguardan la fecha predicha para acabar tanto con los humanos como con la mayor parte de los de mi especie. Esta nueva criatura que dice la profecía que aparecerá es la esperanza de todos para salvarnos.

Teniendo en cuenta que el fin del mundo conocido está previsto para el año 2060 según varios documentos proféticos de la antigüedad que

conservamos... —Fernán encogió los hombros y dejó que yo sacara mis propias conclusiones.

Tardé algo en reaccionar a sus palabras, pero no fue difícil establecer la relación. Si el apocalipsis final estaba previsto para el 2060, el hijo de Fernán sería el último descendiente de la línea de Athos para esa fecha. Aunque comprendía a lo que él quería llegar, todavía me quedaban algunos cabos sueltos.

—Creo que sé por dónde vas. Aun así, aunque mi amuleto fuera el que has mencionado,

aunque yo fuera la Elegida o la Protegida o como queráis llamarlo... ¿Qué podría hacer un único descendiente en una lucha de esa magnitud? —Puse en entredicho su teoría.

—El avance genético de cada generación de *dhampir* es vertiginoso, no seguimos las reglas biológicas humanas. Este niño podría ser radicalmente diferente a cualquier otro vampiro que existe, incluso más de lo que ya lo somos Álvaro y yo. Tampoco tendría

que luchar él solo, quizás, la cuestión radique en que él origine una nueva especie más poderosa, capaz de enfrentarse a los Antiguos. Para eso, únicamente tendría que inyectar su ponzoña y el crecimiento de la nueva especie sería exponencial —concluyó

esperando mi respuesta.

Entendía a qué se refería. Si cada nuevo vampiro creara a otros, en cuestión de semanas existiría un ejército entero. Me estremecí ante aquella visión tan aterradora.

Fernán se percató de mi reacción.

—Lo cierto, es que yo tampoco sé nada. Son todo suposiciones, pero era una de las posibilidades que existían y esperaba que fuera esa —explicó con un ligero abatimiento.

—¿Cuáles son las otras? —intenté averiguar.

—Otra es que no sea yo quién lleve a cabo el Ritual y que Noa no hubiera contemplado

esa posibilidad, porque se da por supuesto que mientras yo «exista» es mi responsabilidad —murmuró sombrío.

—¿Cuál más? —pregunté rápidamente al darme cuenta de las implicaciones de esa suposición.

—Que en realidad tu colgante no sea el Amuleto de Gaia, y que simplemente te interesaste por él por algún otro motivo —sonaba más a pregunta que a afirmación.

Recordé la seguridad de Noa y los cuadros, en especial aquel en el que vestía de aquella manera tan particular. Negué con la cabeza.

—¿Alguna otra hipótesis más? —le interrogué esperanzada.

—No. Ninguna más —replicó en voz baja contemplándose los pies.

Intuía que tenía otra, pero que prefería ocultármela adivinando el daño que me haría.

—La posibilidad de que a tu hermano le ocurra algo y que por eso acabemos juntos tú y yo tampoco existe —afirmé decidida a dejar descartada directamente esa probabilidad

—. No te lo tomes a mal, me caes bien, pero no me veo contigo. Tampoco me han educado para sacrificarme como a ti y, desde luego, no pienso rebajarme a ser utilizada en ese rito como si fuese una incubadora vampírica —acabé procurando mantener mi

indignación ante ese pensamiento a raya.

—Entonces es algo que queda totalmente descartado —confirmó una voz tersa y profunda a mi espalda.

Viré sobresaltada. Mi corazón pegó un respingo al ver a Álvaro a pocos metros de mí,

observando mis reacciones con cautela.

—Puede que todos estemos equivocados, quizás, sencillamente, estemos sacando las cosas de quicio —propuso Fernán—. Yo solo quería explicarte las razones que me indujeron a comportarme de un modo tan detestable y... pediros disculpas a ambos —

finalizó poniendo la mano sobre el hombro de su hermano antes de pasar junto a él y

marcharse.

Los dos nos quedamos estudiándonos en silencio. ¿Estaría Álvaro aún enfadado conmigo? Sus facciones parecían graves, pero sus ojos no fueron capaces de ocultar la vulnerabilidad.

—Siento haberte cogido aquí, de sorpresa —se excusó—. Temía que pudieras negarte

a verme y a darme la oportunidad de pedirte perdón —murmuró.

—¿Cómo sabías que estaría aquí?

—Fernán me insinuó que vendrías.

—¿Ya habéis hablado?

—Me lo explicó todo. Lo que pasó y por qué lo hizo. —Su rostro se crispó dolido—.

Lo siento. Sé que lo que hice y lo que te dije no tiene perdón; me dejé controlar por los celos y por mi instinto de autoprotección. Era todo tan semejante a mis pesadillas y a mis temores que no fui capaz de razonar y darme cuenta de la verdad —musitó—.

Podría haberle retorcido el cuello cuando me confesó cómo te engañó —masculló con

una ráfaga de ira dibujándose en su rostro.

—¿Entonces le has perdonado? —quise averiguar.

—Él no tiene la culpa de cómo reaccioné, ni de las falsas conclusiones que saqué.

También es cierto que no habría sido la primera vez que... hemos compartido una mujer —admitió avergonzado—. Pero en esta ocasión es distinto y yo daba por supuesto que él lo comprendería y que lo respetaría... —Se pasó inquieto la mano por

el pelo antes de continuar—. Es mi hermano y le quiero, pero si tuviera que elegir entre tú y él, siempre ganarías tú —acabó en un martirizado susurro.

—¿Tienes que elegir entre los dos? —Me pareció una idea horrenda.

—Si decides no perdonarle y tuviera que elegir entre vosotros, lo haría.

—¿Y por qué iba yo a cometer semejante barbaridad? —Me impactó su afirmación.

Quise llorar, pero me tragué el enorme nudo en mi garganta. Por un lado me estaba anteponiendo a su propio hermano, pero por otro me veía capaz de obligarlo a semejante aberración. ¿Qué clase de persona pensaba que era?

Advertí como la esperanza y el alivio asomaban a su rostro.

—Entonces, ¿podrás indultarnos a los dos? —preguntó inseguro.

—No tengo nada de lo que indultaros. Después de todo, también vosotros sois humanos, ¿no?

Se acercó despacio a mí para acariciarme la mejilla. Podía sentir su pesar, incluso antes de que abriera la boca.

—¿Pero?

Seguía olvidando que tenía el potencial de percibir mis sentimientos.

—Me siento herida y confundida. —Vi el dolor que cruzó por su rostro antes

de que pudiera disimularlo—. Sé lo que siento por ti y tampoco estoy enfadada, con ninguno

de los dos —recalqué—. Pero no me gusta tu forma de pensar de mí y tampoco tengo

muy claro de qué manera encajar algunas de vuestras costumbres. —Intenté explicarme

lo mejor que pude, pero no era posible ser clara cuando una está hecha un lío —.

Necesito pensar en todo esto con más tranquilidad.

—Si te doy tiempo para reflexionar, ¿me darás la oportunidad de volver a hablar contigo, tomes la decisión que tomes? —suplicó en un susurro rasgado.



CAPÍTULO 21

—¿Cuánto tiempo piensas seguir en este plan? —inquirió Aileen desde la puerta evidentemente enfadada.

—Hasta que acabe el dichoso proyecto —mascullé huraña a pesar del sentimiento de

culpabilidad que me invadió.

—Por qué no aprovechas y de paso escribes una tesis doctoral sobre los miedos y el

encabezamiento humanos —replicó irritada pegando un portazo tras de sí al salir y

dejarme sola de nuevo.

Me abracé y dejé que las lágrimas cayeran sin impedimento. Después de tres días me

había retirado su dosis de energía positiva, escudándose en la afirmación de que si no era consciente del dolor que me producía el mantenerme alejada de Álvaro, no sería capaz de tomar una decisión acertada, ni tampoco de acostumbrarme a su pérdida, si era eso lo que quería. Supuse que tenía razón, pero ¡Dios, cómo dolía! ¿Cuánto tiempo me iba a tomar olvidarme de él? ¿Iba a hacerlo alguna vez?

Tras una semana encerrada en el cuarto, intentando trabajar en el dichoso proyecto con el que pretendía conseguir el contrato de becaria para después del verano, seguía igual o peor que el primer día. El proyecto apenas avanzaba y no pasaba un día en que no me hartara de llorar.

Era totalmente consciente de que amaba a Álvaro con locura. Percibía con cada célula

de mi ser el desgarramiento de la separación. Me sentía como si hubiese encontrado la otra

mitad de mi alma y, cuando al fin se habían fusionado, mi parte más racional me mostraba que era todo una ilusión, un enorme error del que debía huir si quería sobrevivir. Mi lógica era la que tenía la sartén cogida por el mango, dándome un argumento tras otro para no oír los gritos de mi corazón mientras iba desgarrándose.

No me había gustado que Álvaro me considerara una arpía capaz de separarlo de su hermano, pero no se trataba simplemente de la opinión que él tenía de mí. Nuestros mundos eran diferentes. Ninguno de los dos encajaba realmente en el entorno del otro.

Él era vampiro, yo humana; él era un depredador, yo la presa; él era inmortal y lleno de poderes en un mundo donde yo dependía de un amuleto para

protegerme; él era un mujeriego, yo una inexperta en cuestiones de amor... Había tantas y tantas diferencias.

Uno de los puntos que más pesaban eran sus tendencias sexuales. La cuestión no era que no pudiera comprender sus aventuras amorosas del pasado; al fin y al cabo, estaba a punto de cumplir los ciento cuatro años. Mi duda era otra: un hombre acostumbrado a intercambiarse las mujeres con su hermano como si fuesen cromos y cuya principal fuente de alimentación consistía en estas, ¿cuánto tiempo sería capaz de aguantar con una jovencita inexperta como yo, a la que —encima— tenía que custodiarle la virginidad? ¿Cuánto tiempo soportaría la abstinencia?

Estaba segura de que no había estado con ninguna otra durante estas últimas semanas. O

al menos eso era lo que quería creer. Sin embargo, me había confesado que aunque no

mataban a los humanos, sí que se alimentaban de ellos, sobre todo, en territorios como este en los que ya no abundaban los animales de caza. Tenían algunos proveedores voluntarios —probablemente adictos a su droga—; no obstante, tampoco necesitaba ser

muy lista para deducir cuán fácil les debía de resultar seducir a los turistas, que después no recordaban nada de lo que había pasado. Aileen me había contado que los

vampiros masculinos preferían a las mujeres y que no era raro que acabaran manteniendo relaciones sexuales con algunas de sus suministradoras. Ellas salían un poco cansadas pero, al fin y al cabo, después de una noche de placer eso no las extrañaría demasiado. Sentía de nuevo los celos carcomiéndome. ¿Había estado alimentándose de mujeres o de animales mientras estaba conmigo?

Y como si esas ideas no fueran lo suficientemente inquietantes, después de la conversación con Fernán había retornado a mí, una y otra vez, la imagen de aquel bebé en el estudio de Noa y la enigmática sonrisa de esta cuando me quedé embobada en él.

Era algo a lo que no podía dejar de darle vueltas y me asustaban algunas de las posibilidades que se me ocurrían. ¿Y si alguna de ellas era cierta? ¿Y si la muerte de Álvaro dependía de mí? ¿Y si el hecho de que yo estuviera con él les daba a esos vampiros el último empuje para decidir quitarlo de en medio?

Llamé a la puerta de Aileen antes de entrar. Estaba sentada con las piernas cruzadas sobre la cama y, al verme, palmeó sobre el edredón señalándome que me acomodara junto a ella. Me tendí a su lado.

—Creo que te debo una disculpa. Me estoy comportando de una manera totalmente inmadura y estúpida —admití en un murmullo

—¿Te sientes mejor ahora? —preguntó. Negué con la cabeza sin poder retener las lágrimas—. ¿Y no crees que sería mejor dejar de luchar contra lo que sientes y admitir simplemente que le amas? —sugirió con delicadeza.

—Ese no es el problema —confesé con un hilo de voz—. Lo que me asusta es el futuro.

¡Me aterroriza lo que pueda pasar! —sollocé.

—Soraya, ¿qué es lo que está pasando? ¿Qué has estado ocultando? —Aileen me abrazó preocupada.

Casi al instante pude sentir los efectos de su energía vital, que fue sustituyendo, poco a poco, mi angustia. En cuanto acabé de tranquilizarme, le confesé toda la verdad. Le hablé sobre los cuadros de Noa, el niño de rizos azabache, las teorías de Fernán y la profecía del Amuleto de Gaia. Al acabar, me encontré mucho mejor.

—¡Cómo has sido capaz de guardarte todas esas cosas para ti sola! —exclamó indignada Aileen.

—Desconozco lo que significa todo esto. No sé cómo encajarlo y no quería preocuparte, ni que se lo contaras a ellos. La única forma de encontrar una solución a todo este lío es hablando con Noa.

—¿No crees que Álvaro también tiene derecho a saberlo?

—Se sentiría todavía más preocupado.

—De acuerdo, respetaré tu decisión, pero creo que deberíamos contárselo al menos a

mi madre. Quizás, ella pueda ayudarnos de alguna manera —me pidió.

—Es posible que tengas razón —admití secándome las últimas lágrimas.

—¿Vendrás esta noche a la playa? —me animó.

—No sé si seré capaz de resistirme a Álvaro si está allí —repuse indecisa.

—No te resistas. —Sonrió ella con picardía—. Quedándote aquí encerrada no conseguirás escaparte del porvenir, ni tampoco salvarás a nadie.

Cuando llegamos a la caleta ya era tarde. No necesité mucho para encontrarlo apoyado en una roca. Tenía las manos metidas en los bolsillos y me observaba serio, con los ojos ligeramente enrojecidos y profundas ojeras. No hizo ningún ademán de acercarse a mí, por lo que, después de un ligero titubeo fui hasta él. No tenía sentido que intentara evitarlo. Él permaneció absolutamente impassible, registrando cada uno de mis pasos.

Cuando me detuve justo enfrente, a escaso medio metro de él, me di cuenta de que no

había pasado el tiempo. Me sentía exactamente igual que si hubiésemos estado separados apenas cinco minutos. Podía sentir el mismo amor intenso, el mismo anhelo,

la misma calidez que me inundaba cada vez que lo veía.

Durante unos instantes no dijo nada, no se movió, ni siquiera para sacarse las manos de los bolsillos, simplemente siguió contemplándome. Después, me abrió los musculosos

brazos. Me refugié en ellos con un sollozo, mientras él me estrechaba con fuerza y me besaba el pelo y la frente. Podía oír el pausado latir de su corazón

y el suspiro con el que me atrajo más fuerte a él. Me sentía como si me encontrara en casa, en el lugar en el que deseaba estar, el sitio en el que quería permanecer por el resto de mis días.

Levanté la cabeza para poder mirarle a los ojos.

—Yo...

Me puso un dedo sobre los labios.

—Yo también tengo miedo. Me asusta lo que pueda pasar tanto como a ti, pero la única

forma, la única manera de enfrentarme a ello, es teniéndote a mi lado. Te necesito —

confesó en un murmullo—. En lo que a los celos se refiere... —Sonrió al ver mi sonrojo—. Elige a cualquiera de las féminas que hay por aquí —me indicó.

Miré a mi alrededor, intrigada por lo que pretendía hacer. Acabé fijándome en una guapísima morena que se encontraba en pleno flirteo con Paulo. Me volví a mirarle para hacerle saber mi elección. Él asintió con la cabeza y se quedó contemplando fijamente a aquella chica. Apenas pasaron unos segundos antes de que la atención de ella cayera sobre él y le dedicara su mejor sonrisa. La chica se acercó a nosotros ignorándome por completo, a pesar de que seguía en los brazos de Álvaro. Le hablé en

portugués, pero la voz seductora, algunas palabras sueltas que conseguí entender y la mano con la que acariciaba el musculoso brazo, me bastaron para que me entraran ganas de sacarle los ojos a aquella fresca. Álvaro me sujetó más fuerte reteniéndome

pegada a su pecho. Le contestó de forma tajante a la joven que, tras abrir los ojos llenos de incredulidad, me miró y con el rostro cubierto por un bochornoso color carmín regresó al lado de Paulo.

Álvaro me tomó la cara entre las dos manos y la alzó, hasta que nuestros ojos quedaron

frente a frente.

—¡Ahora, escúchame bien! ¡Quiero que entiendas lo que voy a decirte! —dijo decidido evaluando mi grado de atención. Sus ojos parecían taladrarme, como si quisiera penetrar en mi mente para asegurarse que todo quedaría allí grabado—. Puedo

tener a la mujer que quiera, puedo tener su cuerpo, su mente o su alma, incluso sus sueños me pertenecerían con solo desearlo, mirarla a los ojos y tomar lo que desee de ella. Pero de entre todas las mujeres del mundo, de entre todas las que han existido o existirán, yo solo quiero... «necesito»... a una: Tú. —Su alma se reflejaba en su mirada—. Pero únicamente si vienes a mí por tu propia voluntad, si es eso lo que deseas de verdad —añadió con un tinte de inseguridad en la voz.

Toda la angustia y las emociones acumuladas durante los últimos días me pasaron factura. No pude evitar las lágrimas, ni los sollozos, mientras él me apretaba contra su pecho y me besaba la frente.

—Vámonos de aquí. Quiero tenerte para mí solo —me susurró de forma posesiva.

Me limpié la cara como pude intentando que nadie viera mis ojos empañados. Al irnos

advertí la sonrisa que me dirigió Aileen y el guiño de complicidad de Fernán, quien se mantenía pegado a ella.



CAPÍTULO 22

Firmé la nota de entrega y salí corriendo a mi cuarto con el paquete que acababa de llegar. De un salto me senté sobre la cama, crucé las piernas y abrí el delicado papel de seda que envolvía el cartón. Por si la calidad del envoltorio no hubiera sido suficiente indicación, en la caja negra venía grabado con finas letras doradas el exclusivo nombre de la marca, delatando que lo que había en su interior debía de costar una pasta. Al acabar de abrirlo se me cortó la respiración. Me mordí los labios, indecisa entre mis ansias de verlo y esa extraña mezcla de alegría y nervios que me recorrió al comprender lo que significaba. No necesitaba sacar el contenido para adivinar lo que contenía. El delicado encaje negro lo delataba. Me estremecí. ¡Álvaro se había decidido al fin! Cogí la nota que había dentro.

¿Te lo pondrás para mí? En la puerta, esta noche a las nueve.

Álvaro

Pasé la vista sobre el vestido de satén negro colgado en la puerta del armario, las sandalias con tacones de vértigo colocadas meticulosamente en el suelo, la hermosa rosa roja sobre el escritorio junto a la cual estaba también la cajita que contenía unos preciosos peinecillos labrados con los que recogerme el pelo y un chal

cuidadosamente doblado. No se me ocurría qué más me podía llegar a hacer falta para

esta noche. Álvaro había pensado en todo.

Guardé la nota junto a las otras que habían ido llegando a lo largo del día con cada uno de los regalos y saqué la ropa interior de la caja. Las manos me temblaban al extender el conjunto sobre la cama. Las incrustaciones de Swarovsky brillaban lujosamente sobre el encaje negro y las medias de liga iban a juego.

Fui cada vez más consciente del nudo que crecía en mi estómago. Cuando habían

comenzado a llegar los primeros regalos esa mañana pensé que eran la forma en que Álvaro pretendía demostrarme sus sentimientos. Cuando me insinuó

que íbamos a cenar

juntos, lo consideré el culmen del romanticismo, pero ahora... la ropa interior lo cambiaba todo. Curiosamente, saber lo que iba a pasar resultaba tan maravilloso como

aterrador. Cuando las cosas ocurren en el momento estás tan metida que no te planteas mucho más que el calentón que sufres en ese instante, pero ahora... ¡Dios! ¡Si no hacía más que tocarme las piernas para ver si estaban suaves y bien depiladas! ¿Y los dientes? ¿Debería llevarme un cepillo de dientes para después de cenar? ¡Las uñas de

los pies! Eché una ojeada a mis pies y otro al reloj: las siete. ¡Tocaba poner manos a la obra!

Envié un silencioso «¡gracias!» al cielo cuando entré al baño. Aileen había salido con Fernán a pasar la tarde y Brian a ayudar a su madre en la tienda. No me verían salir

arreglada para matar sabiendo que mi objetivo era rematar y si era posible requeterematar la faena. Me reí. «¡Dios! ¡Estoy como una niña esperando abrir sus regalos la noche de reyes!». La imagen de Álvaro con la cremallera abierta se presentó en la mente. ¡Y menudo regalo para desenvolver! La risa tonta me hizo saltar hasta las lágrimas. Definitivamente era bueno que Aileen no estuviera allí conmigo. De seguro que tras verme reír de una forma tan tonta, no me hubiera dejado ir hasta que no le contara el motivo.

A las nueve menos cuarto le eché un último vistazo a mi imagen en el espejo. El etéreo satén caía con fluidez por mi figura, llegando apenas hasta la mitad de los muslos, con la largura justa para mantener oculto el borde de encaje de las medias de liga. Se me escapó una risita al fijarme en los altísimos tacones de aguja. No me extrañaba que los americanos los llamaran fuck me heels —tacones de «ven y fóllame»—; me hacían sentir tan sexy o más que la exquisita ropa interior que se escondía bajo el vestido.

Saqué los dos peinecillos de la cajita de regalo y le di el último toque a mi recogido.

¡Lista! Únicamente me quedaba cruzar los dedos y esperar que Álvaro me viera tan sensual y femenina como yo me sentía en ese momento.

En cuanto sonó el timbre salí volando hacia la entrada. El alma se me cayó a los pies cuando un desconocido vestido de uniforme esperaba delante de la puerta.

—¿Señorita Soraya? Don Álvaro me envía para recogerla —aclaró.

—Uhhh... eh... sí, un momento.

Cogí mi bolso, cerré la puerta detrás de mí y me dejé guiar hasta una limusina blanca.

El simple hecho de montarme en ese gigantesco monstruo a solas me supuso el mismo esfuerzo que tirarme a un agujero negro. ¿Esto era lo que Álvaro consideraba romántico? ¿Se suponía que debería sentirme como una reina por ir en ese lujoso trasto? Me fijé en la piel de los asientos, las pantallas de video y los tropecientos botones que no tenía ni idea de para qué servían. Si Aileen hubiera estado conmigo habríamos estado excitadas toqueteándolo todo y pegando saltos sobre los asientos. Si hubiese estado Álvaro imagino que habríamos acabado tendidos sobre el ancho asiento

besándonos como si estuviera a punto de acabarse el mundo. Pero ninguno de los dos

me acompañaba, estaba sola, y tanto lujo y grandeza únicamente me tentaban a abrir una de las botellitas de licor del minibar para olvidarme de que Álvaro y yo pertenecíamos a mundos diferentes. Habría preferido que me hubiera recogido él, aunque hubiese sido en un destartado Seat Panda.

El nudo en mi interior crecía por segundos. Ni siquiera el paisaje que el otro día me había fascinado tanto cuando Álvaro y Fernán nos llevaron al castillo era capaz de distraerme. ¡Esta noche iba a hacer el amor con Álvaro! Aunque si mis nervios seguían creciendo, iba a acabar antes en el hospital con una inyección de Valium, que en la cama con él.

Cuando el chófer me abrió la puerta, me costó toda mi fuerza de voluntad dejarle que

me guiara hasta la terraza. Si hubiese sido por mí, lo habría adelantado a la velocidad del correccaminos para tirarme a los brazos de Álvaro. Curiosamente, cuando lo encontramos apoyado en la barandilla que daba al mar, mis pies se negaron a seguir avanzando. Resultaba extraño verlo en ese elegante traje de chaqueta negro, acostumbrada como estaba a sus vaqueros y esas camisetas que se amoldaban a sus bien formados músculos. Tragué saliva. Estaba guapo, demasiado. Tanto que parecía el

recorte de una revista de moda o el galán de la portada de una novela romántica.

¿Cómo había llegado a fijarse alguien como él en una chica tan normal como yo? Se acercó a mí con ojos brillantes e inclinándose galantemente me besó la mano. Cuando

se incorporó tenía el ceño fruncido.

—¿Qué ocurre? Te tiemblan las manos. ¿Ha pasado algo?

—Yo... —¿Qué iba a decirle? ¿Qué una mujer hecha y derecha como yo se había sentido sola, pequeña y abandonada en esa enorme y lujosa limusina? ¿O debería contarle mejor que estaba nerviosa por mi ansia de sentirlo piel contra piel?, ¿por tenerlo dentro de mí y fundirme con él? ¿Qué lo temía tanto como lo deseaba, porque

quería que fuera perfecto para ambos? ¿Qué él era demasiado perfecto y que me daba

miedo convertirme en sapo en vez de en princesa cuando me besara?

—Soraya, ¿confías en mí? —Álvaro me cogió ambas manos.

—Yo... sí, claro.

—Entonces suéltalo de una vez.

—Esperaba que fueras tú quien viniera a recogerme, y ese enorme y lujoso coche me

ha puesto nerviosa y consciente de mí misma. Todo esto...

—¿No te gusta?

—Esto sería el sueño de cualquier chica, pero yo... —encogí los hombros—. Yo me siento fuera de lugar entre tanto lujo.

—Me alegro.

—¿Qué?!

Contemplé boquiabierta cómo Álvaro se quitaba la corbata, tiraba la chaqueta de forma descuidada sobre una silla y se arremangaba los puños de la camisa.

—¿Mejor así?

—Yo... yo... pues no lo sé.

Parpadeé. ¿Alguna vez iba a dejar de sorprenderme?

—No te preocupes por la mesa, podemos coger una manta y sentarnos al lado de la piscina para cenar si quieres.

¿Estaba dispuesto a cenar en el suelo por complacerme?

—No es la mesa lo que me preocupa.

—¿Qué es entonces? —Álvaro frunció el ceño.

—Que te has quitado la corbata...

—Pensé que...

—...y ahora ya no puedo tirarte de ella para besarte.

—...no te gust... ¿Qué?

La expresión confusa sobre su rostro era tan adorable que no fui capaz de evitarlo: me

lancé a su cuello y lo abracé.

—¡Gracias!

Álvaro me tiró del pelo con suavidad para mirarme a la cara.

—No tienes que dármelas, he sido yo quién ha metido la pata. Además... — Una sonrisa traviesa se dibujó sobre su rostro—. Realmente odio las corbatas y los trajes de chaqueta.

—Pues estás muy guapo con ellos puestos —le confesé, aunque lo prefiriera sin ellos.

Álvaro hizo una mueca.

—Parece que hoy no doy una. Era yo quien tenía que haberte hecho halagos nada más

verte, y ahora resulta que eres tú la que me los hace a mí.

Parecía tan afectado que no pude evitar reírme.

—No te rías, acabas de herir mi orgullo varonil.

—¡Idiota! —Le di un manotazo en el pecho.

—Imposible no serlo cuando tengo a la mujer más hermosa del mundo entre mis brazos. —Me sonrió dejándome sin aliento.

—¿Es así como me ves?

Acercó su rostro al mío.

—Tengo que confesarte una cosa. ¿Sabes cuál fue la verdadera razón por la que envié a un chófer a recogerte?

—¿Cuál? —Me quedé hipnotizada por el negro de sus pupilas.

—Porque soy un cobarde. Porque sabía que sería incapaz de resistir la tentación que

representas para mí. Porque me he pasado el día volviéndome loco, deseándote, preguntándome cómo te sentaría la ropa interior que te envié y si te la pondrías para mí. —Con cada palabra su tono de voz se tornaba más bajo y ronco haciéndome estremecer de deseo.

—Álvaro... —Busqué sus labios con los míos.

Él se apartó de mí como si lo hubiese quemado con un hierro candente.

—La cena. Primero la cena. —Me sonrió con una mueca llena de dolor.

Apenas me percaté de lo que cenamos. La gigantesca bola de mi estómago había dejado de crecer, pero permanecía en estado latente, agitándose, para recordarme su existencia cada vez que Álvaro me dispensaba una mirada íntima, una caricia o un seductor susurro al oído. Obviando ese detalle, fue la cena ideal con mi hombre perfecto. Al final cenamos en la mesa, pero nos llevamos los postres a las hamacas de la piscina donde seguimos charlando, bromeando, haciéndonos confesiones, riéndonos

y seduciéndonos.

—¿Estás preparada? —preguntó quitándome la copa vacía en cuanto solté la cuchara y

me relamí los labios con sabor a mousse de turrón.

Apenas tuve tiempo de asentir con la cabeza. Tomándome en brazos se dirigió al fondo

de la terraza. «¡Ooooo...!». Me agarré a su cuello cuando dobló las rodillas hasta casi rozar el suelo. El salto me tomó desprevenida. Mi estómago pareció quedarse en tierra firme cuando volamos hacia arriba. Mi corazón se paró por pura impresión. Apreté los

labios para no chillar y me estreché contra su pecho con todas mis fuerzas. Un leve tambaleo me reveló que habíamos aterrizado y que podía abrir los ojos. Pasmada, miré

la cristalera que daba a su dormitorio. ¡Nos encontrábamos en el balcón del

torreón!

—¡Tiene que haber al menos seis o siete metros hasta el suelo!

—Mhm.

Pagado de sí mismo, Álvaro sonrió de oreja a oreja. Me llevó hasta el centro de su dormitorio, dónde me posó con suavidad en el suelo y buscó hambriento mi boca con la

suya.

—Pensé que jamás te decidirías a hacerme el amor —murmuré sin aliento cuando sus

labios bajaron incitantes por mi cuello.

Álvaro se puso rígido y alzó la cabeza con un suspiro.

—No puedo hacerte el amor.

«¿Qué?!». El mundo se me cayó a los pies.

—Pero...

—Pero eso no significa que no pueda... —Álvaro se interrumpió mortificado alejándose de mí—. No puedo desobedecer la orden de Noa. No hasta saber qué implicará para ti.

—¿Por qué estás haciendo todo esto entonces? —le pregunté confusa. ¿Por qué me había seducido a lo largo de todo el día con regalos? ¿Por qué me había regalado la

ropa interior? ¿Por qué me había traído a su dormitorio?

—Porque necesito borrar lo que pasó la otra noche —me susurró abrazándome desde

atrás sobresaltándome con su repentina cercanía.

Ni siquiera lo había visto moverse.

—Porque eres mía —murmuró manifiestamente posesivo besándome un hombro—.

Porque quiero que seas consciente de que deseas pertenecerme —siguió vehementemente deslizando seductor la mano por encima del encaje de la liga, hasta rozar con delicadeza mi piel—. Porque así sabrás todo lo que puedo ofrecerte cuando de verdad

te haga mía —prometió antes de aparecer de nuevo en la pared, frente a mí—. Pero eso

es algo que debes decidir tú —me advirtió atrapando mi mirada en la suya—. No pienso hacer nada que tú no desees que haga.

—Quiero que lo hagas —susurré afectada por el anhelo que había despertado en mí.

—¡Demuéstrame! —me provocó ronco posando sus ojos en el vestido.

Deslicé los finos tirantes por mis hombros dejando que el vestido se deslizara al suelo.

La suave brisa, que entraba desde la terraza, acarició los tramos de piel desnuda mientras sus ojos viajaban por mi cuerpo, hambrientos, satisfechos, llenos de promesas. Metí un dedo bajo el tirante del sujetador pero Álvaro me detuvo antes de

que pudiera bajarlo.

—¡No!

Paseó pausadamente a mi alrededor, hasta pararse delante de mí. Deslizó un dedo por

mis labios abiertos, mi mentón, mi garganta, hasta llegar a la curvatura de mis senos.

Repasó la delicada puntilla del sujetador y pasó el reverso de sus dedos sobre mi pezón, haciéndome consciente de lo duro que se había puesto, de lo sensible que se había vuelto. Acarició también el otro pezón, como un halo, apenas rozándolo, antes de seguir su recorrido hasta el ombligo y bajando desde allí al inicio del encaje negro. No me perdía de vista al introducir el dedo por la parte baja del tanga y comprobar el estado de mi excitación.

Tragué saliva y cerré los ojos. Sus dedos se resbalaban entre la humedad de mis pliegues, perdiéndose entre ellos, tomándose su tiempo para explorarlos, tentándome con la suavidad con que jugaban conmigo. Solo mi vergüenza detuvo mi necesidad de

mover las caderas en su busca, pero ni siquiera eso fue suficiente para retener mis suaves gemidos.

Abrí los ojos para mirarlo perdida cuando retiró su mano. ¡Quería más!, ¡necesitaba más! Álvaro me pasó el húmedo pulgar sobre los labios entreabiertos. Su atención se

mantuvo fascinada sobre mis labios cuando lo chupé y mordisqueé obediente, identificando el suave sabor salado conmigo misma. Tras un gemido, Álvaro me tomó

en brazos para llevarme a la cama y tenderme con dulzura sobre las sedosas sábanas de satén. Se quitó la camisa y los zapatos, pero mantuvo su pantalón puesto para tumbarse a mi lado. Cuando alcé una mano para tocarle el pecho, me detuvo de nuevo.

—¡Shh! ¡Quédate quieta! —me ordenó—. Muy, muy quieta —advirtió antes de seguir

con su lengua el rastro que había dejado marcado con sus dedos.

Bajó por mi cuello y, al igual que lo hicieron sus dedos, también su boca se tomó su

tiempo con mis pezones, primero sobre el encaje del sujetador, mojándolos con su saliva, endureciéndolos hasta un punto casi doloroso y, luego,

aliviándolos y colmándolos de placer cuando el encaje desapareció.

Su recorrido por mi estómago y alrededor de mi ombligo se convirtió en una auténtica

tortura. Me mordía los labios tratando de acallar mis jadeos y mis manos se asían agarrotadas a la almohada para evitar agarrarme a su cabeza. Que bajara más y más resultaba tan placentero como vergonzoso. Con cada centímetro que avanzaba en su descenso por mi piel se incrementaba el placer y la expectación, y al mismo tiempo la duda de qué me esperaba cuando llegara al borde del tanga. Álvaro no parecía tener la intención de mantenerme en vilo por mucho tiempo.

«¡Ohhhh... Diossssss!».

Mi cuerpo se arqueó por voluntad propia cuando el húmedo calor se caló a través del

encaje y Álvaro atrapó mi sexo entre sus labios. Perdí la capacidad de respirar y de pensar cuando lo repitió.

Mis caderas se alzaron en busca de su calor y Álvaro no dudó en aprovechar la accesibilidad que eso le brindó. Con lengua, labios y dientes recorrió, saboreó y exploró cada rincón que quedó a su alcance. Mi cuerpo entero se tensó ante el placer

de las nuevas sensaciones y mis caderas se negaron a descender de nuevo.

Álvaro usó sus garras para cortar las tiras del tanga sin que sus labios soltaran su

presa. Cuando tiró los jirones de encaje al suelo y su lengua se hundió entre mis pliegues me lanzó a nuevos estratos de placer. Mis dedos se aferraron a su sedoso pelo, mis piernas temblaban siendo apenas capaces de mantener el movimiento de mis

caderas, mis músculos interiores se contraían de forma espasmódica... y entonces ocurrió.

Álvaro deslizó con una increíble suavidad el pulgar húmedo entre mis nalgas y gimió

contra mi clítoris haciéndolo vibrar. Mi vientre estalló en placer, haciéndome perder la conciencia de mí misma, como si mi cuerpo se hubiera fragmentado en diminutas estelas de luz que se desplegaran por el universo.

Saboreaba la cómoda languidez de mi cuerpo, abandonada en los brazos de Álvaro, mientras trazaba pequeños dibujos sobre su pecho desnudo. Me sentía encantada en aquel pequeño mundo artificial que nos habíamos creado, en el que no existían ni nubes ni tormentas en el horizonte. Suspiré cuando me besó el pelo.

—Me gustaría poder quedarme aquí contigo para siempre y olvidarme del resto del universo.

Su pecho se estremeció con una ligera risa.

—Para siempre es mucho tiempo, pero por esta noche es exactamente donde te vas a

quedar —prometió.

—¡Ojalá pudiera! Pero sería de pésima educación hacerle eso a Gladys y más sin haberlo hablado antes —rechacé su invitación con pesar.

—Avisé a Aileen de que pasarías la noche conmigo. Me aseguró que no habría ningún

problema —me tranquilizó.

Animada alcé la cabeza.

—¿De veras? —Le propiné un beso sonoro en la barbilla, al tiempo que él se reía de

mi reacción un tanto infantil.

—Me apetecía tenerte solo para mí —confesó con una de sus sonrisas

ladeadas.

Ubicada justo a la altura de mi vista, me fijé en su perfecta dentadura.

—¿Cómo funciona eso de los colmillos? Ahora mismo, ni estando tan cerca soy capaz

de apreciar nada —investigué curiosa.

Su sonrisa se ensanchó aún más.

—Prueba a tocar con cuidado el colmillo. Ojo con los filos, no te vayas a cortar —me

avisó antes de mostrarme de nuevo los dientes.

Di dos o tres golpecitos con la uña sobre uno de los colmillos que inmediatamente respondió al estímulo pero, tal y como salió, volvió a retraerse. Me recordó a uno de esos juguetes en forma de casita en los que, al llamar a la puerta, sale un cachorrito que da un ladrido antes de esconderse otra vez. Divertida volví a probar.

—¿Piensas tenerme toda la noche con esta sonrisa bobalicona —se quejó Álvaro entre

dientes.

—No todos los días se pueden realizar experimentos científicos con un vampiro —

respondí imitando el tono formal de un investigador en plena faena, demasiado extasiada como para tener que parar tan pronto—. Además, no se mantiene fuera —me

quejé con un mohín.

Gimió entornando los ojos.

—Ven anda, mira esto. Es menos incómodo y te resultará igual de interesante

—
propuso apartándose ligeramente de mí.

Nos quedamos los dos tendidos de lado, uno frente al otro. Colocó una mano cerca de

mi rostro, para que pudiera verla mejor, y tensó la punta de los dedos en un ligero arco.

Para mi asombro, garras afiladas se deslizaron sobre sus uñas sustituyendo a estas.

Relajó los dedos y desaparecieron. Repitió el gesto varias veces para que yo pudiera

estudiar su funcionamiento.

—Los felinos también son depredadores por excelencia, es lógico que tengamos algunas características en común con ellos. ¡Ten cuidado! —me advirtió cuando quise

tocar la punta de una de sus garras—. Son extremadamente cortantes.

Rozó su dedo índice con la uña del pulgar e instantáneamente salieron varias gotas de sangre de la herida.

—No era necesario que te lesionaras para demostrármelo —lo reñí.

Cogí su dedo para examinar la fina línea en su piel. Álvaro retrajo sus afiladas garras.

Comprobé que era un corte limpio, aunque una enorme gota de sangre me impedía

verlo bien y estaba a punto de gotear sobre las sábanas. Me acordé del paquete de pañuelos que tenía en el bolso, pero se había quedado abajo en una silla.

«¡Qué diantres! Él también ha probado mi sangre y, después de todo, estoy

saliendo con un vampiro...».

Eché a un lado mis remilgos y acerqué la yema del dedo a mis labios. Para mi sorpresa, su sabor no coincidía con el que yo recordaba de la mía. Era dulce y apenas contenía un leve rastro de sabor metálico. Succioné para probar más y decidí compartir mi descubrimiento con Álvaro, pero al alzar la cabeza las palabras se quedaron atrancadas en mi garganta. Álvaro me observaba petrificado, con los ojos abiertos de

par en par.

—Yo... lo siento. Ha sido instintivo, solo pensaba en limpiarte la herida. No he recordado tus reparos de que alguien compartiera tu sangre —musité asustada de que

se hubiera molestado conmigo.

¿Cómo se me había podido olvidar?

Álvaro movió despacio la cabeza de un lado para otro. Sus ojos empezaron a oscurecerse y la conmoción dio lugar a una indescifrable mezcla de expresiones.

—No estoy enfadado —murmuró ronco—. Me ha sorprendido que lo hayas hecho pero,

sobre todo, lo que me has hecho sentir. No esperaba que fuera «tan» placentero.

—¿Te ha gustado? —cuestioné incrédula.

—¿Quieres volver a ponerme a prueba? —me desafió haciéndose otro corte y ofreciéndome de nuevo el dedo.

Acepté el reto. Sin perderlo de vista saqué la lengua para lamerlo. Al percibir su estremecimiento lo atrapé lentamente con la boca para chuparlo. Sus ojos se tornaron

completamente negros. Con un gemido desapareció de mi lado para reaparecer en la cristalera del balcón, de espaldas a mí.

—¿Qué ha pasado? ¿Te encuentras bien? —Me senté alarmada en la cama.

Él se giró hacia mí pasándose nervioso una mano por el pelo.

—Lo siento. Necesito calmarme. Recuperar el control —se disculpó de forma precipitada.

Al hablar refulgían sus largos colmillos, que ahora se exhibían en toda su longitud.

«Dar y recibir». Él me había dado antes, sin admitir ni pedir nada a cambio. Ahora era mi turno para ofrecerle algo y no iba a retenerme esta vez. Tiré de las sábanas y me cubrí con ellas al levantarme.

—¿Qué haces?, ¿te has vuelto loca? —rugió—. ¿Es que no ves cómo estoy? —Dio dos

pasos para atrás.

—¡Quieto ahí! —le ordené—. ¡No vas a distanciarte de mí!

Di un respingo sobresaltado cuando me gruñó con los labios retraídos amenazándome

con sus afilados dientes. Mi corazón se detuvo y mi primera reacción fue huir, hasta que comprendí que esa era precisamente su intención.

—¡Deja de rugirme! —le reprendí enfadada.

Funcionó. Se quedó turbado al ver que no había conseguido asustarme.

—¿De verdad pretendes que te muerda? —murmuró desconcertado.

—¿A ti te ha gustado que te probara yo?

—¿Acaso no ves cómo me has puesto? —repuso molesto porque reincidiera

en lo evidente.

—¿Y qué te hace pensar que yo no disfruto igual que tú? —le desarmé.

—¡Es demasiado arriesgado! ¿Y si no soy capaz de parar?

—No te tengo miedo. Sé que sabrás controlarte.

—¿Y por qué llevas un amuleto para protegerte de mí? —replicó con amargura.

—¡No lo llevo por ti!

—¿Ah no? —Alzó una ceja—. ¿Te atreverías a quitártelo ahora? —me retó con un amenazador resplandor en sus dilatadas pupilas.

Tragué saliva, ahora era mi turno de echarme atrás. Era cierto que no llevaba el amuleto expresamente por él, pero resultaba igualmente innegable que me hacía sentir

segura y protegida. Observé su rostro, sus penetrantes ojos oscuros que me examinaban con una mezcla de burla, excitación y deseo. Si me quitaba el colgante quedaría

expuesta a su voluntad y a su propio autocontrol. ¿Hasta qué punto podría fiarme de aquel nuevo Álvaro? ¿Cómo de fuerte era su humanidad comparada con la bestia que

intentaba dominarlo? Pero si ahora no confiaba en él, ¿alguna vez podría hacerlo?

¿Cuánta vida le quedaba a una relación en la que no existía la confianza?

Su seco carcajeo me sacó de mi enajenación y me dio la fuerza, o la locura, necesaria para alzar mis manos hasta el cierre de la cadena para quitármela. Tarde o temprano tendría que enfrentarme a esta situación si quería permanecer a su lado, ¿por qué no ahora? Su risa se congeló en el acto. Con destreza atrapó el colgante en el aire cuando se lo arrojé y lo observó atónito en sus manos. Lo lanzó con un tiro certero sobre una de las mesitas de noche.

Cuando volvió a centrarse en mí, me evaluó como lo haría un

depredador, a la espera de las reacciones de su presa. Aquel brillo peligroso había resurgido aunque no avanzó hacia mí. Sabía que no era necesario, que sería yo quien

iría hasta él.

—¿Eres consciente de que tu vida ahora está en mis manos? —me provocó, como si quisiera jugar al ratón y al gato.

—¿No será que temes que yo pueda dominarte todavía más? —Le planté cara para no

demostrarle lo asustada que estaba.

—No te quepa la menor duda de que lo harás —masculló entre dientes.

Esperó a que yo llegara a su lado y tiró de la sábana que me cubría, dejando mi desnudez expuesta a su escrutinio y a sus deseos. Me estremecí cuando el aire frío que entraba desde el balcón me hizo consciente de mi más absoluta vulnerabilidad. Había

quedado despojada de la poca protección que me quedaba. Jamás me había sentido tan

frágil e indefensa como en aquel instante, y aun así tan llena de anhelo.

Se cruzó el hombro con una de sus garras y me acercó a él dejándome sentir el tibio

calor de su piel. Cogiéndome por las nalgas me alzó, apretándome contra su cintura. La suave tela de su pantalón apenas ocultaba el imponente estado de su excitación que se apretaba dura contra mí. Cerré los ojos rodeándolo con mis piernas. Su aliento descendía delicadamente por mi garganta buscando su hueco. Enredando sus dedos entre mis rizos, me empujó la cara contra su hombro, embadurnando mis labios con el

dulce sabor de su sangre; saqué la lengua para aceptar lo que me ofrecía. No

hubo pensamientos después de que sus colmillos se hundieran en mi carne. Me entregué a él, convirtiéndolo en el centro de mi universo.



CAPÍTULO 23

Me desperté confusa y sola en la enorme cama. Las cortinas filtraban la luz solar, aunque por la luminosidad de los rayos ya debía de ser tarde. Al girarme el amuleto cayó frío sobre mi pecho. ¿Me lo había vuelto a poner? Lo toqué intentando recordar lo que había pasado durante la noche, pero los recuerdos del final resultaron demasiado

borrosos. Un suave roce en mi brazo me llamó la atención. Alcé la vista. Álvaro había acercado un sillón al lado de la cama y se encontraba estudiando mis reacciones en silencio. Con sus vaqueros, el pelo húmedo y ese olor a gel de baño fresco y masculino estaba para comérselo.

—¡Buenos días! —Sonreí tímida.

—¿Cómo te encuentras? —Me devolvió la sonrisa en una leve mueca, acercando mi mano a sus labios para besarla y mantenerla allí retenida.

—Algo cansada, pero bien. —Observé sus facciones, demasiado serias, a pesar de su

actitud cariñosa—. ¿Qué ocurre?

—Ayer perdí el control y estuve a punto de sobrepasar todos los límites. — Apoyó la

fría frente en mi mano.

—Pero al final conseguiste dominarte —constaté calmada.

—Fue una auténtica locura, nunca me debería haber dejado llevar tanto —masculló—.

Estuviste a punto de perder el conocimiento.

—¿Te arrepientes? —Comencé a recelar.

—Solo en parte.

—¿Y eso cómo se come? —espeté molesta.

—Has descubierto lo peor que hay en mí, el ser real que se esconde tras mi fachada y, sin embargo, aún sigues aquí, mirándome como si yo fuese el centro de tu universo. Eso y todo lo que me hiciste sentir anoche... Me hace feliz.

—Entonces, ¿por qué sigues poniendo pegas?

—Porque te puse en peligro y ahora mismo sigo estando un poco preocupado por ti.

Estás muy pálida y tienes la tensión bastante baja.

—¿Me has tomado la tensión? —averigüé incrédula.

—Como tensiómetro controlo de maravilla —repuso irónico.

Al incorporarme mi cabeza comenzó a girar como un tiovivo. Era posible que Álvaro

tuviera razón. Me apoyé en el cabecero de la cama. En cuanto se percató de mi estado, se apresuró a ir a la mesita y coger una bandeja que me colocó sobre el regazo.

Contemplé alucinada la jarra de zumo de naranja, el café, los croissants rellenos, los huevos revueltos con jamón y las cerezas.

—¡No pensarás que voy a comerme todo esto! —exclamé consternada.

—Necesitas recuperar líquido, azúcar y hierro —explicó con calma—. ¡Tómate esto!

—¿Qué es? —Contemplé reacia la pastillita de desagradable marrón rojizo.

—Hierro. Lo necesitas para reponer glóbulos rojos y la vitamina C es para poder asimilarlo mejor. —Señaló el zumo y las cerezas—. Sé que te gusta el cacao, pero la

leche interfiere en la asimilación del hierro, de modo que tendrás que conformarte con esto. —Señaló el café.

—Primero necesito ir al cuarto de baño —refunfuñé.

—Tómame al menos la pastilla y un vaso de zumo —insistió.

Miré espantada el enorme vaso de zumo que me sirvió. Tenía la vejiga a punto de explotar, ¿cómo me iba a meter todo aquel líquido? Bufé disgustada antes de comenzar

a beber de forma obediente.

—¿Ya? —pregunté disgustada después de beberme medio vaso.

Ignoró mi mal humor y puso la bandeja en la mesita de noche. Antes de que pudiera sacar un pie de la cama, ya me había cogido en brazos, con sábana y todo, para llevarme al cuarto de baño. Cuando me bajó al suelo me sujeté a él algo mareada. No

tardé en darme cuenta, espantada, de que él tenía la intención de quedarse conmigo en el baño, esperándome.

—Uhhmm... Ya puedes irte. —Me reajusté mejor la sábana y le hice un nudo.

—Prefiero quedarme aquí por si te mareas —dijo Álvaro cruzándose de brazos.

—¡Ah no! —mascullé escandalizada.

—No tiene nada de malo.

Encogí los ojos ante su tono condescendiente. ¿Se pensaba que estaba hablando con una niña pequeña?

—¿No eras tú el que quería ir despacio? —le recordé—. Pues resulta que es mi momento de ir más lento. ¡Largo!

—¡Mujeres! Vamos a tener que discutir sobre esa costumbre que estás cogiendo de ir

dándome órdenes —rechinó entre dientes antes de salir del baño—. La puerta está abierta, por si me necesitas.

—¡Cierra la puerta!

Pude ver cómo entornaba los ojos exasperado antes de cerrar la puerta.

—¡Deja de controlarme! —le regañé impaciente.

—¿Cómo sabes que te estoy controlando? —Se escuchó su voz atónita desde el dormitorio.

—¡Y yo que sé!, ¡pero deja de hacerlo!

La verdad era que no sabía cómo pero había sentido su intento de vigilar mis emociones, era como si intuyera que había alguien espiándome. Me alegraba que no pudiera leerme el pensamiento, debía de ser terrible tener que estar siempre pendiente de lo que se piensa, o no poder tener nunca un secreto.

En cuanto le di a la cisterna, ya estaba dando golpecitos en la puerta.

—¡Entra! —Me rendí ante lo imposible.

Me dirigí algo atontada hasta el lavabo para lavarme las manos y refrescarme el rostro.

Me entregó una toalla y una camiseta, pero evitó mirarme durante el tiempo que tardé

en cambiar la sábana por su ropa. Después me devolvió con delicadeza a la cama y me

acercó la bandeja con el desayuno.

—Aileen vendrá dentro de un rato para traerte una muda, podrás bañarte cuando ella esté aquí. Tal y como estás es mejor que te cuidemos hasta que te recuperes un poco —

me informó.

—Hace un rato no había manera de sacarte del baño ¿y ahora necesito a Aileen para

ducharme? —Le miré suspicaz.

Retiró la bandeja del desayuno en cuanto me limpié con la servilleta y dejé caer cansada la cabeza hacia atrás, pero me dejó un vaso y la jarra de zumo en la mesita.

—Ayer... no consigo recordar qué pasó al final, está todo como muy borroso.

¿Llegamos a...? —La vergüenza me invadió al sacar el tema.

Álvaro me cogió en brazos para sentarme sobre su regazo y me sonrió con ternura al

acariciarme la mejilla.

—La verdad es que no sé cómo, pero no. Creo que ese fue el único límite que no sobrepasé. —Me besó en la punta de la nariz.

—¿Entonces tú no...? —Me sentía terriblemente decepcionada.

—¿Yo no qué? —Se rio divertido por mi repentina timidez—. ¡Ah eso...! —Siguió riéndose hasta que le di un manotazo en el pecho.

—¡Deja de ser tan idiota!

Álvaro carraspeó, pero la diversión no desapareció de sus ojos.

—Sí, bueno, eres una alumna muy avezada y te las apañaste muy bien para encontrar fórmulas alternativas. —Se mordió el labio cuando le lancé una mirada amenazante, advirtiéndole que no se le ocurriera ponerse a reír de nuevo—. ¿Qué es lo que recuerdas?

—Me acuerdo de cuando me trajiste a la cama, y cuando me besaste y mordiste aquí,

aquí y aquí. —Fui señalando las pequeñas incisiones—. Después de eso todo es más

borroso, como si hubiese estado borracha.

—Entonces, ¿no recuerdas esto? —Subió su mano por la parte interna de mi muslo fingiendo estar decepcionado.

Su mano cubrió mi monte de Venus y permaneció allí quieta, sin moverse. Su simple contacto me transmitió una onda de calor que parecía convertir en llamas toda la zona.

No pude evitar un jadeo de sorpresa cuando el calor se concentró y el placer se extendió a través de todas mis terminaciones nerviosas. Escondí mi cara en el hueco de su cuello, mientras mis dientes y uñas se incrustaban en sus hombros sin piedad. Mis

caderas se alzaron de forma espasmódica cuando el éxtasis llegó con una inmensa explosión que se propagó desde mi vientre hasta el resto de mi cuerpo, dejándome extrañamente turbada, exhausta y muy, muy... satisfecha.

—¿Cómo has hecho eso? —pregunté alucinada.

—Hemos compartido nuestra sangre. Anoche descubrí que no solo puedo sentirte mejor, sino que ahora también puedo transmitirte emociones y sensaciones —explicó algo vanidoso.

—¿Yo también puedo hacerte eso? —investigué dejando que mi mano descendiera por

su estómago.

—Probablemente sí, con un poco de práctica. Aunque, por ahora, tendrás que posponer

tu aprendizaje —me reprendió sujetándome la mano.

—¿Y por qué tú si puedes y yo no? —me quejé con un mohín.

—Porque no pienso tener un «accidente» en mis pantalones como si fuera un quinceañero, porque sigo atado por tu virginidad y porque te prefiero vivita y coleando

—repuso entornando los ojos desesperado—. Voy a prepararte la bañera. — Suspiró acomodándose en la cama—, a lo mejor manteniéndote en remojo... —Seguía

relatando cuando desapareció por la puerta.

Para cuando llegaron Aileen y Fernán, yo ya estaba de regreso en la cama con otro enorme vaso de zumo en la mano. Ambos me evaluaron preocupados.

—Cualquiera diría que has pasado la noche con un vampiro —se mofó Fernán en cuanto me vio, aunque algo en sus ojos no concordaba con ese tono bromista—. Y yo

que pensaba que el control de mi hermanito no lo derrumbaría ni un ejército entero.

Álvaro le propinó un codazo, pero al mirarse compartieron una de esas corrientes

telepáticas. Álvaro desvió avergonzado el rostro, al tiempo que las facciones de Fernán se contrajeron por la crispación y masculló una maldición.

—¡Maldita sea!, ¿has perdido la cabeza? —Fernán me inspeccionó con más atención que antes—. ¿Cuánta sangre ha tomado? —investigó sin apartar su vista de la mía.

—¿Qué has probado su sangre? —chilló Aileen histérica.

Miré de uno a otro contemplando sus semblantes desencajados sin entender nada.

—No ha tomado demasiada. No la suficiente —intervino Álvaro, ahora a la defensiva

—. Está tan pálida porque fui yo quién me descontrolé, pero ni siquiera llegó a perder la consciencia.

—¿Qué pasa? —indagué alarmada.

—¿Acaso no te advertimos de cómo se puede llegar a convertir a un humano en vampiro?

Asentí al recordar el comentario de Noa.

—Extrayendo toda la sangre y dándole a beber la vuestra —repetí despacio.

—¡No la asustes innecesariamente! —masculló Álvaro—. No le he extraído toda la sangre y solo ha probado algo de la mía. Además, ya sabes que la nuestra es menos efectiva —le repuso a su hermano.

—De todos modos deberías dominarte más en el futuro —le reprendió Fernán ahora más tranquilo.

—¿Crees que no lo sé? —musitó Álvaro descorazonado pasándose la mano por el pelo.

Aileen se había sentado a mi lado en la cama y me estaba inspeccionando los ojos y las uñas.

—Tiene razón. Estás bien. De todas formas, deberíamos evitar que mi madre te vea en

este estado. Esperaremos hasta esta tarde para llevarte a casa. Cuando regrese de trabajar podemos decirle que no te encontrabas bien y que te has ido a dormir temprano. Imagino que para mañana ya te habrás recuperado.

—¿Cómo has conseguido que este... —Fernán señaló a su hermano—, pierda la cabeza

de esa manera? Los demás no se lo van a creer cuando se lo cuente. —Se rio de forma anticipada.

—¡Ni se te ocurra contárselo a nadie! —le amenacé enfadada.

—¿Qué ha sido eso?, ¿me has dado una orden? ¿Cómo lo ha hecho? ¡Siento la compulsión de obedecerla! —Buscó a Álvaro con ojos abiertos por la impresión.

Una sonrisa irónica se dibujó lentamente sobre los labios de Álvaro al mirar a su hermano.

—¡Tú te lo buscaste al morderla en la finca! —Encogió los hombros—. Si te ha hecho

eso a ti, imagínate lo que es capaz de hacer conmigo y después de lo de anoche no quiero ni descubrirlo. —Puso una mueca y se pasó la mano por el pelo.

Aileen me miró desconcertada. Hice un leve movimiento con la mano intentando quitarle importancia.

—Según ellos, soy capaz de subordinarles y obligarles a acatar mis mandatos.

Ella abrió los ojos como platos, antes de que apareciera una expresión traviesa en su rostro.

—¿Eso quiere decir que puedes obligarles a que nos cuenten la verdad cada vez que

queramos? —Me miró con animada complicidad guiñándome un ojo.

—¡Ah no! ¡De eso nada! —exclamó disgustado Fernán mirando a su hermano en busca

de ayuda—. ¡No vais a estar mangoneándonos a vuestro antojo!

Álvaro encogió los hombros con impotencia.

—De entre todas las mujeres de este inmenso planeta, a nosotros se nos ha ocurrido cruzarnos precisamente con estas dos brujas y caer rendidos a sus preciosos pies —

masculó Álvaro sin ocultar la diversión en sus ojos.

—¿Y es a nosotros a los que consideran unos demonios? —preguntó Fernán entre dientes rindiéndose ante la evidencia.

El resto del día fue genial, a pesar de que no me dejaron moverme de las hamacas de la piscina y me hincharon a beber zumos y a comer sin parar. Tardé algunos días en recuperar mi color habitual, aunque con un poco de maquillaje apenas se notaba. La energía vital de Aileen me evitaba el cansancio y como nos pasábamos casi toda la

jornada con Álvaro y Fernán, apenas me crucé con Gladys. Eso sí, la semana siguiente me tocó trabajar casi todos los días en la tienda para devolverles a Brian y Aileen todos los cambios de turnos que habíamos hecho.

Mi relación con Fernán cambió de forma radical. Ya no me ignoraba como hacía al comienzo, ahora se entretenía haciéndome rabiar hasta que yo usaba mi dominio sobre

él para acabar con sus mofas. Lejos de disgustarle, parecía divertirse aunque, cuando quería mantener algo fuera de nuestro conocimiento, se cuidaba mucho de mantenerse

alejado de mí. La relación entre los hermanos había vuelto a la normalidad y Fernán no volvió a hacer el más mínimo intento de seducirme o de sacar el tema del ritual.

En cuanto a Álvaro, evitaba a toda costa quedarse a solas conmigo, excepto para ayudarme a trabajar en mi proyecto. Pasábamos el tiempo libre con Aileen y Fernán visitando diferentes zonas turísticas de los alrededores o, simplemente, tomando el sol en la terraza de su castillo. El resto del tiempo lo pasábamos en lugares públicos, rodeados de gente. Aunque para mi desesperación, Álvaro no pudo evitar resistirse a

usar el nuevo y excitante don que había descubierto conmigo, metiéndome en apuros más de una vez cuando lo usaba en sitios no demasiado íntimos, en los que tenía que

ocultar la cara y los inevitables jadeos que se me escapaban.

La ventaja de trabajar en el proyecto con Álvaro fue descubrir y aprender cosas extraordinarias sobre la historia y sobre mis congéneres en general. La desventaja: tener que buscar siempre la comprobación de los hechos, puesto que la verdadera historia que él conocía no siempre era la versión pública y los archivos y documentos históricos que tenían en la biblioteca de su familia no los podíamos utilizar.

—Si salieran a la luz, una buena parte de la historia que hoy en día se cree conocer quedaría completamente invalidada y tendrían que replantearse muchas verdades que ahora mismo se dan por supuestas —me contó Álvaro el día que fuimos a visitar la enorme biblioteca de la mansión.

Me encantaba escuchar sus relatos sobre los entresijos y tejemanejes de la alta sociedad portuguesa mientras me acurrucaba en sus brazos. Era como tener acceso directo a un reality del pasado, aunque no se me escapaba cómo a veces evitaba hablar de determinadas mujeres o trataba de mencionarlas únicamente de pasada. Y en todas y

cada una de esas ocasiones me devolvía el amargo sabor de boca el saber la cantidad

de mujeres con las que había estado Álvaro, y me hacía preguntarme de nuevo cuánto

tiempo pasaría antes de que él volviera a sus costumbres de mujeriego.





CAPÍTULO 24

En el momento en que soltamos el pesado sobre con mi proyecto sobre el mostrador de

correos, el alivio de haberlo logrado a tiempo y la alegría de poder disfrutar de mis vacaciones sin más obligaciones ni compromisos me reanimaron de inmediato. A partir

de ahora, tenía todo el tiempo del mundo para pasarlo con Álvaro. Me colgué feliz alrededor de su cuello para plantarle un beso en los labios.

—¿Eso significa que a partir de ahora vamos a ser vuestros esclavos durante el resto

del verano? —intentó pincharme Fernán, que se encontraba a nuestro lado.

—Puedes apostar a que sí. —Aileen le pellizcó sonriente la nariz—. ¿A qué si no íbamos a dedicar nuestro tiempo si no es para torturaros y utilizaros para satisfacer nuestros deseos?

—¿Qué tal si lo celebramos? —propuso Álvaro empujándome hacia la puerta —.

Podríamos almorzar en Lisboa y dar un paseo por allí. Soraya aún no la ha visitado —

sugirió.

—Estupendo. Esta tarde le toca a Brian echarle una mano a mi madre — coincidió animada Aileen—. Ya tienes tu primera misión mi oprimido siervo: invitar a tu ama a

comer —bromeó con tono teatral antes de huir de la represalia de su sublevado vasallo Fernán.

Álvaro y yo les seguimos a la zaga, pero en cuanto cruzamos por la puerta de la oficina de correos, ambos hermanos casi se chocaron.

—¡Han vuelto! —gritaron prácticamente al unísono para luego tirarnos con emergencia

de los brazos y remolcarnos impacientes hasta el coche.

—¿Quién...?

—¡Noa y mi padre han llegado a la mansión! ¡Podemos sentirlos! —explicó nervioso Fernán sentándose atrás con Aileen, mientras Álvaro se ponía al volante y arrancaba ansioso el coche.

Al llegar a la mansión el aparcamiento estaba lleno de vehículos y las ventanas estaban cerradas a cal y canto. Lea nos abrió la puerta antes de que pudiéramos tocar el pomo.

—¡Está en el salón de abajo! —anunció sin dar la oportunidad de que alguien pudiera

preguntarle.

Álvaro siguió el ejemplo de su hermano, quien había cogido a Aileen en brazos y saltó escaleras abajo. Antes de abrir la puerta del salón, nos depositaron en el suelo. Noa se encontraba de pie, al lado de Lucía y Janaan. En cuanto nos vio entrar alzó una ceja.

—¿Solo unas semanas fuera y perdéis los modales que os he enseñado durante el último siglo? Aún no sois demasiado mayores como para castigaros a pasar la próxima

centuria enterrados en la tumba de Nefert —amenazó a sus nietos.

Aileen y yo retrocedimos un paso, intimidadas por el tono de Noa, pero Álvaro y Fernán avanzaron directamente hasta ella.

—¿Y perderos la misión de poder martirizarnos vos misma? ¿Seríais capaz de privarnos de tan alto honor? Eso no sería propio de vos, mi Gran Sacerdotisa

—
declaró Álvaro imitando la reverencia de su hermano, al tiempo que le besaba la mano.

Aileen y yo retuvimos el aliento ante la provocación de Álvaro. ¿Es que se había vuelto loco?

—Tienes razón, un siglo entero se me haría eterno sin poder atormentaros a vosotros dos. —Rio deleitada Noa, ante nuestra consternación.

Cuando encima Álvaro la alzó en volandas y la giró riéndose por toda la habitación, nuestros ojos acabaron por salirse de sus órbitas.

—Pero que conste, que si no comenzáis a comportaros como es debido os buscaré una

condena al menos igual de atroz, y podéis estar seguros de que algo se me ocurrirá —

les perjuró medio en broma Noa dejándose abrazar por Fernán.

Cuando Álvaro se percató de nuestras caras, puso una de sus sonrisas torcidas.

—Una abuela siempre es una abuela —explicó la escena que acabábamos de presenciar con un ligero encogimiento de hombros.

Lo contemplé con el entrecejo fruncido. Si aquella mujer no fuera la persona que tenía la vida de su nieto entre sus manos, realmente habría sido la escena de un feliz reencuentro. Sin embargo, tal y como estaban las cosas, todo aquello no encajaba por

ningún lado. Álvaro, que pareció adivinar mi tensión, se acercó para abrazarme. No me di cuenta de que también Noa se había aproximado hasta que habló.

—Es curioso, tu aura se ha fortalecido y te rodea una mayor energía y magnetismo.

¿Qué te ha...? —De improviso escudriñó los ojos a Álvaro, quien le mantuvo la mirada firme—. ¡Ya veo de dónde has sacado tu nuevo poder! —Frunció los labios en

señal de disgusto—. Acompáñame. Si no me equivoco, quieres hablar conmigo a solas,

¿cierto?

—Así es —admití siguiendo su invitación.

Me precedió a una pequeña biblioteca situada en la segunda planta del sótano que, al

igual que todas las demás habitaciones de este, carecía de cualquier tipo de ventana o hueco por dónde pudiera entrar luz natural. Se sentó en uno de los sillones y me hizo un gesto para que la acompañara. Me senté frente a ella cruzando inquieta las manos.

—¡Te sienta bien la sangre de mi familia! —observó.

No tenía muy claro de cómo tomarme aquel comentario. Decidí ignorarlo e ir directa al grano.

—¿Cómo de importante es mi «virginidad»? —La estudié con atención intentando no perderme ningún cambio en sus facciones, por leve que este fuera.

—¿Qué pretendes? —inquirió escrutándome con los ojos entrecerrados.

—¡Quiero llegar a un trato! —Me lancé con firmeza.

—¡Te escucho! —aseguró obviamente curiosa.

—Mi virginidad a cambio de la vida de Álvaro —le propuse sin más.

—¿Tu virginidad a cambio de la vida de Álvaro? —Las comisuras de sus labios temblaron levemente.

—Yo preservaré mi virginidad a cambio de que le perdones la vida a él —
declaré.

—¿Acaso crees que mi nieto osaría quitarte la virginidad sin mi permiso? —
Alzó una ceja ante mi atrevimiento.

—Puede que no tenga tu poder, pero también yo tengo un cierto dominio sobre
él.

Quizás, en un futuro próximo, aprenda a sacarle un mayor rendimiento. —Me
aventuré

a tirarme un farol—. Y aunque no funcionara, no necesito a Álvaro para
perder mi virginidad, ¿cierto? —insinué seca.

—Sí lo necesitas y ambas lo sabemos. —Noa sonrió segura de sí misma.

—No quiero que muera. Haré lo que sea por evitar que lo asesinéis. —El nudo
de mi

garganta apenas dejó que las palabras salieran en un susurro.

—¿Quién ha dicho que vaya a morir? —exclamó ella haciéndose la
sorprendida.

—¿Acaso no le habéis condenado a muerte? —me aseguré ante su reacción.

—¿Por qué iba a condenar a mi propio nieto a morir? ¿Qué clase de seres
consideras

que somos? ¿Crees que porque nos alimentemos de humanos no tenemos
sentimientos?

¿Acaso vosotros por alimentaros de animales no sentís? —Comenzó a
indignarse.

—Pero la pureza de vuestra línea de sangre...

—Se mantendrá —manifestó sin la menor duda—. Solo uno de ellos tendrá

descendencia. Lo que no implica que el otro deba morir; al menos, no en el sentido más estricto de la palabra.

—Álvaro me contó que llevabais tiempo deliberando acerca de ello y que algunos opinaban que sería mejor que muriera.

—¡Nadie va a tocarle un pelo a mi nieto favorito! —reveló Noa furiosa descubriendo

su vulnerabilidad—. ¡Abre los ojos, Soraya! Los hombres son físicamente más fuertes

que nosotras, son más rápidos, en su medio luchan mejor... No obstante, es en nosotras

dónde reside el poder y la capacidad de imponerlo. ¡Encuétralo y aprende a usarlo!

—exclamó vehemente—. En cuanto a Álvaro, su mayor defecto ha sido siempre no reconocer sus capacidades. No era su vida lo que estaba en debate, era su liderazgo.

La legitimidad por razón de nacimiento de Fernán, contra las cualidades de líder de Álvaro. Fernán es el heredero legítimo; sin embargo, Álvaro posee mayores atributos

para ser el sucesor de Athos. —Calló un instante, antes de añadir—: Puedes decirle a

mi nieto que no morirá; aun así, y por vuestro propio bien, deberás callar acerca del resto. Las cosas deben suceder tal y como están previstas. No debemos interferir en el destino.

—¿Entonces mi papel...?

—Cada cosa a su debido tiempo, Soraya. Todavía quedan algunos obstáculos en el camino y tú debes aprender a controlar tus habilidades. Aunque, por lo que he podido

constatar, se te da bastante bien teniendo en cuenta tu falta de preparación — añadió irónica con una extraña mezcla de satisfacción y desagrado.

Cuando Álvaro me vio regresar sonriente de la conversación con su abuela, se relajó.

Don Manuel se había unido a la reunión en el salón, me recibió con su habitual cortesía y amabilidad; sin embargo, al darme la mano durante el saludo, nuestras miradas se cruzaron por unos instantes y me pareció detectar un trazo de agonía en la suya; inmediatamente sonrió y desvió su atención a las bromas de sus hijos. Noa, que había

observado la escena, me dedicó una sutil seña indicándome que no le diera importancia. Aunque mi susceptibilidad se había despertado de nuevo, no conseguí encontrar en ninguno de los allí presentes la más mínima evidencia de que algo pudiera ir mal.

Al padre de Álvaro se le notaba a leguas lo orgulloso que estaba de sus hijos y la buena relación que mantenía con ellos. Para mi disgusto, no tardó en bromear con ellos acerca de mis habilidades para dominarlos tan pronto como se enteró de ellas.

—¡Ah! Ya lo dijo Ambrose Bierce: «Una mujer sería encantadora si uno pudiera caer

en sus brazos sin caer en sus manos». —Rio ojeando de soslayo a Lucía, quien lo fulminó al instante con su mirada.

Tan pronto como salimos camino de Lisboa, les comuniqué a todos lo que Noa me había permitido que contara: que Álvaro no sería condenado a morir. El peso que se nos quitó a todos de encima nos permitió disfrutar de aquel día como ningún otro.

Porque, aunque habitualmente nos lo pasábamos bien, en el fondo, cada uno de nosotros había intentado disimular el lastre que iba arrastrando consigo.

Ahora solo me quedaba por averiguar cuáles eran esos obstáculos que según Noa aún

me quedaban por superar.



CAPÍTULO 25

Las vistas desde la terraza del elevador de Santa Justa eran espectaculares. Se podía ver toda Lisboa desde allí: desde el castillo de San Jorge al barrio de la Baixa. Sentir a Álvaro a mi espalda, abrazándome y protegiéndome, hacía que aquel momento fuera

perfecto. Aprecié con deleite cómo trazaba con la punta de la nariz el recorrido desde la base de mi garganta hasta el hueco, justo debajo de mi mandíbula, donde depositó un delicado pero largo beso. Giré la cara para devolverle el tierno gesto.

Allí, en sus brazos, sobre el cielo de Lisboa, casi podía olvidarme de la figura que acababa de ver en el ascensor, vestido con un uniforme de servicio que claramente pertenecía a otra época. Había permanecido allí fijo, señalándome en silencio mientras subíamos los cuarenta y cinco metros hasta el techo de Lisboa. Lo que más me inquietaba era que no había sido el único. Hoy había sido un día repleto de apariciones y aquello no era habitual, ni siquiera para mí. Al llegar a Lisboa cambiamos el coche por el transporte público. Acabábamos de subirnos al tranvía cuando entró una señora

mayor con un curioso sombrero de flores. Al ver que nadie le cedía un asiento me levanté enseguida del mío. Ella me sonrió agradecida

—Hoy no es un buen día para visitar Lisboa —comentó como quien inicia una charla

intrascendente—. La ciudad apesta.

—¿Soraya? —me llamó la atención Aileen—. ¿Ocurre algo? —Me estudió con el ceño

fruncido.

Cuando me viré hacia donde había estado la anciana, el sitio se encontraba vacío.

Volví a sentarme y negué con la cabeza. Los demás viajeros me miraban curiosos.

Álvaro me apretó la mano para infundirme seguridad. Aquel no era ni el momento ni el

lugar para comentarle lo ocurrido.

En el castillo de San Jorge se repitió la situación. Esperaba sentada en la pequeña placita a que Aileen viniera con los refrescos y a que los chicos compraran las entradas. Una paloma se posó de repente en mi regazo examinándome con ojos inquietos en tanto que yo contenía la respiración para no asustarla. Cuando levantó el vuelo se dirigió derecha hasta una joven que, con un ramillete de lavanda detrás de la oreja, saboreaba las excelentes vistas que se exhibían desde aquella colina.

—Las palomas tienen un instinto excelente, ¿verdad? —habló como para ella misma—.

No solo reconocen la bondad de las personas, sino que también distinguen el peligro y saben escapar de él. —Cogió la paloma con las dos manos y la impulsó con suavidad

hacia el cielo.

Dirigiéndome una última sonrisa se encaminó en dirección a los pequeños callejones dónde desapareció entre los turistas. Cuando regresé a la realidad, Aileen estaba a mi lado con el ceño fruncido.

Apariciones aparte, había sido un día estupendo. Tener a Álvaro y a Fernán como guías tenía sus evidentes ventajas. Conocían toda la historia de la Lisboa

del siglo veinte de primera mano, por lo que nos fueron descubriendo a Aileen y a mí una ciudad poco conocida por la mayoría de los turistas e incluso de los habitantes locales. Además, resultaba divertido conocer también los detalles más secretos y escabrosos de la sociedad de principios de siglo. Bueno, no todos. Aileen y yo descubrimos algunos que, quizás, hubiéramos preferido ignorar.

—¡Ah! La preciosa casa de la señora de Vilanova. ¿No te traen buenos recuerdos esos

balcones hermano? —Rio entre dientes Fernán al tiempo que Álvaro le propinaba un codazo en las costillas.

Aileen y yo nos quedamos paradas, esperando una explicación; sin embargo, Álvaro solo le dedicó una velada amenaza al chivato de su hermano. No era necesario ser vidente para imaginarse qué era lo que había pasado allí. Intenté tomármelo con humor y esperar una buena justificación poniendo los brazos en jarra.

—¡A Fernán le gustaba la hija de la señora Vilanova! —espetó Álvaro antes de lanzarle otra mirada asesina a su hermano, quien cada vez parecía más encantado con

aquella situación.

—De modo que Álvaro, para echarme una mano obviamente, entretenía a la señora Vilanova para que yo pudiera cortejar a su arrebatadora hija. —Fernán rompió a reír a carcajadas cuando Álvaro proferió un gruñido bajo.

Por mucho que intentase tomármelo por las buenas, no pude evitar el incipiente ataque

de celos que me surgía desde el interior.

—¡Ah! Y eso no era todo... —siguió Fernán riendo sin ningún tipo de reparo, mientras

intentaba zafarse de Álvaro.

—¡Basta ya, Fernán! —profirió Álvaro amenazador.

—A veces nos equivocábamos de dormitorio. —Fernán se desternilló a viva voz corriendo calle abajo para escapar de su hermano.

Nosotras les seguimos con la vista, sin saber ni qué decir ni qué hacer. No necesitaba preguntarle para saber que ella también sentía celos.

—¿Qué vamos a hacer con ellos? —le pregunté en un suspiro manteniendo la atención

en el punto en el que habían desaparecido los dos.

—Cortarlos en pedazos y echarlos al fuego —rugió Aileen.

—¡Hm! Esa es una buena opción —estuve de acuerdo con ella.

—¡Dios!, ¡de verdad que tengo ganas de estrangularlo! —rechinó entre dientes.

—Bueno, supongo que si se las intercambiaban es que tampoco significaban demasiado

para ellos.

Las dos nos miramos y reímos por lo bajo.

—Aun así se merecen un castigo —opinó vengativa.

—Un buen escarmiento —coincidí—. Con lo cual volvemos a la cuestión del inicio:

¿qué hacemos con ellos?

—¿Podemos hacer alguna sugerencia al respecto? —intervino una suave y profunda voz a mi espalda.

—Podría dejar que me ataras desnudo de pies y manos y que hicieras conmigo lo que

quisieras. —Sonó enseguida otra, con tono sugerente, al lado de Aileen.

Al girarnos nos encontramos con dos enormes sonrisas avergonzadas y justo debajo, dos preciosos ositos de peluche que llevaban un corazón entre las tiernas zarpas.

—Está bien, dada vuestra buena voluntad para enmendar tan horrendos pecados, consideraremos la posibilidad de atenuar algo el castigo —replicó con tono pedante

Aileen, aunque resultaba fácil apreciar que se estaba derritiendo por completo.

Yo sonreí, achuchando mi osito, y dejé que Álvaro sacara sus propias conclusiones.

—¿Qué tal si vamos a visitar el Oceanario? —sugirió Aileen.

Fernán le hizo una mueca a su hermano, pero Aileen lo ignoró e, indiscutiblemente, acabamos yendo al Oceanario. Fue una experiencia fascinante andar por aquellos oscuros y silenciosos pasillos rodeados por las enormes paredes de cristal. Uno prácticamente se podía sentir inmerso en las profundidades marinas. Claro que, al principio, los peces siempre rehuían de nosotros. Los únicos que parecían sentirse atraídos por nuestros acompañantes eran los tiburones, que estudiaban con recelo a los nuevos depredadores de la zona, aunque según Álvaro probablemente no podían verlos

a través del cristal, solo presentirlos.

Fue Aileen la que finalmente se hartó.

—¡Ya está bien! —se quejó frustrada cuando Fernán le mostró una sonrisa burlona y Álvaro intentaba contener la suya—. ¡Largaos a la otra punta!, ¡quiero ver estos bichos de cerca! —Le soltó un manotazo en el hombro a su chico cuando este tuvo la desfachatez de reírse a costa de ella.

Aunque deploraba que Álvaro se alejara de mí, resultó ser toda una ventaja que ellos

se mantuvieran siempre enfrente de nosotras. Rehuyéndolos a ellos, los peces se acercaban a nuestro lado y podíamos observarlos a apenas unos centímetros de distancia.

Cuando retornamos al casco antiguo para ir un rato de compras, los chicos aguantaron

con resignada paciencia nuestras incursiones a las tiendas de recuerdos. A ratos me pareció detectar cierta tensión en ellos. Examinaban a todo el mundo a su alrededor con atención, a ratos olisqueaban como aquel día en los pasadizos y en ocasiones los

pescaba compartiendo una de sus comunicaciones telepáticas.

—¡Hey! Que se os va a enfriar el café —nos llamó Fernán desde una de las pequeñas

mesitas del mirador de Santa Justa devolviéndome al presente.

Me despegué con un suspiro de las vistas. Era un auténtico lujo disfrutar de aquel lugar.

Sonreí cuando Álvaro me besó la frente y me cogió de la mano para abrirnos paso entre las mesas. La sonrisa acabó congelándose sobre mis labios cuando reparé en que, detrás de Fernán, había otro de aquellos entes. Esta vez un hombre vestido

completamente de negro.

—¡Es inminente la hora de las tinieblas! ¡El peligro acecha en cada esquina! —anunció con un solemne tono de advertencia.

Jadeé. Un estremecimiento gélido recorrió mi columna vertebral. El oxígeno pareció haber desaparecido de mis pulmones. El brazo de Álvaro me aferró con fuerza, apretándome contra su pecho hasta que llegamos a la silla. Prácticamente me deslicé de sus brazos al asiento, donde simplemente me desplomé. Él se acuclilló preocupado a

mi lado tomando mis manos entre las suyas.

—¡Se ha quedado blanca como el mármol! —exclamó estupefacto Fernán.

—¿Soraya, te encuentras bien? —me interrogó Álvaro perturbado

zarandeándome con

suavidad.

Poco a poco me recuperé y los miré en silencio, con los ojos abiertos de par en par.

—Soraya, ¡suéltalo ya de una vez! —me ordenó Aileen con un toque histérico—. —

Llevas todo el día muy rara, ¿qué está pasando?

—Debemos irnos de aquí. —Apenas reconocí mi propia voz.

—¿Qué significa eso? —indagó Fernán algo escéptico.

—¿Qué es lo que has visto?, ¿qué te han dicho? —Álvaro ignoró a su hermano.

—Llevan todo el día diciéndome cosas sin sentido. Pero ahora mismo... Ha sido casi... como una amenaza —balbuceé—. Ha dicho algo sobre las tinieblas... Que «el

peligro acecha en cada esquina» —le repetí a Álvaro.

Álvaro intercambió una larga mirada con su hermano. El rostro de ambos reflejó su creciente inquietud.

—¿Qué más te han estado diciendo? —investigó Álvaro ahora visiblemente ansioso—. —

¿Recuerdas algo más?

—Los otros no tenían demasiado sentido. Algo sobre que la ciudad apesta, sobre que

las palomas sienten el peligro... no sé. No recuerdo nada más —contesté confusa.

—¡Vámonos! —ordenó tirándome decidido del brazo—. ¡Tenemos que darnos

prisa!



CAPÍTULO 26

Miré confundida la mesa donde el café aún humeaba y los pasteles seguían intactos.

Fernán y Aileen se levantaron con rapidez mientras Álvaro me cogía del brazo y me guiaba hasta el ascensor. Durante la bajada advertí la corriente que se establecía entre Fernán y Álvaro. Sus miradas se cruzaban fijamente, sin pestañear. Fernán tenía la mano fuertemente entrelazada con la de Aileen y le rodeó protectoramente el hombro en cuanto se abrió la puerta del ascensor.

—Cogeremos el metro para llegar al aparcamiento donde dejamos el coche. Será más

rápido —nos explicó Álvaro echándole una ojeada preocupada al cielo que anunciaba

el ocaso mientras la incipiente penumbra comenzaba a inundar las calles.

Aileen y yo llegamos a la boca del metro casi a rastras. Fernán y Álvaro estaban frenéticos. No nos soltaban de la mano, tirando de nosotras y escudriñando con cautela cada rincón, cada callejón por el que pasábamos. En la boca del metro avisté a una de aquellas figuras inertes haciéndome gestos con la cabeza, avisándome de que no entráramos. Intenté retener a Álvaro, pero en su frenesí ni se percató y siguió arrastrándome tras él.

El metro se nos escapó delante de las narices. Los chicos maldijeron irritados cuando vieron que quedaban diez minutos para el próximo. El andén estaba

desierto. No es que realmente fuera una estación de metro muy diferente a cualquier otra, pero en aquellas extrañas circunstancias el lugar transmitía un aire de lo más siniestro. Fernán y Álvaro no paraban de vigilar alterados el entorno. A veces intercambiaban miradas llenas de

significados, otras entrecerraban los ojos y olisqueaban estudiando la oscuridad de los túneles. Lo cierto era que allí olía a alcantarilla podrida.

Me sobresalté cuando de repente volvieron a cogernos precipitados del brazo para llevarnos de nuevo hacia la salida del metro. Casi me llevé a Fernán por delante

cuando frenó en seco y me tropecé con su espalda.

—Tenemos que retroceder —masculló Álvaro entre dientes.

Álvaro nos siguió de espaldas cubriendo nuestra retirada, en tanto que Fernán nos abría el camino hasta el andén.

—¡Explicadnos de una vez qué está pasando! —exigió de repente Aileen manteniendo

su tono bajo pero firme.

Fernán le echó una ojeada a su hermano esperando su permiso antes de contestar:

—Nosferatu —susurró—. ¿No podéis olerlo?

—¿Nosferatu? —repitió Aileen ahora completamente lívida.

—¿Nosferatu no es un vampiro? —indagué.

Álvaro asintió sin dejar de inspeccionar la oscuridad proveniente del túnel.

—Al igual que entre los humanos, también entre los vampiros existen diferentes tipos

de razas —explicó en voz baja.

—¿Y os lleváis mal entre las diferentes razas? —pregunté a pesar de que me imaginaba

la respuesta.

—En principio, entre los nosferatu y nosotros hay una especie de tregua o pacto no formal por el cual no solemos atacarnos... —titubeó antes de continuar—. No obstante,

hoy hay algo extraño. Puedo sentir su hostilidad enfocada a nosotros—. Cruzó una mirada con Fernán antes de mirarnos con gravedad.

—¡Escuchadme bien! —susurró tan bajo que apenas podía entenderlo—. Van a atacarnos. No sabemos a qué están esperando, pero lo harán. —Me cogió decidido la

cara entre ambas manos—. Nos superan en número —siguió informándonos—. No sé

cuánto tiempo podremos detenerlos pero, en cuanto empiece la pelea y yo os haga la señal, debéis huir lo más rápido que podáis. Dirigíos a un lugar donde haya mucha gente y mucha luz, y salid cuanto antes de la ciudad.

—Pero... —intenté decirle que me negaba a dejarle allí.

—¡Debes hacerlo! —me urgió acallándome—. Los nosferatu no son como nosotros. Y

si os cogieran... —La voz le falló—. ¡Tu amuleto te protegerá! —Parecía intentar

convencerse más a sí mismo que a mí, apretándome desesperado a él antes de volverse de espaldas y adoptar de nuevo aquel aire de concentración.

—¿Por qué no salimos directamente por dónde hemos entrado? —sugirió Aileen

aterrada.

—Demasiado tarde, nos han cortado el camino —repuso esta vez Fernán echando un vistazo a la familia que acababa de entrar al andén.

Vi horrorizada como la mujer acunaba cariñosamente a un precioso niño de cachetes colorados, dormido plácidamente en sus brazos y el padre empujaba un carrito con un

bebé de apenas unos meses, que pataleaba contento en el cuco. ¡Dios mío!, ¿qué iba a

pasar con aquella familia? No tendrían ni la más mínima posibilidad de salir con vida si los vampiros decidían atacarles. Álvaro sintió mi desconsuelo y como si supiera lo que pasaba por mi cabeza me rodeó con un brazo

—Vienen a por nosotros. Si nos sentamos en un vagón diferente, quizás los dejen tranquilos —me susurró al oído.

El repentino estruendo que surgió del túnel me sobresaltó. El metro frenó con un chirrido seco frente a nosotros. Los vagones estaban casi todos repletos de gente, exceptuando el último. Fue a ese al que se dirigió Álvaro decidido, pero cuando nuevamente divisé a uno de mis entes haciéndome señales delante de uno de los vagones lleno de gente, me paré de forma brusca.

—Vamos, rápido —me apremió Álvaro cuando no me moví del sitio.

—No, es en este en el que debemos subirnos —afirmé con seguridad.

—No podemos ponerles en peligro —me rogó Álvaro.

—¡Échale cuenta! —intervino esta vez Aileen pasando a su lado para entrar seguida de

Fernán—. Ellos la protegen.

Álvaro se rindió, pero lo hizo con los labios apretados. Permanecerimos de pie, agarrados a las barras.

—Espero que tengas razón —murmuró Álvaro.

Yo rezaba porque verdaderamente fuera así. Reparé en dos chicas de apenas catorce o

quince años riéndose juntas, mientras dirigían miraditas furtivas a un chico algo mayor, sentado algunos asientos más adelante.

—Puede que acertara —musitó de pronto Fernán sin desviar su atención de la oscuridad exterior.

—¿Se han ido? —preguntó Aileen esperanzada; sin embargo, Fernán negó con la cabeza.

—Nos siguen. Pero tanta gente... Puede que eso les impida... Puede que no quieran llamar demasiado la atención —intentó hacernos entender sin revelar nada a un oído extraño.

Inquieta, observé como varias personas bajaron en la siguiente estación. Después de la revelación de Fernán me preocupaba que pudiéramos quedarnos a solas en el vagón.

Parecía que las aglomeraciones de gente los podían mantener a raya a los nosferatu, pero que nada les impediría atacar en el instante en el que quedáramos a solas.

—Únicamente faltan dos estaciones más —me susurró Álvaro al oído—. Debemos

mantenernos entre el gentío hasta que lleguemos a la calle. Todo saldrá bien, cariño.

Asentí, mi boca estaba demasiado seca para responder. Sabía que debía mantener la calma y la razón, pero era más fácil pensarlo que hacerlo. Mi corazón latía a mil por hora, la fuerza parecía haber abandonado mis músculos convirtiendo mi cuerpo en una

masa tambaleante de gelatina y el simple hecho de seguir respirando parecía requerir

toda mi concentración.

Me sequé las manos temblorosas en la falda. Apenas debían de quedar unos minutos,

pero cuando tienes una sentencia de muerte colgando sobre la cabeza, se convierten en una espera interminable.

Álvaro y Fernán nos cogieron por las manos y comenzaron a tirar de nosotras tan pronto se abrieron las puertas del vagón. Aileen y yo tropezábamos con la gente y con nuestros propios pies para intentar mantener su paso, en tanto que ellos sorteaban los obstáculos con elegante sencillez.

En cuanto salimos por la boca del metro, mi incipiente alivio se esfumó. La amplia avenida estaba en penumbra, las farolas apenas la iluminaban y las personas que habían salido con nosotros del metro se dispersaban ahora en diversas direcciones devolviendo poco a poco el aspecto desolado a la calle. El hedor del metro se percibía allí de forma más tenue pero ni siquiera el aire fresco fue capaz de borrar del todo el olor a cloaca.

—No podemos relajarnos, nos están siguiendo por las alcantarillas —nos avisó Fernán

apremiándonos a correr a marchas forzadas hasta el aparcamiento.

Cuando llegamos a la entrada del parking se pararon en seco. Álvaro movió la cabeza negándose con fuerza a algo que Fernán parecía estar proponiéndole de forma telepática. Tras ojearme, capituló sin estar demasiado convencido y su hermano desapareció por la escalerilla del aparcamiento subterráneo.

—Vamos a la salida. Fernán nos recogerá allí —informó Álvaro con la tensión marcada en el semblante al inspeccionar de nuevo la calle.

Apenas habíamos llegado al punto de encuentro, cuando oímos un fiero gruñido seguido

de otros. Todos provenían del sótano, incluido un estruendoso sonido que parecía ser

un cuerpo chocando contra algo metálico.

—Corred hasta aquel hotel y si no llegamos a recogeros llamad a Gladys para que avise a mi familia. Sobre todo, no salgáis de allí hasta que el sol brille con fuerza. —

Álvaro me miró con urgencia—. ¿Lo habéis entendido?

Asentí aturdida; sin embargo, ya se había esfumado por la bajada del aparcamiento.

—¡Vamos! —chilló histérica Aileen zarandeándome nerviosa del brazo en cuanto los gritos de dolor comenzaron a mezclarse con los rugidos animales y el estrépito de cosas que chocaban.

—¡Van a morir! —Sollocé sobrecogida mientras ella me arrastraba hasta la iluminada

recepción del hotel.

Aileen se detuvo súbitamente. Nos encontrábamos justo debajo de una de las escasas

farolas.

—¿Lo hueles? —preguntó escudriñando con cautela los arbustos que cubrían la zona ajardinada frente al hotel, de dónde acababan de salir espantadas varias palomas—.

Mientras más nos acercamos al hotel más huele.

En mi atolondramiento no me había percatado pero, ahora que ella lo decía, tenía razón. Con una repentina claridad mental, evalué todas las posibilidades que teníamos.

Ir al hotel y arriesgarnos a que nos atacaran al acercarnos allí o incluso en la habitación donde nadie los vería; salir corriendo sin rumbo, convirtiéndonos en una presa fácil... Ninguna de las dos opciones parecía muy práctica ni tentadora.

—Tenemos que regresar con ellos. Puede que ninguno salgamos de esta, pero

es la única oportunidad que tenemos.

—Si corremos nos cazarán. Son depredadores —me recordó Aileen.

—¿Tenemos alguna otra opción?

—¡No! —confirmó ella desanimada.

—¡Pues a correr! —murmuré obligándola a seguirme.

Apenas habíamos recorrido algunos metros cuando de entre las sombras surgió una figura espantosa. Parecía un extraño experimento de laboratorio, con su piel grisácea, gruesa y arrugada, que me recordaba a las ratas sin pelo que se utilizan para los ensayos científicos. Aunque cuando me fijé en sus manos comprobé que sí tenía pelos.

Los repulsivos dedos no solo eran extremadamente largos y huesudos sino que también

estaban cubiertos por una auténtica mata de vello negra, al igual que los pies, descalzos y deformes, que se asemejaban a las garras de algún ave rapaz por la longitud de sus

amarillentas uñas y la curvatura de su empeine. El horrendo ser nos dedicó una expresión de odioso deleite, que contrastaba con su voz empalagosamente suave y galante, demasiado refinada para una criatura tan espeluznante.

—¿Acaso las señoritas desean privarme del placer de su compañía? —Nos mostró su

escalofriante sonrisa con puntiagudos y afilados dientes, haciendo un pequeño ademán

con la mano que dejaba ver sus corvas y cortantes uñas.

Aterrada, apenas percibí el brusco frenazo de un coche a nuestro lado

—¡Subid! —gritó una voz conocida en el mismo instante en que aquella aberración que

nos acechaba se arrojaba sobre mí.

Cuando chocó contra la pantalla protectora de mi amuleto y fue despedido con un doloroso alarido contra la pared, Aileen y yo nos lanzamos hacia las puertas abiertas del coche. Oí el gemido de Aileen al montarse, pero mi atención fue atrapada por el horripilante antebrazo que intentó alcanzarme impidiendo el cierre de la puerta. Ella le propinó un manotazo antes de que la criatura cayera al suelo entre convulsiones.

Álvaro puso el coche a más de doscientos por hora, dejando atrás la desierta avenida.

Sin aliento, lo recorrí con la vista para comprobar si le había pasado algo en los sótanos. Álvaro estaba bien. «¡Gracias, Dios mío!». Me giré hacia los asientos traseros para investigar el motivo de los sollozos de Aileen. Ella se encontraba bien, quien se encontraba cubierto de sangre era Fernán. Los jirones de la ropa apenas ocultaban sus imponentes heridas. Con el cuello desgarrado, mantenía el brazo en un ángulo antinatural y del muslo le salía un extraño bulto, sin contar las numerosas señales de arañazos y mordeduras que cubrían todo su cuerpo. Vi cómo Fernán le cogía con delicadeza la mano a Aileen, quien no dejaba de sollozar.

—¡Hm! Mi pequeña hechicera... ¿acaso tenías esto reservado para mí? — Admiró el anillo de Aileen con una débil sonrisa—. Me gustan las brujitas listas —murmuró cerrando, cansado, los párpados—. Bebé, tienes que alejarte lo más posible de mí...

—Perdió el conocimiento antes de acabar.

—¡Fernán! ¡Fernán! —Los alaridos desgarrados de Aileen inundaron el coche—. ¡Oh,

Dios!

—Ha entrado en estado de letargo —anunció Álvaro en un hilo de voz—. Pero el corazón aún le late.

Aileen le puso las dos manos sobre el pecho con cara de concentración.

—¿Tienes alguna forma de usar mi energía vital para transmitírsela también?
—me ofrecí en cuanto me percaté de lo que estaba haciendo.

—¡No! ¡No lo hagáis! —nos avisó alarmado Álvaro—. Ha perdido demasiada sangre.

Si se despierta no será él mismo y podría atacarnos. No será consciente de lo que hace.

—Inspeccionó a su hermano a través del espejo retrovisor—. Hay que mantenerle vivo

con la energía justa para que su corazón siga latiendo. ¿Puedes hacerlo? —le pidió ansioso a Aileen.

—Lo intentaré —musitó ella agobiada.

—Mantente lo más alejada posible de él. Si huele tu sangre demasiado cerca podría llegar a despertar —le advirtió.

El coche voló sobre la carretera pero, a pesar de eso, el viaje se hizo eterno. Álvaro alternaba inquieto la vigilancia de su hermano con la conducción.

—Soraya, dame tu mano izquierda —me pidió Aileen después de un rato. Sonaba exhausta. Con una mano sobre el pecho de Fernán, tomó la mía para concentrarse de nuevo.

—Estamos a punto de llegar —murmuró Álvaro sin dejar de atender el estado de su hermano.



CAPÍTULO 27

Tanto las verjas como la puerta de la mansión se encontraban abiertas e iluminadas cuando llegamos. Nos estaban esperando. Seguramente Álvaro les había avisado telepáticamente de lo que ocurría. Varias guardas femeninas se encontraban apostadas

en el exterior controlando la cancela de entrada a la finca y los alrededores de la casa.

Los Mendoza nos aguardaban en la escalinata, listos para actuar. Todos estaban preparados. En cuanto el coche paró, bajaron el cuerpo deshecho de Fernán y lo llevaron dentro. Nadie hizo preguntas, como si todos supieran exactamente lo que tenían que hacer y cada uno supiera su función. Álvaro se detuvo unos segundos a mi

lado para posar su frente sobre la mía.

—Lea se ocupará de vosotras. Estaréis bien con ella. A mí me necesitan dentro —se

despidió con la preocupación escrita en sus ojos.

—Saben lo que hacen —intentó tranquilizarnos Lea viendo cómo los demás

desaparecían dentro de la casa, aunque no pudo ocultar a tiempo la conmoción que cruzó por sus facciones—. Es mejor que entréis y toméis algo caliente, avisaremos a Gladys y decidiremos si os llevamos a casa o es mejor que os quedéis aquí.

—¿Qué le pasará a Fernán? —preguntó ansiosa Aileen.

Estaba pálida y tenía enormes ojeras violáceas en su rostro desencajado. Lea dudó antes de responder.

—Los nosferatu le han mordido, por lo que podría estar infectado por ellos. Fernán es solo medio vampiro. Tendrán que limpiarle las heridas y extraerle todos los fluidos para evitar que pueda convertirse en uno de ellos. Luego, le alimentaremos con nuestra sangre —titubeó mordiéndose los labios, como si

evaluara qué podía contarnos—. Si

no surge ninguna reacción adversa, permanecerá durante algún tiempo en letargo, hasta

que... las heridas se curen —acabó con un extraño tono.

En mi retina se reflejó el recuerdo de aquella horrenda criatura que nos había atacado, el simple pensamiento de que Fernán pudiera convertirse en un ser tan repulsivamente

horripilante me puso los pelos de punta. No pude evitar pensar que podría darse el caso de que no funcionara, de que ya fuera demasiado tarde para evitar su conversión

en aquel aterrador ser. ¿Qué haría entonces su familia? Al ver la expresión crispada de Aileen, me tragué la pregunta.

—Pero si le extraéis toda la sangre y la sustituís por la vuestra... —La voz de Aileen

sonaba cada vez más débil.

—Sí —confirmó Lea su sospecha—. Se convertirá en un vampiro. —Posó su mano en

el hombro de Aileen llena de compasión—. Sabías que tarde o temprano tendría que suceder.

—No esperaba que fuera tan pronto —musitó Aileen apenada.

—Te equivocas, su conversión ya tenía fecha —suspiró Lea con tristeza observando la

luna.

Tras una eternidad, don Manuel subió al fin de los sótanos. Parecía extremadamente agotado y preocupado. Su palidez resultaba mucho más evidente que de costumbre.

—Fernán se encuentra estable —intentó tranquilizar a Aileen, que había saltado inquieta de la silla al verlo entrar—. Ahora lo que necesita es descansar. —Se sentó

frente a nosotras con los hombros encorvados—. Hemos inspeccionado la zona. Por ahora no hemos encontrado ningún indicio de que los nosferatu os hayan seguido.

También hemos hablado con tu madre, Aileen. Hemos evaluado la situación y creemos

que por esta noche estaréis más seguras aquí. —Se pasó la mano por los párpados—.

Aunque sea únicamente por prevención, debe reforzar todas las medidas de seguridad

del apartamento. Los nosferatu son buenos rastreadores y no queremos arriesgarnos. —

Se miró los puños en silencio—. Deberías llamar a tu madre para tranquilizarla.

Después, Lea os enseñará vuestra habitación y se quedará con vosotras; os pondremos

una guardia en la puerta. Cualquier cosa que necesitéis podéis comunicárselo a ella. Es posible que... —dudó antes de seguir y su semblante se contrajo en una mueca torturada—, escuchéis ciertos ruidos que os inquieten, no temáis por favor. Fernán posiblemente pase una mala noche —nos previno apretando compungido la mano de Aileen cuando esta sollozó desconsolada.

El cuarto al que nos llevó Lea era enorme y disponía de varios ventanales cerrados a cal y canto. Aunque ambas camas eran preciosas, se notaba que una de ellas no pertenecía a aquella habitación y debían de haberla llevado allí expresamente.

—Creo que estos pijamas os servirán —indicó Lea dejándolos encima de la cama—.

En el cuarto de baño tenéis todo lo necesario, incluidos cepillos de dientes nuevos.

Después de ducharme y asearme, me puse el suave pijama de seda color crema. Si no

hubiera estado tan preocupada por Fernán, posiblemente me hubiera recreado en la sensualidad del conjunto y en cómo me quedaba. Tal y como estaban las cosas ni siquiera me preocupaba de quién fuera.

Cuando salí del baño, Lea seguía allí, hablando en voz baja con Aileen, que seguía con los ojos rojos, hinchados por las lágrimas, y volvía a sollozar con el corazón encogido de tanto en tanto. En cuanto notaron mi presencia la conversación terminó.

—Te queda muy bien. —Lea señaló mi pijama apartándose para que Aileen pudiera coger sus cosas antes de ir al baño.

Me senté en la cama junto a ella.

—¿Por qué nos atacaron esos monstruos esta noche?

—No lo sabemos. Es un hecho sin precedentes. El otro día detectamos un rastro en los

pasadizos, lo que nos hizo sospechar que habían estado estudiando el terreno y nos indica que han estado planificándolo por algún tiempo; no obstante, nunca nos habían

atacado antes sin un motivo claro. —Reflexionó antes de continuar—. Hoy

posiblemente detectaron vuestra presencia y aprovecharon la ocasión para abordaros en vuestra situación de indefensión.

—Si creéis que todo saldrá bien con Fernán, ¿por qué están todos tan tensos?
—la interrogué esta vez en un tono más bajo.

—Desconocemos hasta qué punto lo han infectado los nosferatu y tememos que pueda

tener algún tipo de consecuencia. No solo a nivel físico, que es lo de menos, sino sobre todo a nivel de comportamiento. Los nosferatu son una raza muy despiadada, cruel y sanguinaria. —Se estremeció como si le asustara esa idea—. Por otro lado, nos preocupa una posible guerra. No sabemos qué ha provocado este ataque, ni si se repetirá.

Llamaron con suavidad a la puerta y Álvaro entró a la habitación. Lea y él cruzaron una mirada y, asintiendo levemente, ella salió. Enseguida me lancé a los brazos de Álvaro.

Podía sentir su rigidez. Me aparté un poco de él y recorrí con los dedos los profundos surcos de sus ojeras. Se encontraba cansado, desalentado y abatido. Cuando me puse de puntillas para besarle, me respondió con una inmensa delicadeza. Sin separar sus labios de los míos, me tomó en brazos y me depositó con gentileza en la cama, tendiéndose a mi lado. Sus labios susurraban tiernas palabras en una lengua desconocida. No necesitaba conocer su significado, me bastaba la intensidad de su tono para reconocer las emociones que contenían: amor, pasión y desesperación.

Sus palabras vibraron en mi interior despertando un intenso anhelo. Jadeé extasiada cuando su mano se introdujo bajo la fina tela del pijama para ahuecar mi pecho, y me

apreté a él rodeándole la cadera con mi pierna. Cuando se detuvo en seco, no pude evitar un gemido de protesta. Apoyó mi cabeza sobre su pecho y me abrazó.

—¿Soraya?

—¿Hm? —Cerré los ojos disfrutando de los tranquilizadores latidos de su corazón.

—Sobre lo que te ha contado hoy Fernán... —titubeó, como si no supiera cómo traducir sus sentimientos en palabras.

—¿Sí?

—Solo quería que supieras que ninguna de aquellas mujeres significó nada para mí. Yo

era muy joven y...

—Lo sé, no te preocupes más por eso —lo interrumpí incorporándome y posando un dedo sobre sus labios—. Te quiero tal y como eres, con todos tus pecados, vicios y virtudes. Yo... —Lo miré a los ojos y apoyé mi mano en su pecho—. Te amo, te amo

como jamás pensé que pudiera amar a una persona. Te amo con toda mi alma, con todo

mi ser; te amo de una forma que me llena y me desborda y que es más grande que yo.

Su reacción me cogió completamente desprevenida. Lleno de desesperación hundió su

cara en mi cabello y sollozó aferrándose a mí con fuerza. No supe lo que hacer, más

que llorar con él y abrazarlo mientras su cuerpo temblaba bajo mis manos.

Para cuando Aileen salió del baño, Álvaro ya había recuperado la compostura, al menos en apariencia. Con la presencia de Aileen no volvió a hablar; sin embargo, permaneció allí conmigo abrazándome durante toda aquella larga noche.

El vaticinio de don Manuel no se hizo esperar mucho. Los agónicos gritos de Fernán llenaron de un profundo dolor toda la mansión. A pesar de que nos separaban varias plantas, los desgarradores chillidos se extendían por toda la casa. Lea regresó con

nosotras y se abrazó a Aileen en la cama. Intenté imaginarme qué debía de ser para los sensibles sentidos de Álvaro y Lea percibir el sufrimiento tan agudo de un ser al que amaban.

Karima entro por la mañana para avisarnos de que Gladys iría a recogernos a las nueve. Cuando bajamos a la cocina a desayunar, ni Aileen ni yo fuimos capaces de probar bocado.

Álvaro seguía extrañamente silencioso. Lea y Karima se mantenían a su lado, como si

quisieran transmitirle su apoyo. Me sentía extrañamente inútil en aquella situación. Era consciente de que a Álvaro le ocurría algo más, aparte del evidente sufrimiento por su hermano. Además, lo notaba en la forma en la que toda su familia lo atendía ahora.

Había algo en sus miradas, en su forma de tratarlo, que había cambiado. No me atreví a sonsacarles lo que pasaba, temiendo que mis preguntas estuvieran fuera de lugar en aquella situación; sin embargo, el desconocimiento me intranquilizaba y hacía que no supiera cómo consolarle, cómo ayudarle.

En cuanto a Aileen, parecía un vampiro más. Estaba pálida en extremo, con enormes ojeras. Sus ojos ahora vacíos solo contenían un ligero rastro del enorme calvario por el que estaba pasando. La abracé sin tener siquiera la seguridad de que ella fuera capaz de percibirlo en aquel estado.

A pesar de la aparente tranquilidad, la propiedad se había convertido en un fuerte. Con todas las ventanas cerradas herméticamente, ni el más leve rayo de luz era capaz de penetrar en la enorme mansión. Me había percatado de que, aunque nos evitaban, la casa estaba llena de caras desconocidas. No solo habían vigilado la puerta de nuestro dormitorio, sino que también se encontraban guardias repartidos por el resto de la casa. Álvaro y Lea los saludaban con leves movimientos de cabeza, pero ni hablaban

con ellos ni nos dieron ninguna explicación.

Cuando Gladys llegó, mantuvo una conversación en tono grave con don Manuel antes

de entrar en la cocina. En cuanto vio el estado en el que se encontraba su hija, corrió a abrazarla, flanqueada por Brian y Brenda.

—¿Brenda? —resonó la pregunta desolada de Aileen.

—Mamá nos avisó ayer por la noche de lo que había pasado y hemos conseguido un vuelo a primera hora de la mañana.

—¿Papá también ha venido?

—Sí, se ha quedado con Jenny.

Aileen se abrazó a su hermana sollozando desconsolada.

—Tranquila, cariño, todo va a salir bien —intervino Gladys acariciándole el hombro

—. Voy a comprobar si puedo ayudar en algo, quizás pueda calmar un poco el dolor o

ayudar a que sus heridas cicatricen. —Como si Fernán hubiese oído sus palabras, resonó otro de aquellos estremecedores lamentos desde el sótano.

Gladys se dirigió a don Manuel haciéndole un ademán para que la guiara. Noa apareció

en el umbral de la puerta, saludó a Gladys y me invitó a que les siguiera.

—Soraya, por favor, acompáñanos.

Brian se situó de inmediato detrás de su madre, en tanto que Álvaro ponía su brazo alrededor de mi cintura, pero Noa se opuso.

—No es necesario —le dijo a Gladys para luego dirigirse a Álvaro—. No es el momento de que vengas.

—Brian, quédate con Aileen y Brenda. Estaremos bien. —Posó una mano sobre el hombro de su hijo.

Álvaro me dio un beso en la sien antes de soltarme. Noa encabezó la marcha al sótano

tomando la misma ruta que la primera vez que fui con ella. Paró ante dos hombres que

custodiaban una de las puertas y que se inclinaron ante ella antes de cederle el paso. La imagen que nos recibió dentro me cogió desprevenida.

Una desgarrada Lucía mantenía en sus brazos a su desfallecido hijo, cuyo sudoroso cuerpo desnudo mostraba de forma cruel todas las heridas y desgarros. Lo único que podía diferenciar aquella imagen de la Piedad de Miguel Ángel, era la tortura y el sufrimiento que retorció a aquellas figuras. Cuando Lucía se percató de mi presencia me destinó una mirada indescifrable, que me puso los pelos de punta. No fui capaz de

aproximarme más a aquel martirio. Me eché a un lado y permanecí junto al umbral mientras Gladys se acercaba a ellos. A medida que deslizaba sus manos por diferentes

puntos de su anatomía, los agónicos quejidos de Fernán se fueron apaciguando poco a

poco. Parecía como si a través de sus manos Gladys hubiera ido suministrándole morfina para calmar su dolor. El sosegado descanso en el que se sumió Fernán resultó

reparador para todos. Cuando terminó, percibí las perlas de humedad en la frente de Gladys y el imperceptible temblor en sus manos.

Al salir, Noa nos guio hasta su estudio. Para nuestro estupor, el primer cuadro con el que nos encontramos enfrentadas era una repetición de la escena que acabábamos de abandonar: la madre con su hijo agonizante en brazos. Don Manuel cerró la puerta a

nuestras espaldas.

—¡Lo sabías! —constaté indignada—. ¡Lo sabías y no hiciste nada para remediarlo!

¡Podías haber evitado que cayéramos en la trampa! —acusé a Noa fuera de mí.

Noa estudió apenada el cuadro antes de responder.

—Era su sino. Es así como debía suceder. —Me miró—. ¿Crees que es fácil para mí

dejar que el destino siga su curso cuando es de mi sangre de la que estamos

hablando?

No por ser de otra especie que la vuestra quiero menos a mis hijos y a mis nietos. No se puede desafiar al destino sin más. Si no hubierais ido ayer a Lisboa, ellos hubieran venido aquí de todos modos. —Retornó su atención de nuevo al cuadro acariciando el

sufrido rostro de su nieto, antes de continuar en un murmullo ensimismado—. Este ha

sido el inicio, la piedra ha comenzado a rodar.

—¿Cuándo lo supiste?

Seguía sin comprender cómo había sido capaz de dejar que su nieto pasara por ese sufrimiento sin más.

—Desde la noche en que nos conocimos. Ese fue el motivo por el que tuvimos que marcharnos. —Se orientó hacia don Manuel, que había permanecido impasible al lado

de la puerta—. Teníamos que evitar que el resto de nuestra familia descubriera lo que iba a suceder y prepararnos para lo que nos espera a partir de ahora.

—¿Qué es lo que va a ocurrir? —intervino esta vez Gladys.

—La están buscando a ella —contestó Noa señalándome.

Un sudor frío cubrió mi rostro y una violenta sacudida hizo que mis rodillas cedieran bajo mi peso. Don Manuel me cogió en brazos antes de que pudiera caer al suelo y me

llevó hasta una silla apoyada en la pared.

—Todo saldrá bien. No tienes nada que temer. Tomaremos todas las medidas necesarias para salvaguardarte —intentó calmarme el hombre.

—¿Por qué la quieren a ella? —siguió interrogando Gladys.

—Por la misma razón por la que nosotros la protegeremos —repuso de forma enigmática Noa—. Hemos sacrificado a uno de los nuestros por ti, ¿te haces ahora una

idea de lo importante que eres? —preguntó contemplándome antes de dirigirse a Gladys—. Nuestros objetivos son los mismos. Nuestro futuro depende de ella y la

escudaremos con nuestras vidas si fuera necesario. —Caminó hasta uno de los lienzos cubiertos antes de volverse de nuevo sin destaparlo—. Por ahora, está más segura con

vosotros. Espero que hayas tomado las medidas que te hemos pedido. — Escrutó a Gladys para comprobar su respuesta, luego asintió para sí misma—. Por favor, no reparéis en gastos. Nosotros nos haremos cargo de todo, como hasta ahora.

—Os agradezco vuestra ayuda, sin embargo, no era necesario. Conocemos nuestra responsabilidad como sus protectoras y la asumimos con gusto — afirmó decidida Gladys—. Aunque si disponéis de más información nos ayudaría que la compartierais

con nosotras.

Noa me echó un vistazo antes de responder.

—Os proporcionaremos los detalles necesarios, pero lo prioritario ahora mismo es ponerla a salvo. Os he traído aquí para que veáis por vuestros propios ojos y para que, especialmente tú, puedas confiar en mi criterio. — Señaló el cuadro de Lucía y Fernán.

—Te escucho —respondió Gladys evitando cualquier compromiso.

—Su amuleto es poderoso, aunque, tal como hemos comprobado, como objeto tiene sus

limitaciones. Cuando confía en alguien pierde su capacidad de detectar el peligro. Si consiguen arrebatárselo, sea de la forma que sea, quedará

desprotegida. Es hora de transferir el poder del amuleto a ella de forma permanente...

Las dos mujeres siguieron discutiendo entre ellas, mientras yo me perdía en mis propios pensamientos. Apenas percibía algunas palabras sueltas como «ceremonia»,

«noche de San Juan», «dentro de dos días»... Las palabras de Noa me habían impactado. Yo era el motivo de la agonía de Fernán. Los miedos del pobre chico habían estado justificados. Me estremecí al pensar que podría haber sido Álvaro.

Mirando por la habitación, me percaté de que había muchas más pinturas tapadas que

la última vez. También había desaparecido el lienzo del bebé. ¿Se lo habían llevado?,

¿o Noa no quería que Gladys lo viera? Me frustraba que aquella mujer conociera mi destino y que aun así no me hiciera partícipe de él. Don Manuel se acuclilló a mi lado para mirarme a los ojos, en tanto que las mujeres seguían planificando.

—Sé que esto está siendo muy duro para ti. Y probablemente lo será mucho más —

añadió con pesar—. Pronto conocerás los motivos y comprenderás lo que hemos hecho. —Me cogió las manos entre las suyas—. No te equivoques. Quiero a mis hijos

con devoción y daría mi vida por ellos, al igual que ella —reveló señalando con la barbilla a Noa—. Esto ha sido muy duro para todos, pero era necesario —insistió.

—¿Álvaro ya lo sabe? —Me imaginé cómo podía asimilar él todo esto.

—Ayer comenzó a sospechar algo, aunque de la mayor parte acaba de enterarse ahora

mismo. Está escuchando nuestra conversación —me informó con semblante mortificado, probablemente intuyendo la reacción de Álvaro.

Cuando llegamos a la planta de arriba, Álvaro estaba sentado sobre uno de los escalones esperándonos. Tenía el rostro impassible, no dejando que nadie pudiera asomarse a sus pensamientos ni a sus sentimientos. En cuanto me acerqué a él, me reconfortó en sus brazos y permitió que sollozara sobre su pecho. Los demás nos dejaron unos minutos de intimidad.

—¿Qué pasará a partir de ahora? —le pregunté escondiendo mi cara en el hueco de su

cuello.

—Lo primero es hacer caso a Noa y reforzar tu seguridad —evadió de forma consciente una respuesta más concreta.

Antes de que pudiera formular más interrogantes, posó sus labios sobre los míos con un beso que sabía a desesperación y que me dejó sin aliento. Después, me ayudó a levantarme para ir al encuentro de los demás. Yo era consciente de que él estaba eludiendo aquella conversación, pero notaba su tortura interior, podía sentirla, y eso me impedía forzarlo a hablar contra su voluntad, a pesar del desasosiego que crecía a ritmo exponencial en mi interior.

En la cocina, Aileen seguía en el mismo estado catatónico en el que la había dejado antes.

—Permitidme que os ayude —se ofreció don Manuel cuando Gladys nos indicó que era

hora de irnos, aunque casi parecía una súplica.

Quizás, don Manuel necesitara hacer algo para romper con la infinita espera que todavía le quedaba por delante. Tras el asentimiento de Gladys, cogió a Aileen con delicadeza entre sus brazos y la llevó al exterior para depositarla con cuidado en el Opel Corsa.

—Una escolta os acompañará hasta Cascáis y mantendrá la vigilancia en el exterior de

vuestro apartamento. También mandaré a alguien para que compruebe la efectividad de

las salvaguardas que habéis puesto en vuestro hogar —le prometió don Manuel, que seguía obsesionado con nuestra vulnerabilidad.

—Olvidas que tenemos la capacidad de protegernos nosotros mismos. Hasta el momento nunca nos habíamos visto en la necesidad, pero poseo los conocimientos suficientes y dedicaré estos días a adiestrar a mis hijos. Lo que sí es cierto es que me vendría bien que alguno de vosotros participara en los entrenamientos para comprobar

cuán efectivas son las técnicas. Al menos de aquellas que no resulten dolorosas ni peligrosas. Eso ayudaría a mis hijos a coger seguridad en sus capacidades —le pidió

Gladys.

—Por supuesto que colaboraremos, al fin y al cabo os encontráis en esta situación debido a nosotros —convino enseguida don Manuel, que repentinamente se encogió como si hubiese recibido un latigazo y miró dolorido la casa; se despidió con una ligera inclinación y desapareció.

Álvaro me había acompañado en silencio hasta el coche. Antes de montarme, me giré

hacia él. Me acarició con dulzura las mejillas y depositó un suave beso en mi coronilla como gesto de despedida. No habló, ni se despidió con palabras, solo miró hasta que

nuestro coche desapareció tras la enorme cancela de la finca. Si no hubiera sido por la intranquilidad que me causaba aquella extraña separación, casi habría sentido alivio al salir de allí y evitar seguir siendo testigo de la agonía de Fernán.

El recorrido hasta el apartamento transcurrió en quietud. Gladys no hizo

preguntas, algo que le agradecí. Alan y Jenny nos esperaban ansiosos pero, en cuanto vieron la cara de Aileen, también ellos reprimieron su curiosidad. Gladys le dio una de sus infusiones y luego la llevamos a su cuarto, donde por fin rompió a llorar hasta quedarse dormida. Yo me quedé tendida allí con ella, con los ojos abiertos, mirando el techo, preguntándome qué sabrían los Mendoza sobre mi futuro que yo desconocía, y qué me esperaría si los nosferatu conseguían encontrarme.



CAPÍTULO 28

A la mañana siguiente, después de una larga y vacía noche, me despertó el murmullo ajetreado de varias personas. Cuando me levanté, comprobé que todo el apartamento se

encontraba atestado de gente. En cuanto me vieron en la puerta del salón, todos callaron, examinándome con ojos curiosos. Nerea rompió la quietud viniendo hacia mí

y dándome un abrazo al tiempo que, al fondo, se oía una emocionada voz femenina.

—¿Es ella la Protegida?

—Soraya, deja que te presente... —me pidió Gladys antes de presentarme a todas aquellas personas.

Eran aproximadamente doce, sin contar a la familia de Aileen. La mayoría de ellas mujeres, algunas eran familiares, otras amigas de los O'Conally. Como me enteré más

tarde, todos eran brujas y brujos o *wiccans*, como preferían algunos que se les llamara, y todos estaban allí para conocerme y protegerme. Aún no había salido de mi estado de confusión, cuando ya volvía a sonar el timbre de la puerta.

—Ese debe de ser Cuddy —adivinó una de las mujeres provocando un coro de murmullos alrededor—. Ya sé que me dijiste que lo dejáramos fuera de todo esto... —

respondió a la mirada acusatoria de Gladys—, pero fue él quien me llamó anoche para

averiguar dónde iba a ser la fiesta. Ya sabes lo perceptivo que es, ¿qué querías que hiciera?

Antes de que me diera tiempo a preguntar por qué les producía tanto rechazo ese tal Cuddy, apareció en el pasillo acompañado por Brian. Parpadeé al ver a un chico de unos treinta años, de pelo rubio castaño, largo y desgredado. Tenía el aspecto desaseado de un trotamundos, con sus vaqueros rotos, cortados a la altura de las rodillas, una camiseta ancha de surfista y una mochila ajada. Un gato negro con hocico

y antifaz blanco serpenteaba entre sus piernas hasta llegar al salón, para después, ignorando a todo el mundo, dar un salto hasta el alféizar de la ventana y acomodarse

allí para observar apaciblemente toda la escena.

—Veo que, como de costumbre, llego tarde —saludó Cuddy con ironía escudriñando a

los presentes al entrar—. Aunque espero que lo suficientemente pronto como para no

haberme perdido nada importante. —Tiró su petate al lado de la puerta antes de ofrecerme la mano—. Tú debes de ser la responsable de que medio inframundo esté alterado. —Me estudió con atención—. Puedes llamarme Cuddy, y no te preocupes porque los de aquí se hayan quedado todos boquiabiertos cuando he llegado. No soy tan malo como aparento, solo temen

que pueda meter la pata con sus amiguitos

«dentiagudos». —Sus labios se abrieron en una amplia sonrisa—. Mi historial con ellos no es demasiado bueno. Ya te pondrán al día cuando me dé la vuelta.

—¿Tan encantador y diplomático como siempre, Cuddy? —Rio el padre de Aileen saludándolo con unas palmaditas en la espalda.

Me alegré de que Alan interviniera, la desfachatez y desenvoltura de ese chico me habían desarmado por completo y no tenía ni idea de cómo reaccionar. Me percaté de

que los demás estaban divididos ante él; dónde unos miraban divertidos otros lo hacían con recelo.

—¿A qué te referías con eso del inframundo? ¿Sabes algo que debemos conocer? —

investigó intrigada una mujer con cara de madraza, sentada al lado de Jenny.

—Han llegado ciertos rumores sobre ella a los bajos fondos, algo relacionado con una

profecía en la que ella marcará la diferencia en una lucha entre vampiros. Hay varios clanes de chupasangres que están algo susceptibles con ese tema. —Se detuvo fijándose en los demás con ojos entrecerrados—. Si estáis todos aquí, y por el blindaje que habéis puesto alrededor de toda la casa, deduzco que es porque alguno ya ha hecho el tanteo de conocerla, ¿me equivoco? —Estudió el semblante de Alan para adivinar su

respuesta.

Después de recibir la confirmación a sus sospechas, Cuddy se sentó con las piernas cruzadas en el suelo, donde acarició pensativo a su gato, que enseguida había acudido a él para apropiarse de su regazo.

—¿Y bien?, ¿cuáles son vuestros planes? —preguntó sin alzar la cabeza.

Esta vez fue Gladys quien intervino.

—Si has venido a echar una mano eres bien recibido, Cuddy. Tu ayuda nos vendrá muy

bien, pero recuerda que los Mendoza son amigos de mi familia y, por ahora, nuestros aliados. No quiero que nos crees problemas —le advirtió severa.

—¿Te refieres a las dos sanguijuelas que están ahí abajo vigilando? —indagó con una

pasmosa tranquilidad evitando comprometerse.

—Son guardias que están ahí para avisarnos si algún nosferatu se acercara por esta zona —repuso Gladys ofendida.

—Me temo que no son los únicos que van detrás de ella —le advirtió Cuddy jugando

con su gato—. Sea lo que sea lo que Soraya tenga que hacer habrá que acelerarlo.

—Ese es el problema. Estamos seguros de que es la Protegida y también nos consta que en la familia de los Mendoza tienen un vaticinio relacionado con ella; si bien, Noa, la Suma Sacerdotisa, se está reteniendo y no nos desvela todos sus conocimientos.

Considera que revelarnos toda la verdad podría interponerse en el cumplimiento de la

profecía. ¿Qué sabes tú acerca de esa historia? —investigó la madre de Aileen.

—Solo lo que ya os he contado. El vástago que me lo contó tampoco sabía demasiado.

Parece que los Antiguos tienen cierto interés en mantenerlo en secreto, lo que confirma la sospecha de que la temen. El revuelo que se está causando se debe a que la discusión acerca de ella está dividiendo a los clanes. Algunos quieren eliminarla, otros podrían llegar incluso a apoyarla. La cosa pinta bastante fea.

Alan pasó el brazo a mi alrededor como si quisiera escudarme de aquellas

palabras.

Pero lo cierto era que todo aquello me parecía tan increíble y fantástico, que era incapaz de sentir nada al respecto. Parecía que estuvieran hablando de otra persona.

—Bien. Para empezar, creo que debemos tomar en consideración el consejo de Noa —

intervino Gladys cambiando el sentido de la conversación—. Nos ha propuesto trasladar el poder protector del amuleto directamente a ella. Con ello evitaremos el peligro que supone que alguien pudiera despojarla de él y dejarla expuesta.

—He notado que el amuleto ha incrementado su fuerza desde la última vez que lo tuve

cerca —observó Cuddy.

—Sí, eso es cierto. Desde que mi madre se lo dio ha ido creciendo en poder. Es como

si ella y el colgante estuvieran sintonizando y ambos evolucionaran juntos.

—¿Tu madre? —Cuddy frunció el ceño.

—¿No te lo contó Margaret? —Gladys miró a la mujer pelirroja, que negó con la

cabeza.

—No he podido todavía. No consigo hablar más de dos frases sin pelearme con él —

refunfuñó la mujer disgustada.

—No es culpa mía que seas tan transparente. —Carcajeó Cuddy haciéndola resoplar indignada.

—¡Cuddy! —le llamó la atención Alan.

—Brian te puede contar toda la historia después —siguió Gladys—. La cuestión ahora

es decidir si vamos a realizar la transferencia de poderes o no.

—¿Cómo habías pensado hacerlo? —preguntó otra de las mujeres.

—Los Mendoza nos ayudarán, usarán la misma técnica que emplean para tatuarle el símbolo a sus iniciados. Son tatuajes inalterables en el tiempo y usarán los mismos metales de los que está compuesto el amuleto para facilitar el equilibrio energético durante la transferencia. Una vez hecho, nosotras traspasaremos el poder del colgante a ella.

—¡Un tatuaje!

Fue la primera vez que intervine, pero empezaban a inquietarme los planes que estaban haciendo.

Mi cadena me encantaba, sin embargo, una cosa era llevarla puesta y otra muy distinta tenerla grabada en la piel durante el resto de mis días.

—Cielo, es lo mejor. Elegiremos un sitio en el que no se vea y no será demasiado grande. Una vez hecho, estarás a salvo y tendrás la ventaja de incrementar el dominio sobre los poderes que te otorga.

—¿Podemos fiarnos de ellos?, ¿no intentarán usar alguna treta? —se escuchó otra voz

ignorando mis dudas al respecto.

—Ellos son los primeros que desean mantenerla a salvo. Sus habilidades son infinitamente mayores que las nuestras, sin contar que no poseemos los conocimientos

ni las técnicas para incrustar los metales en la piel.

Me encogí ante aquella imagen. «¡Mierda, eso tiene que doler!».

—El ceremonial lo realizaremos nosotras, ellos no estarán presentes porque tienen otro compromiso al que asistir. Podemos realizar una invocación protectora y una consulta.

He estado preparándola y quizás el magnetismo de la noche de San Juan nos ayude a

establecer al fin el contacto con sus protectores.

—Es posible que tengas razón, este año no habrá luna, eso potenciará la fuerza de los umbrales dimensionales —dijo una diminuta rubia con cara de duende.

—Podría funcionar —apoyó Cuddy—. ¿Qué haremos hasta entonces?

—Para empezar, vamos a instalaros a todos. Los Mendoza os han reservado

habitaciones en un hotel que se encuentra a dos calles de aquí. Cuddy, tú puedes quedarte en la habitación de Brian —le comunicó Gladys al ver su mueca—. Aileen y

Nerea pueden instalarse en la habitación de Soraya y María se quedará con nosotros en la habitación de Brenda y Jenny. Así podemos ir trabajando en los preparativos para el culto.

Gladys fue distribuyendo tareas a cada una de sus familiares y amigas, como si fuesen un ejército bien engranado en vez de una reunión de brujas.

—Quedaremos esta tarde para ver que otras medidas tomar. En la cocina hay preparada una infusión repelente, no os olvidéis de tomar una taza antes de ir. Los Mendoza son amigos nuestros, pero no podemos olvidar que también son vampiros. No

debemos arriesgarnos.

—Cuddy, ¿tienes alguna posibilidad de averiguar algo más sobre la profecía?
—le interrogó Alan a medida que íbamos quedándonos a solas.

—¿Puedo usar a uno de los que están ahí afuera? —preguntó Cuddy refiriéndose a los

guardias apostados en la calle.

—No y lo sabes. Además, no creo que sepan nada, ni siquiera sus nietos estaban al tanto de todo —dijo Alan.

—De acuerdo, ¿dónde la han atacado?

—En Lisboa. Les siguieron por el metro hasta el aparcamiento, cerca del Hotel Roma.

—¿Podéis dejarme un coche?

—Instálate primero y come algo. Luego podrás coger el coche de Brian —le indicó Alan antes de acompañarlo hasta las habitaciones.

—¿No es guapísimo? —musitó Nerea dejándose caer a mi lado con un suspiro después de pasarme un cola cao y una tostada.

—¿No te parece que está un poco colgado? —le pregunté.

—No te dejes engañar por su apariencia. A pesar de su aspecto y de su edad, es uno de los *wiccans* más poderosos y admirados que existen.

—¿Por qué entonces quería Gladys dejarle al margen de todo esto?

—Cuddy odia a los vampiros —me explicó Nerea con una risita incómoda—. Estaba

locamente enamorado de una vampiresa. Al parecer a ella no le bastó con su amor y su

sangre y lo traicionó con otro vampiro. Cuando Cuddy quiso dejarla, ella intentó engañarlo convirtiéndolo en un *ghoul*, una especie de esclavo personal, pero le salió el tiro por la culata. Cuddy acabó decapitando al otro amante para poder salvarse. Desde entonces, odia a los vampiros a muerte. Salir a la caza de vástagos es su deporte favorito.

—¿Qué pasó con ella?, ¿también la asesinó? —Me estremecí con solo pensarlo.

—Algunos rumorean que no fue capaz de matarla, pero que en represalia la convirtió

en un lindo gatito —susurró divertida.

—¿Te refieres a...? —Me quedé pasmada.

—Sí. Yo tampoco me lo creo. Los únicos brujos que conozco capaces de hacer eso son

los de los cuentos y de las películas —dijo riendo antes de añadir—: Aunque tienes que admitir que la relación con esa gata no es muy normal que digamos, ¿te has fijado cómo le sigue y le vigila? Casi parece una novia celosa.

—Nerea, Aileen acaba de despertar, ¿puedes subir a llevarle el desayuno y quedarte un rato con ella? —nos interrumpió Gladys entrando con una bandeja.

Nerea cogió la bandeja con el desayuno antes de salir disparada. Cuando hice ademán

de seguirla, Gladys me retuvo.

—Soraya, ¿puedo hablar contigo?

—Claro.

—Álvaro vendrá dentro de diez minutos para recogerme. Voy a ir con él a la mansión

para intentar aliviar un poco el sufrimiento de Fernán y organizar la ceremonia de

mañana. ¿Quieres venir?

—¡Sí, claro!

—Sé que estamos tomando muchas decisiones con respecto a ti y que te estamos dejando fuera de todas ellas —se excusó Gladys sentándose a mi lado

—. Debes sentirte completamente fuera de lugar y amedrentada. —Me cogió la mano.

—La verdad es que todo parece tan irreal, que más bien me siento como si todo fuera

solo un sueño. Es como si le estuviera pasando a otra persona completamente distinta, como si estuviera viendo una película —confesé—. Todo esto de que soy la Protegida,

de que me está persiguiendo una legión de vampiros..., de que acabo de asistir a una

reunión de brujas y brujos que pretenden protegerme...

—Visto desde ese punto de vista, casi diría que te has pasado inhalando coca —reconoció Gladys conteniendo la risa.

—Sencillamente intento no pensar —respondí.

—¿Es ese el motivo de tu actitud tan tranquila y ausente? Pensé que estabas en estado de shock —afirmó.

—Supongo que en parte sí que lo estoy. Sin embargo, ante todo, intento no reflexionar, ni sentir. Me asusta analizar todo lo que está ocurriendo. —Al hablar, pude sentir cómo el terror reprimido intentaba salir a flote, pero rápidamente cambié de tema para no seguir ese hilo de pensamiento—. ¿Cómo se encuentra Aileen?

—Tendrá que sobreponerse. Ya no hay marcha atrás. Si todo va bien, mañana se celebrará el ritual de iniciación de Fernán. Don Manuel me dijo antes por teléfono que el proceso de sanación ha ido a un ritmo vertiginoso desde que estuve con él ayer.

Esperan que con mi ayuda mañana todo haya concluido.

—¿Será el mismo Fernán de siempre?

—No lo sabremos hasta que todo haya pasado. Por si acaso, ellos prefieren que Aileen

permanezca alejada de él durante los próximos días.

El conocido pitido del BMW sonó en la calle.

—¡Alan!, ¡ha venido Álvaro! Regresaremos dentro de un par de horas —gritó Gladys

levantándose de un salto.

Lea me cedió su sitio en la plaza del copiloto, sentándose detrás con Gladys. Álvaro mantenía el gesto sombrío en sus facciones, aunque tan pronto me acomodé en el asiento, acercó mi mano a sus labios para luego dejarla sobre su muslo. La tensión de sus músculos bajo mis manos evocó memorias que ahora parecían provenir de otra vida.

Recordé el inicio de nuestra relación. Aquel día en los acantilados en el que nos bañamos juntos, cuando pude sentir por primera vez su piel sobre la mía y todas las sensaciones que despertó en mí. Rememoré la vuelta en el coche, cuando había apoyado mis manos sobre su pierna, exactamente igual que ahora. Dejé de respirar cuando llegué a ese punto de mis visiones y me acordé de la conversación acerca de

mis feromonas. En el asiento trasero Lea tosió, al tiempo que por mis mejillas ascendía un intenso calor. Advertí la pequeñísima sonrisa curvada que apareció en el rostro de Álvaro, supuestamente centrado en la carretera.

—Lea, ¿te encuentras bien? —se preocupó Gladys—. Pensé que los vampiros no os podíais resfriar.

—¡Eh!, ¡no! Tienes razón, no enfermamos —repuso enseguida—. Ha debido de ser algo que hay en el ambiente. —Que levantara la voz era seguramente para que yo pudiera oírla con claridad.

Álvaro se mordió los labios, pero cuando hice amago de retirar mi mano de su muslo,

la atrapó para mantenerla allí destinándome una intensa y oscura mirada antes de enfocarse de nuevo en la conducción. Me incliné avergonzada hacia la ventana tapándome disimuladamente la cara. «¡Malditas hormonas!».

En cuanto nos bajamos en la mansión, Lea no desaprovechó la oportunidad de lanzarme

una de sus indirectas.

—Hoy tienes un olor muy... «atrayente». ¿Qué perfume usas? —se mofó sin piedad.

Álvaro me rodeó con un brazo antes de hablarme al oído a sabiendas de que ella lo oiría.

—Ignórala, son los celos —se burló.

El resoplido de Lea fue algo más que sonoro, pero en cuanto nos acercamos a la puerta, sus semblantes recuperaron el tinte de gravedad. Me estremecí con el primer lamento

que oí, aunque pude apreciar que el tormento de Fernán ya no era tan intenso como lo

había sido el día anterior. Don Manuel esperó a Gladys en la puerta para guiarla hasta su hijo. En esta ocasión no la acompañé, sino que me dirigí con Álvaro a los jardines.

Dimos un paseo en dirección al bosque, hasta llegar a un pequeño claro, donde nos sentamos en la hierba al pie de un viejo roble.

—¿Cómo te encuentras? —indagó observándose la punta de los pies.

—¿Desde cuándo necesitas que te revele mis sentimientos? —Alcé una ceja con expresión sarcástica ofreciéndole mi mano.

Me la tomó, pero no hizo el intento de concentrarse en ella.

—Estás bloqueando tus emociones y pensamientos y eso no te ayudará a

superar esta

situación —dijo quedo—. Tienes que enfrentarte a ello para poder hacerte más fuerte y estar preparada para lo que pueda ocurrir.

—¿Es eso lo que estás haciendo tú? —Llevé la conversación a mi terreno, no había contado con que se diera cuenta de que yo trataba de no asumir lo que estaba pasando.

—¿A qué te refieres? —preguntó con cautela.

—A que me estás ocultando cosas. No te preocupes, no sé lo que son —le tranquilicé

cuando levantó la vista inquieto hacia mí—. Solo sé que te hacen mucho daño y que te

sientes impotente al respecto.

Apoyó la cabeza en mi regazo tapándose el rostro con las manos antes de comenzar a

hablar.

—Lo ocurrido a Fernán lo ha complicado todo —murmuró descompuesto—. Estoy

luchando por adaptarme a esta nueva situación pero... no es fácil. —Alargó los dedos

hasta mi mejilla—. Sé que tienes derecho a saberlo, pero necesito... tiempo. Tiempo

para asimilarlo y para encontrar la forma de enfrentarme a ello. Tiempo para poder explicarte... lo que significa —me rogó con un susurro torturado.





CAPÍTULO 29

Gladys y su familia habían improvisado un altar en el claro del bosque. La escasa iluminación provenía de las largas velas blancas que portaban los asistentes y cuatro antorchas ubicadas de forma estratégica. Karima y Lea acompañaban a Noa y a otra vampiresa desconocida, junto a lo que parecían ser seis guardias. El resto de los *wiccans* ya se encontraba allí, aunque se mantenían apartados de los vampiros formando un grupo.

El largo vestido rojo que me había regalado Noa para la ceremonia se enganchaba con

las hojas y palos secos del suelo, y me hacía sentir como si fuese la virgen que se dirige al altar del sacrificio. La sola idea ya me reseca la boca y me hacía temblar por dentro. Noa nos esperaba al lado del altar, en tanto que los familiares y amigos de Gladys iban formando un coro a nuestro alrededor. Pude sentir la animosidad entre Cuddy y Noa, quienes parecían estar desafiándose en una batalla muda. Comencé a asustarme cuando vislumbré el furioso brillo en los ojos de Noa, cuyos labios parecían estar a punto de retraerse para enseñarle los dientes.

—¿Empezamos o prefieres perder el tiempo en tus tontas obsesiones? —lo retó Noa con desprecio.

Cuddy sonrió con sarcasmo antes de hacerle una burlesca reverencia e integrarse en el círculo. Noa enseguida lo ignoró y se dirigió a mí.

—Generalmente, solemos hacer los tatuajes en la nuca o en la espalda. Si te lo hacemos aquí... —Tocó el hueso del coxis—, hasta tú misma te olvidarás de él, aunque

si te lo hacemos en la parte baja de la nuca será mucho más efectivo. Cualquier especie de vampiro suele atacar por instinto al cuello como primera opción. El pelo te lo tapaná, al igual que a nosotras.

Lea se recogió el pelo dándose la vuelta para que Karima pudiera iluminarle el pequeño dibujo. Nunca me había dado cuenta de que ellas tuvieran esas marcas.

—Todos los vampiros reciben estos símbolos en su ritual de iniciación. Es lo que identifica el clan y la estirpe a los que pertenecen —explicó Karima al percibir mi curiosidad—. Fernán y Álvaro no los tienen porque todavía no han sido sometidos al

ritual de iniciación.

Ahora comprendía por qué el vestido tenía un escote palabra de honor. Noa había sabido desde el principio que me harían el tatuaje en la nuca. La elección del vestido había sido mucho más práctica de lo que me esperaba.

—¿En la nuca entonces? —se aseguró Noa cuando asentí e inspiré con fuerza—. —

Tómame esto, te evitará el dolor.

—¿Qué es eso? —interrumpió desconfiado Cuddy.

—Está bien, Cuddy, lo revisé esta mañana con ella. Es un brebaje que utilizan los chamanes, aunque lo hemos hecho más diluido porque tiene efectos ligeramente alucinógenos. Puede que incluso nos sirva para el culto de invocación de luego —

defendió Gladys a Noa.

Miré los utensilios afilados que estaban dispuestos sobre una pequeña mesita al lado del altar, junto con varios tarros de barro colocados sobre un pequeño hornillo de fuego. «¡Oh, Dios, eso tiene pinta de doler!».

Sin pensármelo demasiado tomé el vaso de manos de Noa. Tenía un tenue olor a menta.

El sabor era tan amargo que encogí la nariz y acabé sacudiendo la cabeza y los hombros cuando tomé el primer trago. Advertí como Karima y Lea se mordían los labios y Noa me sonreía condescendiente.

—Tómatelo de un solo trago, será más fácil —me aconsejó Gladys.

Intenté seguir su consejo, pero se me levantó el estómago y de seguro que hubiera vomitado si el vaso hubiera sido más grande.

—Toma —se ofreció Karima pasándome una botellita de agua cuando vacié el vaso del repugnante brebaje—. Tienes que tenderte boca abajo sobre el altar.

Seguí las instrucciones de Karima que, junto a Lea, me ayudó a ponerme cómoda y a

colocarme el vestido mientras los *wiccans* comenzaban su culto a la Madre Naturaleza.

Me invadió un ligero mareo. ¿Serían los efectos secundarios del repulsivo líquido que acababa de tomarme? Aún seguía amargándome la boca. Me sujeté con fuerza a las esquinas del altar en cuanto sentí que me apartaban algunos mechones de pelo que se

habían desprendido del recogido, dejándome la nuca completamente al descubierto.

Intenté recordar los ejercicios que Gladys me había enseñado para relajarme y dejar la mente en blanco, con la esperanza de evitar los instantes de dolor que imaginaba estarían a punto de empezar. Me concentré en la respiración como me había enseñado,

para luego centrarme en no pensar. Me funcionó con mucha más facilidad de la que había previsto. Pronto sentí un ligero hormigueo, seguido por un estremecimiento. Un escalofrío me recorrió con fuerza, prácticamente sacudiéndome el cuerpo entero. Mis

extremidades se paralizaron y el miedo comenzó a invadirme. Casi al mismo tiempo comencé a sentirme ligera, como si mi cuerpo perdiese consistencia.

Intenté levantar el tronco para atrás, para poder ver algún semblante conocido y tranquilizarme. Lo que vi me dejó totalmente aterrorizada: era mi cuerpo, que permanecía tendido delante de mí, mientras la vampiresa desconocida había

comenzado a incrustar la plateada estrella en mi nuca. Inmediatamente volví a tenderme sobre mí misma. Funcionó, podía sentir el dolor lacerante que estaban infringiendo a mi piel y las manos de Karima sujetándome con fuerza la cabeza, para evitar cualquier movimiento imprevisto por mi parte.

¿Qué acababa de pasar? Desconcertada e intrigada, ahora que me estaba recuperando

del susto, me sentí inclinada a averiguarlo. Repetí los mismos pasos que la vez anterior, concentrándome en la respiración y dejando mi mente en blanco. Cuando se inició el estremecimiento intenté incorporarme de nuevo. Al igual que antes, pude ver mi nuca sometida a las diestras operaciones de la sacerdotisa.

A mi alrededor, formando el círculo, podía distinguir a varios rostros conocidos fijándose en mi organismo inerte. Todos excepto Cuddy, que parecía estar mirándome a

los ojos con abierta curiosidad.

Me quedé quieta, pensando qué hacer. Sentía la inquietud por descubrir e investigar, pero ¿cómo de peligroso era el alejarme de mi cuerpo? ¿Qué pasaba si luego no podía

volver a entrar en él? Sin darme cuenta, me había levantado y flotaba a unos treinta centímetros de mi figura. Me asusté y quise regresar. Fue la silueta conocida que vi la que me retuvo. ¿Qué hacía la dama pelirroja de los acantilados aquí?. Me sonreía de

forma sosegada. Cuando me di cuenta, ya casi estaba a su lado y flotaba a más de dos

metros de mi cuerpo. Me detuve temerosa, titubeando entre seguirla o retornar a la vida. Cuddy me seguía contemplando a pesar de que ya no estaba sobre el altar. Para

mi sorpresa me guiñó un ojo.

— *No pasa nada* —oí su voz—. *Déjate llevar, yo te ayudaré a volver después.*

Era como si me encontrara en una habitación pequeña y oscura y el único sonido que se escuchara, con una extraordinaria claridad, fuera aquella voz.

— *¿También puedes verla a ella?* —pensé extrañada probando si aquella comunicación funcionaba.

— *No, solo a ti. ¿Quién más hay ahí?* —preguntó Cuddy

— *Es una mujer, la conozco de otras visiones que he tenido antes.*

— *¿Confías en ella?*

— *Sí.*

— *Entonces síguela.*

— *¿Cómo regresaré?*

— *No te preocupes, yo estaré contigo. No podrás verme, pero si me llamas te oiré* —

sonó seguro de sí mismo.

Miré a la mujer que me esperaba. Comenzamos a flotar a través del bosque, a veces lentamente, otras tan rápido que parecía haber dado un salto espacio-temporal. El sitio en el que nos encontrábamos me resultaba extrañamente familiar. Tardé un tiempo en darme cuenta de que se trataba de la Quinta da Regaleira. Desde alguna parte se oían

unos débiles quejidos, como si alguien apretara los dientes para evitar chillar. De pronto, estábamos a su lado. Me quedé atónita al descubrir quién era el que retenía su dolor.

Fernán estaba sentado con la cabeza agachada y las manos crispadas en un puño. Una

figura oscura, envuelta en una capa con capucha, le hacía un tatuaje en la parte baja de la nuca, cuya forma me resultaba extrañamente familiar, aunque mis pensamientos eran

demasiado confusos para poner en pie de qué.

El reloj pareció detenerse allí, o quizás lo que hizo fue avanzar.

La siguiente imagen que vi fue completamente diferente. Varias figuras encapuchadas se pasaban una copa de plata y una daga. Me acerqué para ver mejor lo que hacían.

Usaban el afilado instrumento para hacerse un corte en la palma de la mano y vertían su sangre en el cáliz. Aunque no entendía ni una palabra de lo que se decía, la forma en

que un desconocido encapuchado alzó la copa, habló en voz alta y luego se la pasó a Fernán me recordó a una misa.

Fernán se bebió el contenido de un solo trago limpiándose los labios llenos de sangre con el reverso de la mano. El brillo en sus ojos resultó aterrador y sus colmillos refulgieron en aquella oscuridad cuando su rugido resonó de forma horrenda en la noche.

— *No te asustes. No pueden verte, ni hacerte daño* —me calmó la voz de Cuddy.

Seguí atenta a la ceremonia, en la que ahora se producía el proceso inverso. Fernán virtió su sangre en la copa, que fue pasando de mano en mano hasta que todos los miembros del grupo tomaron un sorbo de ella. Unos segundos después todo parecía haber acabado hasta que, para mi asombro, vi llegar a Álvaro, apenas cubierto por una especie de tela reatada alrededor de la cintura. Con la mandíbula apretada y gesto grave parecía estar allí en contra de su voluntad, como si se estuviera entregando en sacrificio. Me alarmé ante aquel pensamiento.

— *Soraya, tienes que volver* —me llamó Cuddy.

— *No puedo, ¡es Álvaro!* —me negué alterada.

— *Tu ceremonia ha terminado, tienes que regresar* —me urgió.

Pasara lo que pasara, no me podía ir sin saber qué le iba a ocurrir al hombre al

que amaba. De pronto apareció Noa entre los asistentes y se hizo cargo del ritual. Álvaro se tendió sobre el altar de piedra. Uno de los encapuchados se acercó a él y le desató el nudo de su escueta vestimenta dejándolo desnudo. La misma vampiresa que me había

hecho mi tatuaje se encontraba ahora centrada en Álvaro, trazando un dibujo que comenzaba justo por encima de su vello púbico, para extenderse hacia los lados cubriéndole todo el bajo vientre. Álvaro apretaba los labios ante el dolor, pero no profirió ni un solo gemido. No pude evitar acercarme a él y al hacerlo, distinguí la tortura en sus ojos, pero era una agonía diferente que nada tenía que ver con el sufrimiento físico. Le acaricié con dulzura la frente deseando aliviarle el padecimiento.

Si solo hubiese podido estar allí, con él, en carne y hueso... pero no, yo era poco más que un espíritu al que Álvaro no podía ver ni percibir.

Para mi sorpresa se le enrojecieron los ojos con un extraño brillo, haciendo que me preguntara si existía alguna posibilidad de que Álvaro pudiera sentir mi presencia. Noa le pasó la mano compasiva por la mejilla consolándole en aquel extraño idioma.

— *¡Basta ya!* —exclamó la voz furiosa de Cuddy—. *¡Tienes que venir ahora mismo! A*

él no le pasará nada, únicamente es un ritual de fertilidad.

— *¿Un ritual de fertilidad?*

— *¡Regresa! Llevas demasiado tiempo fuera, te estás aventurando en exceso. No eres más que una novata.* —Cuddy sonaba cada vez más apremiante—. *Ya tendremos tiempo después para la cháchara.*

Posé mis labios sobre la frente de Álvaro antes de elevarme sobre él y alejarme a mi

pesar. Regresar fue mucho más fácil y rápido de lo que había esperado. Al acercarme a mi cuerpo, vi a Moira, acompañada por otra mujer.

— *¿Moira?*

— *Hola, cariño.* —Me sonrió.

Advertí que Cuddy me oía, pero que no podía verlas.

— *Si son tus guías debes hacerles las preguntas* —me presionó.

— *Moira, aquí estamos todos perdidos, necesitamos vuestra ayuda* —le pedí a la abuela.

— *Para eso estamos aquí* —afirmó serena—. *Puedes decirles que han hecho lo correcto al transferir el poder del amuleto a ti.*

— *¿Qué es lo que esperáis de mí?* —hice la pregunta que más me angustiaba.

— *Únicamente queremos que continúes siendo tú misma y que sigas tus instintos. Las cosas se encauzarán por sus propios medios y nosotras te advertiremos si lo llegásemos a considerar indispensable. No debes temer por tu vida, estás completamente a salvo. Aprenderás a usar tu poder y podrás usarlo para proteger a tus seres queridos* —me alentó con su habitual calidez y ternura—. *Pero ten cuidado, has hecho bien en no contar todo lo que sabías. Debes seguir esa norma, incluso con las personas en las que confías, así evitarás que esa información llegue a los que quieren lastimarte.*

— *Ellos esperan que les indiquéis lo que tienen que hacer.* —Señalé a los que rodeaban mi cuerpo.

— *Y a han cumplido con su cometido. Deben marcharse y ponerse a salvo ellos mismos, tú ya estás lo suficientemente protegida. Aprovecha los conocimientos de*

Cuddy. Tú y Brian podréis aprender mucho de él —añadió.

— *¿Cómo podré...?*

— *Tienes que regresar a tu cuerpo* —me advirtió Moira fijándose en las facciones alarmadas que se distinguían en las sombras—. *Recuerda que debes confiar en tus intuiciones.*

Alargó la mano para empujarme para abajo, hacia mi cuerpo. Regresó el

estremecimiento y las extremidades paralizadas. Mover un solo dedo me supuso un esfuerzo ingente, casi imposible, pero tras conseguirlo, poco a poco, el resto de mi cuerpo volvió a responder a mis órdenes.

—¡Se ha movido! —distinguí la inquieta voz de Aileen.

—¡Soraya!, ¡Soraya!, ¿te encuentras bien? —Gladys sonaba preocupada.

—Está recuperándose —confirmó con tranquilidad Cuddy—. Dentro de unos segundos

estará consciente.

El Monte daba Lua... Nerea tenía razón cuando me contó que aquel paraje era mágico

y que desde tiempos prehistóricos se usaba para realizar los rituales. Fui consciente del magnetismo, la fuerza tan poderosa que nos rodeaba... Podía sentir el cambio que

se había operado en mí, la fuerza con la que circulaba la sangre por mis venas y la irrefrenable necesidad de encontrar a Álvaro.



CAPÍTULO 30

Estaba deseando llegar para encontrarme con Álvaro y verificar aquellos extraños sueños y visiones que había tenido durante la ceremonia de la noche anterior. Por más mensajes que le envié no llegó a contestarme y durante toda la mañana tuvo el móvil

apagado. Cuando conseguí hablar con Lea por teléfono, me reveló que Álvaro se había

aislado en su castillo dejando claro de forma expresa que deseaba estar unos días a solas. Aunque al principio estaba en contra, finalmente Lea accedió a llevarme hasta él cuando la amenacé con coger un taxi.

Para cuando Lea aparcó el coche ante el castillo yo me sentía enfadada y nerviosa a partes iguales. Enfadada porque Álvaro no se hubiera dignado a enviarme siquiera un

wasap dándome una explicación de su ausencia, y nerviosa por saber qué le pasaba para que quisiera aislarse de todos.

Lea abrió la puerta del castillo con sus llaves, pero prefirió quedarse en el salón en vez de acompañarme hasta la terraza donde según ella se encontraba Álvaro.

Efectivamente, estaba allí, terminando de secarse el dorso y el pelo mojado.

—¿He interrumpido tu baño? —pregunté sarcástica adivinando que se había salido porque Lea lo había avisado de mi llegada.

—Ya había terminado —afirmó estudiándome reservado—. ¿Por qué lo dices de ese modo?

—Porque tengo la sensación de que has salido del agua un tanto precipitado.
—Señalé

suspicious sus pantalones mojados.

—No habría sido muy cortés recibir a una señorita desnudo —bromeé esquivo.

—Sobre todo si hay algo que uno no quiere que se descubra, ¿verdad? —le espeté

clavando mi vista en el botón de su pantalón vaquero a sabiendas que había tratado de ocultar su tatuaje.

Me evaluó con los ojos entrecerrados y acabó abriéndolos de par en par soltando una

exclamación sofocada.

—¿Cómo te has enterado?

—¿Te refieres a tu tatuaje?, ¿o al ritual de fertilidad? —repuse imperturbable.

Álvaro se quedó atascado.

—¿Cómo...? Estoy completamente seguro de que ninguno de los nuestros se ha

atrevido a contártelo —susurró contrariado.

—No ha sido necesario —repuse sin dejarle terminar—. Lo presencié en vivo y en directo.

—¡Imposible! —jadeó.

—Es similar a un dibujo étnico, que se extiende por los lados como unas alas de bronce. En el centro hay varias letras o símbolos, uno de ellos de oro y dos de plata —

me arriesgué a retratar la visión que había quedado grabada en mi memoria.

Durante unos instantes me observó perplejo, hasta que su expresión cambió por una de

determinación.

—Avisaré a Lea de que yo mismo te llevaré a casa —se excusó entrando descalzo.

Cuando retornó, me tomó en brazos para saltar conmigo hasta su balcón, al igual que

hizo la última vez. Me sentó en uno de los sillones de su dormitorio para luego alejarse medio metro, abrirse el vaquero y mostrarme la imagen que yo

acababa de detallar.

Visto ahora, a plena luz del día y con todos mis sentidos a pleno rendimiento, el tatuaje resultó ser más complejo y bello de lo que yo había imaginado.

Durante la ceremonia

no me había percatado de que el centro era una especie de escudo de familia.

Alargué

los dedos para repasar con delicadeza algunos de los detalles, pero fue cuestión de segundos que él se alejara de mí girándose hacia la puerta del balcón.

—No sé cómo has conseguido averiguarlo. Sin embargo, tienes razón, fue un ritual de

fertilidad —susurró alterado.

—¿Qué implica eso?

—Significa que soy el único descendiente *dhampir* que queda de la estirpe de Athos, y que ahora se me exige que cumpla como tal.

—Entonces, ¿es verdad que tú y yo estaremos en el ritual que comentó Fernán?

—

pregunté incrédula.

Álvaro apoyó un brazo a cada lado de la cristalera y agachó la cabeza tomándose su

tiempo para contestar. Cuando por fin lo hizo, hablaba con firmeza y una enorme pena.

—No, no estaremos juntos. Tú no puedes estar en esa ceremonia.

—Pero... —intenté protestar recordándole las palabras de su hermano.

—Las participantes son elegidas en la infancia, preparadas y educadas para

ello. Son

seleccionadas con esmero y deben cumplir todos los requisitos. —Inhaló aire —. Tú no

soportarías el rito y tampoco tendrías ninguna posibilidad de sobrevivir al embarazo.

—Entonces... ¿cuál es mi papel en todo esto? —Me aterrorizaba pensar lo que aquello

podía significar.

—No lo sé, pero estoy seguro de que no es el de participar en el ritual, ni tampoco el de convertirte en vampiro.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Tienes grabado el amuleto en tu piel. Ningún vampiro tiene ahora el poder de atacarte o hipnotizarte para poder convertirte.

—¿Qué pasará con nosotros?

Mis ojos quemaban con el conocimiento de lo que estaba a punto de contarme, pero necesitaba oírlo de sus labios. Álvaro vino hacia mí con el rostro desencajado y los ojos rojos. Se arrodilló a mis pies y me miró lleno de dolor.

—No tengo elección. Si hubiera alguna otra opción, cualquiera... la aceptaría sin dudar. Te amo. Eres mi vida y mi aliento. Me estoy enterrando en vida al renunciar a ti, pero no puedo condenar a muerte a toda mi familia por negarme a cumplir con las obligaciones que han caído sobre mis hombros. Y es eso lo que estaría haciendo si me

niego. La línea de Athos tendría que ser eliminada para que una línea nueva ocupe su

lugar. ¿Puedes entenderlo? —suplicó ansioso apoyando su frente sobre mis rodillas.

Me quedé rota observando su tortura. Acaricié la oscura cabellera que reposaba sobre

mis piernas. Tenía ganas de llorar, pero mis ojos se habían resecado. Era incapaz de liberar mis emociones, como si chocaran una y otra vez contra un muro de contención

al mismo tiempo, ahora más que nunca, que tenía la necesidad de compartirlas. Me deslicé del sillón hasta quedar de rodillas frente a él. Lo abracé. Me estreché con ansia contra él, como si aquella fuese la última vez que pudiera tenerme en sus brazos. ¿Y si era así?, ¿y si esta fuera la última vez? De entre toda la confusión que sentía, solo tenía clara una cosa: quería poder recordarlo tal y como era, el verdadero Álvaro, el hombre al que amaba.

Me levanté y le ofrecí la mano para que me siguiera. Cuando intentó hablar, le acallé posando mis dedos sobre sus labios.

—¡Tengo derecho a esto! ¡Me lo debes! —le exigí más segura que nunca de lo que deseaba.

No articuló palabra. Se quedó contemplándome quieto, sin hacer nada, pero sin negarse tampoco.

Deslicé la camiseta de tirantes por encima de mi cabeza y la lancé sobre el sillón que acababa de abandonar. La falda vaquera siguió el mismo destino. Los ojos de Álvaro

siguieron hambrientos mis movimientos, pero mantuvo las manos apretadas en puños.

Apoyé una mano sobre su pecho. Bajo mi palma su corazón latía alterado desmintiendo

su aparente calma. Me acerqué hasta que nuestros cuerpos se rozaron.

—Me encanta sentir tu piel contra la mía... tu olor...

Deposité un suave beso en el hueco de su cuello e inspiré. Era cierto, no importaba dónde ni cuándo, Álvaro siempre olía bien. ¿Sería capaz de

recordar esa suave mezcla

de jabón de afeitar, vainilla y bergamota cuando ya no estuviera conmigo?
Recorrí su

cuello y pecho con mi nariz, repartiendo efímeros besos por el camino,
bajando hasta

quedar acuclillada ante él.

Alcé mi mirada para encontrar la suya mientras tiré de su pantalón vaquero.
No quedó

ninguna duda de que me deseaba tanto como yo a él cuando dejó de respirar y su erección se enfrentó orgullosa a su libertad. Sin romper el contacto visual con Álvaro, recorrí la larga superficie aterciopelada con mi mejilla, nariz y labios. Él echó la cabeza hacia atrás apretando los ojos con un gemido cuando saqué la lengua para saborearlo.

—¡Soraya!

Sus manos se enredaron en mis cabellos alzándome hasta él para saquearme la boca.

Nos separamos para tomar aliento. Para mi sorpresa, Álvaro me giró para abrirme con

delicadeza el cierre del sujetador y deslizarme los tirantes por los hombros. Echó mi pelo a un lado y repasó con la punta de sus dedos el tatuaje en mi nuca. Lo besó y me rodeó con sus brazos. Fue él quien siguió desvistiéndome, deslizándome la braguita hasta los pies, acariciándome y besándome en su recorrido por mi cuerpo.

Nos quedamos desnudos, uno frente al otro, mirándonos. No necesitaba tocarlo ni que

me tocara para que mi deseo escalara hasta límites insospechados. El magnetismo entre nosotros estaba ahí, casi palpable. Di el paso que nos separaba para estrecharme contra él, cerrando los ojos cuando nuestros labios se encontraron.

Aquello era exactamente lo que yo había ansiado: sentir su piel sobre la mía, su amor y su ternura. Le acaricié su cuerpo con el mío, frotándome sensualmente contra él; recorrí su pecho y sus hombros con mis mejillas y enredé mis dedos con los suyos, recreándome en la forma en que compartíamos nuestros sentimientos. Aquel era nuestro

mundo, nuestro tiempo, y el resto no importaba. En algún momento acabamos tendidos

en la cama, enlazados el uno con el otro, aprovechando cada centímetro de nuestra piel para compartirnos.

Su erección se deslizó sobre mis pliegues, húmedos y sensibles, haciéndome gemir.

Con los dedos enredados en mi pelo y su frente apoyada en la mía, Álvaro

repitió el

movimiento deslizando su dura erección con firmeza sobre mi clítoris. Mis uñas se hundieron en sus nalgas para apretarlo con más fuerza contra mí, mis muslos se abrieron en una descarada invitación y mis caderas se alzaron en un silencioso ruego.

—¡Maldita sea! —Álvaro rodó para un lado y se tapó los ojos con ambas manos—.

Soraya... Yo... ¡No puedo hacerlo! —masculló.

Sentí frío bajo el aire fresco que corría sobre mi enfebrecido cuerpo. La cálida humedad entre mis muslos de repente se convirtió en una sensación desagradable y pringosa. Álvaro me lanzó una mirada tan compungida que no pude enfadarme con él.

Experimentaba sus sentimientos junto a él y fui capaz de comprenderlo sin ofenderme.

Lo conocía lo suficiente como para descifrar y dar sentido a las confusas emociones que lo dominaban y que compartía conmigo: deseo, frustración, impotencia, pena, desprecio hacia sí mismo, amor, necesidad de proteger...

Álvaro no podía tomar algo a lo que consideraba que ya no tenía derecho. ¿Tenía sentido recriminarle aquella parte de su personalidad que yo siempre había admirado?

¿Podría forzarle a actuar en contra de sus propios valores conociendo el daño que



aquello le haría después?

—¡Me basta con esto! —Ignoré la quemazón de mis ojos y lo envolví con mis brazos

mordisqueándole con ternura la barbilla antes de volver a perderme en sus sentimientos.

La fuerza y sinceridad de las emociones que compartimos de aquella forma tan intensa

y real me dieron la capacidad y la fortaleza de sobrevivir a los siguientes días. No volvimos a tener la oportunidad de estar a solas. Noa y su familia se mantenían constantemente a su alrededor y cuando no estaban ellos, Álvaro se dedicaba a la prevención de los posibles ataques de los nosferatu.

Habían reforzado el cierre de los túneles que unían Sintra con Lisboa y cada día inspeccionaban los pasadizos junto a todo el perímetro exterior. A veces encontraban

algún rastro o evidencia de que alguno se había acercado, aunque, por ahora, no habían vuelto a atacar. A mí, a pesar de que no me habían coartado mi libertad de movimientos, me habían impuesto dos guardaespaldas que me seguían cada día, además de la presencia continua de Lea, Karima, Cuddy o Brian, que se turnaban y no

me dejaban ni a sol ni a sombra.

—¿Aún no habéis terminado de rellenar las estanterías? —Aileen entró llena de energía en la tienda, donde Brian y yo terminábamos de desempaquetar los pedidos que

llegaron el día anterior.

Fernán se había recuperado lo suficiente como para que le permitieran a Aileen ir a visitarlo. La excitación y el entusiasmo de mi amiga ante el inminente encuentro casi se podían fotografiar de lo visibles que eran.

Cuddy, que entró detrás de ella, puso una mueca descompuesta. Por motivos de seguridad, Gladys nos había ordenado a todos a asistir a este reencuentro. Para ella era como una prueba de fuego a la que no quería dejar expuesta en solitario a su pequeña.

—Imagino que como a ti te toca venir mañana por la mañana, no te importará que te dejemos todo este trabajo pendiente. —Sonrió desafiante Brian, contento de poder salir de allí.

Aileen le lanzó una bola de papel que encontró sobre el mostrador.

—¡Chantajista aprovechado! —Le acusó cogiendo las llaves de la tienda—. Por esta vez te vas a salir con la tuya, pero te la pienso devolver —le amenazó impaciente por llegar a la mansión.

Fernán nos sobresaltó a todos al aparecer de la nada cuando aún estábamos cerrando

las puertas del coche.

—Hola, brujita, ¿con una dama de compañía no había suficiente? —se mofó de la presencia de Cuddy y Brian, que lo miraron con desagrado.

Al estudiar a Fernán con más atención, pude apreciar que físicamente apenas había cambiado. No quedaba ni rastro de sus heridas y únicamente la palidez y las ojeras estaban ahora más acentuadas que antes. Supongo que pasar de ser medio a vampiro total no debía de conllevar un cambio excesivo. Incluso así, notaba algo extraño en él, algo que lo diferenciaba del Fernán anterior.

Como si hubiera percibido la dirección de mis pensamientos, Fernán me miró y alzó una ceja con gesto burlón; sin embargo, no pudo, o quizás no quiso, disimular el centelleo amenazador de sus pupilas que me puso la piel de gallina. Solo Cuddy percibió nuestro cruce de miradas. En cuanto se percató de mi miedo se situó a mi lado adoptando una actitud relajada pero segura, desafiando en silencio a Fernán. Brian y Aileen ni se dieron cuenta del sigiloso duelo del que salió vencedor el *wiccan*, por la forma en que Fernán se apartó de Aileen y retrocedió varios pasos.

Karima y Damián salieron a saludarnos e invitarnos a entrar en la casa. Tanto

Cuddy

como Brian prefirieron quedarse al aire libre, alegando que les apetecía tomar un poco el sol.

—Álvaro ha salido a hacer una de las rondas y tardará un rato antes de regresar. Tengo que echarle una mano a Noa. Puedes acompañarme si quieres, a menos que tú también

quieras «tomar el sol» —me invitó terminando con un leve deje irónico.

Cuando ví que Damián iba a hacer de dama de compañía de Fernán y Aileen, opté por

acompañar a Karima. No me atraía pasarme el rato con Brian y Cuddy oyéndoles hablar de fútbol y motos. Tampoco podía contar con Aileen, que iba a estar absorta con Fernán. Al recordar la estremecedora mirada que me había dedicado Fernán me volví a

inquietar. ¿De verdad estaría segura Aileen con él?

Encontramos a Noa en el salón del sótano, acompañada de seis chicas, una de ellas de

no más de dieciséis años, las otras podían tener entre diecinueve y veinticinco,

exceptuando la más esbelta, que aparentaba algo más. Lo que más me extrañaba era que, a deducir por el color sonrosado de sus mejillas y el tono de su piel, eran humanas. ¿Serían donantes de sangre de la familia? Miré insegura hacia Noa, que me

sonrió con amabilidad en cuanto me vio.

—¡Soraya! Me alegro de verte. Déjame que te presente. —Señaló a las jóvenes que pasó a nombrar—: Kala, Estefanía, Delia, Anastasia, Aashka y Aidee.

Todas me saludaron con cortesía y en algunos casos con abierta curiosidad

exceptuando a dos, que con sus ademanes pedantes y artificiales intentaban

aparentar una elegancia y clase de la que carecían. Las demás parecían un verdadero encanto, especialmente la más joven, que me sonrió con calidez.

—Supongo que ya te has percatado de que son humanas —observó Noa—. Son las participantes para el ritual que fueron elegidas para Fernán... ¡Siéntate! —me ordenó

al percibir que estaban a punto de cederme las piernas—. Veo que Álvaro ya te ha informado de las responsabilidades que deberá asumir como único heredero humano de

Athos —añadió con suavidad.

Karima me entregó enseguida un vaso de agua arrodillándose a mi lado y refrescándome el rostro con sus heladas manos.

—Lo siento, Soraya, siento que tengas que pasar por todo esto —murmuró apenada.

Algunas de las chicas se acercaron ofreciendo su ayuda, tomándome de las manos y alzándome las piernas para apoyarlas en un puf.

—¡Pobrecilla! —murmuró una de ellas, aunque no conseguía recordar su nombre.

Dolía y mucho. Una cosa era saber que existían y otra muy diferente tener que encontrarme directamente frente a ellas. Una de esas chicas iba a ser la escogida de Álvaro para convertirse en la madre de su hijo y su futura esposa. El hecho de que me hubiera explicado lo que iba a ocurrir no me había preparado para esto. Ya no se trataba de la imagen lejana de una chica cualquiera, se trataba de mujeres de carne y hueso, preciosas, cultas, encantadoras... que iban a compartir la etapa más importante

de su vida con él. Ni siquiera podía consolarme con la excusa de que era a mí a quién quería.

Recordé la explicación de Fernán acerca del vínculo que se creaba durante los meses

posteriores al ritual. Álvaro crearía ese vínculo con una de ellas y tarde o temprano acabaría enamorándose de la elegida, compartiendo con ella un lazo mil veces más intenso que el que lo había mantenido unido a mí.

Inevitablemente acabaría

olvidándose de mí, mientras yo seguiría amándolo y añorándolo el resto de mi vida humana.

—¿Quieres que te dejemos un rato a solas? —me preguntó Karima acongojada.

Negué con la cabeza. No solo quería, sino que necesitaba quedarme a solas, pero no allí, no a expensas de encontrarme con Álvaro y que descubriera mi sufrimiento.

Karima percibió mis sentimientos y pidió a las muchachas que fueran en busca de mis

amigos. Tras un breve intercambio de palabras, dos de las chicas salieron para regresar con ellos. Aileen y Brian se arrodillaron rápidamente a mi lado, Cuddy escudriñó la escena y acabó contemplando a Noa con los ojos entrecerrados, mientras

Fernán permanecía impasible en el umbral de la puerta.

—¿Qué ha pasado? —preguntaron Aileen y Brian al unísono.

¿Qué había pasado? ¿Qué podía contestar a eso? ¿Qué acababan de presentarme a la futura mujer y amante de Álvaro? ¿Qué la idea de que Álvaro ya conocía a la mujer por la que iba a dejarme me acababa de partir el corazón? Ante mi falta de respuesta, Karima respondió por mí.

—Álvaro tendrá que ocupar el puesto de Fernán en el ritual para continuar con la línea de sangre —explicó en voz baja señalando a las jóvenes—. Ellas son las

seleccionadas para el ritual.

—¿Era necesario que el camino del porvenir fuera tan tortuoso? —inquirió

sarcástico

Cuddy antes de dirigirse decidido hacia mí y cogerme en brazos.

—A veces, los caminos más sinuosos son los que garantizan la vía más recta a la meta

—respondió Noa críptica.

Cuddy soltó un bufido y me llevó a la salida, seguido por Aileen y Brian. Fernán se resistió por unos instantes a desbloquearle la puerta; sin embargo, tras un breve siseo de Noa se apartó.

Aileen me abrazó en cuanto nos metimos en el Corsa, intentando transmitirme su energía. Por una vez, su energía positiva no funcionó. Su único efecto fue aclararme las ideas y tener una mayor capacidad de pensamiento que destinar a mi tragedia. Me imaginé la relación que Álvaro podría tener con la madre de su hijo. Cómo la cuidaría y la protegería. Lo conocía. Sabía que Álvaro la trataría con cariño y ternura, acariciándole la barriga y compartiendo con ella todos aquellos momentos especiales

que podía tener una pareja en estado de buena esperanza: el crecimiento del niño, los latiditos de su diminuto corazón, sus primeros movimientos en el vientre de la madre...

Aileen tenía la capacidad de bloquearme el dolor y el sufrimiento, pero yo no necesitaba esas emociones para entender que yo no podría permanecer al lado de Álvaro sabiendo lo que iba a ocurrir y conviviendo con su futura esposa. En esta situación yo no era más que la «otra», y fui consciente y lo suficientemente sincera conmigo misma como para admitir que cuanto más tiempo prolongara aquella situación,

más me destruiría a mí misma y a él.

Cuando llegamos al apartamento todos respetaron mi intimidad dejándome a solas.

Todos, excepto Cuddy, que con un salto desde la otra terraza llegó a la mía, para sentarse a mi lado.

—¿Qué has decidido? —me interrogó como si ya supiera la respuesta.

—Tengo que irme de aquí —le confirmé mi resolución.

—Sabes que si se lo cuentas a ellas... —Hizo una señal hacia el cuarto—, no te dejarán ir.

—¿Tienes alguna propuesta mejor? —pregunté sin mirarlo.

—Sí.



CAPÍTULO 31

Podía sentir su aliento sobre mi piel recorriendo el hueco de mi garganta. Sus dedos se deslizaban por mis brazos hasta enlazarse con los míos. Murmuraba en aquel extraño idioma que no podía entender y que, no obstante, me encantaba. Dotaba de

una tonalidad seductora y tierna a todo lo que decía. Podía sentir la felicidad que me embargaba estando allí con él, rodeada por su cuerpo y sintiendo su piel sobre la mía. Jadeé cuando sus labios descendieron hasta mis pechos y atraparon uno de mis pezones. Quería enredar mis dedos en su pelo para acercarlo más a mí, pero seguía manteniendo mis brazos sujetos por encima de mi cabeza. Cuando me revolví un poco intentando liberarme de mi aprisionamiento, alzó la cabeza con una sonrisa pícaro.

—Hoy te he cazado yo a ti. —Rio por lo bajo—. Quizás mañana consigas atraparme

tú primero, pero hoy eres mía. —Me besó en la boca dando por zanjado el tema.

De pronto levantó la cabeza con el ceño fruncido.

—¡Tengo que irme! —murmuró apesadumbrado—. Me están llamando.

—¡Álvaro, no te vayas! —grité desesperada.

Ya era demasiado tarde, había desaparecido.

Me senté en la cama, empapada de sudor. El sentimiento de dolor y vacío recuperó su

lugar. Ya estaba acostumbrada a eso. Desde mi regreso a Sevilla soñaba todas las noches con él. Eran sueños maravillosos en los que nos abrazábamos, hacíamos el amor o, a veces, simplemente hablábamos. Parecían sueños tan reales, que por las mañanas, cuando con el despertar retornaba a la cruda realidad, me suponían una

auténtica sacudida. Aunque también era cierto que estos sueños eran lo único que me quedaba, lo que me permitía enfrentarme al día a día desde que dejé Sintra.

Miré el despertador, las doce y media. Demasiado temprano. Desde que había conseguido el trabajo en uno de los chiringuitos del río, rara vez conseguía acostarme antes de las seis de la mañana, por lo que, generalmente, no me levantaba hasta las tres.

No me apetecía volver a dormir. Me tendí en la cama para reflexionar. Podría aprovechar para comer y depilarme. Con Cuddy merodeando continuamente a mi

alrededor, apenas me quedaba tiempo para nada más. Trabajaba conmigo por las noches en el bar, había conseguido alquilar una habitación tres casas más arriba y mi abuela lo había aceptado como huésped permanente para las horas de la comida. Se llevaban de maravilla, a pesar de no ser el prototipo de joven que le gustaba a ella.

Imaginé que influía que, desde que él estaba a mi alrededor, coincidía con que ya no

pasaban cosas raras —o al menos sucesos que ella pudiera percibir—. ¿Qué pensaría

de él si supiera que todas aquellas piedras bonitas o flores que le regalaba Cuddy de continuo, en realidad constituían una protección contra vampiros?

Por las tardes, a partir de las siete o las ocho, Cuddy me daba clases en el parque María Luisa o, a veces, cogíamos una bici de alquiler para ir al parque del Alamillo, donde nos quedábamos hasta que oscurecía. Debo admitir que tenía una paciencia infinita y que en los casi dos meses que llevábamos en Sevilla, había aprendido muchísimo con él. Ya casi dominaba a la perfección los viajes astrales y podía salir y entrar en mi cuerpo con relativa facilidad. Me ponía a prueba mandándome diferentes

tipos de misiones: averiguar el número de escalones de la Torre del Oro, el nombre de la quiosquera rubia de la Plaza de España... Al principio resultaba extremadamente difícil no desviarme de los objetivos marcados, me distraía con facilidad y cuando despertaba no recordaba los detalles exactos que había ido a averiguar. A estas alturas esa etapa ya estaba superada, y Cuddy ya me amenazaba con que tendríamos que ir complicando las cosas.

Mi segunda asignatura era historia y antropología vampírica, como él mismo la denominaba. Consideraba que debía dominarla por mi propia supervivencia, ya que tarde o temprano iba a encontrarme con alguno y, posiblemente, no bastaría con rodearme con una gran pantalla infranqueable si lo que pretendía era que me dejaran en paz. De momento me había contado algunas historias acerca de los vampiros y para mi

sorpresa, se encontraban incluso en internet.

Según las leyendas, Caín fue el primer vampiro de todos. Dios lo había condenado a

sufrir la «maldición» como castigo por lo que le hizo a su hermano, a pesar de que, después, fuera considerado un hombre justo por aquellos a los que gobernó en la

primera ciudad. De algún modo Caín consiguió traspasar su maldición a tres

discípulos que, aunque íntegros, no poseían la sabiduría de Caín. Los cuatro vástagos descendientes de estos discípulos fueron dominados por la sed de poder y de sangre,

acabando con sus progenitores e instaurando una dictadura de terror y miedo. Caín desapareció sin dejar rastro.

Según Cuddy, todos los vampiros descienden de estos cuatro «antiguos» que en la actualidad permanecen ocultos y que poseen la capacidad de dominar incluso al más reciente de los vástagos.

Jamás me habría imaginado que la historia de los vampiros podría llegar a relacionarse con la misma fuente que la Biblia. Probablemente a eso podía deberse el

comentario críptico de la dama pelirroja en los acantilados de Moher.

Cuddy insistía en que debía conocer y estudiar los clanes vampíricos que existían, ya que constituían especies o razas distintas y que dependiendo de su procedencia, cada

vampiro tenía unas características, disciplinas o debilidades diferentes. Por lo que me obligó a pasarme las tardes estudiando las distintas progenes y sus particularidades.

Lástima que no se pudiera aplicar todo ese tiempo como créditos universitarios de libre configuración, ¡me habrían dado para sacarme otro master!

Lo que más asombro me causó fue que cuanto más aprendía sobre aquellos seres más

me daba cuenta de lo diferentes que parecían los Mendoza. Procuraba no hablar nunca

de ellos con Cuddy. Por un lado, porque me causaba daño y por otro, porque era consciente de su desprecio hacia ellos. Incluso él los ignoraba, ya que en sus lecciones no incluía su clan, ni ninguna referencia acerca de la línea de sangre de Athos. Solo habíamos hablado una vez de ellos y desde entonces,

ambos evitamos volver a hacerlo.

Fue durante los primeros días que llegamos a Sevilla. Disfrutábamos de la fresca brisa que venía del río, en la pequeña y encantadora terraza que tenía montada mi abuela en la azotea. Vivir en la calle Betis, justo a las orillas del Guadalquivir tenía sus ventajas, al menos en verano. Si encima tenías la posibilidad de poder sentarte al aire libre, rodeado del relajante verde y el aroma intenso del jazmín y la lavanda, entonces aquello se convertía en todo un lujo. Cuddy era el que más disfrutaba de todo aquello, quizás, por eso, nunca fue capaz de comprender mi luto.

—¡Sé sincera contigo misma!, ¿de verdad habrías querido arriesgar tu vida por parir a uno de esos monstruos? ¿Crees de verdad que les importas? ¿Acaso piensas que Noa

no fue consciente del dolor que te infringía al permitir que te encontraras con esas mujeres? ¿No te has planteado que quizás incluso lo hubiera planeado con tu amado Álvaro para darte largas? Quién sabe, a lo mejor tu función fue únicamente la de servir



para quitar de en medio a su hermano y que él pudiera hacerse con el poder — me aguijoneó sin parar.

—¡Álvaro no es así! —le defendí lastimada.

—¿Y por qué no ha hecho el intento de ponerse en contacto contigo? Ni siquiera te ha

llamado para preguntarte cómo estás, o por qué te has ido... ¿Qué habrías hecho tú, si

el que hubiera desaparecido hubiese sido él?, ¿siendo, además, consciente de que estaba sufriendo por ti?

No pude responder a eso. Yo misma me había hecho esa cuestión infinitas veces durante los últimos días. ¿Por qué no me había llamado? Por Aileen estaba informada

de que ni siquiera había preguntado por mí. Cuando Cuddy se percató de mis lágrimas

se apiadó de mí.

—¡No sufras por un engendro que no te merece! —murmuró alzándome la barbilla y secándome las mejillas con delicadeza.

Por unos instantes se quedó mirándome en silencio, sus ojos bajaron hasta mis labios y la distancia que nos separaba parecía ser cada vez más corta. Estuve a punto de distanciarme, cuando Sheila, su gata, se lanzó entre nosotros con un fino siseo. Cuddy la apartó, justo a tiempo de evitar que me atacara, pero a cambio recibió la dolorosa caricia de las fauces de Sheila, que le dejaron marcada la cara. Se levantó maldiciendo y se la llevó de allí.

—¡Maldita sea! ¿Qué quieres de mí? ¡Soy humano!

Siguió mascullando cosas sin sentido a medida que se iba alejando escaleras abajo.

—Hoy intentarás ir un poco más lejos —me advirtió Cuddy—. ¿Te apetece ir a la playa? —No esperó a que yo le contestara—. Puedes contar los escalones que hay en

el faro de Matalascañas.

Me tendí en la hierba intentando concentrarme en lo que me había pedido, sin embargo, al hablarme del faro, mi memoria evocó uno muy distinto, uno que iba unido a la imagen atormentada de una silueta en la oscuridad. Cuando me di cuenta me encontraba

allí. ¿Estaba en Cascáis? Intenté concentrarme en escudriñar el entorno. Para

mi

asombro, realmente estaba junto al faro que había contemplado durante mis noches en vela. Aunque aquel lugar sin Álvaro no era el mismo.

Me centré en su imagen, para que me llevara hasta él. Sabía que me haría daño, pero no fui capaz de resistirme a averiguar cómo estaba y qué estaría haciendo. Finalmente me vi en el balcón, sobre el acantilado, en la entrada de su dormitorio. Me sobrecogió verlo. Seguía tan guapo como lo recordaba, aunque noté que se encontraba más pálido,

ojeroso y delgado. Estaba con el dorso descubierto, frente al espejo, con los ojos fijos en el tatuaje que dejaban al descubierto los vaqueros desabrochados. Me sobresalté cuando golpeó con furia el espejo y los cristales cayeron en mil pedazos. Fue hacia la pared y apoyó la cabeza sobre un cuadro. Para mi asombro, descubrí que era uno de los retratos pintados por Noa: aquel en el que yo miraba con ojos torturados.

— *Soraya, es hora de regresar* —me avisó la voz de Cuddy.

Lo ignoré. Lo que estaba presenciando era mucho más importante. Álvaro se estaba deslizando por la pared hasta el suelo. Me acerqué a él. Quería consolarlo. Se tapó los ojos y comenzó a sollozar. Jamás había visto a un hombre llorando así, menos a alguien como Álvaro. Ese hombre fuerte y seguro que me protegía frente al mundo...

— *Soraya, ¡ven ahora mismo!* —intenté ignorar la orden, pero algo tiraba de mí y me alejaba de lo que más quería.

Cuando abrí los ojos ya era de noche. Cuddy me escudriñaba con los ojos entrecerrados.

—¡No vuelvas a hacerlo! —me advirtió disgustado—. Si te cogen en este estado estarás completamente expuesta, y si tu cuerpo muere mientras estás fuera, acabarás vagando por el limbo por el resto de la eternidad.

—Pero si apenas ha pasado media hora —me quejé comprobando alucinada que

estábamos a solas en el parque.

—Llevas fuera más de cuatro horas. Son casi las doce. Vamos a tener que salir pitando, ya llegamos tarde a trabajar. —Tiró impaciente de mi cuerpo, que todavía se encontraba completamente flojo.



CAPÍTULO 32

Me pasé el resto de la noche moviéndome como un autómatas. No conseguía sacarme la

imagen de Álvaro de la cabeza. Su desesperación, su tortura y sus lágrimas. Todo aquello no encajaba en la idea del Álvaro feliz que había relegado a un segundo plano y que ahora debería estar disfrutando de su harén recién adquirido. ¿Me habría precipitado en mis conclusiones? Pero si me quería, ¿por qué no había hecho ni el más mínimo intento de ponerse en contacto conmigo?

El roce de unos dedos helados sobre los míos al poner unos chupitos sobre la barra,

me sacó de mis pensamientos. Frente a mí dos hombres altos, muy delgados y extremadamente pálidos me estudiaban con ojos negros, ligeramente enrojecidos en los

contornos. Hasta hacía unos meses ni me habrían llamado la atención, ahora, sin embargo, me quedé clavada en el sitio. Advertí cómo gozaban con mi miedo. El más

alto sonrió con mofa antes de inclinar ligeramente la cabeza en un gesto de

despedida.

Cuando me giré, me encontré en la otra punta de la barra con el entrecejo fruncido de Cuddy.

—Deberías prepararte mentalmente y mantenerte tranquila —me advirtió cuando

íbamos recogiendo los vasos desperdigados para cerrar.

—¿Crees que nos atacarán hoy? —Tragué saliva.

—Probablemente estén esperándonos ahí abajo. —Señaló con la cabeza la parte oscura

del paseo que discurría junto al río—. Seguramente incluso nos estén escuchando —

añadió.

Me quedé paralizada de solo pensarlo. Inspeccioné las sombras, pero allí no se veía nada. Cuddy me cogió la barbilla para que le prestara atención.

—Ya sabes lo que tienes que hacer. Estás preparada para ello y eres consciente de que no pueden hacerte daño.

—¿Y tú?

—Yo tengo mis propias defensas. —Sonrió con una amplia mueca burlona—. Pero puedes intentar mantenerme en tu círculo de protección hasta que averigüemos cuántos

son en realidad.

Cuando al fin cerramos el chiringuito yo seguía nerviosa. La ventaja era que al menos aquella primera vez estaría al corriente de lo que podía ocurrir y eso sin duda me daba cierta ventaja. Quizás la próxima vez no tuviera tanta suerte.

En cuanto llegamos a una zona oscura, fuera de la vista de nuestros

compañeros de trabajo, Cuddy me apretó una daga de plata en la mano.

—Corazón y cuello —me recordó antes de inspirar con fuerza.

Me centré en nuestra protección a medida que nos acercábamos al puente de Triana.

Suspiré. ¡Tenía mi casa tan cerca! Solo tenía que cruzar el puente y andar treinta metros más para llegar a mi portal y estar resguardada y protegida. Entonces, los vimos salir de las sombras para interponerse en nuestro camino.

—Veo que habéis venido preparados —constató burlón el más alto de los dos vampiros al ver el arma que sostenían mis temblorosas manos.

Hablaba con un ligero acento del este de Europa. Qué fácil habría sido confundirlo con cualquiera de los inmigrantes rumanos que abundaban por Sevilla. ¿Cuántas veces me

habría cruzado con vampiros como aquellos, sin darme siquiera cuenta?

—Os agradezco la cortesía que habéis tenido al avisarnos —repuso Cuddy con la misma educación que ellos mostraban hacia nosotros.

—¿Os parece que mejor vayamos a un sitio más discreto? —nos preguntó el otro señalando hacia la penumbra que se dirigía al río.

—¿Cuántos nos esperan allí? —se informó Cuddy con pasmosa tranquilidad.

—¿Qué te hace pensar que para terminar con una chiquilla y un *wiccan* necesitamos ayuda? —El desconocido enarcó una ceja.

—Porque os habría bastado con atacarnos y tirar de nosotros hacia los arbustos, si

hubierais sido tan idiotas. En cambio, al prever una batalla, preferís no llamar la atención —respondió Cuddy con indiferencia.

—Veo que sabes lo que te haces. Eso lo hará más interesante aún. Estoy harto de enfrentarme a niños engreídos que a la primera de cambio ya gimen por

su vida. —

Carcajeó evidentemente halagado el más alto—. Somos cuatro en total.

—En tu clan soléis ser hombres de palabra —aseguró Cuddy.

—Nos conoces bien. Te doy mi palabra de que únicamente somos cuatro.

—Vosotros delante —les indicó Cuddy.

Nos escudriñaron con cuidado antes de darnos la espalda y mostrarnos el camino. Una

vez que llegamos junto al río, los otros dos vástagos aparecieron de entre los arbustos.

Comprobé que, después de todo, nos habían engañado. Podía distinguir dos figuras que

permanecían en la oscuridad: una estaba tendida en el suelo y la otra se encontraba arrodillada inerte al lado del cuerpo. ¿Habrían atacado a alguien antes de que llegásemos?

Centré mi atención en la negrura intentando discernir algo más. Gemí horrorizada al percatarme de que la silueta femenina que observaba desconcertada el cuerpo tirado entre los arbustos tenía un extraordinario parecido con este. Lo último que pude ver fue su rostro desencajado, por el que corrían silenciosas lágrimas.

A partir de ahí los vampiros reclamaron mi atención. Ya no hubo más cortesías ni remilgos; sus rostros se transformaron de inmediato, sus labios retraídos mostraron sus enormes colmillos, mucho más largos que los de los Mendoza o los nosferatu que nos

habían atacado en Lisboa. Con las rodillas flexionadas y las piernas abiertas, comenzaron su baile de caza a nuestro alrededor. Cuando saltaron los dos primeros, ambos se estrellaron contra mi pantalla protectora recibiendo una tremenda sacudida a deducir por la forma dolorosa en la que se revolvieron en el suelo.

—Bien hecho, princesita —me felicitó Cuddy—. Si consigues dejarlos así un poco más

cerca de nosotros podré deshacerme de ellos en cuestión de minutos.

Los otros dos vástagos rugieron al oír su comentario, aunque la espada que Cuddy sacó de repente de su mochila les impuso tanto como a mí, concluí por el grado de apertura de sus ojos. Se separaron para atacarnos cada uno por un lado. Me giré asustada al oír un crujido a mi espalda acompañado por un estruendoso golpe. Cuddy se había lanzado

fuera de mi barrera protectora y le había cortado la cabeza de cuajo al vampiro que nos acechaba desde allí. Aprovechando mi desconcierto, los otros tres intentaron arrojarse

sobre mí. De nuevo mi escudo los lanzó hacia atrás dejándolos aturridos, lo que le permitió a Cuddy cobrarle otra cabeza antes de retornar junto a mí.

—Bien. Ya somos un número más equitativo. ¿Qué tal si ahora aprovechas la oportunidad y probamos si eres capaz de pasar de la defensa al ataque? —me incitó Cuddy—. Yo voy a por el de negro y tú a por el otro.

—¡No puedo! —le repuse casi histérica—. ¡No puedo hacerlo!

—Piénsalo. Si uno de ellos sobrevive regresará con otros y atacarán a todos los que más quieres. Irán a por tu abuela, a por Aileen... y cuando hayan acabado con los que

son más vulnerables irán a por los Mendoza, porque los odian a muerte.

—Sé lo que pretendes hacer, pero no funcionará —murmuré debilitada—. Sé que me has entrenado para esto, pero tú no me conoces.

—¿Hay algo que se te haya olvidado mencionarme? —preguntó sin dejar de vigilar a

los dos vampiros que nos rodeaban tanteando nuestros puntos flacos.

—No cocino pescado porque no soy capaz de cortarles la cabeza —solté

angustiada.

—¡Pero si ya están muertos! —gruñó impotente.

—Ya. Pero tienen ojos y me miran. ¿Cómo crees que le voy a cortar la cabeza a uno de

estos si todavía están vivitos y coleando?

Cuddy lanzó un gemido de rendición.

—Está bien, protégeme al menos la espalda.

Tan pronto como se lanzó sobre uno de los vampiros intenté interponerme entre ellos y el otro vástago. Sin embargo, el vampiro fue más rápido que yo, saltó por encima de mí alejándome de mi compañero y dejándolo fuera de mi campo de protección.

—¿Qué harás cuando acabemos con él? —se burló—. ¿Pasarás el resto de tu vida encerrada y huyendo de nosotros? ¿Por qué no te rindes ya? Te prometo que será rápido y que apenas te dolerá.

—¿Por qué esa manía por matarme? —intenté ganar tiempo.

—Son órdenes de arriba. No debemos permitir que te aparees con el heredero de los

Mendoza.

—¡Ya no estoy con él! —protesté estupefacta.

—Eso no significa nada, la ceremonia no será hasta dentro de unos meses —impugnó

mi argumento.

—Ya le han elegido a otra para el ritual —repliqué amarga.

—Buen intento, pero no vais a engañarnos. Sabemos de buena fuente que la Suma Sacerdotisa protege tu virginidad a cal y canto para el ritual. ¿Por qué si

no iba a tener a parte de su guardia aquí para custodiarte? —arguyó imperturbable.

—¿Y dónde se supone que está ahora mismo esa escolta que debería estar protegiéndome? —mascullé sarcástica.

—En la trampa que le pusimos para alejarla de ti. —Rio complacido.

—¿Qué? —Le miré incrédula. ¿Estaría hablando en serio?

Eché una ojeada a Cuddy. Su situación no parecía demasiado boyante. Luchaba bien, no

obstante, el otro vampiro parecía estar pasándose el tiempo evitando los sablazos del chico.

—No tiene nada que hacer contra Mijaíl. Pertenece a la guardia real y lleva siglos de entrenamiento; es uno de nuestros mejores luchadores.

Como para confirmar sus palabras, Mijaíl despojo a Cuddy de su espada arrojándola

lejos de nosotros. Cuddy concentró su mirada en el vampiro, cuya expresión se llenó

de incredulidad. Por las extrañas muecas de esfuerzo de Mijaíl, comprendí que el brujo lo había paralizado de alguna forma. Tan pronto como mi acosador se percató de la situación saltó hacia Cuddy para atacarlo desprevenido; sin embargo, casi al mismo tiempo, dos sombras saltaron sobre él y, antes de llegar al suelo, su cabeza había sido desgarrada de los hombros. Acto seguido, acabaron también con Mijaíl.

Cuddy recogió de inmediato su arma y se situó a mi lado contemplando tenso cómo los

dos desconocidos amontonaban los cuerpos a un lado y las cabezas a otro. Uno cogió a

la chica muerta dejando el espacio despejado para que el otro rociara los arbustos, la tierra y el suelo circundante con un líquido que desprendía un fuerte olor a ácido que irritaba la nariz.

—Están borrando todas las huellas de sangre y ADN —me explicó Cuddy en voz baja.

No podía hacer otra cosa que contemplar perpleja el horripilante espectáculo. Ni

siquiera me atrevía a hacer preguntas. La que no me pasó inadvertida tampoco fue Sheila, que se encontraba al lado del cuerpo inerte de Mijaíl lamiendo la sangre que chorreaba por el cuello degollado. Me estremecí del asco, aunque, al mismo tiempo, me percaté de que no era la primera vez que la pescaba haciendo algo así. Un par de

días antes, sin ir más lejos, había atacado a un niño que acababa de raspase la rodilla.

En el último segundo, Cuddy había logrado atraparla recibiendo una buena propina de

arañazos; al final, la gata se contentó con lamerle las heridas a su dueño.

Cuando los hombres acabaron sus tareas se acercaron a nosotros.

—Está a punto de amanecer. —Indicó el incipiente crepúsculo matutino—. Nosotros nos encargaremos de esto. —Señaló a la chica muerta que su compañero llevaba sobre

el hombro—. En cuanto se carbonicen los cuerpos, debes deshacerlos con los pies para

que no llamen la atención. Ella no debería presenciarlo —advirtió a Cuddy.

Hizo una leve inclinación en mi dirección antes de ponerse las gafas de sol y desaparecer. Tragué saliva. Yo conocía a ese hombre. Era uno de los guardias que habían estado en la mansión de los Mendoza.

Tan pronto como los primeros rayos de sol cayeron sobre los cuerpos desmembrados,

comenzaron a formarse enormes burbujas de pus sobre la piel, como si estuvieran en

plena fase de ebullición, dejando manchas cada vez más negras tras de sí hasta acabar convirtiéndose en cenizas. Me sentía aterrorizada e intentaba con esfuerzo controlar mis náuseas, aunque fui incapaz de apartar la vista de aquel esperpento.

Cuddy siguió las instrucciones del vampiro y deshizo todos los restos con los pies dejando un gran manchón de cenizas sobre el suelo, que la ligera brisa matinal fue deshaciendo poco a poco.

Aún estaba impresionada cuando llegamos al portal de mi casa y fui capaz finalmente

de hacer la pregunta.

—¿Desde cuándo sabías que estaban custodiándome?

—Desde siempre. Noa me lo advirtió antes de irnos de Portugal, quería evitar un enfrentamiento entre nosotros. Lo acepté porque me pareció razonable que alguien te protegiera en el caso de que yo fallara; al menos hasta que tú aprendieras a defenderte por ti misma.

—¿Hablaste con Noa?, ¿y por qué me lo ocultaste? —pregunté molesta.

—No había motivos para inquietarte. Necesitabas recuperarte. —Encogió los hombros

para restarle importancia.

—¿No te parece que te guardas demasiadas cosas? —lo acusé irritada contemplando cómo su gata se deleitaba otra vez con la sangre de sus heridas.

—Solo somos compañeros de viaje. Puede que acabemos el camino juntos, puede que

nos separemos en algún punto, o puede que acabemos enfrentados por él. —Se despidió con un ademán de indiferencia antes de alejarse.

Ni siquiera me cambié de ropa cuando llegué a mi dormitorio. No tenía la capacidad

de quedarme dormida, ni las ganas, después de lo que acababa de presenciar.

Comprendía que podía ser peligroso realizarlo sin la ayuda y supervisión de Cuddy; sin embargo, tenía que hacerlo. Comencé los ejercicios de relajación y me concentré en el estudio de Noa. Tardé un poco más que de costumbre, puede que debido a los nervios que tenía afincados en el estómago; aunque al final lo logré y me encontré en la habitación reservada de Noa.

Me costó darme cuenta que lo que estaba viendo no era la estancia, sino un lienzo muy grande que reflejaba como un cristal transparente la habitación y todos y cada uno de sus detalles y componentes. Había una especie de nube flotando en un rincón de la pintura. Al fijarme con atención, aprecié que parecía un débil reflejo de mí misma. Noa había presentido que yo llegaría y lo había pintado.

Un movimiento en la esquina de la habitación captó mi atención. ¡Noa! ¡Estaba ahí, esperándome! Observé cómo se dirigía al cuadro anexo, que seguía cubierto con un paño.

Al destaparlo me encontré en un ambiente familiar. Conocía aquel sitio. Las mesitas bajas, los sillones morados, las grandes tazas... Era mi cafetería preferida en Sevilla, estaba situada justo en la esquina frente a la Catedral. En la imagen estaban Karima y Lea a mi lado. ¿Qué significaba aquello? Noa señaló la mesa en la que estábamos sentadas. Había un calendario y un despertador. ¿Qué hacía un despertador en la mesa

de un café? El calendario tenía señalado el 26 de agosto. ¿Pasado mañana? Presté de

nuevo atención al reloj. Eran las once de la mañana, si bien la alarma estaba puesta a las diez. ¿Me estaba citando Noa en aquel lugar?, pero ¿qué significaba lo de la alarma? Estaba segura de que aquello no era una

casualidad. Noa no dejaba las cosas

al azar. Cubrió el lienzo con la tela blanca y volvió a sentarse en el rincón, como si esperara a que me fuera.



CAPÍTULO 33

No recordaba haber puesto el despertador a las ocho de la mañana. Estaba hecha polvo, apenas había dormido tres horas. Puse la alarma a las nueve para intentar aprovechar la hora que me quedaba. Pero nada más cerrar los ojos, se me estampó la

imagen de Noa en la retina. ¡Hoy era el día en que supuestamente iba a encontrarme con Lea y Karima en la cafetería! Me espabilé de golpe.

Estaba segura de no haber puesto el reloj a esa hora. Ese debía de ser el misterio del despertador en la cafetería. Noa podía haber pintado un reloj con la hora o haber puesto la alarma a la misma hora que la cita, pero no lo hizo. Lo comprobé de nuevo:

eran las ocho y cuarto. Tardaría un cuarto de hora en llegar andando hasta la catedral, lo que me dejaba media hora para ducharme y vestirme. Me levanté de un salto. Casi

me caí del mareo y el cansancio acumulado. No necesité plantearme qué ropa ponerme,

recordaba el vestido que llevaba en el cuadro y fui directamente a por él. «Alguna ventaja tiene que tener eso de conocer el futuro de antemano», pensé irónica.

Para cuando llegué al local ya estaba otra vez empapada en sudor. No comprendía cómo Cuddy podía disfrutar tanto de Sevilla en pleno mes de agosto, con casi treinta

grados a las nueve de la mañana. Me pedí un té helado y me senté en uno de los sillones, desde dónde podía ver la calle a través de la ventana. En la mesa de al lado, dos chicas conversaban en inglés. Eso era lo que tanto me gustaba de aquel sitio, me

recordaba el ambiente multicultural que habíamos compartido en Portugal; sin contar con la privilegiada vista a la Catedral que se tenía desde allí.

Quedaban unos minutos hasta las nueve, pero aún no había señal de Lea y Karima. ¿No

habría sido todo aquello solo producto de mi imaginación y de mis deseos

inconscientes? Dudé. Eso significaría que me había levantado para nada y que había perdido unas preciosas horas de sueño, unas horas en las que podía haber soñado con

Álvaro. Suspiré.

Con la primera campanada se abrió la puerta de la cafetería y entraron Lea y Karima.

Vi la alegría en el rostro de Lea y la amable sonrisa de Karima, y por primera vez, desde mi marcha de Cascáis, sentí una ligera sensación de optimismo. Me abracé a Lea

en cuanto llegó a mi lado

—Menos mal que no necesito respirar, creo que acabarías en los calabozos antes de que acabara el día. —Rio divertida Lea.

Karima me saludó con un inesperado abrazo y un cariñoso beso en la mejilla. No solía

ser una persona demasiado efusiva, al menos no hasta donde yo la conocía. Me

animaba reconocer que también yo le gustaba a ella.

—¿Cómo habéis conseguido que mi despertador sonara a las ocho?, ¿y por qué tanto misterio con el tema de la hora? —comenzaron a salirme las preguntas a borbotones.

—Teníamos que hablar en privado contigo y ya descubrirás a las diez por qué te adelantamos el reloj. En cuanto a la forma de hacerlo, me temo que nos aprovechamos

un poco de tu abuela. Espero que puedas perdonarnos —se disculpó Karima.

—¿Habéis mordido a mi abuela? —Me costaba trabajo imaginar esa escena.

—¡No! —Rio espantada Lea—. No hizo falta. Es una persona muy susceptible y me bastó con hipnotizarla en la puerta de tu casa, que, por cierto, está muy bien protegida.

—Frunció la nariz disgustada.

—Cuddy se ha encargado de protegerla. Y menos mal, el otro día nos atacaron —les

conté.

—Estamos informadas de ello, por eso estamos aquí. Te han descubierto y a partir de

ahora las visitas inesperadas serán cada vez más frecuentes. Es hora de que te vengas con nosotras.

Me quedé en silencio jugueteando con la cañita, antes de decidirme a mostrarles mis sentimientos y mi vulnerabilidad.

—¿Por qué no ha venido Álvaro? —musité con esfuerzo.

—Él no sabe que estamos aquí, y no debe saberlo. —Karima me cogió la mano —.

Álvaro te ama, no te quepa la menor duda, pero sabe que la única forma de que puedas

estar con él sería participando en el ritual. Y él no quiere que te veas sometida a todo lo que conlleva. Su madre murió para traerlo al mundo y tú correrías el mismo riesgo.

Si consigues sobrevivir al parto, estarás destinada a convertirte en una de nosotras. Por

otro lado, él no podía negarse a participar porque eso supondría no solo su muerte sino que, como castigo, tendría que vernos morir a todas nosotras, incluida tú. Ni siquiera Noa podría ayudarle en ese caso. El camino más fácil, o al menos, el más llevadero para él, era sacrificarse a sí mismo a cambio de todas nosotras. Aun así, conserva la esperanza. Cree tener la fuerza de voluntad de deshacer el vínculo una vez que el niño haya nacido y pueda defenderse por sí mismo.

—¡Álvaro no sería capaz de abandonar a su propio hijo! Es una persona demasiado noble como para hacer algo así.

—Lo sé. Pero puede que no se dé cuenta de ello hasta que no haya sido

verdaderamente padre. De momento, lo ve como una obligación, no tiene ilusión por serlo. No espera un hijo, sino un crío que le han impuesto —opinó Karima.

—¿Por qué habéis venido entonces a por mí? —Quise averiguar el auténtico motivo de

su presencia.

—En primer lugar, para mantenerte a salvo y, en segundo lugar, y solo si estás dispuesta, para prepararte para el ritual.

—¿Para el ritual? —Negué apenada con la cabeza—. Noa me mostró a las candidatas,

las que han sido educadas y formadas para ello. No me dio ninguna opción a

poder participar.

—¿Estás segura de ello? —Karima me miró irónica—. ¿No fuiste tú quién dio por supuesto lo que ella omitió a propósito?

—¿Te refieres a que Noa me engañó? —exclamé perturbada.

—Que no te oiga decir eso si no quieres que de verdad te deje fuera de la ceremonia.

—Rio animada Lea—. Las chicas que Noa te presentó fueron las elegidas para Fernán,

no para Álvaro. Desde que tú apareciste siempre fuiste la primera opción, de hecho, eres la única que Noa tiene realmente en cuenta. No solo eres la novia de su ojito derecho, sino que encima eres la Elegida.

—Entonces, ¿por qué me dejó creer que no tenía posibilidades?, ¿y por qué dejó que

me marchara? —inquirí incrédula.

—Uno de los requisitos para participar en este rito es la virginidad. —Karima me dedicó una elocuente mirada mordiéndose el labio.

—¡Vaya! —Mis mejillas se inundaron de calor—. ¿No habría bastado con que nos lo

aclarara? —mascullé avergonzada.

—Ninguno de los dos erais muy fiables en ese aspecto. Tú tienes la capacidad de dominarlo anulando las prohibiciones de ella y además, está la cuestión de la oposición de Álvaro con respecto a tu participación. Si hubiese querido evitar que participaras en el ritual, solo tenía que haberte hecho el amor.

—Si Álvaro se niega no servirá de nada que yo me ofrezca —razoné procurando no dejarme llevar por las ilusiones.

—¡Cierto! Y no debes hacerte excesivas esperanzas al respecto. Aun así, hay

algunas

opciones. Él puede decidir entre las candidatas que le presente Noa; si bien, una vez elegida una participante, ya no puede retractarse. A menos que él mismo la mate durante el ritual por no considerarla apta. Si conseguimos que te escoja antes de que pueda identificarte ya no habrá marcha atrás. Noa ya lo tiene todo planeado, tendrás que confiar en ella.

—¿Cómo es que vosotras participáis en todo este lío? Siempre habéis sido leales a Álvaro.

—Precisamente por eso. No queremos que lo sacrifique todo por nosotras. La vida de

un vampiro es demasiado larga como para pasársela sufriendo —exclamó Lea.

—¡No nos queda mucho tiempo! —intervino Karima—. Dispones de dos días para pensar y decidir qué es lo que vas a hacer. Quedaremos el viernes, a las ocho de la mañana, en el portal de tu casa. Si optas por venir no le digas nada a nadie, ni siquiera a tu abuela. Ya nos ocuparemos nosotras de ella. Tampoco prepares ninguna maleta, te

llevaremos lo imprescindible y el resto lo podremos comprar en el sitio al que vayamos.

—¿Adónde iremos? —indagué sintiéndome perdida.

—Por tu propia seguridad es mejor no hablar de ello. —Karima me apretó la mano con

una sonrisa comprensiva—. Aunque decidas no participar en el ritual... lo

comprenderemos y seguiremos estando dispuestas a mantenerte a salvo.

—Por cierto, también tendrás que controlar tus sueños. No debes revelar nada de esto a Álvaro —comentó Lea.

Al mirarlas confundida, ambas cayeron en la risa al mismo tiempo.

—¿De verdad sigues sin comprender que estáis tan vinculados que compartís vuestros

sueños? —Lea cabeceó incrédula.

—¿Quieres decir que todo lo que he estado soñando...?

—Lo has compartido realmente con él. Jamás lo había visto tanto tiempo dormido. —

Rio Lea—. Al principio pensamos que estaba enfermo, hasta que un día tuvimos que despertarlo y lo pescamos infraganti —me dirigió una mirada pícara.

Karima se levantó sonriendo, seguida de Lea.

—¿Ya os vais? —pregunté apenada.

—Regresaremos enseguida. Queremos asegurarnos de que nadie sospeche nada. Si tenemos razón y cuando regresemos estás acompañada, finge que no hemos estado aquí

antes.

Me guiñaron un ojo antes de salir de la cafetería dejándome intrigada. No acababa de

comprender de qué iba todo esto. Me pedí un dulce para meterme algo en el cuerpo. El

té frío no me estaba sentando demasiado bien sobre el estómago vacío. Ni siquiera me

había dado cuenta de que las campanas habían sonado dando las diez hasta que al volver a la mesa, me encontré con la cabeza de Cuddy asomada por la puerta. Fingió

sorprenderse al encontrarme allí.

—¿Soraya? ¡Qué coincidencia! ¿Qué haces aquí?

—Tuve un sueño según el cual debía estar hoy aquí a esta hora. —Había sido un viaje

astral, no un sueño, pero al menos no estaba mintiendo del todo, ¿verdad?—. Y a ti,

¿qué te trae por aquí? Pensé que ayer te quedaste exhausto.

—Supongo que debí tener el mismo sueño que tú. —Hizo un leve movimiento de cejas.

—¿Qué casualidad no? Esperemos que no nos hayamos levantado para nada.

—No pude evitar un ligero deje irónico al decirlo.

Me senté a la mesa esperando que él se pidiera un café y a que regresaran las dos vampiresas. ¿Qué significaba todo aquello? Resultaba bastante sospechoso que se confirmara el pronóstico de Lea y Karima y que fuera precisamente Cuddy quien entrara. Recordé el misterio del despertador en el cuadro de Noa. ¿Me estaba espiando Cuddy en mis viajes astrales? ¿Podía leerme la mente? ¿Podría incluso entrar en mis sueños como hacía Álvaro?

Cuando regresaron Lea y Karima, yo estaba tan ensimismada que ni siquiera tuve que

fingir cara de sorpresa, porque me salió de forma automática. Cuddy difícilmente podía sospechar de los planes que habíamos hecho con anterioridad a su llegada. Tampoco tuve que simular una actitud distante y fría con respecto a mis supuestas visitantes, simplemente me centré en tomar mi té y a tratar de encontrarle sentido a la información que me habían proporcionado. Las chicas fingieron estar frustradas de que él no me dejara a solas con ellas. Crucé los dedos para que todo aquello funcionara. Puestos a elegir, confiaba más en ellas que en él, y si tenían algún motivo para recelar, al menos debía evaluar la posibilidad de que pudiera ser verdad.

A partir de ese momento, Cuddy no me perdió de vista ni a sol ni a sombra.

Permaneció el resto del día en mi casa, a pesar de que yo acabé retirándome a

mi habitación para dormir un rato. Al día siguiente fue una repetición de lo mismo. Antes incluso de levantarme, ya había llegado y me esperaba sentado en el sofá. Temía que

podiera sospechar algo y decidí ir a trabajar la última noche, a pesar de que eso probablemente significara que no terminara de trabajar hasta las seis o siete de la mañana, y que, encima, ni siquiera pudiera cobrarlo.

Antes de salir a trabajar bajé a comprarle a mi abuela una barra de pan para la cena, casi me caí cuando Sheila se cruzó en mi camino. ¡Dios! Mira que adoro a los animales, pero cuando el dichoso bicho encima me siseó amenazadoramente me

entraron ganas de sisearle de vuelta. Estaba hasta las narices de la dichosa gata. ¿Qué pintaba en mi portal?

Cuando regresé cinco minutos más tarde Cuddy me esperaba sentado en los escalones

de la entrada.

—¿De dónde vienes? —preguntó un tanto exigente, demasiado para alguien con quien

me unía poco más que una amistad superficial.

Alcé la bolsa con el pan.

—Haciendo mandados para mi abuela antes de irme.

Cuddy asintió forzando una sonrisa, aunque sus hombros se relajaron de forma visible.

—¿Sobra algo? Me chifla el pan caliente.

—Toma. Están recién sacadas del horno. —Le dí una de las baguetes pequeñas—.

Subo esto y nos vamos, ¿vale?

—No hay prisa, aún queda media hora. Me confundí y vine antes de tiempo. —
Cogió a

la gata en brazos y me siguió escaleras arriba.

Lo dejé en el salón para acabar de maquillarme y coger mi bolso. Al abrir la puerta del dormitorio tropecé de nuevo con la maldita gata y casi acabé en el suelo. ¡Maldito bicho! Ella me siseó enseñándome los dientes y yo le siseé de vuelta enseñándole los

míos.

—Como te atrevas a arañarme ten por seguro que te tiro por el balcón de una patada —

le advertí cuando la ví dispuesta a atacarme.

Jamás le había hecho daño a un animal en mi vida, pero tenía claro que no iba a dejar que me intimidara una gata endemoniada. La amenaza pareció funcionar a pesar del odio que brilló en sus ojos. Me siguió hasta el salón y tal y como llegamos saltó sobre el regazo de Cuddy para restregarse canturreando contra él.

Llegué a mi casa a las siete y cuarto de la mañana, con el tiempo justo para ducharme y coger las cuatro cosas básicas que debía llevarme, como mi pasaporte, mi tarjeta de crédito y mi neceser. Mi abuela seguía durmiendo cuando cerré la puerta del piso.

Imaginé que serían puntuales, así que decidí esperarlas abajo y no perder más tiempo.

Me asomé por la cristalera del portal para espiar si había alguien afuera. Respiré aliviada al comprobar que la calle estaba desierta. Tal y como abrí, un coche con cristales tintados paró frente a la entrada y Lea me abrió para que me sentara atrás con ella.

—Me alegra que hayas decidido confiar en nosotras —me comunicó animada.

—Tengo a varios clanes de vampiros detrás de mí, un brujo cuya gata se

trastorna por

la sangre y me odia, y estoy a punto de perder al único hombre al que he amado en mi

vida, ¿de verdad crees que tengo mucho dónde elegir? —El cansancio me estaba volviendo sarcástica, comprobé—. Lo siento, no pretendía que sonara así; entre la tensión, el cansancio y que llevo un par de noches sin poder dormir... —Me masajeeé

las sienas.

—No te preocupes, ya he notado como estás. —Me abrazó—. Descansa un rato, tardaremos unos cuarenta minutos en llegar al cortijo, allí podrás dormir y soñar todo lo que quieras. No podremos emprender el viaje hasta que oscurezca.

—¿Y eso? —Intenté acomodarme lo mejor posible para echar una cabezadita.

—Noa no puede exponerse al sol.

—¿Noa está aquí? —Me incorporé asombrada.

—Eres su diamante en bruto y posiblemente la futura madre de su nieto más trascendental, ¿crees que alguien es lo suficientemente bueno para dejarte en sus manos? —La chica hizo una mueca—. El problema con tu futura familia no lo será la

suegra precisamente. —Rio ante mi cara de horror.

—Creo que el inconveniente, ahora mismo, es que el padre de su «futuro nieto más trascendental» acepte primero a la madre.

—Confía en Noa, sabe lo que se hace. Además, ya he visto a tu hijo y es una preciosidad. ¡Es para comérselo! Eh... en el buen sentido, me refiero —añadió cuando

alcé una ceja.

—¿Crees que podré dormir tranquila con una vampiresa que no sabe si le atraen más

mi sangre o mis feromonas? —pregunté apoyando la cabeza en el respaldo y cerrando

los ojos.

Oí la carcajada de Karima y el resoplido de Lea, pero si llegó a contestar algo ya me cogió dormida.

Soñé con un precioso niño de rizos negros y una sonrisa tan encantadora como la de su padre. Lo levanté en brazos para abrazarlo, pero de repente presentí que algo había cambiado, alcé la cabeza y miré al semblante de Álvaro que me estudiaba turbado.

—¿Dónde has estado? Me estaba volviendo loco de preocupación. —Me ciñó a él.

—¡Te he echado de menos! —Rocé mi mejilla contra su barbilla—. El otro día me atacaron unos vampiros y desde entonces no he conseguido descansar, y Cuddy tampoco me dejaba ni a sol ni a sombra... —Me di cuenta de que estaba diciendo cosas inconexas, pero recordé que tampoco podía contarle toda la verdad.

—¿Sigues con ese maldito wiccan? ¿Qué ves en él? —masculló entre dientes.

—Me ha estado instruyendo y ha estado protegiéndome —me defendí de su tono acusatorio—. ¿Por qué te molesta tanto?

—¿Cómo quieres que esté? ¡Me dejaste por él! —Apretó los dientes.

—¿Qué pamplinas son esas? Yo nunca te habría abandonado por él. Me fui porque

estabas con las candidatas de tu hermano y no soportaba tener que presenciarlo.

Cuando me miró lleno de dolor, me arrepentí de haber hablado más de la

cuenta.

—¿Crees que sería capaz de dejarte voluntariamente por otra mujer?

—No quiero hablar de eso. Ahora mismo me perteneces y eso es lo único en lo que quiero pensar.

Álvaro apoyó su frente en mi hombro aferrándose a mí.

—Tienes razón, lo único que importa ya son estos momentos. No me dejes. Por favor, déjame seguir viviendo en tus sueños.

Lo besé con ternura en los labios, en la nariz y en la frente.

—No tengo ni la más mínima intención de dejarte escapar —le aseguré de todo corazón.



CAPÍTULO 34

Me despertó un zarandeo dejándome con la desagradable sensación de haberme

quedado a medias en algo.

—¡Dejaos ya de arrumacos! Podríais mostrar un poco de comprensión por la abstinencia que llevamos los demás —se mofó Lea, que había vuelto a hacer uso de sus

aguzados sentidos para detectar mi excitación.

Me conformé con tirarle un cojín antes de pasarme la sábana por encima de la cabeza

con un gemido. ¿Cuándo había llegado yo a aquella cama? Lo último que recordaba era

haber cerrado los párpados en el coche.

—¡Arriba, dormilona! Nos vamos dentro de una hora —me avisó Lea destapándome sin consideración—. Tienes ropa limpia y todo lo demás en el cuarto de baño. —

Señaló hacia una puerta de roble—. Cuando acabes sigue el pasillo de la derecha hasta el salón, estaremos allí esperándote.

Cuando salió, inspeccioné aún confundida la habitación. Estaba decorada en un estilo

muy andaluz, con ciertos toques contemporáneos. Las paredes estaban pintadas en color teja, la cama y los muebles se componían de madera oscura con elementos de forja negra y, aunque con los elementos justos, el ambiente resultaba muy agradable.

Me senté algo mareada en el filo de la cama antes de dirigirme al baño y encontrarme

espantada con mi imagen en el espejo. Tenía los ojos rojos e hinchados, subrayados por oscuras ojeras, y el pelo enmarañado.

—No está la cosa para presentarte a un concurso de belleza, precisamente —me quejé

al esperpento del reflejo.

Miré con añoranza la bañera, pero opté por una ducha para no perder demasiado tiempo. El agua caliente resultaba tan relajante que me costó toda mi fuerza de voluntad

cerrar los grifos para salir. El ligero vestido de tirantes que me había dejado

Lea sobre la silla me quedaba perfecto, al igual que las sandalias y la ropa interior. Ignoré el maquillaje que había sobre el tocador y tampoco me sequé el pelo.

De pronto, me volví a sentir insegura. Me senté en el filo de la cama. La consciencia de que ahora me encontraba completamente sola cayó con todo su peso sobre mí. Ya no quedaba nadie a mi lado para defenderme ni aconsejarme en el caso de que algo fuera

mal. No quería creer que Lea o Karima hubieran podido engañarme, aunque lo cierto

era que seguían siendo vampiresas y yo humana. ¿Qué ocurriría si tenía algún accidente?, ¿si me hiciera alguna herida en su presencia? ¿Tendrían la fuerza de voluntad de resistirse? Por otro lado, ¿qué otra cosa podía hacer? Ya no confiaba en Cuddy. No me gustaba que hubiera estado espiando mis visiones y pensamientos sin mi

permiso. Todavía quedaban vástagos persiguiéndome y tampoco podía regresar con Aileen, porque eso pondría en peligro a toda su familia, sin contar con el hecho de que Álvaro se apartaría definitivamente de mí.

Un ligero golpeteo en la puerta me sacó de mis reflexiones y Karima me pidió permiso

antes de entrar.

—Te sientes sola e indefensa —constató nada más entrar y sentarse a mi lado en la cama—. Resulta muy complicado enfrentarse a una circunstancia como la tuya. Debo confesarte que me admira tu valor. Cualquiera otro humano se habría derrumbado si hubiese tenido que afrontar las situaciones a las que te has visto sometida en los últimos meses. Pero tú sigues aquí, plantándole cara a tus temores.

—Yo... lo siento —balbuceé avergonzada de que ella hubiera percibido mis miedos

—No tienes que disculparte. Yo también me sentí así antes de convertirme en uno de

ellos. —Me sonrió comprensiva antes de continuar—: Cuando mi marido murió, me encontré sola y desamparada. En mi pueblo me repudiaron a causa de lo que ocurrió con mi hermana, aunque creo que nunca supieron exactamente qué era Manuel, sí que

tenían sus propias suposiciones y teorías acerca de él. Cuando me encaré al hecho de

tener que hacer frente a la vida y a la vejez sola, comencé a plantearme algunas cosas; sin embargo, fue muy duro confrontarme con las dudas y terrores que también tú estás

sintiendo ahora mismo.

—¿Te arrepentiste alguna vez? —susurré mirándome las manos.

—Mi caso fue distinto al tuyo. Yo elegí entre vivir eternamente al lado de mis seres queridos o enfrentarme al suicidio, que fue la única opción que me parecía válida en

aquellas circunstancias. —Sonrió compungida al revolver sus recuerdos—. Pero no.

Jamás me he arrepentido de la decisión que tomé. Me siento respetada y querida, y estoy con las personas que quiero. Eso es lo que yo deseaba de la vida y lo he conseguido. —Me apretó la mano—. Aún estás a tiempo de decidir lo que quieres tú.

Nadie te obligará a nada. Tienes derecho a tomar tus propias decisiones — insistió—.

Y en lo que a nosotras se refiere, deberías tener más confianza en ti misma. No solo tienes la protección del amuleto, sino que también Álvaro te ha otorgado poder sobre

nosotras. Al igual que le dominas a él, posees influjo sobre todos sus vástagos. —Puso una mueca al ver que me había dejado boquiabierta—. Además, Álvaro nos acaba de

llamar y nos ha ordenado a Lea y a mí que dejemos cualquier cosa que estemos haciendo y que te busquemos para salvaguardarte...

—¡No me puedo creer que hayas sido capaz de contárselo! —nos interrumpió Lea entrando alborotada en el dormitorio—. ¿Cómo has podido?

—Ahí tienes a tu subordinada, ¿por qué no pones a prueba tu autoridad y le mandas que haga algo útil para variar? Como prepararte algo de cenar, por ejemplo —la provocó

Karima sin dejarse intimidar.

—Ya tengo la cena hecha —le ladró Lea en tono pedante—, y además, ya es hora de

que se espabile, aún tiene que llamar a su abuela y los helicópteros nos están esperando.

Karima se levantó con una amplia sonrisa.

—¿Vamos?

Lea nos siguió al salón maldiciendo y murmurando cosas sin sentido a nuestras espaldas sobre ser dominada y las neuronas congeladas de algunas.

Cuando llegamos a la amplia estancia, Noa atendía a un hombre que le comentaba algo

en aquella extraña lengua que parecía serle común a todos. En cuanto entré, Noa le indicó que podía marcharse; sin embargo, no pude evitar que se me pusiera la piel de

gallina al ver la forma en que el hombre me comía con la mirada y cómo se abrían las

aletas de su nariz al pasar a mi lado. Noa frunció el entrecejo y estudió al hombre disgustada, pero en cuanto cerró la puerta tras él, ella se relajó y me recibió con una cálida sonrisa. Para mi asombro, me abrazó y besó en la frente en cuanto me acerqué a ella.

—Tienes que llamar a tu abuela. No debemos retrasar por más tiempo nuestra marcha

—me informó antes de dirigirle una mirada a Lea, que salió de nuevo mascullando por

la puerta.

Noa elevó una ceja interrogando en silencio a Karima. Sus facciones cambiaron enseguida, inundadas por la diversión. Lea volvió en cuestión de segundos con un bocadillo y mi móvil.

—Podrás comer por el camino. Ahora llama a tu abuela y dile que vas a pasar unos días con una amiga. Debemos marcharnos cuanto antes —me apremió Noa.

El teléfono sonó varias veces y casi estuve a punto de colgar, cuando al fin oí a mi abuela.

—¡Maldito chisme! ¡Por qué harán estos cacharros tan pequeños! —Tronó la voz algo

ronca de ella al fondo, mientras que los ruidos en primer plano me indicaban que seguía buscando el móvil en el bolso—. ¡Hola!

—¿Abuela?

—¿Niña? ¡Ay, niña! ¡No te vas a creer lo que me ha pasado! —chilló agitada.

—¿Abuela?, ¿qué ha ocurrido?, ¿estás bien? —Tragué saliva asustada. ¿La habrían atacado los vampiros?

—¿Qué si estoy bien?, ¿cómo voy a estar si no? —No paraba de dar gritos al teléfono

—. ¡Que me voy a Canarias!, ¡que me voy de viaje!

—¿Qué? —Miré perpleja a las vampiresas que estaban frente a mí tratando de disimular su diversión.

—¡Que me ha tocado un viaje!, ¡y la Tata y yo nos vamos tres semanas a Tenerife con

los gastos pagados! Cuando se entere la Canija le va a dar un soponcio...
¿Niña, estás

ahí?

—Sí, sí, abuela, sigo aquí.

—Pues eso... ¡Ah y también me han tocado fichas gratis para jugar todas las noches en

el casino! En ese que es de un tal Diego Martín o Enrique... —seguía soltando excitada.

—¿El casino de los Lagos Martiánez? —logré acertar fulminando con la mirada a Lea

que se sujetaba la barriga de la risa, mientras que Karima se mordía el labio y Noa se había girado a la ventana con un ligero temblor en los hombros.

—¡Eso! ¡Sí! ¡Hija qué tarde es! El Cuddy también ha estado aquí preguntando por ti.

Que majo, pero que raro es. En cuanto le dije que me iba de viaje, se fue corriendo...

—Abuela, ¿te dijo algo?

—¡Ay, que voy a llegar tarde!

—¡Abuela!

—¡Que me tengo que ir...! ¿Niña? Llámame mañana que me llevo el cacharro este...

—¿Abuela? —Me quedé mirando ofuscada el móvil, que ya solo despedía un largo pitido.

Lea estaba cercana a las lágrimas y las demás luchaban por retener sus carcajadas.

—¡Tiene setenta y dos años! —la defendí sin poder evitar una sonrisa.

—En ese caso deberías tener cuidado —me advirtió Lea intentando serenarse—. No sé, pero... yo en tu lugar no se la presentaría a Álvaro. Tu abuela parece muy vivaracha y conociéndole a él...

—¿Qué insinúas? —Me dejó intrigada.

—Deberías saber que desde que cumplió los cincuenta, comenzó a decantarse por las

mujeres más jóvenes que él. Podrías ser el primer caso de la historia en la que una abuela le quita el pretendiente a su nieta. —Volvió a partirse de risa a mi costa.

—¡Muy graciosa! ¿Tu último donante se acababa de meter un chute de coca antes de que te lo cargaras? —pregunté con las manos en la cintura.

—¡Ya está bien chicas! —nos llamó la atención Noa intentando contenerse—. Lea, deshazte de ese teléfono. ¡Tenemos que irnos!

—¿Deshacerse de mi móvil?! —Escondí el móvil a mi espalda cuando Lea vino a por

él.

—No es seguro que hagas llamadas a través de él, la mayoría de los móviles hoy en

día tienen geolocalizadores. Hay demasiado en juego como para arriesgarnos a que puedan encontrarnos por una simple llamada. Vamos a mantenerte a salvo, pero a partir de ahora tienes que hacerte a la idea de que estamos en «modo fuga».



CAPÍTULO 35

El ruido del helicóptero era ensordecedor. Jamás me había montado en uno y tenía una

mezcla de entusiasmo y miedo formándome un nudo en el estómago. Apenas nos habíamos elevado unos cinco metros, cuando Karima señaló la cancela de entrada al cortijo, donde un motorista pegaba enfadado una patada a la rueda de la moto. Cuando

los focos del helicóptero lo deslumbraron, me fijé con más atención y me percaté de que los vaqueros raídos y la camiseta de surfista me resultaban extraordinariamente familiares. El motorista giró la cabeza hacia la carretera por la que venían tres coches oscuros con los cristales tintados; nos echó un último vistazo, cogió la moto y se largó campo a través. Los automóviles pararon en fila delante del cortijo. De cada uno salieron cuatro hombres que, tras echarnos una corta ojeada, se dirigieron a los muros de la finca y los dejaron tras de sí de un solo salto. Karima y Noa se dirigieron una corta mirada y se relajaron en los asientos mientras nos alejábamos de allí.

No fue hasta que llegamos al aeropuerto de Jerez de la Frontera, donde cambiamos el

helicóptero por un avión privado, cuando pude dar rienda suelta a mi curiosidad.

—¿A dónde vamos?

—A Cittá Vecchia, en Italia —me aclaró Karima.

—¿Nos vamos a Italia? —Me quedé alucinada—. ¿Qué hay allí?

—El barco en el que pasaremos las próximas semanas.

—¿Un barco?

Se me levantó el estómago de solo pensarlo. Yo era de las que se mareaba hasta en las bicicletas de pedales de la playa. No quería ni pensar en qué me esperaba en un barco.

—Es el segundo lugar más seguro en el que podemos estar.

—¿Y por qué no habéis probado con el primero? —Probé a ver si había alguna posibilidad de librarme.

—Nuestro fuerte en Brasil es la opción más segura ante cualquier ataque exterior, no

solo por las instalaciones y el entorno, sino por el número de los que somos allí; sin embargo, eso mismo lo convierte en extremadamente arriesgado para una humana como

tú. No queremos complicaciones añadidas.

—¿Y qué convierte el barco en la segunda opción? —Me seguí resistiendo.

—Para empezar, porque los *wiccans* tienen sus propias técnicas para detectar nuestras auras sobre un mapa. Cuddy es un cazavampiros y sabe cómo rastrearnos, pero le resultará complicado si nos encontramos en mar abierto y en constante movimiento. Y

si hablamos de vampiros, ocurre lo mismo. El clan que atacó el cortijo justo antes de marcharnos nos seguirá buscando, pero le resultará difícil hacerlo si no hay rastros para seguir —explicó Noa con paciencia.

—El hecho de que yo me encierre en un barco con vosotras, ¿no será igualmente peligroso? ¿De qué os alimentaréis durante nuestra travesía? —dudé.

Las tres vampiresas rieron divertidas.

—No tenemos pensamiento de pasarnos los próximos tres meses encerradas contigo, babeando por ti como si fueras un pollo asado —se mofó Lea—. ¿Qué clase de masoquistas crees que somos?

—Estate tranquila, cuando llegemos lo descubrirás. No pasaremos hambre y, la verdad, espero que tampoco acabemos «babeando por ti» —intervino Karima con una

risita.

Como de costumbre tuvieron razón. Solo pude observar Città Vecchia desde el aire.

Cambiamos el avión por otro helicóptero que, para mi asombro, acabó en la zona de

aterrizaje de un gigantesco crucero. Varias mujeres y hombres nos recibieron allí. Por el tono de su piel no me costó mucho adivinar que se trataba de vampiros. Informaron a Noa a medida que nos guiaban a través del barco.

Me quedé sobrecogida por la enormidad de aquella mole; era una auténtica ciudad con

bares, discotecas, tiendas, restaurantes, peluquerías, salones de masajes y estética...

Apenas me daba tiempo a leer todos los rótulos y señalizaciones. A pesar de que eran

las cuatro de la madrugada, aún había gente por todas partes.

—¿Cuántas personas viajan en este barco? —interrogué impactada a Lea.

—Unas tres mil setecientas —me aclaró—. ¿Aún crees que pasaremos hambre? —Me

guiñó el ojo.

Hice una mueca al ver a dos hombres algo bebidos que al pasar nos echaron un piropo.

No, Lea tenía razón, difícilmente iban a pasar carencias alimenticias allí.

—¿No son deliciosos? —Rio ella lanzándoles un beso con un dedo.

Me abstuve de hacer comentarios. Álvaro me había garantizado que en su familia tenían por norma no hacer daño a nadie a propósito y que todos procuraban ser muy cuidadosos con controlarse y evitar los excesos. Claro que también había admitido que a veces ocurrían accidentes, y, como a él mismo le había pasado conmigo, no siempre

resultaba fácil mantener a raya a la bestia. Suspiré. Eso sería algo a lo que iba a tener que habituarme si pretendía convivir con ellos. O los aceptaba tal y como eran o tendría que alejarme de ellos.

Me llamó la atención que tras una de las puertas que atravesamos hubiera dos guardias apostados.

—A partir de aquí nos encontramos en nuestros dominios —me informó Lea—. Es nuestra zona privada, donde los humanos únicamente pueden acceder como invitados nuestros, o si forman parte del servicio.

Miré el largo pasillo que quedaba frente a nosotros lleno de puertas.

—¿Cuántos vampiros sois aquí?

Uno de los guardias curvó ligeramente los labios.

—Nosotras, algunas sacerdotisas y unos quince guardias, además de... —Noa soltó un

profundo suspiro—, las aspirantes al ritual que conociste en la mansión. — Estudió mi

reacción atentamente.

Intenté dominar mi repentina inquietud y controlar mi semblante.

—¿Por qué están ellas aquí?

—Tienen que participar en la elección. Aunque nosotras te apoyemos a ti, Álvaro tiene derecho a elegir.

Tragué saliva. ¿Qué posibilidades había de que Álvaro acabara decidiéndose por mí teniendo a su alcance a todas aquellas chicas hermosas, cultas y agradables? También

me vino a la mente la advertencia de Karima acerca de la negativa de Álvaro a que yo

participara en el ritual.

Lea me apretó la mano.

—No sé cómo, pero lo conseguiremos —me animó adivinando mis pensamientos.

Al pasar el recodo al final del pasillo, nos paramos frente a una de las puertas.

—Esta será tu habitación. Las nuestras están aquí, junto a la tuya —indicó Noa —.

Ahora deberías cenar algo y descansar. Tienes absoluta libertad para moverte. Lea podrá acompañarte mañana a inspeccionar el barco. Nos veremos por la tarde. —Noa

titubeó unos instantes antes de irse—. Álvaro va a preguntarte, de modo que puedes decirle que te hemos recogido y que estás a salvo aquí con nosotras. En cuanto al resto, ya sabes lo que no debe descubrir.

No hizo falta que lo mencionara, intuía que se refería a mis sueños con Álvaro. La idea de volver a encontrarme con él dentro de unos instantes me alentó, pero al girarme hacia mi cuarto una de las vampiresas que nos había acompañado hasta allí se había apostado al lado de mi camarote.

—No te preocupes, está ahí para protegerte —me explicó Karima.

Observé que había otra apostada delante de la puerta de Noa y me tranquilicé. La guardia me hizo una ligera inclinación con la cabeza y me dedicó una sonrisa cuando le di las gracias antes entrar en mi cuarto. ¿Habitación había dicho Noa? Miré alucinada a mi alrededor. Se trataba de una enorme suite, con salón privado, dormitorio y cuarto de baño, como fui descubriendo a medida que iba abriendo las diferentes puertas. El armario estaba lleno de ropa, al igual que los cajones lo estaban con maquillaje, perfumes, complementos... y todo lo que una mujer pudiera soñar con poseer para ponerse guapa y cuidarse. En una esquina de la terraza exterior había un pequeño jacuzzi. No sabía si desmayarme o pegar saltos de la excitación. Retorné al salón y reparé en el pequeño bar con frigorífico, cafetera y microondas. Tenía que admitir que los vampiros se lo montaban bien.

Con el estómago lleno de mariposas, apenas probé algo de la ensalada que encontré preparada en el frigorífico. Me duché sin entretenerme mucho y me puse uno de los camisones que encontré. ¿Quién se ponía camisones de seda y encaje para dormir sola?

Iba a tener que comprarme un pijama de algodón. Bueno, ya tenía algo que hacer para

el día siguiente decidí en cuanto inspeccioné los cajones llenos de ropa interior de



encaje y transparencias: ir de tiendas.

—¿Soraya? —Sentí cómo algo tiraba de mí sacándome de las tinieblas en las que estaba sumergida—. ¿Estás bien?

—¡Álvaro! —Me arrojé a sus brazos sin pensármelo dos veces.

—Vaya, pareces contenta —Rio Álvaro al abrazarme.

—¡Deberías ver dónde estoy!, ¡es alucinante! —le conté animada—. ¿Siempre vivís

tan bien los vampiros?

Álvaro carcajeó divertido. Hacía tiempo que no le había visto así.

—Con una esperanza de vida tan larga, que menos que nos pongamos cómodos y que

nos cuidemos —bromeó besándome en la punta de la nariz—. ¿Dónde estás a todo esto?

—En una inmensa ciudad flotante. A Lea se le estaba haciendo la boca agua con solo pasar cerca de la discoteca. —Me reí.

Su sonrisa desapareció y sus músculos se tensaron.

—Soraya, tienes que saber que ahí están...

—Lo sé, ya me han avisado —respondí adivinando que trataba de anunciarme la presencia de las participantes.

—¡No sé cómo se les ha ocurrido llevarte a ese barco! —masculló enfadado—.

Mañana mismo les ordenaré que te saquen de allí.

—No. No. Está bien —lo apacigué—. Podré con ello. Encontraré la forma de hacerlo

—afirmé sin sonar demasiado segura.

—Cariño, no tienes que pasar por eso —me susurró con ternura.

—Mientras siga teniéndote aquí conmigo y no tenga que presenciar... —No fui capaz de expresarlo en palabras—. Sabré afrontarlo. Dijeron que este era el

lugar

más seguro al que podían llevarme.

—Si sufres lo más mínimo, haré que se las lleven a otra parte —decretó preocupado.

—¿Podemos hablar de otra cosa? —Quise alejar los nubarrones de nuestras mentes.

—Hoy estás muy sexy con ese camisón. —Puso de su parte para cambiar de tema.

—¿Cómo sabes lo que llevo puesto? —reclamé estupefacta.

—Veo lo que tu mente me enseña. —Rio—. ¿Preferirías que te viera desnuda?

—¡Oye! Este es mi sueño, no tienes derecho a ponerme colorada —espeté fingiendo

despecho.

—¿Ah no? También es mi sueño —constató divertido—, y me gusta cuando te ruborizas.

—Si sigues haciéndolo me vengaré de ti —le amenacé malévola.

—Eso suena interesante. ¿Cómo piensas hacerlo? —me interrogó seductor.

—Mañana cenaré gambas al ajillo —le informé traviesa—, y pediré que echen

ración de ajos.

—¡Hm! En ese caso tendré que evitar besarte en los labios —observó con picardía

—, y empezar mejor por aquí abajo... —me informó antes de que su cabeza se perdiera de vista bajo el camisón y que mis dedos se agarrotaran sobre la almohada con un largo jadeo.

Cuando Karima me despertó casi al medio día, había desechado la idea de ir de tiendas. Desde el salón podía oler el café y las tostadas recién hechas.

Salté de la cama siguiendo el delicioso aroma, pero en cuanto vi el semblante de Lea

me entraron ganas de refugiarme de nuevo bajo las sábanas.

—No tendrás pensamiento de dejarnos sufrir tus jadeos y gemidos durante los próximos tres meses, ¿verdad? —se quejó dejándome fulminada en la puerta del dormitorio—. Los vampiros también conservamos una parte de humanidad y también tenemos derechos: derecho a descansar, a disfrutar de un rato de paz y tranquilidad, a...

—Pues cómprate unos tapones para los oídos o ponte unos cascos para escuchar música —intervino Karima riéndose—. La pobre no puede evitarlo, solo estaba soñando. Además, si decide quedarse con Álvaro y todo sale bien, tendrás que acostumbrarte a ello de todas formas —repuso divertida, en tanto que Lea y yo soltamos un fuerte bufido.

—¿Es que no hay manera de tener un poco de intimidad estando cerca de vosotras? —

gruñí desesperada.

—No. Me temo que no. —Lea rio con ganas—. Creo que no voy a ser la única en tener

que habituarme a eso.

Aquello iba a ser mucho más difícil de lo que me había imaginado. Siempre había sido

muy reservada para mis cosas y tener que compartirlo todo con los demás era algo que

se me antojaba imposible.

—Hoy tienes tu día libre, ¿qué te apetece hacer? —indagó Lea cambiando de tercio.

—¿Qué significa eso de «día libre»? ¿Se supone que hay algo que tengo que hacer durante el resto del tiempo? —investigué extrañada.

—No creerás que estas aquí de vacaciones, ¿verdad? —se burló de nuevo de mí—. A

partir de mañana comienza tu entrenamiento.

—¿Puedo saber para qué es?, ¿y en qué consiste?, ¿o tengo que ir a echarme las cartas primero? —pregunté con ironía mientras comprobaba si además de café había leche y

cacao.

—¿Tienen consulta de vidente a bordo? ¡Y yo sin enterarme! —exclamó dramática Lea,

que al parecer se lo pasaba genial martirizándome.

—Si decides participar en el ritual, tendrás que prepararte física y mentalmente para el embarazo. La gestación humana de doscientos sesenta días, se reduce a ochenta y cuatro en nuestro caso, exactamente tres lunas. Eso implica muchos cambios y muy drásticos en tu cuerpo y tenemos que asegurarnos de que puedas afrontarlos de la mejor manera posible —esclareció Karima—. Por otro lado, tenemos que sincronizar tu ciclo

fértil con la fecha del ritual.

—¿Y cómo pensáis hacer eso? —pregunté suspicaz.

—Tienes que convivir y relacionarte con las demás candidatas. Ellas tienen la ovulación armonizada. —Puso los ojos en blanco cuando me vio alzar incrédula las

cejas—. Cuando existe una convivencia entre humanas, sus menstruaciones acaban equilibrándose y coincidiendo. Se trata de una defensa evolutiva, para

ser más competitivas en el mercado de los machos, y está científicamente demostrado. —

Sonrió—. En este caso nos viene de maravilla y vamos a hacer uso de ello. Pero también es necesario que tú pongas de tu parte. Los nervios y los descontroles pueden influir negativamente.

—¿Están enteradas ellas de que yo también me presentaré? —Imaginaba que no debía

de hacerles mucha gracia haberse preparado toda su vida, para que luego llegara la enchufada de turno a quitarles el puesto.

—No. Las candidatas aún no lo saben y, por ahora, vamos a seguir ocultándoselo, aunque se olerán algo en cuanto te vean. Si Álvaro detecta sus sentimientos durante el día de la elección podría sospechar algo.

—¿Y cómo voy a esconder yo mis emociones a Álvaro? Me descubrirá en cuanto se acerque a mí —reconocí angustiada.

—Eso formará parte de tu adiestramiento —me consoló Lea—. Noa ha decidido

enseñarte algunos de sus conocimientos. Es un honor que muy pocos comparten.

Después del desayuno nos encontramos con las aspirantes. Algunas me estudiaron con

recelo al verme; sin embargo, dos de las chicas me acogieron con los brazos abiertos: Delia y Estefanía. Nos acompañaron a dar un paseo por la cubierta y a tomar un rato el sol en la piscina. Cuando quise acompañarlas a la hora del almuerzo, Karima me retuvo.

—¿Qué ocurre? —le sonsaqué curiosa.

—Tu alimentación es diferente a la de ellas. Es mejor que no se den cuenta —declaró

ella.

—¿Os tengo que sacar todos los detalles con una cuchara? —pregunté cruzándome de

brazos.

—¡Ufff! ¿Cómo te aguanta Álvaro? ¿Nunca te puedes ceñir simplemente a lo que se te

pide? —se lamentó Lea antes de meter su brazo bajo mi codo para acompañarme hasta

sus dependencias privadas.

—No. Ve acostumbrándote.

—Durante la elección, Álvaro tendrá que decidir entre todas las candidatas. No podrá veros los rostros, pero usará el resto de sus sentidos para escoger a una de vosotras.

Con lo que conoces de nosotros ya sabes lo que significa: podrá sentir vuestras emociones, oleros y escucharos. Si cualquiera de esos indicios le revela que se encuentra frente a ti, te descartará automáticamente, por lo que tendremos que ayudarte a controlar y modificar todas las señales que emites, entre ellas, tu olor personal. —Me estudió para comprobar que le seguía el hilo—. Por otro lado, al eliminar todos esos

rastros, pierdes todas las ventajas con respecto a tus competidoras y estarás en igualdad de condiciones para ser elegida. —Me abrazó al ver como todas mis esperanzas se desvanecían—. Tienes la suerte de tener de tu lado a las vampiresas más listas de todo el universo. —Me sonrió—. Vamos a manipular tu olor de tal manera que

resulte más atractivo aún que el que ya tenías. ¡Eso sin ofender a tus feromonas claro!

—añadió sin poder evitar su toque personal.

—¡Tú dirás! —Seguí recelando.

—Por instinto buscará una buena madre para su hijo. Eso significa: una humana sana y

fuerte, capaz de alumbrar a la criatura y de transferirle los mejores genes. Tendremos que cuidar tu alimentación al detalle. Tienes que comer sano, pero con la suficiente carne como para resultarle atractiva también en otros sentidos. —Me hizo un guiño—.

Por naturaleza, cuando bebemos sangre animal, preferimos la de los depredadores y estos suelen ser...

—Carnívoros —completé.

—¡Pero qué lista es mi niña! —Rio achuchándome.

Noa se unió a nosotras después del almuerzo. Traía un estuche que colocó delante de

mí. Cuando lo abrí y vi una jeringuilla, algodón, alcohol y una tirita, me quedé en blanco.

—Necesitamos que te saques sangre y la introduzcas aquí. —Me entregó un pequeño cofre de cuero.

Al abrirlo, descubrí una cadena con un colgante de plata. El grabado en relieve tenía un escudo similar al que llevaban tatuadas Lea y Karima en la nuca. Al detectar un pequeño cierre lo abrí para descubrir, asombrada, que en el interior de la medalla estaba mi cara pintada al óleo y enfrente una diminuta botellita redondeada de vidrio.

—Mañana es el cumpleaños de Álvaro y nos gustaría regalarle algo especial, que fuera

de todas —se justificó Karima.

—Yo lo he diseñado, Noa ha hecho tu retrato, Karima lo ha tallado y solo nos queda tu sangre para que esté completo —explicó Lea.

—¡Es precioso! —exclamé—. Por supuesto que podéis sacarme la sangre. —
Les

alargué el brazo dejando al descubierto mi vena.

Me miraron horrorizadas.

—¿Cuándo vas a ser consciente de que estás conviviendo con vampiresas? —
suspiró

impacientada Lea—. Tendrás que apañártelas por ti misma, dejarlo todo limpio
y el regalo empaquetado y listo para enviar.

—¿Queréis que yo misma me pinche y me saque sangre? —pregunté
espeluznada—.

¡Yo no puedo hacer eso!

—Tiene que estar listo antes de las cinco. Intenta pedirle el favor a una de las
candidatas —sugirió Noa ignorando mi resistencia—. Además, te conviene ir
eligiendo

a tus damas de honor.

—¿Mis damas de honor?

¿Dejarían de sorprenderme alguna vez?

—Álvaro tendrá que convertir a todas las aspirantes rechazadas antes del
ritual, necesitará su sangre para fortalecerse. La elegida tiene la prerrogativa
de escoger a todas las damas de honor que desee de entre las participantes.
Estas le ayudarán durante el embarazo y la crianza de su hijo. Para ellas es una
distinción ser designadas como tales, pero resulta prudente conocer primero a
las candidatas para optar únicamente por aquellas que se lo merecen. Usar
criterios equivocados como la venganza o la pedantería pueden ser malos
consejeros.

Al final, me ayudaron Estefanía y Delia, tras ver un vídeo explicativo de
Youtube por si las moscas y para no meter la pata. Aunque resultó mucho más

difícil de lo que pensábamos.

—¡Esto es ridículo! —Se reía Delia—. Llevamos toda la vida en contacto con la sangre, nos han educado para que terminemos siendo vampiresas que se alimentan de

ella, y ahora mismo, ni siquiera somos capaces de pincharla con una aguja para sacarle

un par de gotitas.

Acabamos consiguiéndolo, aunque fuera al tercer intento. Me llevé el resto del día impaciente, preguntándome si a Álvaro le gustaría la sorpresa. Por la noche, percibió mi nerviosismo, aunque conseguí mantener el secreto a salvo.

A la mañana siguiente comenzó mi preparación. Lea me dejó KO en el gimnasio, luego

Karima me llevó al salón de estética y a la zona del balneario, para que me hicieran un *peeling* y un masaje hidratante, y por la tarde Noa comenzó a explicarme lo que esperaba de mí durante los próximos meses. El resto del tiempo lo pasé con las demás

aspirantes hasta que Lea asomó la cabeza a la sala en la que veíamos una película.

—Te llaman a la cama —me avisó guasona—. Hay alguien que está impaciente por verte.

No hizo falta que me dijera nada más. En menos de diez minutos estaba tapándome con

la sábana y ajustando la almohada. Con lo reventada que me habían dejado, me quedé

frita enseguida, encontrándome con un Álvaro exultante de felicidad.

—¡Gracias! —Me estampó un sonoro beso en los labios—. ¡Me ha encantado!

—¿Qué?

—La cadena. ¡Me encanta!

—Fue un regalo de todas y ni siquiera fue idea mía —admití avergonzada contemplando el colgante sobre su pecho desnudo.

—Es tu rostro y tu olor, y el ser consciente de que, pase lo que pase, todas me queréis. —Me abrazó con ternura.

—¡Feliz cumpleaños! —Sonreí fascinada por su alegría.

—¡Te quiero! Lo sabes, ¿verdad? —Me miró con las pupilas dilatadas.

—¿Ah sí? Pues me han advertido que te gustan las jovencitas. ¿Cuántos años durará ese amor?

—Cuando tengas ochenta años, seguiré amándote igual —contestó sin titubear.

—¿Y cuándo cumpla ciento cuatro? —me metí con él.

—Te adoraré con locura —susurró a mi oído con todo el sentimiento reflejado en su voz.



CAPÍTULO 36

Aturdida miré el calendario: el 27 de noviembre. Apenas faltaban cinco días para el 2

de diciembre: la noche de luna llena en la que se celebraría la elección de la

candidata para el ritual. Los tres meses habían pasado volando.

Lea me machacaba cada mañana en la piscina, la sala de *fitness* o corriendo. Karima se ocupaba de instruirme a nivel espiritual y de prepararme para el embarazo y las ceremonias. Me enseñó a relajarme, a controlar mis sentimientos y a defenderme en acadio, la lengua en la que solían comunicarse y en la que se celebraban todos los ritos. Aparte, insistió en que cada día me dieran masajes y me hidrataran y nutrieran la piel. Noa me enseñó a bloquear algunas de las disciplinas vampíricas, a modificar el

ritmo de los latidos de mi corazón, a disimular mis emanaciones energéticas y a sacar el máximo provecho a los poderes que me otorgaba el amuleto... No me permitió que

volviera a experimentar con los viajes astrales porque los consideraba peligrosos, dada la posible intervención de Cuddy y a que este podía estar esperando la oportunidad de acceder a mi mente de ese modo.

Echaba de menos a Aileen, su vitalidad y su apoyo. Mis noches con Álvaro me daban

fuerza y me ayudaban a hacer frente a todo aquello; sin embargo, a veces tenía mis bajones y pasaba por pequeñas crisis existenciales. Tenía muy claro que anhelaba estar con él y que estaba dispuesta a sacrificar mi vida por ello. Aunque seguía teniendo mis dudas y reparos acerca de mi participación en el ritual y, sobre todo, acerca de concebir un hijo siendo aún tan joven. No me veía preparada para ser madre y temía no ser capaz de hacerlo bien. En cuanto a lo de convertirme en vampiro, era algo que en sí mismo no me importaba demasiado. Tenía sus evidentes ventajas aunque me asustara el

proceso de la conversión y lo desconocido.

Me permitían mantener el contacto con Aileen a través de internet con la condición de que no le contara nada, tanto por su relación con Fernán como con Cuddy. La misma

Aileen fue quien me aconsejó no revelarle nada que no fuera imprescindible. A veces Gladys también participaba en nuestras videollamadas o me mandaba

algún email; si bien, al igual que su hija, se mantenía al margen, animándome a seguir mis corazonadas.

Cada tres semanas habíamos cambiado de barco para evitar que pudiera localizarnos

cualquiera de los clanes vampíricos que nos perseguían. Una de las veces estuvieron a punto de lograrlo. Habían establecido un control en todos los puertos. De algún modo

habían averiguado nuestro medio de transporte, a pesar de que nunca nos bajamos en

ninguna de las escalas que hacían los cruceros.

Acabábamos de abandonar nuestro último navío solo unas horas antes de que Noa recibiera la notificación de que vampiros habían subido a bordo y que habían matado a un miembro de su escolta. Cuando además la informaron de que Eva había huido de su

fuerte en Brasil quedó visiblemente abatida y, a partir de entonces, se incrementaron todas las precauciones. Incluso la ceremonia de la elección, que en principio estaba planificada en Sintra, se acabó cambiando a una plataforma petrolífera abandonada en

medio del océano pacífico.

El día después del ataque llegaron más refuerzos para las guardias. La mayoría eran mujeres. Cuando le pregunté a Noa acerca de ello, me contó la historia de su familia, lo que en parte me aclaró por qué Cuddy no los había mencionado, y era porque, probablemente, ni siquiera conociera su origen.

—Nosotros no descendemos de los cuatro Antiguos. Somos el fruto de la unión de Lillith, la mujer que precedió a Eva en el Paraíso y que fue expulsada y maldita por no doblegarse a los deseos de Adán; y Caín. Ante el dominio y la crueldad de los Antiguos, Caín quiso dar una esperanza y oportunidad al futuro, consciente de que los humanos no serían nunca lo suficientemente fuertes como para poder librarse de ellos.

Fue así cómo surgió la línea de sangre de Athos. Caín educó y crió él mismo al niño,

para evitar cometer el mismo error que con sus anteriores discípulos. La influencia de Lillith fue grande y, desde el principio, las mujeres han ocupado un lugar relevante en nuestra sociedad. Nuestra intuición femenina y nuestra sabiduría a la hora de gobernar y administrar son habilidades admiradas y reconocidas. No hay distinción entre mujeres y hombres en nuestros descendientes, ambos hemos sido igualmente

considerados. Ha sido la fortuna la que ha decidido que solo hayamos nacido cuatro mujeres a lo largo de nuestra historia.

—Lo de la «maldición»... —titubeé—. ¿Alguna vez tendréis una forma de redimiros?

—Algunos consideran que el hecho de que nuestra actual progenie pueda salir a la luz

del día es una muestra de que Dios nos está perdonando. Otros esperan que sea el hijo de la Elegida quién nos traiga el perdón deshaciéndose de la bestia. — Me sonrió alzando un dedo para dar por finalizado el tema.

Todos los preparativos estaban listos para nuestra inminente marcha.

—Intenta mantenerte calmada y, sobre todo, no pierdas la concentración y los nervios

—me advirtió Karima dándome las últimas instrucciones—. Ya sabes que de ello depende todo.

—Karima, ¿puedo preguntarte algo?

—Por supuesto, ¿qué quieres saber?

—Si Noa ya ha pintado a mi hijo, se supone que todo debería salir perfectamente. Lo

qué no entiendo entonces es por qué estáis todas tan nerviosas —le planteé lo

que llevaba rumiando desde hacía ya algunos días.

Karima dio un suspiro antes de contestar.

—Noa pinta imágenes y de ellas infiere sus vaticinios. Generalmente, acierta en sus interpretaciones, pero a veces falla u ocurren circunstancias que lo cambian todo. Ella puede verte tomando un vaso de agua en un instante determinado, pero si tú al ver el

cuadro decides que no quieres tomar el agua, tienes la posibilidad de cambiar ese futuro. —Me estudió como si no estuviera segura de si yo entendía su explicación.

—¿Por eso no quería que nadie viera los lienzos relacionados con el ritual? — adiviné.

—Exacto. Si alguien que los hubiese descubierto quisiera evitar que sucediera, podría realizar acciones para impedir que se cumpla la predicción —confirmó—. Por otro lado, también hay que tener en cuenta que lo que Noa ve son visiones finales, no visualiza el proceso que transcurre para que se llegue a ese resultado...

—Lo que explica la confusión cuando creyó que era Fernán y no Álvaro quien estaba

conmigo —concluí su aclaración.

—Veo que lo entiendes —asintió—. Muchas veces consigue pintar paso a paso una escena o situación, pero no siempre es así. Hay sucesos que dependen de demasiados

factores y demasiadas decisiones personales, y en esos casos le resulta muy difícil tener evidencias claras de los hechos.

—¿Esta ceremonia es uno de esos casos?

—En parte sí, aunque se trata sobre todo del rito en sí. El magnetismo y las energías que intervienen en este tipo de ceremonias son muy potentes y dificultan sus visiones en extremo.

—Sin embargo, aunque no hubiera podido visualizar el culto, sí debería haber podido

tener previsiones sobre los resultados de la elección —conjeturé.

Karima permaneció en silencio, mirando la puerta por dónde había aparecido Noa.

Esta intercambió una mirada con Karima antes de indicarme que la siguiera. Cuando entramos en el pequeño camarote, atestado de pinturas y un potente olor a trementina, me quedé impactada. Allí estaba pintado Álvaro martirizado, sentado sobre un tronco

con la cabeza entre sus manos y el rostro torturado; Álvaro sudoroso, luchando contra otros dos vampiros casi extenuados, con su padre y Fudail al fondo observándolo preocupados; Álvaro destrozando una pared de un puñetazo; Álvaro sentado sobre un

camastro, con los ojos enrojecidos observando mi retrato; yo vestida con una capa blanca sollozando abrazada a Noa; yo con Delia a mi lado, con la chica convertida en

vampiresa; Anastasia enfurecida, tirando cosas; un imponente vampiro contemplando inerte uno de mis retratos; Noa mirándose alarmada en un espejo...

—¿Qué significa todo esto? —me dirigí a Noa en un susurro descompuesto.

—Si se mantienen los pronósticos saldrás del ceremonial de elección como humana; no

obstante, algo ocurrirá durante la celebración, algo que no será bueno. Álvaro, después del ritual se encontrará peor. —Señaló los lienzos—. Intentará sobreponerse, entrenándose hasta la extenuación, pero, ni aun así, será capaz de superarlo. En cuanto a nosotras, hay algo que nos afecta sobremanera y llegaremos al ritual con miedo. Este vampiro al que ves contemplándote es Ciro, uno de los miembros más poderosos de nuestra sociedad, es el Gran Mandatario. Quiere algo de ti y está esperando la oportunidad para conseguirlo —resumió Noa con gravedad algunas de sus

interpretaciones—. De momento, no hay nada, ni bueno ni malo, que sea definitivo e irremediable. Tenemos que esperar a la finalización de la ceremonia para conocer algo más —concluyó.

Lea entró al camarote y nos estudió indecisa, antes de dirigirse a Noa.

—El helicóptero está esperando —anunció.

Noa asintió.

—¡Debemos irnos! —Dudó unos instantes—. Esta es tu última oportunidad de echarte



atrás, si así lo deseas —me ofreció tensa.

Miré los cuadros y me planteé la posibilidad. Era cierto que tenía ganas de salir corriendo y escapar de todo. ¿Pero acaso había algún sitio al que podía huir? ¿Existía una probabilidad real de evadirse del destino?, ¿del miedo y del dolor? ¿Podía vivir

sin Álvaro?

—Voy a recoger mi bolso —anuncié.

No fue hasta que las tres mujeres respiraron aliviadas, cuando comprendí que habían estado reteniendo el aliento.

La despedida de Lea y Karima fue difícil. Me inquietaba tener que asistir sola a la ceremonia, pero comprendía que podía ser demasiado arriesgado que

Álvaro se percatara de su presencia. Si ellas estaban allí, él podría deducir que también yo me encontraba cerca.

Observé cómo las figuras femeninas iban disminuyendo de tamaño a medida que el helicóptero se alejaba. Delia me alargó un pañuelo y me pasó el brazo por los hombros.

—Solo serán unos días, después todo habrá pasado y estarás de regreso —me consoló.

Me confortaba que al menos Delia y Estefanía me hubieran aceptado como amiga.

Tenía el presentimiento de que ellas intuían lo que estaba pasando, pero que lo aceptaban sin ambigüedades. En cuanto al resto de las candidatas, me llevaba bien con la mayoría de ellas, aunque se trataba más de compañerismo y cortesía que de verdadera amistad.

Álvaro me besó en el hueco del cuello antes de esconder su rostro en él. Podía sentir su tensión, que había ido incrementándose a medida que nos acercábamos a la fecha de la elección. Nunca hablábamos de aquel tema. Yo para evitar decir algo que me

pudiera delatar y él, probablemente, para no hacerme daño. Ver su continuo martirio, a pesar de sus esfuerzos por disimularlo, comenzaba a superarme.

Bastante tenía yo ya con la presión de estar engañándole y encima estar jugándomelo todo a una sola carta.

—¡Álvaro! ¡Basta ya! Sé lo que está pasando y tienes que dejar de sufrir por ello.

—¿Cómo quieres que no me angustie si sé el daño que te estoy infringiendo? Me estoy comportando de un modo totalmente egoísta al pedirte que estés conmigo noche tras noche, a pesar de lo que voy a hacer —soltó contrariado.

—Estoy donde quiero estar: a tu lado —le contradije.

—A pesar de que intentas bloquearme, estamos vinculados, ¿lo recuerdas?

Incluso a través de tus sueños puedo sentir tu aflicción, y tu inquietud, y tu... miedo a perderme para siempre —titubeó antes de expresar lo que ambos temíamos.

Ese era un nuevo tema de preocupación, constaté. No podía arriesgarme a que él captara mi intención de engañarle durante la ceremonia.

—Ves, ¡ya estas intentando bloquearme de nuevo! —me acusó.

—Ambos sabíamos que tenías que elegir y que tenías que tomar parte en el ritual.

Los dos somos conscientes de lo que eso significa y lo que nos afecta. No tiene sentido mortificarnos con ello. Solo quiero aprovechar el tiempo que me queda contigo —contesté intentando redirigir su mente en otra dirección.

—Lo sé, pero me siento como si mañana fuera a infringirte la mayor de las traiciones al decidirme por una de esas mujeres.

—¿Y si no lo haces?, ¿y si lo hago yo por ti? —le ofrecí como alternativa.

—Optaré por la que tú me pidas —prometió sin dudar.

—Entonces escoge a Anastasia —le pedí tal y como me había aconsejado Noa que hiciera.

—¿Anastasia? —Álvaro apretó los ojos y los dientes en una mueca amarga—. ¿Es esa tu forma de vengarte de mí, atándome de por vida a esa... «arpía»?

Había reaccionado igual que yo cuando Noa me indicó que le convenciera de esa decisión; no obstante, ella tenía razón: la constitución de Anastasia era la que más se asemejaba a la mía. Noa tenía previsto sustituirme por ella en la ceremonia para que se mantuviera el número de aspirantes y reducir las sospechas.

—¿De verdad crees que quiero castigarte por algo de lo que no tienes la culpa?
—

pregunté apenada.

—¿Entonces por qué has elegido a la más presuntuosa, despiadada y avariciosa de todas? —Cuestionó mis razones.

—No has llegado a conocerla bien, yo estoy conviviendo con ella en el día a día... —

intenté justificarme sin sentido.

—¿Olvidas que percibo los sentimientos humanos? No me guío por simples intuiciones al juzgar a alguien. Las personas no cambian de un día para otro — insistió abatido.

—Conmigo llegaste a equivocarte —le recordé agarrándome a un clavo ardiendo.

—No tienes que excusarte conmigo. Te prometí que aceptaría tu criterio y así lo haré, si con eso te resulta más fácil —aceptó sombrío.

Alargué los dedos para acariciar su rostro compungido intentando borrar todo el sufrimiento acumulado y la profunda tristeza que aguardaba en su interior.

—Te quiero y pase lo que pase mañana, te seguiré amando durante el resto de mi vida —le confesé.

Me besó la palma de la mano con delicadeza y apoyó su frente sobre mi pecho.

—Pase lo que pase, siempre seré tuyo.



CAPÍTULO 37

Me desperté con un tremendo dolor de cabeza. Encendí la lamparita de noche procurando no hacer ruido al ir al cuarto de baño. Karima había insistido en que debía compartir la habitación con Delia y Estefanía por motivos de seguridad. Según ella, mi olor había comenzado a llamar la atención sobre el de las demás y podía llegar a constituir una tentación incluso para el más adiestrado de los escoltas. También ellas habían comenzado a evitarme últimamente. No me di cuenta de lo que pasaba hasta que

surgió la conversación, tres días atrás. Acababa de dar un abrazo a Lea, cuando esta se retiró bruscamente de mí observándome con los ojos ennegrecidos por el deseo.

—¡Sal y relájate! —le ordenó Noa interponiéndose rápidamente entre nosotras.

Lea siguió el mandato sin rechistar, aunque no consiguió desviar su vista de mí hasta que Karima le cerró la puerta en las narices.

—¿Qué ha pasado? —pregunté inquieta—. ¿He hecho algo mal?

—No, cielo, tú no. —Karima me observó atenta—. Hemos sido nosotras. Me temo que

nos hemos pasado.

—Tienes razón —convino Noa—. No es prudente que sea tan apetecible.

Conociéndole, la rechazará pensando que está cometiendo una traición al dejarse llevar por sus deseos.

—¿De qué estáis hablando? —indagué confundida, solo había entendido que Álvaro me rechazaría.

—Es tu olor —aclaró Karima—. Tu aroma, ahora mismo, es capaz de hacer salivar y

volver loco a cualquier vampiro, incluidas nosotras. —Señaló la puerta tras la que había desaparecido Lea.

—¿Y eso no es bueno? —Seguía perdida, sin comprender por qué, ahora de pronto, habían cambiado de opinión.

—No. La intención fue que le llamaras la atención, pero si lo haces en exceso y excitas sus sentidos te rechazará. No sabe que eres tú y le asustará sentirse atraído por otra mujer —explicó Noa.

Me dejé caer desesperada en un sillón, a punto de perder los nervios y venirme abajo

por completo.

—Entonces, ¿ya no hay solución? —Fue más una súplica que una pregunta.

—Por supuesto que sí, cambiaremos tu régimen de comidas para difuminar el olor, todavía nos quedan algunos días, aunque debemos tener controlado tu ciclo menstrual,

no nos podemos permitir un desajuste a estas alturas —dijo Karima compartiendo una

mirada preocupada con Noa.

Encendí la luz del baño sin cerrar del todo la puerta del dormitorio, y rebusqué en mi neceser en busca de paracetamol.

—Yo no haría eso. —Me sobrecogió la voz de Delia, que de improvviso había aparecido en el umbral.

—¿A qué te refieres? —Parpadeé confundida.

—Ellos detectan los medicamentos en nuestra sangre. No puedes arriesgarte a que te rechace por eso, has luchado demasiado por llegar hasta aquí —afirmó.

La miré con los ojos abiertos como platos.

—¿Perdón?

—No hay que ser muy lista para darse cuenta. —Delia encogió los hombros—.

Te han

exigido y entrenado más en estos tres últimos meses que a nosotras en todos estos años.

Estás continuamente vigilada y protegida por alguno de ellos. Noa y el resto de su familia te tratan de forma diferente, incluso los guardias se muestran más respetuosos en tu presencia, y desde que estamos aquí, a veces, te hemos oído hablar en sueños con él —relató la chica en tono pícaro.

—¿Y todo eso no te molesta? —La estudié con atención.



—Si te soy sincera, Álvaro me intimida, es demasiado inteligente, guapo, culto, responsable..., demasiado de todo. Me siento pequeña a su lado y no sé lo que hacer ni

cómo comportarme en su presencia. Fernán era más humano, más imperfecto y

resultaba fácil sentirse cómoda con él. A Estefanía le pasa lo mismo —añadió —. No te

ofendas, no pretendía...

—No, no te preocupes, creo que sé a lo que te refieres y te comprendo. Yo al principio me sentía igual —confesé.

—Entonces deberías dejar eso. —Señaló la pastilla que tenía entre las manos —. Y

probar con un paño húmedo y algunos ejercicios de relajación. Dentro de doce horas

todo habrá pasado —me animó con una sonrisa comprensiva.

—¿Has conseguido convencerlo de que se decida por Anastasia? —me interrogó Noa

al mediodía.

—Me ha prometido que lo hará —le confirmé apenas al recordar su tristeza del día

anterior.

—Bien. Él no sabe que llevaréis máscaras. Tendrá que guiarse por su olfato, además

de por vuestra altura y constitución. Eso le hará ir rechazando a todas aquellas participantes que vaya reconociendo. Ya solo queda que tú seas capaz de controlar tus sentimientos y los latidos de tu corazón; si los asocia contigo, todo nuestro esfuerzo habrá sido en vano.

—Hay un problema más —la avisé—. Como mínimo Delia y Estefanía se han formado

una cierta idea de lo que está pasando.

—¿Te lo han contado ellas? —comprobó antes de continuar—: ¿Cómo se lo han tomado?

—Bastante bien, no parecía importarles mucho.

—Le tienen miedo —constató Noa complacida—. No te preocupes, yo me encargaré de hablar con ellas. Intenta relajarte y prepararte para esta noche —me aconsejó.

Me retuve antes de salir por la puerta.

—¿Noa?

—¿Sí?

—¿Sigo oliendo demasiado? —musité.

Noa rio divertida.

—Sigues oliendo deliciosamente bien y por el bienestar mental de Álvaro convendrá

que en el futuro reduzcamos algo más ese aroma. —Siguió sonriendo—. Pero para esta

noche estás perfecta.

Algo más tranquila, me despedí de ella y ascendí hasta la superficie. Los guardias me iban saludando con un leve gesto de cabeza y me estudiaban intrigados, pero ninguno se acercó a mí ni hizo el intento de hablarme.

La plataforma petrolífera conformaba un fuerte en medio del mar. Todo a nuestro alrededor era agua, agua y más agua. Debía admitir que desde el punto de vista estratégico, tenía que ser un lugar fácil de defender. Viniera de dónde viniera la amenaza resultaba visible a grandes distancias. Miré el cielo, a pesar de que la penumbra acababa de empezar, la enorme luna llena ya asomaba pálida en el firmamento. Dos vampiresas, vestidas con largas túnicas, aparecieron a mi lado inclinándose brevemente ante mí.

—Nuestra señora nos envía a prepararos. Ya es la hora —me comunicó con parsimonia

la más baja.

Las seguí escaleras abajo intentando reprimir los nervios que luchaban con ahínco por asomar. Cuando llegamos a la habitación, Estefanía y Delia ya estaban listas; vestidas con túnicas blancas, que contrastaban con las azules de las sacerdotisas. Me resultó muy incómodo dejar que ellas me frotaran todo el cuerpo durante el baño y que luego

me masajearan con aceite; no obstante, conocía el procedimiento y lo acepté sin quejarme. Al terminar, me pusieron la túnica y me secaron el pelo, sujetándome con cuidado la capucha, antes de entregarme una máscara. Me guiaron, junto a mis dos compañeras de habitación, hasta la sala de espera, donde ya se encontraban las demás.

Me percaté del nerviosismo de las chicas. Solo Delia y Estefanía permanecían tranquilas, ¿qué les habría dicho Noa? No podía interrogarlas, puesto que las demás no habían sido informadas todavía de que yo ocuparía el puesto de Anastasia. Noa había

preferido que se hiciera así, aunque me disgustaba la idea de lo que pasaría cuando se enteraran. Ni siquiera me contó cómo había reaccionado Anastasia cuando se lo comunicaron, aunque me imaginaba que no demasiado bien conociendo su carácter y su

pedantería.

—El Consejo ya ha tomado asiento y el Heredero está a punto de llegar. Debéis estar preparadas —nos alertó una de las sacerdotisas.

Todas sabíamos lo que teníamos que hacer. Nos situamos en fila esperando la llamada.

Delia y Estefanía se situaron una delante y otra detrás de mí, casi como una escolta personal. Comencé a concentrarme, a bloquear y a cambiar todas mis señales energéticas, además del ritmo de mis latidos cardiacos. No podía permitirme el lujo de que Álvaro detectara mi cercanía.

—¡Suerte! —Distinguí el tenue susurro de Delia justo antes de que nos dieran la señal.

La puerta se abrió y salimos una detrás de otra. Nos situamos delante de las antiguas sillas de madera de respaldo alto, que habían dejado dispuestas para nosotras, y permanecimos allí quietas hasta que nos indicaron que podíamos sentarnos. En la penumbra de la sala y con la máscara que dificultaba la visión, únicamente podía distinguir las diferentes figuras por las túnicas que llevaban. Las túnicas púrpuras debían de pertenecer a los miembros del Consejo,

quienes se encontraban sentados al

fondo de la gran sala. Las sacerdotisas, de azul, se ubicaban detrás de cada una de nosotras, exceptuando a Noa que se encontraba enfrente, y que, en este momento, me estaba dirigiendo una mirada de clara advertencia. Algo en mi concentración debía de

estar fallando.

Cuando la puerta se abrió aparecieron cinco personas más. Dos capas verdes, dos púrpuras y una dorada. Todos hicieron una reverencia, primero ante Noa como Suma Sacerdotisa y después ante el miembro destacado del Consejo, cuyo asiento destacaba

frente a los demás. Luego, los que tenían las túnicas púrpuras se sentaron entre los miembros del Consejo. Por su porte masculino, adiviné que debían de ser Fernán y don

Manuel. Las de capas verdes poseían un andar más elegante y femenino, solo se me ocurrió que fueran Janaan y Lucía. Álvaro se quitó la capucha dorada en cuanto se sentó en el trono, que estaba preparado para él a nuestra derecha. Janaan y Lucía se situaron una a cada lado, antes de que Noa comenzara la ceremonia.

La tersa, pero potente voz de Noa, vibró con intensidad en la estancia, con aquellas palabras en acadio que yo solo entendía a medias. Intenté mantener la compostura y desconectar de todo, pero no podía dejar de contemplar a Álvaro, que permanecía sentado con semblante grave. Sus facciones permanecieron inalterables a lo largo de todo el rito, y mantuvo una mano oculta bajo la túnica, a la altura del pecho.

La escena de la copa me resultó chocantemente familiar. Al igual que en el ritual de iniciación de Fernán, la daga y la copa pasaron por cada uno de los miembros del

Consejo, hasta ser devueltas a Noa, quien entregó la daga a otra sacerdotisa y ofreció la copa a Álvaro. Después de tomar la sangre, comenzó la segunda parte del ceremonial: había llegado la hora de que el heredero se acercara a las

aspirantes e hiciera su elección.

Karima me había preparado exhaustivamente para todo lo que iba a ocurrir a continuación. Álvaro pasaría de participante en participante para rechazarla, dejarla para la siguiente ronda o aceptarla directamente. En el caso de rechazarla, podía elegir entre convertirla allí mismo o reservarla para alimentarse y coger fuerzas para la noche del ritual. Lo habitual solía ser esto último; sin embargo, ella había afirmado que él no las dejaría sufrir tanto tiempo y que, seguramente, les inyectaría su ponzoña enseguida, para evitarles la ansiedad de la espera. De forma obligatoria, dos suplentes debían ser reservadas junto a la elegida hasta el ritual de consumación.

No pude evitar contener la respiración cuando Álvaro llegó hasta la primera candidata.

Se trataba de Aidee, la benjamina del grupo. Le tomó la mano y aspiró su aroma; tal y como estaba, la giró dejando la muñeca expuesta a él y la mordió. Las sacerdotisas se apostaron directamente al lado de la chica para acompañarla fuera. Percibí la inquietud que surgió entre mis compañeras, que no habían previsto esa posibilidad. Repitió el gesto de la mano, pero no mordió, ni a la segunda ni a la tercera. Cuando llegó a mí, inhaló con profundidad, retirándose bruscamente, como si mi olor le hubiera quemado

la nariz. Un leve desconcierto cruzó por su rostro al acercarse de nuevo a mí. No pude evitar que mis músculos se tensaran al ver sus colmillos cerca del pulso de mi muñeca; pero dudó y finalmente se reprimió. Las siguientes chicas no corrieron la misma suerte; casi sin pensárselo les indicó a las sacerdotisas que se las llevaran.

Había pasado la primera ronda, constaté aliviada, y mis esperanzas se incrementaron al tiempo que él volvía a dirigirse a las que quedábamos. Al pasar a mi lado, de nuevo

titubeó pero pasó de largo hasta llegar a la que ocupaba ahora la primera posición.

Esta vez, Álvaro apenas la olió antes de inyectarle la ponzoña. Invitó a Delia que se encontraba a mi lado a levantarse. Comenzó a estudiarla con más

detenimiento. De vez

en cuando, me miraba inquieto, como si estuviera vacilando. Si la mordía a ella, la única elección que le quedaría era yo. Daba la impresión de que se estuviera debatiendo. Parecía como si se viera en la obligación de morder a Delia, pero no quisiera que yo fuese la última. ¿Se habría percatado de que era yo?, ¿o era su promesa de elegir a Anastasia? Se giró hacia Noa.

—¿Son necesarios los antifaces?

—Sí —contestó Noa con firmeza.

La mano de Delia, que seguía posada sobre la de Álvaro, temblaba cada vez más. Él la contempló compasivo, casi con lástima y, sin dudarlo más, la mordió también a ella.

Reprimí el suspiro de alivio. ¡Por fin había pasado!

—¿El heredero de Athos ha elegido? —formuló Noa la pregunta de confirmación.

Álvaro siguió escudriñándome indeciso. Finalmente me dio la espalda, se cuadró como

si con ello consiguiera la fortaleza necesaria para afrontar su destino y soltó la respuesta prevista con voz alta y clara, pero vacía:

—¡El heredero de Athos ha elegido!

Un murmullo vino del fondo de la habitación. Noa me indicó que me levantara y me situara junto a Álvaro. Una de las sacerdotisas le entregó una daga ceremonial de plata labrada. Cuando me la cedió primero a mí, Álvaro miró extrañado a Noa y los miembros del Consejo cuchichearon alterados. Noa los ignoró.

Álvaro alargó reticente el brazo para que yo le pudiera hacer el corte. Me sequé las manos en la túnica, pero me temblaban de forma visible. Me sentía incapaz de usar el

cortante filo sobre su piel. Habría sido más fácil si me hubiesen pedido que saltara de un precipicio. Sorprendiéndonos a todos, Álvaro me cogió la mano que sujetaba la daga y la movió por su antebrazo haciéndose una incisión superficial. A pesar de su actitud, percibí su resistencia interior a ofrecerme su sangre. Acerqué su antebrazo a mi boca para tomarla.

El sabor dulzón trajo consigo los recuerdos de la noche que pasamos juntos en el castillo, su pasión y deseo, sus caricias, sus labios cuando recorrieron mi cuerpo...

Cuando despegué los labios de su brazo, algunas sacerdotisas disimulaban su diversión, en tanto que Álvaro me observaba con una ceja alzada ¿Me habría pasado?,

¿o volvía a ser el dichoso olor de mis feromonas? ¡Maldita sea!

A pesar de su actitud pedante e impasible, las pupilas de Álvaro se habían dilatado tornando el gris de sus ojos en negro. Después de todo, debía de haberle afectado.

Sonreí pagada de mí misma y le pasé la daga.

Él mantuvo su actitud distante. Obvió la posibilidad de tener un contacto más íntimo conmigo y en vez de hacerme un corte en la garganta, me tomó la mano al igual que al

resto de las participantes para hacerme una pequeña incisión en el antebrazo. Su invulnerabilidad quedó por los suelos en cuanto me probó, cerró los párpados y sus colmillos se incrustaron en mi piel para succionar con más énfasis. No era solo mi aroma el que había mejorado, constaté halagada cuando Noa tuvo que hacerle una advertencia para que parara.

Cuando Álvaro abrió los ojos me dedicó una mirada mezcla de incredulidad, deseo y odio, similar a la de aquellos incipientes días en Cascáis, cuando lo conocí por primera vez. La diferencia consistía en que ahora conocía sus pensamientos y sentimientos, y tenía la certeza de que su odio se debía al deseo que sentía por mi sangre y a la creencia de que estaba traicionando a la mujer que amaba.

Durante el resto de la ceremonia, Álvaro mantuvo la vista fija en la nada, permaneciendo de nuevo con su mano derecha sobre el pecho, como si allí estuviera custodiando algo que le diera fuerzas. Noa nos entregó sendas pulseras rituales. En cuanto mis dedos rozaron su brazo, retrocedió como si le hubiese dado una descarga eléctrica. Fue entonces, cuando distinguí que a lo que estaba aferrado era al colgante que le habíamos regalado para su cumpleaños. Mis sentimientos se escaparon del control que hasta entonces había conseguido mantener. Una ola de ternura me recorrió.

Tenía ganas de quitarme la máscara y terminar por fin con aquel teatro. Noa me retuvo de forma imperceptible, aunque no lo suficiente como para que no le llamara la atención a Álvaro, quien me estudió con ojos entrecerrados y levantó la mano para quitarme la máscara.

Cuando Noa se lo impidió con una orden tajante, algunos miembros del Consejo se revolviéron ante la actitud de la Suma Sacerdotisa; no obstante, ella se mantuvo firme y los ignoró dando la ceremonia por finalizada e invitando a Álvaro a retirarse.

Todos los Mendoza se situaron a su lado para acompañarlo en su retirada. Repitieron

la reverencia ante aquel miembro destacado del Consejo y ante Noa antes de marcharse. En el umbral de la puerta, Álvaro se giró dirigiéndome un último vistazo antes de marcharse.

La sala permaneció en el más absoluto silencio. Durante al menos quince minutos, nadie se movió, ni habló. Aquello no estaba incluido en las explicaciones detalladas de Karima, ¿qué significaba aquello? Inesperadamente, surgió al fondo una voz ronca y grave:

—Creo que hemos esperado bastante, sacerdotisa. Están demasiado lejos como para poder oírnos.

—Ya puedes quitarte la máscara, el Consejo desea conocer a la Elegida —me indicó

Noa.

Me quedé petrificada. De algún modo, todos los nervios y miedos reprimidos estallaron al fin. Tuvo que ser una de las sacerdotisas quien me ayudara a deshacerme de la capucha y a retirar la máscara. Me sentía extrañamente desnuda sin la protección

del anonimato. Noa me tomó del codo para guiarme ante el personaje distinguido del Consejo. Su rostro se encontraba entre las sombras y apenas podía distinguir sus facciones. Noa se inclinó ligeramente ante él y retrocedió dos pasos. No pude evitar la tensión y el terror de verme expuesta a aquella situación. Me tomó toda mi fuerza de

voluntad no levantar una pantalla protectora alrededor de mí. Por el rabillo del ojo, percibí cómo los vampiros más cercanos se retiraban incómodos de mi lado, lo que provocó la carcajada de aquel desconocido.

—Es un placer conoceros, Soraya. —Reconocí la voz ronca que había dado las instrucciones hacía unos minutos—. Los siglos de espera no han sido en vano —

sostuvo con deleite—. Superáis con creces mis expectativas, aún después de las maravillas que me han transmitido de vos. —Se levantó con agilidad y me escudriñó rodeándome con calma, en tanto que yo intentaba controlar mis ánimos y no salir corriendo—. ¡Asombroso! —exclamó explorando con las manos el aire, como si

estuviera palpando una capa invisible que me rodeara—. ¡Tanta energía y poder en manos de una cachorrilla humana! ¿Me pregunto... —Me alzó la barbilla con un dedo,

para observarme mejor—, si sería capaz de alumbrar incluso al hijo de un auténtico vampiro?

—Eso es algo que queda fuera de cuestión. El único con derecho a participar en el ritual es Álvaro —contestó Noa con frialdad.

—¿No eres capaz de concebir el poder que recibiría esa criatura si uno de nosotros lo engendrara? —replicó el vampiro.

Un escalofrío me recorrió la espalda al entender de qué estaba hablando. Miré

desesperada a Noa. Aquello no era lo que habíamos convenido. Me había arriesgado a

convertirme en vampiro y a perder a Álvaro, pero no a esto. Otro miembro del Consejo

se situó junto a Noa.

—Noa tiene razón, Ciro. Es a Álvaro a quien le corresponde consumir el ritual —

intervino la mujer decidida—. De momento, aún no posee tu poder, pero

evolutivamente es más avanzado que todos nosotros. No tiene sentido que nos saltemos

las reglas y que retrocedamos.

Ciro me cogió una mano para alzarla hasta sus labios.

—¡Es una lástima!, ¡una verdadera pena! —murmuró antes de besarme el dorso.

Inspiró profundamente junto a mi piel antes de seguir—: ¡Deliciosa! —Suspiró —.

Debo admitir que Álvaro sabe controlarse. Debe haberle supuesto un sacrificio enorme

desprenderse de vos después de probaros —concluyó antes de soltarme con un ligero

movimiento de hombros para alejarse en dirección a la puerta—. ¡Quizás tengáis razón! —aceptó con voz clara teñida con una cierta reticencia—. Pero todos hemos notado sus reparos durante esta noche. Ella será la participante en el ritual y no admitiré ningún cambio al respecto. Si Álvaro se echa atrás o no es capaz de llevarlo a cabo, entonces seré yo quien ocupe su lugar —afirmó decidido dando por solventado

el asunto.

Hubo un leve cuchicheo entre el resto de los miembros del Consejo, que lo siguieron.

La mujer desconocida que había defendido a Álvaro apoyó su frente contra la de Noa

antes de irse. Yo me había quedado paralizada. El terror dominaba cada una de mis células.

Cuando todos se marcharon, Noa se acercó a mí y me abrazó.

—Todo saldrá bien, cariño —intentó calmar mis sollozos—. Álvaro no nos fallará —

murmuró.



CAPÍTULO 38

Esa misma noche emprendimos el viaje, dejando atrás a las participantes que fueron mordidas por Álvaro.

—Tardarán algunos días en completar su transformación, y cuando lo hagan, tendrán que acostumbrarse a ello. No es seguro para vosotras que os quedéis aquí. —Noa posó

la mano en el hombro de Estefanía, a la que se le escaparon algunas lágrimas cuando le dijeron que tendría que dejar a solas a Delia.

Las chicas que habían quedado como mis sustitutas habían sido ella y Aakasha, la mayor del grupo. Ambas tendrían que permanecer a mi lado hasta el día del ritual.

El viaje, que duró más de quince horas, fue especialmente cansado. Yo no conseguía pegar ojo recordando la estremecedora promesa de Ciro; tampoco me apetecía hablar

con nadie, a pesar de lo atentas que todas eran conmigo. En cuanto Karima y Lea nos

recibieron en el aeropuerto de Málaga, me lancé a sus brazos abiertos y comencé de nuevo a llorar. Ambas estaban al tanto de lo que había ocurrido y se sentían tan inquietas como Noa y yo.

—Hemos alquilado cuatro suites en un hotel de Puerto Banús. Pasado mañana volaremos hasta San Petersburgo y tomaremos otro crucero allí. De ese modo les costará trabajo localizarnos, aunque deberíamos optar por cambiar de estrategia, conocen nuestra táctica y cada vez están más cerca —le comunicó Karima a Noa durante el trayecto en coche haciendo referencia a los clanes de vampiros que nos perseguían.

—Los demás han abandonado Sintra y por ahora han vuelto a Brasil. Don Manuel nos

ha informado que durante los últimos días han aparecido algunos rastros en los alrededores del fuerte. Creen que alguien está estudiando el terreno y prevén que habrá

un ataque en cuanto la detecten a ella —dijo Lea señalándome—. Probablemente vayan a refugiarse a Méjico para evitar cualquier conflicto antes de que se celebre el ritual.

—Tendremos que realizar una buena planificación para despistar a todos. El ritual tiene que celebrarse sin interrupciones. Bastantes problemas tenemos ya como para encima añadirle una lucha con otros clanes. Decidle a Manuel que quiero que nos veamos el veintiocho. Entonces cerraremos todos los detalles. No quiero que nadie, ni siquiera los miembros del Consejo, conozca el lugar

de celebración. Si también les tenemos que engañar a ellos, que así sea —
decidió Noa—. Es evidente que existe una

filtración y no vamos a correr ningún riesgo innecesario.

Los siguientes veinticuatro días fueron un viaje continuo. Apenas nos
quedábamos más

de cuatro o cinco días en un sitio. Visitamos a su familia en Tenerife, un
castillo de su propiedad cercano a Viena, un crucero por el mar Adriático,
unos amigos en Toulouse,

un rancho en Tejas y finalmente llegamos a Isla Mauricio.

Con Álvaro la cosa se complicó bastante. Durante los primeros días después de
la ceremonia de elección evitó entrar en mis sueños y cuando regresó lo hizo
con reticencia y ya no volvió a ser el mismo.

*—¿Me contarás alguna vez lo que te ha pasado en la ceremonia? —intenté
sonsacarle cuando después de una semana seguía igual de deprimido.*

*—La ceremonia se realizó tal y como debía ser y yo elegí a la única que podía
ser: Anastasia —intentó evadirse aclarándome mucho más de lo que él se
imaginaba siquiera.*

*—Entonces, si hiciste lo que yo te pedí, ¿qué es lo que tanto te preocupa? —
seguí insistiendo.*

Él se pasó las dos manos por el pelo, angustiado.

*—Me siento como si te hubiera traicionado. Como si te estuviera traicionando
—se*

*corrigió a sí mismo contándome lo que yo sabía que constituía una verdad a
medias.*

*—No lo has hecho y no lo harás. Yo acepté los términos del convenio.
¿Recuerdas?*

Fuiste sincero conmigo y me dejaste decidir —reiteré.

—No puedo explicártelo. —Me miró torturado—. No sé cómo hacerlo para que lo entiendas y a la vez no hacerte más daño del que ya te estoy infringiendo. Ni siquiera tengo la fuerza suficiente como para dejarte libre. ¿Qué pasará después del ritual?, ¿qué haré entonces? No puedo imaginar mi vida sin ti y, sin embargo,

tampoco podré seguir contigo. Eso no sería justo para ninguna de las dos. —

Permaneció cabizbajo tapándose los ojos con las manos—. Si fuese honrado contigo, debería dejarte ahora mismo. Despedirme de ti y devolverte tu libertad para que seas feliz. —Soltó una carcajada seca—. Pero no lo soy. Lo peor de todo es que, hasta ahora, nunca me había dado cuenta de lo egoísta que soy en realidad.

Le abracé y le acaricié el pelo con suavidad. ¿Qué podía contestarle yo a todo eso?

¿Qué llevaba tres meses mintiéndole y engañándole? ¿Cómo se lo tomaría cuando lo

descubriera? Hablaría con Noa. Él tenía derecho a conocer la verdad, ¿qué sentido tenía seguir engañándole?

Durante el entrenamiento con Lea, que parecía encontrar cada día nuevas formas de torturarme físicamente, tomé la decisión de ir a hablar con Noa en cuanto acabara de

ducharme. No me apetecía esperar hasta la noche para proponerle mis intenciones.

Cuando llegué a mi habitación, encontré una carta encima de la cama. En cuanto vi la

letra, la reconocí: era de Álvaro.

Cariño, lo siento. Sé que esta es la forma más cobarde de todas de hacerlo, pero reconozco que estando contigo nunca seré capaz de decirte adiós. Eres y

serás siempre la mujer más importante de mi vida, mi auténtico y único amor. ¡Ojalá existiera la forma de dividirme, de ser dos personas a la vez, para permanecer durante el resto de la eternidad a tu lado! Aunque me destrozara el alma el dejarte, ambos sabemos que tengo que hacerlo. Te deseo toda la felicidad de este universo.

Perdóname. Eternamente tuyo,

Álvaro.

No sé el tiempo que permanecí inerte, sentada sobre la cama. Solo recuerdo que fue Karima quien me sacó de aquel estado de turbación y penumbra.

—No sirve de nada que te culpes o que sufras por esto —comenzó a hablarme con calma después de leer la carta y sentarse a mi lado—. No se trata de una situación real.

Él no conoce la verdad y aunque a ti te gustaría contársela, no debes hacerlo. Le queda demasiado tiempo, no nos podemos permitir que pueda cometer alguna locura para tratar de salvarte. Debes ser capaz de reconocer que solo se trata de una ficción, que dentro de pocos días todo estará solucionado y que volverás a estar con él. Tendrás el



resto de tu vida para hacerle olvidar estos malos ratos —intentó convencerme.

En el fondo, reconocía la veracidad de sus palabras, pero aun conociendo las circunstancias se me hacía muy duro enfrentarme a ello.

—Si consideras que ahora mismo no aceptaría lo que hemos hecho, ¿qué te hace pensar

que cuando lo descubra durante el ritual se lo tomará mejor? ¿Qué pasará si me rechaza allí mismo? —me resistí a darle la razón.

—Le conozco desde hace un siglo, él jamás te rechazaría —insistió Karima—. Ahora

mismo está viviendo bajo mucha presión, si seguimos añadiéndole cada vez más, llegará un momento en que explote. Intentará escapar contigo, enfrentarse al Consejo o cualquier otra locura que se le ocurra con tal de protegerte y no hacerte pasar por lo que él tanto teme. Si encima le cuentas también lo que pasó con Ciro, entonces ya acabará por perder la cabeza del todo. Cualquier escapatoria que busquéis será un suicidio. Y si el ritual es difícil para ti, ¿te imaginas lo que puede suponer para un hombre? —me planteó Karima.

Nunca lo había visto desde aquel punto de vista. Siempre lo había considerado desde

la perspectiva de la humillación y vergüenza que suponía para mí. No había pensado en que él tendría que superar sus propias presiones y temores para poder llevar a cabo el rito. La amenaza de Ciro se convertía en algo cada vez más plausible, constaté horrorizada.

El 28 de diciembre don Manuel llegó a Isla Mauricio para organizar y planificar con

Noa los últimos detalles del ritual y su seguridad. Se pasaron varias horas encerrados en el sótano. Esta vez fueron Lea y Karima las que actuaron de guardas en la puerta.

Yo me pasé la tarde en el patio jugueteando con Diablo, un precioso labrador que se

había adueñado de la casa vacía y que ahora se resistía a abandonar su hogar. A pesar de su nombre, resultaba extraordinariamente manso y constituía un auténtico bálsamo para mis nervios, único motivo por el que las demás lo toleraban ya que, sobre todo a Karima y Noa, les molestaba que siempre les estuviera gruñendo cuando se acercaban

a mí, al menos al principio. Lea le devolvía los gruñidos, sin embargo, aunque

lo disimulara, yo sospechaba que en el fondo le gustaba el animalito, al que le proporcionaba la comida a diario, hasta que llegaron a una curiosa relación de amor-odio.

Me sobresaltó la aparición silenciosa de don Manuel a mi lado. Diablo comenzó a ladrar y gruñirle con ansia.

—Lo siento, no era mi intención asustarte —se disculpó don Manuel.

—Con Lea y Karima me pasa continuamente —repliqué encogiéndome los hombros e intentando aplacar al perro—. Sigo sin acostumbrarme a que aparezcan de la nada y Diablo tampoco. —Sonreí.

—Curioso nombre para un perro que tiene el valor de vivir en una casa de vampiros —

bromeó.

Rasqué a Diablo detrás de las orejas antes de soltarle a don Manuel la pregunta que me inquietaba:

—¿Cómo se encuentra Álvaro? —musité.

—Lo está pasando muy mal. —Se sentó con un suspiro a mi lado en el banco—. No habla de ello, pero es evidente para todos. Entrena todos los días hasta la extenuación, apenas descansa y evita a toda costa dormir, a pesar de que su condición humana se lo exige.

—¿Sospecha algo acerca de mí? —quise averiguar.

—Adivina que le estamos ocultando algo, pero se encuentra tan centrado en su dolor y

su impotencia que no le importa. —Se pasó la mano por el pelo, en un gesto casi idéntico al que solía usar Álvaro—. Ni siquiera contempla la posibilidad de que tú pudieras querer participar en el ritual de forma voluntaria. Una vez le propuse que considerara tu opinión al respecto y que te diera una oportunidad, pero él se negó.

Alegó que ya conocía tu visión y que no te iba pedir que te convirtieras en una «incubadora vampírica». ¿Te suena algo de eso? —preguntó.

—¡Ay, Dios! —Mi cara se calentó como si me estuvieran proyectando rayos uva. Don

Manuel alzó una ceja esperando mi respuesta—. ¡Eso lo dije yo! —admití avergonzada

—. Pero estaba hablando con Fernán y me refería a tener un hijo con él, sin amarle.

Álvaro debía de estar escuchando y lo interpretó a su manera —le conté.

—¡Típico de él! —masculló—. Está tan centrado en proteger a los demás que es incapaz de oír la opinión de los implicados.

—¿Cree que si se lo explicara aceptaría mi participación? —tanteé esperanzada.

—No creo que sea tan sencillo —replicó don Manuel—. Álvaro ha asumido la culpabilidad de la muerte de su madre. El que tú puedas morir igual que ella es algo

que le supera.

—¿Qué fue lo que pasó en realidad? —indagué.

—Karima ya te habrá informado de que no se trata de un embarazo normal, que los fetos vampíricos son muy fuertes y que sus necesidades se transmiten a las madres. —

Esperó a que yo se lo confirmara—. La madre de Álvaro murió porque no estaba preparada para ello. Lucía fue adiestrada para concebir a un vampiro. Conocía a lo que se enfrentaba. Comprendía y aceptaba lo que tenía que hacer para que todo llegara a buen término. La sangre del vampiro proporciona a las madres la fuerza necesaria para hacer frente al embarazo y cubre todas las necesidades del feto —explicó escudriñando con su vista el cielo—. El estado

del embarazo de Jadee ya estaba muy avanzado para

cuando lo descubrí. Me la llevé conmigo con la intención de cuidar de ella y ayudarla a superarlo. Sin embargo, no fue capaz de asimilar nuestra naturaleza vampírica. No quiso tomar mi sangre. A veces me pregunto si fue porque verdaderamente le repugnaba, o porque se sacrificó por mí. Lucía se alimentaba de mí y probablemente,

aunque lo hubiese intentado, no habría sido lo suficientemente fuerte para mantenerlas a las dos. Aunque yo hubiera dado con gusto mi vida por ella, puede que ella lo supiera y prefirió morir antes de que eso ocurriera. —Su voz se hizo cada vez más tenue a medida que avanzaba en el relato—. Álvaro considera que fue él quien mató a su madre. Que era su naturaleza vampírica la que la asesinó, pero eso no es cierto, la culpa fue mía, fui demasiado débil. No conseguí hacer frente a mis responsabilidades.

—Cayó en un doloroso silencio.

No se me ocurría nada que decir que tuviera un auténtico valor, por lo que posé mi mano sobre la suya intentando transmitirle mi apoyo y comprensión. Él agradeció el gesto tomando mis manos entre las suyas.

—Yo la amaba. Aún hoy la amo, a pesar de los años que han pasado. Quiero a Lucía.

Le agradezco todo lo que me ha dado, su compasión y su generosidad. La vida de mi

hijo estuvo en sus manos. Estaba en su derecho de pedir al Consejo que lo mataran; sin embargo, dejó que Janaan lo criara y que pudiera permanecer junto a mí. Siempre ha

estado a mi lado y me ha apoyado, a pesar del daño que le he hecho y de ser consciente que jamás la he amado como amé a la madre de Álvaro.

Me asombró la sinceridad de aquel hombre. No debía de ser fácil confesarse ante una

desconocida como lo era yo para él.

—Te agradezco el valor que estás demostrando al seguir adelante sabiendo el peligro

que corres y después de todo lo que ha pasado. —Me miró agradecido—. Álvaro se merece ser feliz, y me consta que a tu lado lo será.



CAPÍTULO 39

En tanto las vampiresas me desnudaban, me entretuve resignada estudiando la habitación circular. Se encontraba iluminada únicamente por la luna, que penetraba a través de la gran cúpula de cristal del techo, y las infinitas velas que se encontraban repartidas por todo el suelo alrededor de la hermosa bañera labrada en plata. Al inicio, creí que estaban dispuestas de forma descuidada y aleatoria; sin embargo, al fijarme mejor, advertí que trazaban una estrella de cinco puntas, en cuyo centro se situaba la bañera.

El olor de diferentes aromas inundaba totalmente la estancia: incienso, miel, azahar, lavanda y otras notas más exóticas que no era capaz de discernir pero que formaban un todo dulce, armonioso y embriagador

Me sumergí en el agua caliente aspirando profundamente las esencias que el vapor llevaba hasta mis sentidos. Me eché atrás en la bañera intentando relajarme y procurando mantener mi mente ocupada, mientras las dos sacerdotisas se movían sigilosas a mi alrededor frotando con suavidad mi piel.

La visión a través de la gran cúpula me sobrecogió. La oscuridad del resto de la habitación destacaba el cielo con asombrosa claridad. Incluso hacía que pareciera más cercano de lo que verdaderamente estaba. La luna, Sirio brillando en su máximo esplendor y todos aquellos puntitos de luz

despuntando contra la negrura del cielo...

Por unos instantes, me sentí inmersa en aquel universo; flotaba en el espacio, rodeada solo por el vacío y la extraordinaria belleza de aquellas estrellas.

Poco a poco retorné a la realidad. Ahora, mucho más relajada, percibí que las dos mujeres se habían alejado de mí. Estaban pegadas a la pared, inertes como estatuas, casi como si formaran parte de la decoración. De eso se trataba, suponía yo: el símbolo de fuego, la bañera de plata y la cúpula conformaban un baño ritual en el que

yo debía convertirme en el centro del universo y recibir la energía de este. Había leído en alguna parte que el fuego y el agua eran purificantes y que, este último, tenía la capacidad de absorber el magnetismo de la luna. También recordaba las lecciones de

Gladys sobre la plata, su poder conductor de energía y su significado esotérico relacionado con la feminidad.

Los vampiros no dejaban de asombrarme. Su cultura y sus creencias mágicas resultaban extremadamente complejas incluso considerando que habían tenido milenios

para perfeccionarlas. No obstante, me extrañaba que no se cuestionaran su efectividad.

Durante estos meses con Noa y Karima había aprendido que más que magia ellos lo consideraban prácticamente una ciencia, al igual que la familia de Aileen.

—Todo está compuesto por energía. La energía no se acaba ni se destruye, solo se transforma. Nuestros ritos son un medio para servirnos de esa energía que nos rodea y transformarla en lo que nosotros queremos —me había explicado Aileen con cierta condescendencia cuando comenzó a introducirme en el mundo de la wicca.

El reconfortante calor y las esencias que conquistaban mis sentidos cumplían con su efecto relajante sobre mis músculos tensos; sin embargo, el miedo y la

ansiedad seguían vagando por los rincones de mi mente, por mucho que intentase deshacerme de

ellos. Para ser sincera, esta experiencia habría sido maravillosa, un auténtico lujo, de no haber sido porque todo esto no constituía más que el prelude de mi entrega.

Voluntaria o no, resultaba difícil evitar el terror a lo que me esperaba.

Karima me había explicado con máximo esmero cómo se iba a desarrollar toda la ceremonia a fin de que pudiera predisponerme mentalmente para ello. Las sacerdotisas

me prepararían exhaustivamente para llevarme al lugar del sacrificio donde, tras una ceremonia ante dieciocho testigos, sería entregada al heredero de Athos, quien debía tomarme allí mismo ante la élite vampírica.

Las probabilidades de que yo no saliera con vida de allí eran altas. Si Álvaro me rechazaba o no era capaz de acabar el ritual, tendría que elegir entre aceptar a Ciro o morir. Había tenido tiempo suficiente para reflexionar sobre ello y tenía clara mi decisión si se diera el caso. A ello se añadía el peligro intrínseco de hacer el amor con un vampiro. Si Álvaro no controlaba su fuerza o si no conseguía dominar su sed y sus

instintos durante el acto, mi sacrificio iba a acabar de un modo bastante atroz. Confiaba en que él jamás me haría daño a propósito, pero en esta situación no existían las garantías. ¿Cómo reaccionaría Álvaro cuando descubriera que «la elegida» era yo?

Un movimiento cercano me indicó que había llegado la hora. Las sacerdotisas me

ayudaron a salir de la bañera y procedieron a secarme con suaves toallas de lino. La oscuridad de aquella habitación, tan tenuemente iluminada, y el hecho de verme completamente sola rodeada de vampiresas, ya debería haber sido motivo suficiente para escapar de allí. Lea reconoció mi expresión e intentó sonreírme para infundirme

valor; sin embargo, la preocupación en sus ojos no se me escapaba.

Me pasaron a otra estancia similar a la anterior. Esta vez la bañera había sido sustituida por un altar cubierto por sedas rojas. El símbolo trazado por las velas era diferente, parecían dos serpientes, una roja y otra blanca, que se entrelazaban. Me ayudaron a tenderme y procedieron a masajear cada rincón de mi cuerpo con aceites aromáticos. Cerré los ojos y me entregué a aquellas manos suaves y frías, que resbalaban como caricias sobre mí. El aroma, más intenso que el de la bañera, aturdí mis sentidos y mis músculos parecían convertirse en gelatina bajo los diestros dedos.

Pronto comenzaron a decorar mi piel con pinturas de oro y plata. Observé como trazaban los dibujos en un intento por no pensar. En la parte superior de los brazos, los motivos decorativos se asemejaban a símbolos esotéricos o antiguos símbolos

egipcios. Las pinturas que ascendían de mis manos y cubrían mis antebrazos consistían en intrincados diseños florales, al igual que los de mis pies. Me recordaban a los dibujos de henna que se realizaban en algunas culturas orientales. Aunque había que admitir que en oro y plata, y realizadas por las diestras vampiresas, aquellas pinturas superaban mil veces en belleza a los que yo había visto jamás. El trazado en mi vientre constituía una especie de marco circular formado por símbolos florales, hojas y ramas, que rodeaban mi ombligo, dejando un amplio espacio vacío en el centro. Resultaba extraño, ya que daba la sensación de que allí faltaba algo, como si fuera una obra inacabada.

Cuando terminaron de pintarme, tomaron el relevo otras sacerdotisas que comenzaron a

ubicar pequeños diamantes y esmeraldas sobre los dibujos ya trazados. Utilizaban algún tipo de resina para pegarlos, aunque lo hacían de forma tan perfecta, que los diamantes aparentaban estar incrustados en mi piel convirtiendo mi cuerpo en una auténtica joya.

A través de la cúpula, pude ver cómo había ascendido la luna en el firmamento.

¿Cuánto me quedaría aún? ¿Una hora quizás?, ¿o sería menos?

Apenas pude levantarme cuando terminaron, tan débil y aturdida me sentía, embargada

por mis emociones y mis miedos. Me ayudaron a vestirme con una larga falda de estilo

oriental, hecha con varias capas de suave y fina seda azul cielo. Los bajos y los filos de las largas hendiduras, que dejaban al descubierto mis piernas al andar, estaban bordados en plata y oro al igual que el top, que acababa a escasos tres centímetros

debajo de mi pecho y dejaba al descubierto un extenso trozo de piel desnuda entre este y la falda. Unido a que no llevaba ropa interior, me hizo sentir más desnuda que vestida.

En la siguiente sala no había símbolos esotéricos trazados con velas, ni altares ni bañeras rituales. La habitación estaba inundada por una luz cálida proveniente de la chimenea y unas antorchas distribuidas a lo largo de la pared. El mobiliario de la sala era escaso, aunque evidentemente antiguo y valioso. Me acompañaron hasta una silla de estilo otomano, situada a unos metros de la chimenea. Comenzaron a peinarme y maquillarme, y de nuevo dejé vagar mi mente mientras me dejaba hacer. Agradecía la

calidez proveniente del fuego, que amortiguaba el creciente frío que invadía mi interior, así como la magia de las llamas que centraban mi atención y me permitían no pensar en nada.

Cuando me colocaron los últimos adornos: unos brazaletes en los antebrazos y un cinturón bajo sobre mis caderas, me permitieron contemplarme en un antiguo espejo de

cuerpo entero, colocado al lado de la chimenea. Abrí la boca sin poder hablar. ¿Yo era esa mujer? El reflejo podía haber sido el de una estatua de una diosa oriental, decorada con oro, plata y piedras preciosas. Si no fuera por el parpadeo y el suave vaivén de sus pechos al respirar, no habría creído posible que aquella belleza fuera real y, muchísimo menos, que pudiera ser yo misma; aunque el asombro escrito en mi rostro

me lo constataban.

El corpiño modelaba mis pechos y la falda acentuaban las suaves curvas de mis caderas dotando al conjunto de una extraordinaria sensualidad y feminidad. Mi piel brillaba como la seda y los dibujos y piedras brillantes la dotaban de un carácter etéreo. Más que un reflejo, parecía estar observando la imagen de un ser mágico plasmado en un lienzo. ¿Cómo había podido conocer Noa cada detalle de mi atuendo

hacía ya más de medio año?

Cuando me había imaginado rituales con vírgenes, siempre las había visualizado con amplias túnicas blancas, al estilo romano, sencillas, sin maquillaje, con algunas margaritas en el pelo... ¿Pero esto?

—¡Vaya! —exclamé cuando volví a respirar.

Oí las risitas de algunas de las sacerdotisas y vi las sonrisas condescendientes de las demás. Me colocaron un intrincado collar en V, formado por pequeñas monedas de plata y jade en las que estaban labradas letras y símbolos. Tapaba parcialmente el acceso a las venas de mi garganta. ¿Sería a propósito? Dudaba que eso sirviera de mucho si se produjera el caso. Para terminar, me colocaron un burka árabe, parecido a

los que había visto en los documentales de historia. Aunque este estaba confeccionado con un velo azul y la redecilla que me permitía ver, estaba tejida con hilos de oro y plata.

—¡Debemos irnos! —me avisó Karima después de colocarme una pesada diadema

sobre el velo—. ¡Es la hora!

Me guiaron a un vestíbulo, donde nos esperaban dos escoltas enfundados en amplias capas rojas. Eran dos figuras altas e imponentes. Sus rostros apenas se podían ver, pero cuando sus ojos calculadores se posaron sobre mí, me invadió un escalofrío y toda mi falsa compostura se derrumbó.

Karima intercambió una de sus miradas telepáticas con ellos, quienes

asintieron con la cabeza y nos indicaron el camino adelantándose para que les siguiéramos. Fui incapaz

de moverme, me había quedado anclada al suelo.

—Soraya, respira. No pasa nada. Nos acompañarán al lugar de la ceremonia. Muy pronto habrá pasado todo. Piensa en Álvaro. Él es el motivo por el que estás aquí.

Asentí con la cabeza pero, aun así, mis pies no se movieron. Lea me miró compungida.

—Ya no hay forma de echarse atrás, Soraya. Tienes que echarle valor. Hazlo por ti y

por Álvaro.

Estaba al tanto de que ya no había vuelta atrás. Huir sería mi muerte. Resultaba imposible escapar de allí con vida, rodeada de vampiros como estaba. Ya no tenía remedio. Tenía que seguir adelante. Era el único camino. Me concentré en mañana, cuando todo hubiera pasado, en Álvaro, en sus besos, en sus abrazos y en sus caricias.

Lentamente arrastré un pie hacia delante y luego el otro, y muy despacio reinicié el camino. Lea y Karima se colocaron cada una a un lado. El resto de las sacerdotisas se dispusieron en una fila doble detrás de nosotras. Dos guardias más, que habían aparecido de la nada, cerraron aquella procesión silenciosa que me escoltaba hasta mi destino.

Bajamos las escaleras que había tras una puerta oculta, custodiada por otra pareja de vástagos. Los laberínticos pasadizos estaban iluminados por antorchas, y cada diez metros había dos guardias inertes cuyo único síntoma de vida se adivinaba bajo el trazo de curiosidad que reflejaban sus ojos. Hacía frío y me alegré de que la alfombra roja que señalaba nuestro trayecto separara mis pies descalzos del gélido suelo de piedra.

Apenas habíamos andado diez minutos, cuando empecé a distinguir el final del pasadizo. Los latidos de mi corazón comenzaron a duplicarse a causa del

terror. Lea me cogió del codo, en un gesto que pretendía ser de ánimo. Evité mirarla. Estaba a punto de derrumbarme, ver la preocupación o algún sentimiento peor reflejado en su semblante solo lo empeoraría.

No sé qué era lo que esperaba encontrarme al llegar al final del pasillo, pero, desde luego, no era aquello. El lugar en sí mismo ya resultaba de lo más irreal. Parecía una especie de torre circular, como la de Pisa, a la que hubiesen vuelto del revés. En vez de hacia el cielo, aquella extraña construcción se dirigía hacia la tierra. El espacio interno, totalmente hueco, formaba un pequeño claustro circular desde el que se veía el firmamento como algo muy, muy lejano. La escalinata que la circundaba, no supe si para bajar o para subir, estaba cubierta por amplios arcos bellamente decorados, que

permitían la visión de todo el recinto.

—El ritual se celebrará en el pozo de iniciación. —Me había comunicado Lea esta mañana.

Con eso en mente, me había formado unas imágenes románticas sobre un pozuelo de mármol al aire libre y un altar o algo similar delante. Lo que, no era ni de lejos, tan aterrador como lo que estaba viendo ahora mismo.

En las escalinatas y rodeando toda la torre estaban ubicados los dieciocho testigos: la élite, la realeza de los vampiros. Me preguntaba cuál sería el criterio para colocarlos.

¿Los más importantes estarían arriba?, ¿o más abajo y cercanos a nosotros? ¿Dónde estaría la familia de Álvaro? Cubiertos por las túnicas púrpuras, no podía ver sus rostros, lo que resultaba tan tranquilizante como aterrador.

Las sacerdotisas desaparecieron como por arte de magia.

Lea y Karima, flanqueándome, me acompañaron hasta Noa, ubicada junto al altar, en el

centro del patio. Agradecí la ayuda de Karima para tenderme sobre él. No me quedaban fuerzas ni siquiera para intentarlo por mí misma.

En el silencio sepulcral, podía oír mi respiración y los latidos de mi propio

corazón, que parecían estar retumbando en las paredes de aquel siniestro claustro. Intuía, que si yo podía percibirlo, probablemente lo harían todos los allí presentes, y eso no parecía nada bueno. Me sentía cómo un trozo de carne fresca en una jaula de leones. Intenté concentrarme en otros detalles: la suave y mullida piel que separaba mi cuerpo del frío y duro mármol, el viento fresco sobre aquellas partes —la mayoría— de mi tez que quedaban al descubierto. Tuve que hacer un esfuerzo ingente para no pensar en aquel

grupo de vampiros que estaban acechándome desde las sombras en aquel instante.

Un escalofrío me recorrió al percatarme de que la luna ya estaba situada y que estaría a punto de comenzar el eclipse.

«¡Dios! ¡Sea lo que sea lo que me espera, no me dejes sola!».



CAPÍTULO 40

Un cambio en mi visión periférica me devolvió al presente. Acababa de llegar una nueva comitiva de encapuchados, esta vez compuesta de tres hombres. No era necesario ser muy perspicaz para adivinar que el de la capa dorada debía de ser Álvaro, a pesar de que permanecía en las penumbras. Fui consciente de cómo me examinaba, aunque con las sombras que su capucha lanzaba sobre su rostro apenas distinguía sus labios apretados en una fina línea. Las tres figuras se encaminaron hasta el trono, situado a la izquierda del altar. Álvaro se sentó, mientras que las otras dos figuras masculinas permanecieron de pie, uno a cada lado de él.

Aunque no veía su rostro, podía imaginarme cómo me estudiaba con los ojos

entrecerrados y el ceño fruncido. Apenas me percaté de que la ceremonia había comenzado. Noa, como Suma Sacerdotisa, entonaba con su bella voz los cánticos en acadio, que llegaban a mí como en un sueño.

Al ver cómo los dedos de Álvaro parecían incrustarse en los mangos del trono, empezó

a inundarme la inseguridad. ¿Qué había hecho?, ¿y si me equivocaba?, ¿y si Álvaro no

me quería hasta el extremo de querer pasar el resto de su vida conmigo?

Algo untuoso y tibio tocó mi estómago. Me distraje. Noa estaba dibujando un símbolo

en el círculo vacío pintado sobre mi vientre. Tardé una fracción de segundo en comprender por qué la pintura que usaba tenía un olor ferroso y era de color rojo oscuro. «¡Oh, Dios, es sangre!».

Me invadió el pánico y el terror en toda su pureza. Un quejido agudo inundó el claustro. Dos manos frías me sujetaron las muñecas por encima de la cabeza impidiéndome incorporarme y huir, incluso antes de que mi mente pudiera tomar esa decisión. Intenté liberarme sin éxito pero, junto al implacable agarre de mis muñecas, aparecieron más manos que me inmovilizaron también las piernas.

Atravesando el silencio resonó un rugido aterrador. Álvaro, que antes había estado tan inerte como una estatua, luchaba contra sus acompañantes y los guardias que habían acudido a retenerlo.

Una voz conocida me susurró al oído.

—Tranquila, cielo, no pasa nada, todo está bien. Tienes que respirar y sosegarte.

Cálmate para que él se tranquilice —me pidió Karima.

Busqué a Álvaro con la mirada. Lo mantenían sentado a la fuerza en el trono, firmemente sujeto contra el alto respaldo. Con la trifulca, la capucha se había

resbalado de su cabeza revelando sus facciones. Tragué saliva al ver su bello rostro desfigurado por el dolor y el desconcierto.

El hombre al que amaba estaba sufriendo. Algo dentro de mí cambió. «¡Domínate!», me

exigí a mí misma. «¡Tienes que controlarte!». No sé de dónde salió, pero mi cuerpo se inundó de energía dándome la fuerza necesaria para controlar mis emociones.

Distinguí otro gruñido procedente de donde se encontraba Álvaro. De nuevo sus acompañantes luchaban desesperados por contenerlo. ¿Qué había pasado? Tardé en darme cuenta de que dos sacerdotisas estaban a punto de amarrarme con cuerdas doradas al altar. Me obligué a permanecer quieta.

—¡No! ¡No es necesario! ¡Ya estoy bien! —murmuré de forma entrecortada.

Noa me estudió con el entrecejo fruncido. Tras un momento en silencio se relajó e hizo señas a las mujeres para que me dejaran. Cuando retorné la vista a Álvaro, este seguía con el cuerpo ligeramente inclinado hacia delante y tenso, pero había dejado de luchar.

Su gesto reflejaba una mezcla de sorpresa, incertidumbre, alivio y... horror. Respiré hondo y le miré a los ojos intentando apaciguarlo. ¿Sería capaz de verme a través de la rejilla?

Cuando Noa acabó de recitar el texto ceremonial, dejó mi lado y, escoltada por otra sacerdotisa, fue hasta Álvaro quien se incorporó. Sus acompañantes le abrieron la capa dorada, plegándola hacia atrás, dejando al descubierto su dorso desnudo y una especie de *kilt* egipcio. Su pálida piel relucía a la luz de la luna y resaltaba su musculoso contorno. Cómo siempre que le admiraba, se me formó un nudo en el bajo vientre. ¡Era

tan magnífico! ¡Tan bello!

La vampiresa le trazó un símbolo, justo entre el ombligo y el tatuaje, al igual que me había hecho a mí. Luego, le colgó algo del cuello. No pude distinguir exactamente el qué, aunque se asemejaba a una especie de amuleto. Noa regresó a mi lado, junto al

resto de las sacerdotisas que se encontraban en aquel claustro.

Justo antes de cubrirme por completo con una gran sábana plateada, advertí como formaban un círculo a mi alrededor manteniéndome fuera de las vistas ajenas. Odié que me abrieran las piernas y las mantuvieran inmovilizadas, pero el hecho de saber de qué se trataba, me ayudó a conservar mi terror bajo control. Aunque nada, nada, me ayudaba a disminuir mi tensión, la vergüenza y la humillación, de ser sometida a la constatación de mi virginidad por parte de la Suma Sacerdotisa. Todo pasó tan rápido, que la suave tela apenas me había rozado el rostro al cubrirme, cuando ya estaba otra vez al descubierto. Si no hubiera sido por aquel pequeño pinchazo, ni siquiera hubiera creído que ya hubiera pasado.

Noa alzó con ambas manos un pañuelo blanco manchado de rojo. Por primera vez, oí

un leve cuchicheo desde las escaleras que se elevaban al cielo, aunque eso no resultaba precisamente tranquilizador. Me hizo consciente de los espectadores que tenía allí además de las sacerdotisas que se encontraban a mi alrededor. Los músculos de todo el cuerpo comenzaron a contraerse, sentía mis piernas agarrotadas y mi vientre dolía de la tensión.

Álvaro se acercó a mí, despacio, demasiado para un vampiro. Su rostro rígido, intentaba no mostrar ninguna emoción, aunque me miraba con cautela, con... ¿miedo?

Noa permanecía junto al altar, detrás de mí. Cuanto más presente tenía a todos los testigos y espectadores, más nerviosa me ponía, más temblorosa estaba y más consciente de mi vergüenza y mi humillación me volvía. Este era el momento en el que

había procurado no pensar. Había intentado arrinconarlo en mi mente, hasta el punto de que parecía algo que ni siquiera iba a suceder. ¿Qué pasaría ahora? ¿Qué se suponía que tenía que hacer?

Ni por asomo se me había pasado por la cabeza tener los rostros de los dieciocho testigos encima de mí observándome, observándonos, cuando

Álvaro me hiciera suya.

Tampoco contaba con este silencio infinito, en el que todos podían distinguir el más tenue de mis ruidos: mi corazón, mi respiración...

Al tiempo que mis latidos se aceleraban a ritmos frenéticos, mi respiración comenzó a ser cada vez más trabajosa, hasta el punto de que se detuvo por completo cuando me

percaté de que Álvaro estaba parado a los pies del altar. Se quedó quieto contemplándome estático, hasta que alargó las manos hacia mí con las palmas arriba.

Por unos instantes lo miré sin saber qué hacer, ni cómo moverme, hasta que, todo a una, insuflé mis pulmones de aire y le ofrecí las dos manos.

Álvaro tiró con suavidad de mí ayudándome a incorporarme. Me cogió por el trasero y

me acercó a él hasta dejarme sentada al filo del altar a escasos quince centímetros de él. Eché la cabeza para atrás, para poder verle el rostro. Álvaro levantó con delicadeza el velo permitiéndome verle con claridad. Allí, a la luz de la luna, sus facciones eran terriblemente hermosas y, por un momento, olvidé dónde estaba y por qué.

Con sus dedos tibios me acarició tiernamente la mejilla. En su semblante se reflejaban la ansiedad y la tensión. Noté cómo, de forma disimulada, evaluaba la posición de los demás vampiros que se encontraban en aquel claustro con nosotros, como si valorara la posibilidad de cogerme y escaparse conmigo de allí. Si hubiéramos estado en otra situación, probablemente me hubiera echado a reír. Estábamos rodeados por más de treinta vampiros, fugarnos de allí con vida se convertía en algo más que imposible. La impotencia y la angustia se reflejaron en sus ojos.

Ver sufrir a un ser al que amas es horrible, pero ser consciente de que eres el causante de ese dolor y que está sufriendo por ti, resulta casi insoportable. Sin embargo, ¿qué podía hacer para que dejara de sufrir? Ni siquiera podía hablar con él. Cualquier cosa que dijera, aunque fuera susurrada, la escucharían todos

los presentes. ¿Qué podía hacer?

De pronto se me ocurrió algo. Gladys había sido capaz de comunicarse con don Manuel por telepatía. Álvaro y yo habíamos intercambiado nuestra sangre, habíamos establecido un vínculo y compartido nuestros sueños... ¿No deberíamos ser capaces de

comunicarnos también telepáticamente? ¡Tenía que intentarlo al menos! Álvaro parecía

indeciso, miraba casi suplicando a alguien situado detrás de mí. Posé con ternura mi mano sobre su mejilla llamando su atención. Se mostró sorprendido y confuso al fijarse en mí. Me concentré.

— *¿Álvaro?, ¿Álvaro?, ¿puedes oírme?* —Intenté poner en marcha mi plan. Sus pupilas se dilataron por el asombro, pero no contestó—. *Álvaro, si puedes oírme, contéstame, mueve la cabeza, ¡haz algo!*

— *¿Soraya? Cariño... yo... lo siento tanto* —me contestó con el semblante compungido. Podía oírlo con total claridad, a pesar de que no había movido ni un ápice los labios—. *No tengo manera de sacarte de aquí. Yo... no quiero hacerte daño...*

pero si no seguimos adelante con esto... nos matarán a los dos y... —Su tortura se reflejó en el rostro.

— *¡Álvaro!, ¡Álvaro! ¡Para ya! Esto no es culpa tuya. Estoy aquí voluntariamente.*

— *¡Soraya!* —De su boca se escapó un gemido.

— *¡Te amo! ¿De verdad esperabas que pudiera dejar que le hicieras el amor a otra*

mujer?, ¿que tuvieras un hijo que no fuera mío? Prefiero andar sobre brasas ardiendo antes que tener que verte con otra.

— *¡Soraya! Esto no es tan sencillo como piensas. Esto implica mucho más de lo que*

puedas imaginar y es mucho más complicado y peligroso de lo que parece.

— *Estoy al tanto. Karima me lo ha explicado todo. Además...* —Esbocé una ligera sonrisa—, *si crees que estar sobre una mesa de sacrificio, rodeada por un aquelarre de vampiros observándome mientras hago el amor contigo, es algo fácil...* —A pesar de mi tensión tuve que reírme para mis adentros y noté como la comisura de sus labios se curvaba ligeramente hacia arriba.

— *¡Te amo!* —repuso—. *Pero esta no era la manera en la que me hubiera gustado hacerlo. Tú no estás preparada y yo no puedo hacer nada para hacértelo más fácil.*

Dentro de unos minutos comenzará el eclipse y entonces tendré que hacerte mía. Te dolerá...

Coloqué un dedo sobre sus labios para indicarle que parara. No solo podía oírle, sino que también podía percibir lo que él sentía.

— *¿Recuerdas la noche en el castillo?* —le pregunté intentando borrar su suplicio.

Empecé a recordar las imágenes de aquel beso, lo que sentí cuando me estrechó contra su cuerpo y me acarició. Álvaro me miró con atención evaluando lo que acababa

de hacer y un pequeño rayo de esperanza cruzó por sus ojos. De pronto, pude ver nuevas visiones de aquel encuentro, nuevos sentimientos, incluso más fuertes que los que yo recordaba. Al principio fueron muy tenues y confusas; sin embargo, poco a poco fueron siendo más nítidas y más intensas. Un calor húmedo comenzó a asediar mi vientre haciendo que un estremecimiento de placer escalara por mi espina dorsal, en tanto que veía y percibía, con cada vez mayor viveza, las fantasías que Álvaro reflejaba en mi mente.

De súbito, comenzaron unos cánticos que inundaron todo a nuestro alrededor. Me desconcentré volviendo a la realidad. Álvaro no me permitió pensar demasiado. Con

suavidad me cogió por la barbilla para que le mirara de nuevo a los ojos.

— *Ha comenzado el eclipse* —me informó.

— *¡Hm!* —Miré hacia arriba donde la luna comenzaba a tomar una tonalidad rojiza.

— *Cantarán mientras dure el eclipse. ¿Estás preparada ahora?* —Me sonrió con una mezcla de picardía y ternura volviendo a transmitirme aquellas ilusiones y emociones

que me alteraban de la manera más deliciosa mientras nos cubría a ambos con su capa.

Me entregué de lleno a aquellas sensaciones cuando sus manos descendieron por mis

piernas para abrirlas con delicadeza y apartaron de una caricia los suaves velos de mi falda. Deshizo el cierre del *kilt* dejándolo caer al suelo. La bola de placer que se estaba formando en mi interior adquiría cada vez mayor consistencia y volumen.

Álvaro percibió mi estado de ánimo cuando sus caderas desnudas rozaron mis muslos.

Se pegó más a mí dejándome sentir su calor y excitación. Pero, aún cuando me dedicó

una de sus maravillosas sonrisas, en sus ojos se mantenía el interrogante. Le cogí la cara con ambas manos.

— *¡Ahora!* —le supliqué.

Sin dejar de mirarme, se situó y colocó sus manos sobre mi trasero para sujetarme. Sus caderas avanzaron con lentitud dándome tiempo a acostumbrarme a su invasión, prolongando la deliciosa agonía de desearlo dentro de mí, de ser suya. Mis dedos se

deslizaron por su cuerpo, bajando por su pecho, su cintura, su espalda... hasta hundirse en la firme carne y apretarlo hacia mí.

Un jadeo compartido se nos escapó de los labios entreabiertos cuando nuestras ingles

se juntaron y mi vientre se contrajo alrededor de él. Nos contemplamos llenos de asombro y deseo. A la vista de los demás apenas nos movíamos. Yo sentada y él de pie

delante de mí, cubiertos por su capa dorada, no había caricias, ni besos, solo la intimidad de nuestra mirada.

Deseaba con locura besarle y su boca parecía un imán que atraía la mía. Sin embargo,

no quería abandonar, ni por un instante, aquellas sensaciones y percepciones que nuestras mentes estaban compartiendo. Era como si hubiésemos abandonado nuestros cuerpos y estuviésemos en otro lugar, otro momento, otro tiempo quizás, en el que nos fundíamos apasionadamente el uno en el otro.

Percibí cómo crecía un deseo cada vez más fiero en el interior de Álvaro y sus intentos por controlarlo. Lo percibía incluso en el temblor de sus manos sobre la piel desnuda de mi espalda. Cuando pensé que estaba a punto de estallar, Álvaro se detuvo. Sin separarse de mí, usó su fuerza para echarnos hacia atrás en el altar y quedar tendidos sin interrumpir nuestro contacto. Sin moverse todavía, apoyó su frente en la mía y aspiró aire profundamente, como si necesitara toda su energía para dominarse.

Después, volvió a mirarme a los ojos y reanudó sus movimientos. Sus ojos me sobresaltaron por la intensidad de su deseo y algo que no podía definir claramente,

¿cautela? Pero esta nueva postura, que le permitía una mayor movilidad, no me dejó demasiado tiempo para pensar.

Me centré en la fuerza de las emociones que me transmitía, en el cúmulo de calor y humedad cada vez más intenso de mis entrañas. Me perdí en su roce, su piel desnuda

sobre la mía, sus ojos y su mente. Atravesé la conciencia de la realidad para

dejarla tras de mí. Reparé en cómo crecía en mí la sed, cómo se entremezclaban el placer, el

deseo y el ansia de sangre. En algún rincón de mi mente sonó una alarma de peligro.

Comprendí que aquellas sensaciones tan potentes eran las suyas. Fui consciente de lo

que aquello significaba pero me dejé llevar.

La vorágine de calor, deseo, placer y... sed crecían de forma exponencial.

Bruscamente, se alzó sobre mí mirándome con intensidad desde arriba. Con un certero

y rápido ademán usó su garra para hacerse un corte en el pecho, del que enseguida comenzó a gotear sangre. No lo dudé. No me lo pensé siquiera. Mis labios se lanzaron

sobre su pecho. Dejé de centrarme en sus ojos para recorrer su cuerpo no, sin antes, vislumbrar su satisfacción y el placer por mi reacción.

No me conformé con lamer su sangre, sus instintos me habían tomado por completo.

Aprecié el sabor dulzón en mi lengua. Álvaro se estremeció y apretó los dientes. Me

agarré a él, mis uñas se hundieron en su piel apretándolo contra mí, no permitiéndole alejarse mientras el deseo en mis entrañas crecía y crecía formando un inmenso estanque de placer que amenazaba con desbordarse. Mis gemidos ahogados vibraron contra la piel de Álvaro cuando el éxtasis estalló en mi vientre inundando mi cuerpo con él. Como en un sueño, percibí que Álvaro doblaba el tronco atrás y soltaba un fiero rugido. Después, todo quedó en silencio.

Únicamente nuestras respiraciones entrecortadas y el latido acelerado de nuestros corazones sonaban en el claustro. Era lo que podía oír a través de

Álvaro. Desde las

paredes me observaban ojos abiertos de par en par por el asombro y el

sobrecogimiento. Los cánticos habían terminado y todo estaba en la más absoluta calma. Cerré los párpados notando cómo la sangre se agolpaba en mi rostro y mi cuerpo temblaba con violencia. Los músculos de Álvaro, que hasta hacía un segundo habían estado tensos, se relajaron. Apoyó su frente sobre la mía. Su respiración recuperó su regularidad y su voz sonó tersa y dulce cuando me susurró.

—¡Ya casi ha terminado! ¡Nadie te hará daño! Unos minutos más y te sacaré de aquí —

me prometió.

Aunque no abrí los párpados para verlo, sabía que estaba levantando la cabeza en dirección a Noa, que ahora debía de estar a escasa distancia detrás de mi cabeza.

Álvaro suspiró y se despegó pausadamente de mí, con cuidado de dejar mi larga falda

en su sitio y tapando las huellas de nuestro encuentro.

Alguien se colocó al lado del altar. Supuse que sería Noa. Cuando habló confirmé que era ella. Abrí los ojos. Álvaro se encontraba a su lado, cubierto con el *kilt*. Noa sujetaba su mano a una cuarta sobre mi vientre realizando la invocación. Un fulgor brillante me hizo girar la cabeza a la izquierda. Retuve la respiración al observar cómo de la nada se habían materializado tres mujeres vestidas de blanco. Aunque serias, me sonreían. A Moira y la mujer pelirroja de los acantilados las reconocí de inmediato, no así a la tercera. Me fijé con atención en ella, recordaba haberla visto en alguna parte, pero era incapaz de situarla. Las tres se dirigieron a mí, como si flotaran en el aire.

Al mirar insegura hacia Álvaro y Noa, comprendí que ellos intuían algo pero que no podían ver a las tres figuras luminosas que se dirigían hacia mí. El rostro de Noa estaba desencajado y su voz comenzó a temblar por el desconcierto. Su vista no paraba quieta escudriñando la oscuridad, intentando

distinguir algo para comprender qué era lo que sucedía. Álvaro, a su lado, comenzó a ponerse tenso y adoptó una postura defensiva. Posó su mano sobre mi vientre pretendiendo protegerme de aquello que no podía ver.

Las tres figuras se detuvieron junto al altar. Seguían sonriéndome de forma tranquilizadora y, aunque estaban colocadas justo enfrente de Noa y de Álvaro, no dedicaron ni una sola mirada a los dos vampiros.

Moira alzó la mano para tocar con ternura mi mejilla, en tanto que la dama de cabellos cobrizos situó la suya al lado de la de Álvaro, sobre mi vientre. Inmediatamente percibí una gran esfera de energía entrando en mi cuerpo. Se manifestó como una luz

que invadió mi vientre y luego, luminosa y cálida, se extendió por el resto de mi cuerpo. Al principio me contraje por la impresión aspirando de forma sonora, pero a

medida que la energía y el calor se extendían por el resto de mis miembros, el único

rastro que permaneció fue una intensa sensación de paz y bienestar.

Moira me dedicó una última sonrisa antes de que las tres mujeres desaparecieran tal y como habían venido.

Álvaro permanecía con la mano sobre mi vientre, con las pupilas dilatadas y sin respirar. Sabía lo que había ocurrido porque por un corto instante nuestros ojos se encontraron e intercambiaron las imágenes de lo que pasaba. Había visto a los tres seres a través de mí y había sentido la esfera de energía.

Noa, que había dado un salto atrás durante el proceso como si le hubieran propinado un calambrazo, permanecía muda mientras que los cuchicheos nerviosos invadieron el pozo. Álvaro escudriñó la escalinata con ojos entrecerrados y apretó la mandíbula.

Debía de estar escuchando lo que decían, aunque para mí resultaba imposible

distinguir ningún sonido claro entre aquel murmullo sordo.

Cerré los ojos y me centré en los vestigios que aquella esfera había dejado dentro de mí. Aunque había visto el semblante de preocupación de Álvaro ante la reacción de los vampiros, la paz aún seguía allí, anclada en mi vientre. Me sentía extraña, llena de armonía, sosiego y vitalidad a la vez, como si la vida se fuera extendiendo en mi interior.

Lo que pasó a continuación aconteció tan rápido que apenas me dio tiempo a registrarlo. En cuestión de segundos, Álvaro me envolvió en su sedosa capa y me acurrucó en sus brazos. Me llevó lejos de allí recorriendo a una velocidad de vértigo los intrincados pasadizos subterráneos.



CAPÍTULO 41

Álvaro me depositó con cuidado sobre la enorme cama. Ahora que estábamos a solas

llegó el momento de dar la cara por los meses de mentiras y engaños. ¿Sería capaz de

perdonarme?

Cuando oí su suspiro y advertí que se alejaba de mí, lo estudié. Sus ojos parecían preocupados, dolidos y llenos de una agonía inexplicable.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó con voz baja y áspera. Asentí—. Soraya, yo...

lo siento. Perdóname por haberte asustado. No fue mi intención perder el

control de esa forma.

«¿Qué?». Parpadeé. ¿De qué estaba hablando?

Álvaro se dejó caer en el sillón que había frente a la cama y se tapó los ojos con ambas manos.

—Las cosas se me fueron de las manos. No quería hacerte daño. No pretendía atemorizarte.

¿Qué se suponía que debía contestar a eso? Únicamente podía observarlo con los ojos

muy abiertos. Álvaro se pasó las manos por el cabello.

—No pretendo hacerte ningún mal. Debes creerme —insistió cuando volvió a mirarme

—. ¡Háblame! ¡Dime algo! —me suplicó arrodillándose ante la cama y posando su frente sobre mis rodillas.

Cerré la boca, que se me había quedado desencajada.

—Lo siento, pero... ¿a qué viene todo esto ahora? —pregunté pasmada—. Pasé miedo

en el pozo y me siguen preocupando los murmullos de los que estaban allí antes de irnos, pero ¿qué se supone que has hecho tú para que yo deba estar asustada ahora mismo?

—Acabo de tomarte sin ningún tipo de preliminares ante un aquelarre de vampiros, te

he dejado sentir mi ansia por tu sangre, y para el colmo de todos los males, he rugido como un animal. ¿Y me preguntas por qué te pido perdón? —Álvaro parecía no poder

creerselo.

Fruncí el entrecejo. La verdad era que visto así, todo parecía bastante aterrador. ¿De verdad me había pasado todo eso a mí? De la parte que él me hablaba, yo solo recordaba deseo y placer, y por supuesto la vergüenza y la humillación de haberme dejado llevar por mis hormonas y mis sentidos delante de sus amigos y familiares. ¡Y

encima le mordí! ¿No debería ser él, el que estuviera enfadado conmigo?

No sé si fue el bochorno o la tensión acumulada de los días pasados, pero de pronto

comencé a reír. Comenzó con una risita nerviosa que acabó transformándose en un auténtico ataque de risa. Álvaro arrugó el entrecejo, primero confundido, luego sintiéndose herido. Tuve que levantar la mano para indicarle que esperara mientras intentaba recuperar el control. La risa comenzó a surtir su efecto sobre mi cada vez más ligero sistema nervioso.

—¿Te refieres a que debería pedirte perdón por... engañarte, obligarte a hacer el amor

conmigo delante de testigos, no dedicarte un tiempo para tener preliminares, por morderte y chuparte la sangre, y gemir como una posesa ante tus familiares que son unos vampiros con oídos extremadamente sensibles? — pregunté cuando ya estaba algo

más calmada ayudándome de los dedos para enumerar cada una de las situaciones.

Álvaro pasó de estar perplejo a esbozar una sonrisa torcida, que le otorgó un aspecto de lo más apetecible. Sobre todo, teniendo en cuenta que seguía con el torso al descubierto y yo sabía de primera mano que debajo de esa falda egipcia no quedaba ninguna prenda más por quitar.

—Entonces, ¿no estás asustada? —indagó algo escéptico, pero visiblemente aliviado.

Negué con la cabeza dedicándole una enorme sonrisa.

—Entonces, ¿por qué acabaste temblando y con los ojos cerrados? —investigó

curioso.

Los colores volvieron a invadir mis mejillas. ¡Vaya preguntita! Esta iba a ser más difícil de responder. ¡Joder, me había corrido delante de todas aquellas personas

mirándome! En los ojos de Álvaro apareció una chispa de comprensión y su sonrisa se ensanchó.

—Creo que te puedes hacer una idea —respondí incómoda.

—Puede, pero prefiero oírtelo decir —exigió algo pagado de sí mismo.

Estaba muerta de vergüenza y para escurrirme el bulto contraataqué con otra pregunta:

—¿Por qué rugiste?

—¡Perdí el control! —Se rio entre dientes—. Deberías haber visto la cara que pusieron los asistentes —recordó divertido.

—¡Oh, Dios! —Me tapé el rostro.

Esta vez fue él quien se partió de risa. Cuando recuperó la compostura lo miré entre mis dedos. Se había sentado en el filo de la cama y me contemplaba lleno de amor mientras me retiraba con ternura un mechón de pelo de la cara.

—No te he dicho lo hermosa y sensual que estabas esta noche —murmuró.

—Perdí el velo y la diadema en los pasillos —me excusé tocándome el recogido deshecho.

Álvaro encogió los hombros.

—Me excitó subirte el velo —confesó—, pero prefiero verte la cara cuando estamos

juntos.

Nuestras miradas se encontraron con una renovada intensidad.

«¡Te deseo!», pensé.

Álvaro no se tomó la molestia de responderme en voz alta. Nuestras mentes se conectaron, al igual que lo habían hecho en el claustro. Al comienzo fueron sensaciones y visualizaciones sueltas, pero cuando la carga sensual de nuestro intercambio se incrementó, Álvaro soltó un gemido y atrapó mi rostro para inclinarse sobre mí a besarme.

— *Olvídate de todo lo que ha pasado, porque ahora, esto, es lo que será nuestra primera vez* —me susurró en mis pensamientos.



Me despecé satisfecha sintiéndome sexy y voluptuosa cuando desperté con los rayos

de sol acariciando mi piel desnuda. Solté un gemido cuando encontré a Álvaro de nuevo sentado en el sillón, contemplándome. Debía de haber acabado de ducharse porque aún se resbalaban algunas gotas de agua sobre su piel y apenas le tapaba una toalla reatada a la cintura. ¡Ufff! ¿Cómo podía estar siempre tan impecablemente guapo? ¿Y quién podría resistirse a esos ojazos tan adorables? Suspiré complacida al

recordar que ya era mío. Me alargó los brazos para recogerme y colocarme sobre su

regazo. Como una gata en celo, me abracé a él y froté mi mejilla contra su hombro aspirando su delicioso aroma.

—¡Buenos días! —Me besó con ternura en la coronilla.

—Buenos días —murmuré mordisqueándole la mandíbula y estrechándome aún más

contra él.

¡Era maravilloso sentir su piel junto a la mía! ¡Y me sentía tan segura entre sus fuertes brazos! No me apetecía moverme de allí nunca más. Tracé con mi nariz el recorrido por su garganta disfrutando de la suavidad de su tez y el olor a recién duchado, pero con un suspiro retuve las ganas de llegar más lejos, tenía otras prioridades primero.

Álvaro rio como si hubiera leído mis pensamientos.

—¡Te doy diez minutos para ir al baño! Ni uno más —me advirtió sonriente levantándose conmigo en brazos y dejándome en el umbral del cuarto de baño.

Me puse de puntillas para rodearle con los brazos y estamparle un beso en la punta de la nariz. En cuanto me giré para irme, me retuvo apretándome de espaldas contra él.

—¡Ni un minuto más! —me recordó seductor pasándome con un suave roce los dientes

por el hueco de mi garganta y dejándome comprobar su estado de ánimo al pegarse en

toda su dura extensión contra mi trasero.

No hizo falta que insistiera. Mis ganas de regresar cuanto antes junto a él eran más poderosas que cualquier cosa que pudiera decirme. Me duché y aisé en un tiempo récord y solo al limpiarme los dientes me detuve unos segundos ante el espejo. Aún tenía algunos diamantes y esmeraldas brillando en mi rostro y cuerpo, el resto debían de haberse caído en la cama o en la ducha. Decidí que me quedaban bien y que, de todas formas, no me apetecía perder el tiempo quitándomelos uno por uno.

Cuando regresé al dormitorio, Álvaro se había acomodado en la cama. Se encontraba apoyado contra el cabecero escuetamente tapado por las sábanas. Casi ronroneé al verlo.

No me lo pensé dos veces, me coloqué a horcajadas sobre su regazo, tiré de su pelo

para atrás y capturé su boca. Tracé el camino desde las comisuras de sus labios hasta el hueco de su garganta con lengua y dientes. Por alguna razón, las imágenes de frenesí del ritual retornaron a mí. Recordé cómo me había lanzado sobre su pecho y el rugido

que él profirió cuando ambos llegamos al éxtasis. Parpadeé confundida, cuando Álvaro

me apartó de él y me estudió con atención.

—¿Qué ocurre? —indagué desconcertada.

—¡Me has mordido! —exclamó con las cejas alzadas.

—Siempre te muerdo —repuse con un mohín—. Y hasta ahora nunca te ha molestado.

—¡Nunca así! —me contrarió señalando su cuello.

Solté una exclamación cuando vi a lo que se refería. Tenía las señales de mis dientes marcados y la piel ligeramente amoratada. Lo miré estupefacta.

—Yo... lo siento. Ni siquiera me he dado cuenta.

Él negó distraído con la cabeza para señalarme que aquello carecía de importancia, pero siguió estudiándome hasta que una ligera curvatura transformó sus labios.

—¡Hueles diferente! —comentó de repente.

—¡Ah, eso! —Respiré aliviada—. Karima me cambió la alimentación para que te resultara más atrayente durante la ceremonia de elección.

—No. No me refiero a «ese» olor... —titubeé antes de aclararme a lo que se refería—.

Ayer tus hormonas... estabas en plena fase de ovulación...

—Lo sé. Cosas de Noa y Karima.

¿Qué tenía que ver eso ahora? Comencé a impacientarme mientras volvía a observar la

zona cero de mi ataque. Hasta ahora no me había dado cuenta de lo señalizadas que tenía Álvaro las venas allí, el azul contrastaba contra el blanco de su piel y podía distinguir incluso el pulso a simple vista.

—Estás embarazada —me informó con suavidad, como si no quisiera asustarme.

—¡Eso no puedes saberlo aún! —Fruncí el entrecejo—. No han pasado más que unas

horas. Ni siquiera el mejor control de embarazo podría indicar nada hasta dentro de unas semanas.

—¿Y por qué eres incapaz de apartar tu vista de mi vena? —indagó divertido.

Abrí la boca sorprendida. ¡Tenía razón! Incluso ahora me costaba trabajo no mirar su

pulso. ¿Por qué de repente me sentía tan atraída por ella? El inoportuno ruido de mi estómago me recordó que no había desayunado. Era curioso, pero a pesar del hambre y

el vacío en el estómago que sentía en ese instante, no tenía ganas de comer nada. Me

imaginé unas tostadas con jamón y un gran vaso de zumo de naranja, pero las primeras

me provocaban sensación de náuseas y lo segundo que se me encogiera el estómago ante la sensación de acidez. No, definitivamente no me apetecía nada de eso. Tenía ganas de algo dulce y caliente, algo que... Me detuve en mis pensamientos cuando me

percaté de que de nuevo estaba observando fascinada su pulso. Recordé el sabor de su

sangre y de repente sabía de lo que tenía apetito.

Alcé los ojos asombrada. Álvaro estudiaba mudo los cambios en mi semblante esperando mi reacción. En sus ojos había un cierto temor, un miedo a algo, ¿a que quisiera su sangre? No. Había experimentado sus sensaciones de placer cuando me había visto tomarla. Pero entonces, ¿a qué? ¿A que la rechazara? ¿A que no pudiera enfrentarme a ello, como le ocurrió a su madre? Resistirme a mi apetito sería como repudiarle a él, a lo que era..., a su hijo que ahora llevaba en mi interior. Inhalé aire profundamente.

—Tienes razón —musité ladeando ligeramente la cabeza—. Estoy muerta de hambre y

no son tostadas lo que me apetece ahora mismo.

El alivio inundó sus facciones. Su semblante tomó un cariz tierno antes de bajar su vista hasta mi vientre y acariciarlo con devoción. Cuando sus ojos regresaron hasta mí, los tenía embargados de la emoción.

—¡Te quiero! —declaró tocándome la mejilla y acercándose a él para besarme.

«Te quiero como jamás he querido ni querré a ninguna otra mujer».



EPÍLOGO

Seguía con mis labios pegados a su garganta, cuando sin previo aviso Lea

irrumpió en

la habitación como un torbellino atravesándola con un escueto «¡Buenos días!». Cerró

las persianas y corrió las cortinas, sumiéndonos en la más absoluta negrura.

—¿Qué demonios...? —gruñó Álvaro encendiendo la luz.

—¡Ya podéis subir! —avisó Lea a alguien ignorando los ojos entrecerrados de Álvaro,

quien siguió maldiciendo entre dientes mencionando algo sobre la intimidad y los hombres crecidos.

Apenas pude asimilar lo que estaba ocurriendo cuando Álvaro me envolvió en la sábana, se levantó y se puso unos vaqueros sin importarle la presencia de Lea, ni de Noa y Karima que ya se encontraban en el umbral de la puerta.

—¿Se puede saber qué hacéis aquí?

Noa alzó una ceja ante el desagradable tono de Álvaro.

—Soy la Suma Sacerdotisa, es mi misión constatar si el objetivo del ritual se ha cumplido e informar de ello al Consejo que está esperando los resultados para regresar a Brasil.

—¿No podíais haber avisado al menos? —masculló Álvaro entre dientes.

—No es culpa nuestra que tú no estés muy perceptivo últimamente —le espetó Lea alargando un dedo hasta su cuello para recoger el pequeño rastro de sangre que yo le

había dejado.

Álvaro la fulminó con la mirada mientras ella se chupaba el dedo gimiendo con un

deleite impertinente. Karima se sentó a mi lado en la cama.

—Felicidades, cielo. —Me sonrió Karima dejándome más desconcertada aún.

Lea saltó con tal suavidad a mi lado que la cama apenas se movió. Me tocó embelesada la tripa antes de exclamar animada:

—¡Mi primer niño en sesenta años!

—No es tuyo, es de ella, de modo que no empieces ya a abrumarla —me defendió Karima.

—¿Por qué no patentáis vuestro olfato? Os haríais ricas prediciendo los embarazos —

murmuré un poco molesta de que no hubiera forma de ocultarles nada.

—¡Ya somos ricas! —repuso divertida Lea—. Ahora quiero ser tía. —Frunció los labios antes de continuar—: ¿Me dejarás que lo coja verdad?

Al ver su cara no pude evitar una sonrisa.

—¿Qué tal si dejas que nazca primero?

—Tres lunas pasan en un pispás. Apenas nos queda tiempo para prepararlo todo. Te dije que deberíamos ir comprándole la canastilla —se quejó a Karima, quien puso los

ojos en blanco.

Álvaro las miraba con el ceño fruncido y los brazos cruzados sobre el pecho.

—Si ya habéis comprobado las buenas noticias, ¿seríais ahora tan amables de dejarme

a solas con mi mujer para que podamos disfrutar de nuestra luna de miel?

—Aún no estáis casados —contestó Lea poniendo su oreja sobre mi barriga como si esperara poder oír al bebé.

—Lo estaremos, pronto, y voy a pensarme muy seriamente si os invitaré a la boda o no

—siguió refunfuñando Álvaro.

Me obligué a cerrar la boca y a controlar el salto de alegría que dio mi corazón. Las tres vampiresas lo miraron con las cejas alzadas. La primera en romper a reír fue Lea, pero Karima no tardó en seguir su ejemplo, y Noa apretó los labios como si quisiera

disimular su sonrisa.

—Uhhmm... No creo que esa sea la mejor forma de apaciguarlo —murmuré cuando el rostro de Álvaro se coloreó de un furioso rojo.

—No te preocupes, se le pasará, y aunque no nos invite, estaremos en tu boda —dijo

Karima guiñándome un ojo—. Noa será quién la celebre.

—¡Y deberías ver nuestros vestidos de damas de honor! —exclamó Lea.

—¿Ya tenéis los vestidos para la boda? —pregunté alucinada.

—Ah, noooo. —Lea se limpió las lágrimas de los ojos—. Es que vimos el cuadro que

Noa pintó anoche.

—¡Dios! ¿Es que no hay forma de librarse de vosotras? —Álvaro se dejó caer rendido

en el sillón.

—Nosotras también te queremos, cielito lindo —le espetó Lea lanzándole un beso con

los dedos.

—Por cierto, ¿qué pasó ayer con el Consejo? —pregunté para cambiar de tema —. Me

dio miedo que se alteraran tanto. ¿Qué pasó después de que nos fuéramos?

—¿Y aún preguntas? ¡Tenías que haberlos visto! —Rio animada Lea—. Primero les montasteis el ritual del milenio. Y no es como si yo tuviera mucho dónde comparar, pero por cómo se les salían a algunos los ojos de las órbitas y por cómo babeaba Ciro... —Movi6 la cabeza divertida—. Sin contar las conversaciones que se

escucharon después...

—¡Lea! —la reprendió Karima al tiempo que Álvaro soltaba un leve rugido.

Lea encogió los hombros con indiferencia, como si la cosa no fuera con ella y siguió:

—¡Y el susto que les pegasteis después! Hasta los vampiros más poderosos del clan se

encogieron atemorizados cuando apareció esa bola de luz sobre ti. ¡Te imaginas a todos esos viejales aterrorizados por ti!

—¡Cierra esa boca, si en algo aprecias tu cuello! —le gruñó Álvaro enfadado—. La

estás asustando.

Álvaro tenía razón. No me gustaba la idea de tener a todos esos poderosos vampiros en mi contra.

—¿Tomarán alguna medida contra nosotros por eso? —pregunté con la boca seca.

—No te preocupes por ellos. Se alteraron porque superaste con creces sus expectativas y están deseando oír la buena noticia —dijo Noa apaciguándome.

—Bueno, todos excepto Ciro —la corrigió Lea.

—Lo mataré si se atreve a ponerle un dedo encima a mi mujer.

Me estremecí. El tono bajo y controlado de Álvaro me indicó que no era una amenaza

vana. Mataría a Ciro si intentara hacerme daño y lo haría con toda la sangre fría de este mundo.

—No será necesario —intervino Noa con firmeza—. Ciro regresará a Brasil esta misma noche. Lo conozco. Se retirará antes de darte la satisfacción de ver su derrota.

—Eso espero por su propio bien —replicó Álvaro.

—¡Y tenemos más noticias! —Cambió Lea de tercio.

—¿Más? —pregunté distraída mientras miraba preocupada a Álvaro.

—¡Sip! ¿Recuerdas nuestras sospechas sobre Cuddy?

Con eso me llamó la atención.

—Sí.

—Pues resulta que estaban fundadas. Cuddy trabaja para uno de los otros clanes, ¿y adivina qué?

—¿El qué? —Tanto misterio empezaba a ponerme nerviosa.

—Que lo que cuentan sobre su novia vampiresa y el gato también es cierto. Sabemos

de buena tinta que ella consiguió recuperar su forma humana y que ahora le está haciendo pagar por haberla confinado en el cuerpo de un gato durante los últimos años.

—¡Vaya! —Me estremecí de solo pensarlo.

—Es hora de irnos, el Consejo se está impacientando. —Noa se dirigió a la puerta.

Lea soltó un suspiro lastimero, pero dándome un abrazo la siguió.

—Haré que os suban algo para desayunar —dijo Karima levantándose de la cama.

—No tengas prisa en hacerlo —le dijo Álvaro con sus oscuros ojos puestos en mí.

Los labios de Karima se curvaron.

—Les diré que lo dejen en una bandeja delante de la puerta entonces.

—¡No puedes estar hablando en serio! ¡Si les traes la comida no saldrán nunca del dormitorio! —Lea miró a Karima con ojos alucinados cuando pasó por su lado.

Álvaro cerró la puerta en sus narices y puso el pestillo, aunque yo no tenía muy claro para qué serviría un pestillo en una casa llena de vampiros.

—¡Esto no hay quién lo soporte! —gruñó Álvaro.

—Deja de gruñir, sabes que la adoras. —Reí.

—Eso es cierto. —Sonrió—. Pero prefiero hacerlo desde la distancia.

Álvaro puso los ojos en blanco cuando a través de la puerta cerrada sonó un:

—¡Ves, lo sabía!

—¡Lárgate, Lea!

Cuando Álvaro se acercó a la cama, abrí la sábana para dejarle un hueco. La expresión de su rostro al verme los pechos desnudos cambió de inmediato.

—¿Te he dicho ya que me estoy muriendo de hambre? —preguntó al coger la sábana y

tirar de ella hasta tenerme completamente desnuda ante él.

—¡Uhhmm...! No, creo que no —murmuré cuando me abrió los muslos y se colocó entre ellos.

Mi vientre se contrajo de expectación. Álvaro bajó sobre mí. Se me escapó un jadeo

cuando se abrió camino lenta e inexorablemente en mi interior. Salí a su encuentro alzando las caderas y rodeándolo con los brazos.

—Me muero por ti, por sentirte, por fundirme contigo, por amarte como te amo —

susurró entrelazando sus dedos con los míos sobre mi cabeza.

—¿Cuánto tiempo crees que durará este amor? —Cerré los ojos al darme cuenta de la

gilipollez que acababa de preguntar. ¿Cómo se me pudo ocurrir ser tan antirromántica en un momento como este?

Álvaro me obligó a mirarle. Sus ojos estaban llenos de una intensidad que me puso la

piel de gallina.

—¿Recuerdas lo que te dije aquel día en la playa?

—¿Cuándo? —Fruncí el ceño. Habíamos hablado mucho aquel día.

—Cuando dije que un hombre de mi especie ama como ningún ser humano es capaz de

amar. —Me besó justo debajo de la oreja—. Ese día se me olvidó añadir algo.

—¿El qué?

—Cuando uno de mi especie ama, lo hace por toda la eternidad —murmuró antes de fundir sus labios con los míos.

«Por toda la eternidad me vale», pensé mientras mis sentimientos se volvían a fundir

con los suyos, y su cuerpo me recordaba que yo era tan suya como él mío.

OTROS TÍTULOS

El cuento de la Bestia

Convertirse en regalo para un todopoderoso rey de otra dimensión, que creía que podía hacer con ella lo que le diera la gana, no era precisamente el cuento de princesas con el que Anabel había soñado desde niña. Claro que tampoco había esperado nunca encontrarse a un atractivo vampiro aguardándola impaciente en su cama.

En el momento en que una hermosa humana —más desvestida que vestida— le vomitó

encima, Azrael supo que el regalo de Neva traía gato encerrado. Necesitaba descubrir

por qué la bruja le había regalado una humana encantada que le hacía querer olvidarse de todo excepto de tenerla entre sus brazos. Completamente seguro de que con sus siglos de disciplina como rey, resistirse a una mujer encantada no iba a suponerle problemas, solo necesitaba seguirle el juego a ella y a Neva para descubrir dónde estaba la trampa que le habían puesto.

Fácil, ¿verdad?

Demasiado fácil, quizás.

EXTRAS

Premios y concursos

¿Quieres ganar un libro firmado de Noa Xireau y tenerlo en tus manos antes que nadie?

¿O qué tal una taza u otro regalo exclusivo de tu libro favorito?

Es muy fácil conseguirlos, solo tienes que entrar en el siguiente link y participar en los concursos gratuitos:

<http://noaxireau.com/concursos>

Lecturas eróticas, escenas extra y capítulos gratis

¿Pertenece al grupo de lectoras que busca un «extra» en sus lecturas eróticas?
¿De las que disfrutan con el morbo, las lecturas sin tapujos y las sensaciones prohibidas?

Entra en la web de Noa Xireau y encuentra capítulos gratuitos, relatos eróticos y escenas que te subirán la temperatura.

<http://noaxireau.com>

NOA XIREAU

Nacida en Alemania (Weissenburg, 1971), de madre alemana y padre español, actualmente vive en Pilas, un pueblo del bonito Aljarafe Sevillano (España).

Adicta a la literatura romántica, Noa Xireau comenzó a escribir por casualidad, más como una forma de dar salida a su exceso de imaginación que con la intención de publicar.

Soñadora empedernida, tiene preferencia por la literatura paranormal y erótica, y su definición de nirvana es poder disfrutar sin prisas de un buen libro con un chocolate caliente a mano.

Galardonada por su originalidad y buen escribir en varios certámenes literarios, tanto a nivel nacional como internacional, Noa Xireau comenzó a publicar sus primeras novelas con la renombrada editorial americana Ellora's Cave.

Su primera novela en español, *El cuento de la Bestia*, se publicó en noviembre de 2016 (ver al final del libro).

Más información: www.noaxireau.com

Document Outline

- [PORTADILLA](#)
- [AGRADECIMIENTOS](#)
- [CAPÍTULO 1](#)
- [CAPÍTULO 2](#)
- [CAPÍTULO 3](#)
- [CAPÍTULO 4](#)
- [CAPÍTULO 5](#)
- [CAPÍTULO 6](#)
- [CAPÍTULO 7](#)
- [CAPÍTULO 8](#)
- [CAPÍTULO 9](#)
- [CAPÍTULO 10](#)
- [CAPÍTULO 11](#)
- [CAPÍTULO 12](#)
- [CAPÍTULO 13](#)
- [CAPÍTULO 14](#)
- [CAPÍTULO 15](#)
- [CAPÍTULO 16](#)
- [CAPÍTULO 17](#)
- [CAPÍTULO 18](#)
- [CAPÍTULO 19](#)
- [CAPÍTULO 20](#)
- [CAPÍTULO 21](#)
- [CAPÍTULO 22](#)
- [CAPÍTULO 23](#)
- [CAPÍTULO 24](#)
- [CAPÍTULO 25](#)
- [CAPÍTULO 26](#)
- [CAPÍTULO 27](#)
- [CAPÍTULO 28](#)
- [CAPÍTULO 29](#)
- [CAPÍTULO 30](#)
- [CAPÍTULO 31](#)
- [CAPÍTULO 32](#)

- [CAPÍTULO 33](#)
- [CAPÍTULO 34](#)
- [CAPÍTULO 35](#)
- [CAPÍTULO 36](#)
- [CAPÍTULO 37](#)
- [CAPÍTULO 38](#)
- [CAPÍTULO 39](#)
- [CAPÍTULO 40](#)
- [CAPÍTULO 41](#)
- [EPÍLOGO](#)
- [OTROS TÍTULOS](#)
- [EXTRAS](#)
- [NOA XIREAU](#)